

Alessandro Baricco

City



CITY

Lectulandia

Este libro se titula City. Me doy cuenta de que después de Seda hubiera sido mejor buscar algo que sonara un poco distinto. Pero este libro está construido como una ciudad, como la idea de una ciudad. Quería que el título lo dijera. Y ahora ya lo dice.

Las historias son barrios, los personajes son calles. Lo demás es tiempo que pasa, ganas de vagabundear y necesidad de mirar. He viajado tres años por City. El lector, si lo desea, puede recorrer el mismo camino. Es lo hermoso, y lo difícil, de todos los libros: ¿se puede viajar por el viaje de otro?

De todos modos, para la crónica, quisiera decir que por primera vez he escrito un libro que, por lo menos en parte, está ambientado en nuestros días. Hay automóviles, teléfonos, autobuses, hay hasta un televisor, y en un momento dado aparece un señor que vende una roulotte. No hay ordenadores, pero todo llegará. He descansado de tamaño esfuerzo dibujando un par de barrios, en City, que se deslizan hacia atrás en el tiempo. En uno hay una historia de boxeo, en la época de la radio. En el otro hay un western. Siempre deseé escribir un western. Es muy divertido y, a la vez, muy difícil. Te pasas todo el tiempo preguntándote cómo demonios vas a escribir el tiroteo final. En cuanto a los personajes —a las calles—, hay un poco de todo. Hay uno que es un gigante, uno que está mudo, un barbero que los jueves corta el pelo gratis, un general del ejército, muchos profesores, gente que juega con balones, un niño negro que tira a la canasta y siempre la mete. Gente como ésta. Hay un chico que se llama Gould y una muchacha que se llama Shatzy Shell (ninguna relación con el de la gasolina).

Los echaré de menos.

ALESSANDRO BARICCO

Lectulandia

Alessandro Baricco

City

ePub r1.1
lezer 16.07.13

Título original: *City*
Alessandro Baricco, 1999
Traducción: Xavier González Rovira
Ilustración de portada: Ayako Hosono

Editor digital: lezer
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

—Entonces, señor Klauser, ¿Mami Jane debe morir?

—Por mí, ya se pueden ir todos a la mierda.

—¿Eso es un sí o un no?

—¿A usted qué le parece?

En octubre de 1987, CRB —la editorial que publicaba desde hacía veintidós años las aventuras del mítico Ballon Mac— decidió convocar un referéndum entre sus lectores para establecer si sería oportuno hacer que Mami Jane muriera. Ballon Mac era un superhéroe ciego que durante el día era dentista y por las noches combatía el Mal gracias a los muy especiales poderes de su saliva. Mami Jane era su madre. Los lectores, en general, sentían un gran apego por ella: coleccionaba viejas cabelleras indias y por las noches actuaba, como bajista, en un grupo de blues compuesto enteramente por músicos negros. Ella era blanca. La idea de que debía palmarla se le había ocurrido al director comercial de CRB —un señor muy tranquilo que tenía una única afición: los trenes eléctricos. Sostenía que Ballon Mac había entrado en una vía muerta y necesitaba nuevos alicientes. La muerte de la madre —arrollada por un tren mientras huía perseguida por un guardagujas paranoico— lo convertiría en una mezcla letal de rabia y dolor, es decir, en el perfecto retrato del lector medio. Aquella idea era idiota. Pero también el lector medio de Ballon Mac era idiota.

Así que, en octubre de 1987, CRB vació una estancia en el segundo piso e instaló en ella a ocho señoritas cuya tarea era la de contestar al teléfono y recabar las opiniones de los lectores. La pregunta era: ¿debe morir Mami Jane?

De las ocho señoritas, cuatro eran empleadas de CRB, dos las habían enviado los servicios sociales, otra era sobrina del presidente. La última, una muchacha de unos treinta años que procedía de Pomona, estaba allí con un contrato de formación que había conseguido al responder correctamente en un concurso radiofónico («¿Qué es lo que más odia Ballon Mac en este mundo?» «Hacerse una limpieza dental»). Siempre llevaba encima una grabadora. De vez en cuando, la encendía y decía cosas.

Se llamaba Shatzy Shell.

A las 10.45 del duodécimo día del referéndum —cuando la muerte de Mami Jane iba ganando por 64 a 30 (el 6 por ciento restante opinaba que debían irse todos a tomar por culo, y había telefoneado para decirlo)— Shatzy Shell oyó que sonaba el teléfono por vigésima segunda vez, escribió en el formulario que tenía frente a sí la cifra 21 y levantó el auricular. Ésta es la conversación que siguió:

—CRB, buenos días.

—Buenos días, ¿ya ha llegado Diesel?

—¿Quién?

—Okay, todavía no ha llegado.

—Esto es CRB, señor.
—Sí, ya lo sé.
—Se habrá equivocado de número.
—No, no, todo es correcto, y ahora escúcheme bien...
—Señor...
—¿Sí?
—Esto es CRB, es el referéndum «¿Debe morir Mami Jane?»
—Gracias, ya lo sé.
—Entonces, ¿sería tan amable de darme su nombre?
—Mi nombre no tiene ninguna importancia...
—Tiene que dármelo, es la costumbre.
—Okay, okay... Gould..., mi nombre es Gould.
—Señor Gould.
—Sí, señor Gould, ahora, si me permite...
—¿Debe morir Mami Jane?
—¿Cómo?
—Tiene que decirme lo que piensa usted..., si Mami Jane debe morir o no.
—Oh, Dios mío...
—Usted sabe quién es Mami Jane, ¿verdad?
—Claro que lo sé, pero...
—Pues entonces usted sólo tiene que decirme si piensa que...
—¿Quiere usted escucharme un momento?
—Claro.
—Vale, hágame el favor, eche un vistazo a su alrededor.
—¿Yo?
—Sí.
—¿Aquí?
—Sí, ahí, en esa habitación, hágame el favor.
—De acuerdo, estoy mirando.
—Bien. ¿Por casualidad ve a un chico rapado al cero que lleva de la mano a un tipo muy, pero que muy grande, una especie de gigante, con zapatos enormes y una americana verde?
—No, no creo.
—¿Está segura?
—Sí, estoy segura.
—Bien. Entonces todavía no han llegado.
—No.
—Okay, pues entonces quiero que sepa una cosa.
—¿Sí?

—Esos dos son buena gente.

—¿De veras?

—Sí. Cuando lleguen se pondrán a destrozarlo todo y, probablemente, cogerán su teléfono y se lo enroscarán alrededor del cuello, o algo de este calibre, pero son buena gente, se lo aseguro, lo que pasa es que...

—Señor Gould...

—¿Sí?

—¿Le importaría decirme cuántos años tiene?

—Trece.

—¿Trece?

—Doce..., para ser exactos, doce.

—Escucha, Gould, ¿está tu mamá por ahí?

—Mi madre se marchó hace cuatro años, ahora vive con un profesor que estudia a los peces, las costumbres de los peces, un *etólogo*, para ser exactos.

—Lo lamento.

—No lo lamente, así es la vida, no tiene remedio.

—¿De verdad?

—De verdad. ¿No lo cree?

—Sí..., creo que así es..., no lo sé con precisión, me imagino que es así.

—Es así, puñeteramente así.

—Tienes doce años, ¿no es cierto?

—Mañana cumplo trece. Mañana.

—Fantástico.

—Fantástico.

—Feliz cumpleaños, Gould.

—Gracias.

—Ya verás como es fantástico tener trece años.

—Eso espero.

—Muchas felicidades, de verdad.

—Gracias.

—No estará tu padre por ahí, ¿no?

—No. Está trabajando.

—Ya.

—Mi padre trabaja para el ejército.

—Fantástico.

—¿Todo es siempre tan fantástico para usted?

—¿Cómo?

—¿Todo es siempre tan fantástico para usted?

—Sí... creo que sí.

—Fantástico.

—Ya ves..., me ocurre a menudo, eso es todo.

—Qué suerte.

—Me ocurre incluso en los momentos más raros.

—Creo que es una suerte, en serio.

—Un día estaba en un restaurante, en la Nacional 16, justo a las afueras de la ciudad, me detuve en un autoservicio, entré y me puse a la cola, en la caja había un vietnamita que no entendía casi nada, de manera que no había forma de avanzar, le decían una hamburguesa y él preguntaba ¿Cómo?, quizás era su primer día de trabajo, no lo sé, así que me puse a mirar a mi alrededor, dentro de aquel restaurante había cinco o seis mesas, con gente que estaba comiendo, muchas caras distintas y cada una de ellas tenía algo diferente delante, la chuleta, el bocadillo, los chiles, todo el mundo comía, y cada uno de ellos vestía exactamente como había decidido vestirse, se había levantado por la mañana y había escogido algo para ponerse, aquella camisa roja, aquel vestido ceñido en las tetas, exactamente lo que quería, y ahora estaba allí, y cada uno de ellos tenía una vida tras él y una vida por delante, estaban *transitando* por aquel lugar, mañana empezarían todo desde el principio, aquella camisa azul, aquel vestido largo, y seguramente la rubia con pecas tendría a su madre en algún hospital, con todos los análisis de sangre alterados, pero ahora estaba allí, separando las patatas negruzcas de las otras, leyendo el periódico apoyado sobre el salero en forma de surtidor de gasolina, había uno que iba totalmente vestido de jugador de béisbol, seguro que no había entrado en un campo de béisbol desde hacía años, estaba allí con su hijo, un chiquillo, y le daba collejas en la cabeza repetidamente, en la nuca, cada vez el chaval se ponía bien la gorra, una gorra de béisbol, y el padre, zas, otra colleja, y todo esto mientras comían, bajo un televisor colgado de la pared, apagado, con el ruido de la carretera, que llegaba a ráfagas, con dos hombres muy elegantes sentados en una esquina, de gris, y uno de los dos se veía que estaba llorando, era absurdo, pero lloraba sobre un bistec con patatas, lloraba en silencio, y el otro ni se inmutaba, él también con un bistec delante, comía y punto, en cierto momento, sin embargo, se levantó, fue hasta la mesa de al lado, cogió la botella de ketchup, volvió a su sitio y, con cuidado para no mancharse su traje gris, echó un poco en el plato del otro, el que estaba llorando, y le susurró algo, no sé qué, después cerró la botella y siguió comiendo, los dos en aquella esquina, y todo lo demás a su alrededor, con un helado de guinda pisoteado en el suelo, y en la puerta del lavabo un cartel que decía *No funciona*, miré todo aquello y era evidente que lo único que cabía pensar era *chicos, qué náuseas*, tanta tristeza daba ganas de vomitar, y en cambio lo que sucedió fue que, mientras estaba en la cola y el vietnamita seguía sin comprender un carajo, pensé: *Dios, qué hermoso*, sintiendo incluso ganas de reír, demonios, qué hermoso es todo esto, absolutamente todo, hasta la última migaja aplastada en el

suelo, hasta la última servilleta sucia, sin saber por qué, pero sabiendo que era verdad, todo era condenadamente hermoso. Absurdo, ¿no?

—Extraño.

—Me da vergüenza explicarlo.

—¿Por qué?

—No sé..., la gente no suele contar cosas de este tipo...

—A mí me ha gustado.

—Venga ya...

—No, en serio, especialmente lo del ketchup...

—Cogió la botella y le echó un poquito...

—Ya.

—Completamente de gris.

—Gracioso.

—Eso es.

—Eso es.

—¿Gould?

—Sí.

—Me alegra que me hayas telefoneado.

—Eh, oye, espera...

—Estoy aquí.

—¿Cómo te llamas?

—Shatzy.

—Shatzy.

—Me llamo Shatzy Shell.

—Shatzy Shell.

—Sí.

—Y no hay nadie ahí enroscándote el cable del teléfono al cuello, ¿no?

—No.

—¿Te acordarás, cuando vayan, de que son buena gente?

—Ya verás como no vienen.

—Ni lo sueñes, ésos irán...

—¿Por qué estás tan seguro, Gould?

—Diesel *adora* a Mami Jane. Y mide dos metros y cuarenta y siete centímetros.

—Fantástico.

—Depende. Cuando está *muy* cabreado no resulta nada fantástico.

—¿Y ahora está *muy* cabreado?

—También lo estarías tú si hicieran un referéndum para matar a Mami Jane, y Mami Jane fuera tu madre ideal.

—Es sólo un referéndum, Gould.

—Diesel dice que se trata de una estafa. Que ya hace meses que han decidido que la matarán y que están haciendo esto sólo para guardar las apariencias.

—A lo mejor se equivoca.

—Diesel no se equivoca nunca. Es un gigante.

—¿Cómo de gigante?

—Mucho.

—Yo salí un tiempo con uno que podía hacer un mate sin tener que ponerse de puntillas.

—¿De verdad?

—Pero trabajaba cortando las entradas en un cine.

—¿Y lo querías?

—Eso no se pregunta, Gould.

—Has dicho que *salías* con él.

—Sí, salíamos juntos. Salimos durante veintidós días.

—¿Y qué pasó?

—No sé..., era todo un poco *complicado*, ¿me entiendes?

—Sí..., para Diesel también es todo un poco complicado.

—Así es.

—Su padre encargó para él un retrete a medida, le costó un ojo de la cara.

—Ya te lo he dicho, es todo un poco complicado.

—Ya. Cuando Diesel intentó ir al colegio, al Taton, llegó por la mañana...

—¿Gould?

—Sí.

—Perdóname un momento, Gould.

—Okay.

—No cuelgues, ¿vale?

—Okay.

Shatzy Shell dejó la llamada en espera. Después se volvió hacia el señor que, de pie, delante de su mesa, la estaba mirando. Era el jefe de Desarrollo y Promoción. Se llamaba Bellerbaumer. Era uno de esos que mordisquean las varillas de las gafas.

—¿Señor Bellerbaumer?

El señor Bellerbaumer se aclaró la voz.

—Señorita, está usted hablando de gigantes.

—Exactamente.

—Hace doce minutos que está usted telefoneando y está hablando de gigantes.

—¿Doce minutos?

—Ayer conversó alegremente durante veintisiete minutos con un agente de Bolsa que al final le pidió que se casara con él.

—No sabía quién era Mami Jane, tuve que...

—Y el día anterior estuvo colgada de ese teléfono una hora y once minutos corrigiendo los deberes de un maldito chaval que después le dio como respuesta: ¿Y por qué no hacéis que estire la pata Ballon Mac?

—Podría ser una buena idea, piénselo.

—Señorita, ese teléfono es propiedad de CRB, y a usted le pagan para que diga sólo una puñetera frase: ¿Debe morir Mami Jane?

—Intento hacerlo lo mejor que sé.

—Y yo también. Y, en consecuencia, queda usted despedida, señorita Shell.

—¿Cómo?

—Me veo obligado a despedirla, señorita.

—¿En serio?

—Lo siento.

—...

—...

—...

—...

—Señor Bellerbaumer...

—Dígame.

—¿Le importa si termino con esta llamada?

—¿Qué llamada?

—La llamada. Hay un chico al otro lado de la línea que está esperando.

—...

—...

—Termine esa llamada.

—Gracias.

—De nada.

—¿Gould?

—Diga.

—Tengo que colgar, Gould.

—Okay.

—Acaban de despedirme.

—Fantástico.

—No estoy tan segura.

—Por lo menos no te retorcerán el pescuezo a ti.

—¿Quién?

—Diesel y Poomerang.

—¿El gigante?

—El gigante es Diesel. Poomerang es el otro, el calvo. Es mudo.

—Poomerang.

—Sí. Es mudo. No habla. Oye pero no habla.
—Los pararán en la entrada.
—Por regla general, esos dos nunca se paran.
—¿Gould?
—Sí.
—¿Debe morir Mami Jane?
—Que se vayan todos a tornar por culo.
—«No sé». Okay.
—¿Podrías decirme una cosa, Shatzy?
—Ahora tengo que marcharme.
—Una cosa, solamente.
—Dime.
—Aquel sitio, aquel restaurante...
—Sí.
—Estaba pensando..., tiene que estar bien...
—Bueno...
—Estaba pensando que me gustaría celebrar allí mi cumpleaños.
—¿Qué quieres decir?
—Mañana... es mi cumpleaños..., podríamos ir todos a comer allí, a lo mejor todavía están aquellos dos vestidos de gris, los del ketchup.
—Qué idea más rara, Gould.
—Tú, yo, Diesel y Poomerang. Invito yo.
—No sé.
—Es una buena idea, te lo juro.
—Tal vez.
—85.56.74.18.
—¿Y eso qué es?
—Mi número, si te apetece, me llamas, ¿okay?
—No parece que tengas trece años.
—Los cumplo mañana, para ser exactos.
—Ya.
—Entonces, ¿de acuerdo?
—Sí.
—De acuerdo.
—¿Gould?
—¿Sí?
—Adiós.
—Adiós, Shatzy.
—Adiós.

Shatzy Shell pulsó el botón azul y desconectó la línea. Se entretuvo un poco metiendo en una bolsa sus cosas, era una bolsa amarilla con el eslogan *Salva al planeta tierra de los pies con uñas esmaltadas*. Cogió las fotografías enmarcadas de Walt Disney y Eva Braun. Y la pequeña grabadora que llevaba siempre consigo. De vez en cuando, la encendía y decía cosas. Las otras siete señoritas la miraban, mudas, mientras los teléfonos, al sonar en el vacío, congelaban valiosas indicaciones sobre el futuro de Mami Jane. Lo que tenía que decir, Shatzy Shell lo dijo mientras se sacaba las zapatillas deportivas y se ponía los zapatos de tacón.

—Por cierto, para vuestra información, dentro de un rato entrarán por esa puerta un gigante y un tipo calvo, mudo, lo destrozarán todo y os estrangularán con los cables del teléfono. El gigante se llama Diesel. El mudo, Poomerang. O al revés, no me acuerdo muy bien. En cualquier caso: son buena gente.

La fotografía de Eva Braun tenía un marco de plástico rojo, con un soporte detrás, forrado de tela, y plegable: para mantenerla de pie, cuando fuera necesario. Ella, Eva Braun, tenía en efecto el rostro de Eva Braun.

«¿Entendido?»

«Más o menos».

«Era pianista en un enorme centro comercial, en la planta baja, debajo de la escalera mecánica de subida, habían colocado un poco de moqueta roja en el suelo y un piano blanco que él tocaba seis horas al día, de frac, Chopin, Cole Porter, cosas similares, siempre de memoria. Le habían dotado con un letrero elegantemente impreso, que rezaba *Nuestro pianista volverá pronto*: cuando tenía que ir al lavabo, lo sacaba y lo dejaba sobre el piano. Después volvía y empezaba de nuevo. No era un mal padre, es decir, no lo era en la forma habitual..., no pegaba a nadie, no bebía, no se tiraba a la secretaria, ni nada por el estilo, era un tipo que incluso el coche... no se lo compraba, tenía cuidado de no tener un coche demasiado..., demasiado nuevo, o bonito, hubiera podido hacerlo, pero no lo hacía, iba con cuidado, le salía espontáneamente, no creo que fuera un plan preconcebido, no lo hacía y ya está, no hacía ninguna de esas cosas, y éste era el problema, precisamente, ¿comprendes?, el origen del problema estaba ahí..., que no hacía esas cosas, ni otras mil, trabajaba y punto, eso es lo que hacía, *como si la vida lo hubiera ofendido*, y él se hubiera refugiado en aquel trabajo suyo que era una derrota, sin ganas de escapar de ella, era como un agujero negro, un abismo de infelicidad, y la tragedia, la verdadera tragedia, el corazón de aquella tragedia fue que nos arrastró de cabeza a ese agujero a mi madre y a mí, no hacía más que arrastrarnos hacia allí, con una constancia milagrosa, a cada momento de su vida, a cada instante, dedicando cada gesto a la obsesiva demostración de un teorema letal, el teorema siguiente: si él era así lo era *por* nosotras, *por* mi madre y *por* mí, éste era el teorema, *por* nosotras, porque ahí estábamos nosotras, por nuestra culpa, por salvarnos a nosotras, por, por, por, todo el

santo día recordándonos este estúpido teorema, toda su vida con nosotras fue este largo gesto ininterrumpido y agotador, que, por si fuera poco, demostraba deliberadamente de la forma más astuta y cruel posible, es decir, sin decir ni una sola palabra, sin hablar nunca de ello, nunca hablaba de ello, podía decírnoslo, claramente, pero no lo dijo nunca, ni una palabra, y eso era horroroso, era cruel, no decir nada nunca, y después decirlo todo el santo día con su manera de estar en la mesa, con lo que miraba en televisión, incluso con la manera de cortarse el pelo, y con todas las malditas cosas que no hacía, y la cara con que te miraba... era cruel, es algo que puede acabar volviéndote loca, y yo estaba volviéndome loca, era una niña, una niña no puede defenderse, los niños son unos canallas pero hay ciertas cosas contra las que no pueden defenderse, es como pegarles, qué puede hacer un niño, no puede hacer nada, yo no podía hacer nada, estaba volviéndome loca y punto, así que un día mi madre me cogió para hablarme de Eva Braun. Era un hermoso ejemplo. La hija de Hitler. Me dijo que tenía que pensar en Eva Braun. Si ella pudo superarlo, tú también puedes hacerlo. Era un razonamiento extraño, pero funcionaba. Me dijo que cuando él se suicidó, al final, con una pastilla de cianuro, ella también se mató, estaba allí, en aquel búnker, y se mató con él. Porque incluso en el peor de los padres hay algo bueno, me dijo. Y es necesario aprender a amar ese algo. Yo pensaba. Trataba de imaginar en qué podía ser bueno Hitler, y me inventaba historias sobre ese asunto, del tipo: él vuelve a casa por la noche, está cansado, y habla en voz baja, y se sienta delante de la chimenea, mirando fijamente el fuego, muerto de cansancio, y yo, que era Eva Braun, ¿no?, una niña con trencitas rubias, y las piernas blanquísimas bajo la falda, lo miraba sin acercarme, desde la habitación de al lado, y él estaba tan espléndidamente cansado, con toda aquella sangre chorreándole por todas partes, hermosísimo con su uniforme, no había más que seguir mirándolo, la sangre desaparecía y veías sólo el cansancio, ese maravilloso cansancio que yo ya estaba adorando, hasta que, en cierto momento, él se volvía hacia mí, y me veía, y me sonreía, y se levantaba, con todo su deslumbrante cansancio encima y se acercaba a mí, hasta mí, y se acuclillaba a mi lado: Hitler. No tenía ni pies ni cabeza. Me decía algo en voz baja, en alemán, y después con la mano, la mano derecha, lentamente, me acariciaba el pelo. Y, por muy espantoso que pueda parecer, aquella mano era dulce, y cálida, y suave, había una especie de sabiduría en su interior, una mano que podía salvarte y, por muy repugnante que pueda parecer, una mano que podías amar, que acababas amando, acababas pensando lo hermoso que era que fuese la mano derecha de tu padre, dulce, sobre ti. Hacía que me pasaran por la cabeza cosas de este tipo. Para entrenarme, ¿comprendes? Eva Braun era mi gimnasio. Con el tiempo llegué a ser muy buena al respecto. Por la noche, miraba fijamente a mi padre, que estaba sentado en pijama delante del televisor, hasta que veía a Hitler, en pijama delante del televisor. Mantenía quieta la imagen unos instantes, la saboreaba, después

desenfocaba y volvía a mi padre, a su verdadera cara: dios mío, parecía dulcísima, todo aquel cansancio y aquella infelicidad. Después volvía a Hitler, y luego repescaba a mi padre, iba adelante y atrás con la fantasía y era una manera de escapar de la tortura, de los silencios, de toda aquella mierda. Funcionaba. Aparte de algunas veces, funcionaba. En fin. Unos cuantos años después leí en una revista que Eva Braun no era la hija de Hitler, sino su amante. O su mujer, no lo sé. En resumen, que se acostaba con él. Fue un golpe. Me asaltaron muchas dudas. Intenté arreglar las cosas de alguna forma, pero no hubo manera. No conseguía sacarme de la cabeza la imagen de Hitler acercándose a aquella niña, y empezando a darle besos y todo lo demás, un asco, y la niña era yo, Eva Braun, y él se convertía en mi padre, un verdadero lío, algo horroroso. Mi juego se había hecho añicos, no había forma de juntar todas las piezas, había funcionado, pero ya no funcionaba. Se acabó. No pude volver a querer a mi padre hasta que cambió de tren, como él decía. Una historia ridícula. Cambió de tren un domingo cualquiera. Estaba tocando allí, debajo de la escalera mecánica, y se le acercó una señora cargada de joyas, y también un poco achispada. Estaba tocando *When we were alive*, y ella se puso a bailar, delante de todo el mundo, con las bolsas de la compra en la mano, y con una cara radiante. Estuvieron así durante una media hora. Después ella se lo llevó, y se lo llevó para siempre. Todo lo que dijo en casa fue: he cambiado de tren. En aquel momento, para ser sincera, volví a quererlo un poco, porque era como una liberación, no sé, incluso se había peinado casi como un *latin lover*, con la raya bien trazada en su pelo blanco, y una camisa nueva, en ese momento me dio por quererlo, un instante por lo menos, fue como una liberación. He cambiado de tren. Años de tragedia doméstica borrados por una frase insulsa. Grotesco. Pero un montón de veces ocurre de este modo, casi siempre ocurre así: se descubre al final que el dolor, todo aquel dolor, era inútil, que se ha estado sufriendo como bestias, y era inútil, no era ni justo ni injusto, no era hermoso ni horrendo, tan sólo era inútil, al final todo lo que puedes decir es: era un dolor inútil. Es de locos, si lo piensas bien, es mejor no pensarlo, lo único que puedes hacer es no pensar más en ello, nunca más, ¿entendido?»

«Más o menos».

«¿Está buena la hamburguesa?»

«Sí».

Al final, lo que pasó fue que Diesel y Poomerang no llegaron a CRB porque en el cruce entre la calle Séptima y el Boulevard Bourbon se encontraron ante sus ojos, en mitad de la acera, el tacón de aguja de un zapato negro, llegado hasta allí desde quién sabe dónde, pero inmóvil como un minúsculo escollo entre la riada de gente que se lanzaba hacia la pausa del almuerzo.

—Demonios —dijo Diesel.

—¿Qué es eso? —nodijo Poomerang.

—Mira —dijo Diesel.

—Demonios —nodijo Poomerang.

Miraban con atención aquel tacón negro, de aguja, y fue ver una nada —un instante después del inevitable flash de un tobillo en nylon oscuro —ver el *paso* que lo había perdido, exactamente el paso, entendido como ritmo y danza, compás hembra esmaltado nylon oscuro. Lo vieron primero en el péndulo danzante de dos delgadas piernas, y luego en la réplica mullida que el pecho, bajo la camiseta, recogía reenviándola hacia el pelo —moreno corto, pensó Diesel —rubio corto, pensó Poomerang —lo suficientemente liso y fino como para danzar a aquel ritmo, que a sus ojos se había convertido ya en cuerpo femenino, y humanidad e historia, cuando de repente cabrilleó por el minúsculo contratiempo de un tacón que se puso a oscilar, en un paso, y se dobló, al paso siguiente, despegándose del zapato y de todo aquel ritmo —de femenina humanidad e historia— forzándolo a una cadencia —no exactamente una caída— en la que encontrar el equilibrio de una inmovilidad —el silencio.

Había un enorme barullo a su alrededor, pero no había nada que pudiera arrancarlos de allí, Diesel todavía más encorvado de lo habitual, con los ojos clavados en el suelo, Poomerang frotándose adelante y atrás el cráneo rapado con la mano izquierda: la derecha colgada del bolsillo de los pantalones de Diesel, como siempre. Miraban un tacón de aguja negro, pero en realidad estaban viendo a aquella mujer descabalar y aminorar el paso, vieron que se volvía un instante diciendo^[1]

—Mierda

sin pensar^[2] ni por un momento en detenerse, como hubiera hecho una mujer normal —detenerse, volver atrás, recuperar el tacón, intentar pegarlo de nuevo sujetándose con una mano en una señal de tráfico, dirección prohibida —sin pensar siquiera en algo tan razonable, sino que siguió caminando, tan sólo diciendo con un mohín

—Mierda

en el mismo momento en que, descartando perturbar su propia belleza con el contratiempo de una forzada cojera, se descalza el zapato herido, con un gesto ligero, sin dejar de caminar, y entra definitivamente en la leyenda, para aquellos dos, descalzándose también el otro —compás descalzo cromado nylon oscuro—, coge los zapatos, los tira en un contenedor azul mientras mira ya a su alrededor para buscar lo que encuentra de inmediato, un coche amarillo que sube por la avenida lentamente: levanta un brazo, por la muñeca se desliza algo de oro, el coche amarillo pone el intermitente, se detiene, ella se sube, da una dirección mientras dobla la delgada pierna —pie descalzo— en el asiento, haciendo subir la falda y, por un instante, brillar el destello de la tibia perspectiva de una blonda de media autoadherente que desaparece durante algunos centímetros de muslo —blanco— y que después

reaparece en el ribete de unas braguitas, poco más que un relámpago pero que, sin embargo, penetra en los ojos de un señor de traje oscuro que no deja de caminar, pero que se lleva consigo, grabado en la retina, el tibio relámpago que le abrasa la conciencia y se abate sobre el cerco de su sopor de hombre cansadamente casado, con gran ruido de metales y lamentos.

Lo que ocurrió fue que Diesel y Poomerang fueron atrapados por el hombre de oscuro, succionados en verdad por la estela trazada con su turbación, que los conmovía, por decirlo de algún modo, y que los empujó hacia lo lejos, hasta ver el color de su batín —marrón— y sentir el tufo de su cocina. Llegaron a sentarse a su mesa, y notaron que su mujer se reía demasiado de los chistes que perpetraban en el televisor encendido, mientras él, el señor del traje oscuro, le servía cerveza en su vaso, guardándose para él la botella de agua mineral, del tiempo y sin gas, a que lo constreñía el recuerdo de cuatro lejanos cólicos renales. Encontraron en el segundo cajón de su escritorio setenta y dos páginas de una novela, inacabada, que se titulaba *La última apuesta*, y una tarjeta —Dr. Mortersen— en cuya parte de atrás había unos labios estampados con carmín morado. El radio despertador estaba sintonizado en el 102.4 de Radio Nostalgia, y sobre la pantalla de la lámpara de su mesita de noche, para amortiguar la luz, había un folleto de los Niños de Dios que teorizaba sobre la inmoralidad de la caza y la pesca: el título, un poco chamuscado por la bombilla, decía: *Os haré pescadores de hombres*.

Estaban hurgando entre la ropa interior de la señora Mortersen cuando, por una banal y vulgar asociación de ideas, volvió a sus venas el recuerdo del compás hembra esmaltado nylon oscuro —una sacudida feroz que los empujó a retroceder hasta el taxi amarillo, y hacerlos permanecer allí, en el bordillo, un poco alelados por el desastroso descubrimiento —desastroso descubrimiento del taxi amarillo en las vísceras de la ciudad —toda la avenida llena de coches, pero vacía de taxis amarillos y leyendas arrellanadas en el asiento trasero.

—Jesús —dijo Diesel.

—Desaparecida —nodijo Poomerang.

En la superficie curva del tacón de aguja contemplaron una ciudad entera, miles de calles, cientos de coches amarillos, ciegos.

—Perdida —dijo Diesel.

—Quizá —nodijo Poomerang.

—Como buscar una aguja en un pajar.

—Buscar, pero no el coche.

—Los hay a miles.

—No el coche amarillo.

—Demasiados coches.

—El coche no, los zapatos.

—Adónde irá exactamente un coche amarillo.

—Zapatos. Una tienda de zapatos.

—A donde ella haya dicho que quería ir.

—Una tienda de zapatos. La tienda más cercana de zapatos.

—Ha mirado al taxista y ha dicho...

—La tienda más cercana de zapatos. Zapatos negros con tacón de aguja.

—... la mejor tienda de zapatos que esté por aquí cerca.

—Toxon's, calle Cuarta, segundo piso, zapatos de mujer.

—¡Coño, Toxon's!

Volvieron a encontrarla delante de un espejo, con zapatos negros en los pies, tacón de aguja, y un dependiente que decía

—Perfectos.

Ya no la perdieron más. Durante un número impreciso de horas catalogaron sus gestos y los objetos que la rodeaban, como si estuvieran probando perfumes. Era algo que ya habían respirado cuando, tras una cena interminable, la siguieron hasta la misma cama de un hombre que olía a colonia, y que con el mando a distancia no dejaba de poner el *Bolero* de Ravel. Delante de la cama había una pecera, con un pez morado, y muchas estúpidas burbujitas. Él hacía el amor en religioso silencio: había dejado la alianza de oro sobre la mesita de noche, junto a una caja de preservativos de marca de cinco unidades. Ella le clavaba las uñas en la espalda, lo bastante fuerte como para que las sintiera, lo bastante dulce como para no dejar señales. Al séptimo *Bolero*, dijo

—Perdona.

salió de la cama, se vistió, se puso los zapatos negros, tacón de aguja, y se marchó, sin decir nada. Lo último que vieron de ella fue una puerta cerrada, dulcemente.

Lluvia. Asfalto espejeante alrededor del tacón de aguja negro, brillante ojo que sigue allí contemplándolos.

—Lluvia —dijo Diesel.

Levantaron la mirada, luz distinta, gris, poca gente, ruido de neumáticos y charcos. Zapatos empapados, agua chorreando por el cuello. En los relojes, una hora impresentable.

—Nos vamos —dijo Diesel.

—Nos vamos —nodijo Poomerang.

Diesel caminaba con dificultad, y lentamente, arrastrando el pie izquierdo, con un zapato ridículo, descomunal, sujeto a una pierna que cambiaba de idea por debajo de la rodilla, y se curvaba de mala manera, balanceando cada paso en danzas cubistas. Y respiraba con dificultad, como un ciclista en plena cuesta, una respiración que era ritmo turbio y pena. Poomerang se sabía de memoria aquel paso y aquella

respiración. Permanecía pegado a él y seguía con elegancia su danza, mostrando un cansancio de maratón de tango.

El uno y el otro, cerca, y luego pedazos marchitos de ciudad en el camino a casa, luces líquidas de semáforo, coches en tercera haciendo un ruido de cisterna, un tacón en el suelo, cada vez más lejos, ojo humedecido, ya sin pestañas, sin ceja, ojo acabado.

La fotografía de Walt Disney era un poco más grande que la de Eva Braun. Tenía un marco de madera clara, y un soporte detrás, plegable; para mantenerlo erguido cuando fuera necesario. Walt Disney tenía el pelo blanco y estaba a horcajadas en un tren, sonriente. Era un trenecito para niños, con una locomotora y muchos vagones. No había raíles, sino que tenía ruedas de goma, y estaba en Disneylandia, Anaheim, California.

«¿Entendido?»

«Más o menos».

«En fin, él era el más grande, fue el más grande. Un reaccionario como la copa de un pino, no lo niego, pero sabía tener tratos con la felicidad, ése era su talento, llegaba derecho a la felicidad, sin muchas complicaciones, y se quedó con todo el mundo, verdaderamente con todo el mundo, fue el mayor arrendador de felicidad que se haya visto nunca, la tenía para todos los bolsillos, para todos los gustos, con esas historias tuyas de patos, de enanos y de bambis; pensándolo bien, qué manera de montárselo, y sin embargo se puso a ello y extrajo de todo ese gran barullo algo que, si alguien te pregunta qué es la felicidad, aunque te dé un poco de asco, al final tienes que admitir que quizás no sepas muy bien lo que es, pero que tiene un sabor, un gusto, quiero decir, es algo así como de fresa o de frambuesa, la felicidad tiene justo ese sabor, no hay vuelta de hoja, será todo lo falso que tú quieras, no será la auténtica felicidad, la original, como si dijéramos, pero aquéllas eran réplicas fabulosas, mejores que el original, o sea, que no hay forma de...»

«Terminado».

«¿Terminado?»

«Sí».

«¿Cómo era?»

«En fin».

«¿Nos vamos?»

«Nos vamos».

¿Nos vamos? Nos vamos.

1

—Esta casa da asco —dijo Shatzy.

—Sí —dijo Gould.

—Es una casa que da asco, te lo aseguro.

Técnicamente hablando, Gould era un genio. Quien así lo determinó fue una comisión de cinco profesores que lo había examinado, a la edad de seis años, sometiéndolo a tres días de tests. Según los parámetros de Stocken, resultó que pertenecía a la banda delta: a esos niveles la inteligencia es una máquina hipertrófica cuyos límites resulta difícil determinar. Provisionalmente le concedieron un CI de 108, cifra bastante monstruosa. Se lo habían llevado de la escuela primaria donde intentó parecer normal durante seis días, y lo habían confiado a un grupo de investigadores universitarios. A los once años se había licenciado en física teórica, con un trabajo sobre la solución al modelo de Hubbard en dos dimensiones.

—¿Qué hacen los zapatos en la nevera?

—Bacterias.

—¿O sea?

—Cultivo de bacterias. Dentro de los zapatos están los portaobjetos. Bacterias grampositivas.

—¿Y el pollo mohoso es también un asunto de bacterias?

—¿Pollo?

La casa de Gould constaba de dos plantas. Tenía ocho habitaciones y otras cosas como garaje o bodega. En el salón había una moqueta que imitaba unas baldosas de terracota toscana, pero, teniendo en cuenta que tenía cuatro centímetros de grosor, no estaba muy lograda. En la habitación de la esquina, en el primer piso, había un futbolín. El cuarto de baño era todo de color rojo, incluidos los sanitarios. La impresión general que daba era la de una casa señorial por donde había pasado el FBI buscando un microfilm de los polvos del presidente en un burdel de Nevada.

—¿Cómo puedes vivir aquí dentro?

—En realidad no vivo aquí.

—Es tu casa, ¿no?

—Más o menos. Tengo dos habitaciones en el *college*, allí en la universidad. Hay hasta comedor de estudiantes.

—Un niño no debería *vivir* en un *college*. Un niño ni siquiera debería estudiar en un sitio como ése.

—¿Y qué es lo que debería hacer un niño?

—No sé, jugar con su perro, falsificar las firmas de sus padres, tener siempre sangre en la nariz, cosas así. Pero nunca vivir en un *college*.

—¿Y qué tendría que falsificar?

—Mejor lo dejamos.

—¿Falsificar?

—Por lo menos un ama, por lo menos podrían contratar un ama, ¿no se lo ha planteado nunca tu padre?

—*Tengo* un ama.

—¿De verdad?

—En cierto sentido.

—¿En qué sentido, Gould?

El padre de Gould estaba convencido de que Gould tenía un ama, y que se llamaba Lucy. Cada viernes, a las siete y cuarto, le llamaba para saber si todo seguía en orden. Entonces Gould le pasaba el teléfono a Poomerang. Poomerang imitaba muy bien la voz de Lucy.

—Pero ¿Poomerang no estaba mudo?

—Precisamente. También Lucy está muda.

—¿Tienes un ama muda?

—No exactamente. Mi padre cree que tengo un ama, le paga cada mes con un giro postal, y yo le he dicho que es muy eficiente, pero que está muda.

—¿Y para saber cómo van las cosas *la llama por teléfono*?

—Sí.

—Genial.

—Funciona. Poomerang es muy bueno. Sabes, no es lo mismo oír a uno que está callado que oír callar a un mudo. Es un silencio distinto. Mi padre no se lo tragaría.

—Tu padre tiene que ser un hombre inteligente.

—Trabaja en el ejército.

—Ya.

El día de la licenciatura de Gould, su padre voló desde la base militar de Arpaka hasta allí, y aterrizó con un helicóptero en un prado del campus. Había un montón de gente. El rector pronunció un discurso muy hermoso. Uno de los momentos más emotivos fue cuando se refirió al billar. «Contemplamos tu aventura humana y científica, querido Gould, como la sabia parábola que la inteligencia de un brazo divino ha impreso a la bola de tu inteligencia, inclinándose sobre el fieltro verde del billar de la vida. Tú eres una bola, Gould, y corres entre las bandas del saber trazando la infalible trayectoria que te llevará, para nuestra felicidad y consuelo, a rodar dulcemente hasta la tronera de la fama y del éxito. En voz baja, pero con gran orgullo, hijo mío, te digo: esa tronera tiene un nombre, esa tronera se llama Premio Nobel». De todo aquel discurso, a Gould se le quedó grabada sobre todo una frase: eres una bola, Gould. Dado que se sentía, comprensiblemente, inclinado a creer en sus profesores, se hizo a la idea de que su vida giraría con una exactitud preestablecida, y después, durante años, se empeñó en notar bajo la superficie de sus

días la suave caricia de un fieltro verde: y en reconocer bajo la aparición de ciertos dolores imprevisibles el geométrico trauma de bandas exactas, científicamente infalibles. La desgraciada circunstancia de que estuviera prohibido el acceso a los menores de edad a los salones de billar le impidió comprobar durante demasiado tiempo que, en la realidad, la imagen dorada de un billar puede convertirse en una metáfora exacta del error, y en lugar casi demostrativo de la humana inaccesibilidad a la exactitud. Una sola velada en Merry's le hubiera proporcionado útiles indicaciones sobre la irremediable injerencia del azar en todas las figuras geométricas. Bajo la luz humeante colgada sobre tapetes verdes manchados de grasa habría visto caras en las que se ratificaba, como en jeroglíficos, la derrota de una ilusión, la de querer entrelazar armónicamente intención y realidad, imaginación y hechos. No le habría sido difícil, en definitiva, descubrir un mundo imperfecto, en el que era extremadamente improbable sorprender entre las fisonomías de los jugadores la, solemne y confortante, de Dios. Pero, como queda dicho, en Merry's solo podía entrarse mostrando el carnet, lo que permitió que la bella metáfora del rector permaneciera durante años ilógicamente indemne en la fantasía de Gould, como una imagen sacra salvada en un bombardeo. De este modo la halló intacta, en su interior, años después, el día en que de repente decidió destrozarse su vida. Incluso tuvo tiempo de volver a mirarla, en aquel momento, con afectuosa y desesperada atención, antes de dedicarle la despedida más feroz que logró imaginarse.

—¿Tienes trabajo, Shatzy?

—No, Gould.

—¿Quieres ser mi ama?

—Sí.

2

Detrás de la casa de Gould había un campo de fútbol. Sólo jugaban niños, los mayores estaban en el banquillo gritando, o en la pequeña tribuna de madera, comiendo y gritando. Había césped por todas partes, incluso delante de las porterías y en el centro del campo. Era un hermoso campo de fútbol. Gould, Diesel y Poomerang permanecían horas mirando desde la ventana de la habitación. Miraban los partidos, los entrenamientos, todo lo que podía mirarse. Gould tomaba apuntes. Tenía una teoría al respecto. Estaba convencido de que a cada una de las posiciones de juego le correspondía un perfil morfológico y psicológico preciso. Podía reconocer a un delantero antes de que se cambiara y se pusiera la camiseta con el número nueve. Su especialidad era la lectura de las fotografías de los equipos: las estudiaba un poco y después sabía decir en qué posición jugaba el del bigote y quién era el extremo derecho. Tenía un porcentaje de errores del veintiocho por ciento. Trabajaba para llegar a situarse por debajo del diez por ciento, entrenándose siempre que podía con los chicos del campo de delante de su casa. Todavía le costaban mucho los laterales, porque identificarlos era relativamente fácil, pero determinar quién jugaba a la derecha y quién a la izquierda presentaba dificultades significativas. En general, el lateral derecho era físicamente más compacto y psicológicamente más rudo. Tenía un enfoque racional de las cosas, y procedía según deducciones lógicas, generalmente carentes de variaciones imaginativas. Se subía los calcetines cuando se le caían, y rara vez escupía al suelo. El lateral izquierdo, en cambio, tendía a asumir rasgos de su antagonista directo, el extremo derecho, notable individuo de carácter, imprevisible, con marcadas tendencias anárquicas y notorias fragilidades mentales. El extremo derecho convierte su zona de campo en una tierra sin reglas donde la única referencia estable es la línea lateral, una franja de yeso blanco que busca con desesperación. El lateral izquierdo, que en su condición de lateral posee un perfil psicológico de base más bien tendente al orden y a la geometría, se ve obligado a adaptarse a un ecosistema incómodo para él, y es en consecuencia, por vocación, un perdedor. La necesidad de adaptar constantemente sus reacciones a esquemas por completo imprevisibles lo condena a una perenne precariedad espiritual y también, a menudo, física. Esto puede explicar su tendencia, fácilmente constatable, a llevar el pelo largo, a hacer que lo expulsen por protestar y a persignarse con el pitido inicial. Dicho esto, distinguirlo del lateral derecho, en una fotografía, es casi imposible. Gould, a veces, lo lograba.

Diesel miraba porque le gustaban los cabezazos. Sentía un placer muy particular al escuchar el impacto del cráneo contra el balón, y cada vez que ocurría decía De locos, todas y cada una de las veces, con una hermosa sonrisa en la cara. De locos. Una vez, un chico, allí abajo, cabeceó, la pelota dio en el larguero, rebotó hacia atrás,

el chico volvió a cabecear, dio en el palo, se lanzó en plancha y fue a darle a la pelota con la cabeza antes de que tocara el suelo, rozándola apenas y metiéndola en la red. Entonces Diesel dijo Verdaderamente de locos. Las otras veces, en cambio, sólo decía De locos.

Poomerang miraba porque buscaba una jugada que había visto años atrás en televisión. A su entender, fue tan hermosa que no podía haber desaparecido para siempre, seguro que tenía que rondar por todos los campos del mundo, y él estaba esperándola, allí, en aquel campo de críos. Se había informado sobre los campos de fútbol que existían en el mundo —un millón ochocientos cuatro— y era del todo consciente de que las posibilidades de que acaeciera precisamente allí eran mínimas. Pero, basándose en un cálculo efectuado por Gould, no eran en todo caso menores a las que hay de nacer mudo. En consecuencia, Poomerang la esperaba. Para ser exactos, la jugada era la siguiente: pase largo del portero, el delantero salta en la línea del área y centra de cabeza, el portero contrario sale del área pequeña y le da una patada al vuelo, el balón vuela hacia atrás más allá del centro del campo, pasa por encima de todos los jugadores, bota en el límite del área, sobrepasa al portero estupefacto y se cuele rozando el poste. Desde un punto de vista exquisitamente futbolístico, se trataba de una rareza deplorable. Pero Poomerang sostenía que desde el aspecto puramente estético pocas veces había visto algo más armónico y elegante. «Era como si todo hubiera ido a parar al interior de una pecera —nodecía, tratando de explicarse—, como si todo se moviera entre dos aguas, dulce y lentamente, con el balón nadando en el aire, sin prisas, y con los jugadores convertidos en peces, mirando hacia arriba con la boca abierta, rotando todos a la vez a derecha e izquierda, absortos y perdidos, el portero con las branquias completamente abiertas mientras el balón lo sobrepasaba, y al final la red de un pescador astuto, recogiendo el pez balón y los ojos de todos, pesca milagrosa en el más absoluto silencio de profundidad abisal en una planicie de algas verdes con rayas blancas pintadas por un buzo geómetra». Era el minuto dieciséis de la segunda parte. El partido acabó dos a cero.

De vez en cuando, Gould bajaba e iba a situarse al borde del campo, tras la portería de la derecha, junto al profesor Taltomar. Pasaban decenas de minutos sin decirse nada. Mirando siempre fijamente hacia el campo. El profesor Taltomar ya tenía sus años y, a sus espaldas, miles de horas mirando fútbol. El juego le importaba relativamente poco. Él contemplaba a los árbitros. Los estudiaba. Mantenía siempre en sus labios un cigarrillo sin filtro, apagado, y murmuraba frases como «lejos de la jugada» o «ley de la ventaja, capullo». A menudo sacudía la cabeza. Era el único que aplaudía acciones como una expulsión o la repetición de un penalti. Tenía algunas certezas discutibles que resumía en una máxima con la que desde hacía años terminaba cualquier discusión: «las manos en el área son siempre voluntarias, el fuera de juego nunca es dudoso, las mujeres son todas unas putas». Sostenía que el

universo era «un partido jugado sin árbitro», pero, a su manera, creía en Dios: «es el juez de línea y se equivoca en todos los fueros de juego». Una vez, medio borracho, admitió haber sido árbitro, cuando era joven. Después se sumió en un misterioso silencio.

Gould le atribuía, no sin razón, un conocimiento desmesurado del reglamento, e iba a buscar en él lo que no conseguía encontrar en los insignes académicos que cotidianamente lo entrenaban para el Nobel: la certeza de que el orden era una propiedad del infinito. Así, lo que ocurría entre ellos era lo siguiente:

1. Gould llegaba y, sin tan siquiera saludar, se ponía junto al profesor, mirando fijamente al campo.

2. Durante decenas de minutos no intercambiaban ni una palabra ni una mirada.

3. En cierto momento, Gould, sin dejar de mirar el juego, decía algo como: «Centro por la derecha, el delantero golpea al vuelo con la parte interior del pie derecho, le da de lleno al larguero, que se rompe por la mitad, la pelota hace carambola con el árbitro, llega a los pies del extremo derecho que con la planta del pie derecho chuta rozando el poste donde un defensa la para con una mano y despeja a la buena de Dios».

4. El profesor Taltomar se tomaba su tiempo en sacar de sus labios el cigarrillo y sacudir una ceniza imaginaria. Después escupía al suelo alguna hebra de tabaco y murmuraba quedo: «Partido suspendido hasta arreglar el larguero, con la consiguiente reclamación al club local por falta de mantenimiento del terreno de juego. Al reiniciarse el partido, penalti contra el equipo visitante y tarjeta roja para el defensa. Un partido de suspensión, si no hay recurso».

5. Durante un rato seguían, sin comentarios, mirando el terreno de juego.

6. En cierto momento, Gould se marchaba de allí diciendo «Gracias, profesor».

7. El profesor Taltomar murmuraba, sin darse la vuelta, «Cuídate, chaval».

Ocurría más o menos una vez por semana.

A Gould le gustaba mucho.

Los chicos necesitan certidumbres.

Una última cosa importante sucedía en aquel campo. De vez en cuando, mientras Gould estaba con el profesor, ocurría que un balón salía rodando hacia fuera, hacia donde ellos estaban. A veces pasaba justo a su lado y se detenía unos metros más allá. Entonces el portero daba algunos pasos hacia ellos y gritaba: «¡La pelota!» El profesor Taltomar no movía ni un músculo. Gould miraba el balón, miraba al portero, y después se quedaba inmóvil.

—¡La pelota, por favor!

Turbado, acababa mirando al vacío, delante de sí, quedándose inmóvil.

3

El viernes, a las siete y cuarto, el padre de Gould telefoneó para saber por Lucy si todo iba bien. Gould dijo que Lucy se había ido con un representante de relojes que había conocido en misa el domingo anterior.

—¿Relojes?

—Y también otras cosas: cadenas, cruces, ya sabes.

—Dios mío, Gould. Hay que poner un anuncio en el periódico, como la otra vez.

—Sí.

—Pon enseguida ese anuncio en el periódico y luego utiliza los cuestionarios, ¿okay?

—Sí.

—Pero ¿esa chica no era muda?

—Sí.

—¿Se lo habéis dicho al relojero?

—Ella se lo ha dicho.

—¿Ella?

—Sí, por teléfono.

—¡Increíble, qué tío!

—Ya ves.

—¿Tienes todavía copias de los cuestionarios?

—Sí.

—Si necesitas más, haz fotocopias, ¿okay?

—¿Diga?

—¿Gould?

—¿Diga?

—Gould, ¿no me oyes?

—Ahora te oigo.

—Si te quedas sin cuestionarios, haz fotocopias.

—¿Diga?

—Gould, ¿no me oyes?

—...

—¡Gould!

—Estoy aquí.

—¿Me has oído?

—¿Diga?

—Hay interferencias.

—Ahora te oigo.

—¿Estás ahí?

—Estoy aquí...

—¿Diga?

—Estoy aquí.

—Pero ¿qué coño sucede...?

—Adiós, papá.

—¿Son de mierda, estos teléfonos o qué?

—Adiós.

—Son de mierda, estos telef

Clic.

Dado que no podía ir a las entrevistas de selección, el padre de Gould hacía que las candidatas rellenaran un cuestionario que él mismo había elaborado y que hacía que le mandaran por correo, reservándose el derecho de seleccionar a la nueva ama de Gould según las respuestas obtenidas. Las preguntas eran treinta y siete, pero muy pocas veces las candidatas llegaban hasta el final. Por regla general se detenían en la decimoquinta (15. ¿Ketchup o mayonesa?). A menudo se levantaban y se marchaban después de haber leído la primera (1. ¿Podría la candidata reconstruir la cadena de fracasos que han hecho que hoy, a su edad, y estando en el paro, aspire a un puesto de trabajo escasamente retribuido y no exento de incógnitas?). Shatzy Shell colocó sobre la mesa las fotografías de Eva Braun y de Walt Disney, metió una hoja en la máquina de escribir y tecleó el número 22.

—Léeme la veintidós, Gould.

—Pero es que tendrías que empezar por la primera.

—¿Y eso quién lo dice?

—Tiene el número uno, se empieza siempre por el número uno.

—¿Gould?

—Sí.

—Mírame bien a los ojos.

—Sí.

—¿Tú crees de verdad que cuando las cosas tienen un número, y una de ellas, en particular, tiene el número uno, lo que tenemos que hacer, lo que tú tienes que hacer, y yo, y todo el mundo, es empezar precisamente por ella, por la única razón de que ésa es la cosa número uno?

—No.

—Fantástico.

—¿Cuál querías?

—La veintidós.

—Veintidós. ¿Podría la candidata recordar lo más hermoso que le fue dado realizar cuando era niña?

Shatzy permaneció un instante sacudiendo la cabeza y murmurando incrédula «le

fue dado realizar». Luego se puso a escribir.

Cuando era pequeña, para mí lo más hermoso era ir a ver el Salón de la Casa Ideal. Estaba en el Olympia Hall, un lugar inmenso, parecía una estación, con el techo en forma de cúpula, inmenso. En lugar de andenes y de trenes estaba el Salón de la Casa Ideal. No sé si lo recuerda, coronel. Lo hacían cada año. Lo más increíble es que construían casas de verdad, y podías pasear, como en un pueblo absurdo, con sus calles y sus farolas en las esquinas, y todas las casas eran distintas, y muy limpias, nuevas. Todo estaba en su sitio, las cortinas, el paseo, había incluso jardines, era un mundo de ensueño. Podías pensar que todo era de cartón piedra, y sin embargo estaba construido con ladrillos de verdad, hasta las flores eran de verdad, todo era de verdad, habrías podido vivir allí, podías subir las escaleras, abrir las puertas, eran casas de verdad. Es difícil de explicar, pero caminabas por allí y sentías algo muy extraño en la cabeza, una especie de dolorosa maravilla. Es decir, aquéllas eran casas de verdad, y todo lo era, pero luego, en realidad, las casas de verdad eran distintas. La mía tenía seis pisos, las ventanas eran todas iguales, y había una escalera de mármol, con pequeños rellanos en cada piso, y olor a desinfectante por todas partes. Era una casa bonita. Pero aquéllas eran distintas. Tenían techos extraños, y formas estilizadas, con ventanas en galería, y con porches delante, o escaleras que subían e iban girando, y terrazas, balcones, y cosas parecidas. Y un farolillo en cada puerta. O el garaje con el portón de colores. Eran de verdad, pero no eran de verdad: era eso lo que te jodía. Ahora que pienso en ello, ya estaba todo en el nombre, Salón de la Casa Ideal, pero qué sabías tú, entonces, sobre lo que era ideal y lo que no. No tenías el concepto de *ideal*. Por eso te cogía de sorpresa, por la espalda, como si dijéramos. Era una sensación extraña. Creo que podría hacerle comprender exactamente esta historia si lograra explicarle por qué la primera vez que fui rompí a llorar. En serio. A llorar. Había ido porque mi tía trabajaba allí, y tenía entradas gratis. Ella era muy bella, una señora alta, con el pelo largo y negro. La habían contratado para hacer de madre que trabajaba en la cocina. Porque el hecho es que de vez en cuando daban vida a aquellas casas, es decir, metían gente en su interior que simulaba vivir allí, yo qué sé, un señor sentado en el salón mientras lee el periódico y fuma en pipa, y hasta niños en pijama, acostados en literas, una maravilla, nosotros no habíamos visto nunca literas. Era siempre para obtener ese efecto de *ideal*, ¿comprende? Incluso ellos, los personajes, eran *ideales*. Mi tía era el *ideal* en la cocina, tan elegante, y bella, con un delantal estampado: se ponía a ordenar cerrando las puertas de una cocina americana, las abría y las cerraba continuamente, pero con dulzura, y sacaba tacitas y platitos, esas cosas, todo el rato. Sonriendo. A veces venían incluso estrellas de cine, o cantantes famosos, y hacían lo mismo, con fotógrafos que los fotografiaban, y la foto, al día siguiente, salía en los periódicos. Me acuerdo de una completamente vestida de pieles, una cantante, creo, con brillantes en los dedos, que miraba al objetivo mientras pasaba

una aspiradora Hoover. Nosotros ni siquiera sabíamos qué era una aspiradora. Ésta era otra de las cosas hermosas del Salón de la Casa Ideal: cuando salías de allí, tenías la cabeza llena de cosas que no habías visto nunca, y que nunca más verías. Así era. De todos modos, la primera vez fui con mi madre, y había justo a la entrada un pueblecito de montaña reconstruido, tal cual, con prados y senderos, una preciosidad. Detrás habían pintado un telón enorme con los picos de las montañas y un cielo azul. Empecé a sentir en mi cabeza cosas extrañas. Me habría quedado allí para siempre. Mi madre me hizo caminar y terminamos en un sitio donde sólo había cuartos de baño, uno detrás de otro, baños increíbles, y el último se llamaba «Ahora y entonces», había un montón de gente mirando, era una especie de escena, a la derecha se veía cómo era un cuarto de baño de hace cien años y a la derecha un cuarto de baño idéntico pero con todas las cosas modernas, de hoy. Lo más increíble es que en las bañeras había dos modelos, no había agua pero había dos señoritas, y, esto es lo genial, eran gemelas, ¿lo comprende?, dos gemelas que estaban en la misma postura, una en una pila de cobre y la otra en una tina completamente blanca esmaltada, y la otra extravagancia era que estaban *desnudas*, lo juro, sonreían al público y mantenían los brazos en una posición estudiada que dejaba entrever las tetas, pero no las dejaba ver del todo, algo a medio camino, y todos comentaban muy seriamente los elementos del baño, pero en realidad miraban continuamente de reojo para controlar si por casualidad no habían movido los brazos un poquito, ese poquito que bastaba para poder ver las tetas de las gemelas, que, dicho sea entre paréntesis, fíjese qué cosas más extrañas acaba una recordando, se llamaban gemelas Dolphin, aunque ahora que vuelvo a pensar en ello, me parece que se trataba de su nombre artístico. Le cuento esta historia del baño porque también tiene que ver con que yo rompiera al final a llorar. Es decir, era un conjunto de cosas que te desconcertaba, desde el principio, una máquina que te iba trabajando y te predisponía, por decirlo de alguna manera, a algo especial. De todos modos, nos marchamos de allí, de las gemelas desnudas, y entramos en el pasillo central. Estaban todas aquellas Casas Ideales, una tras otra, cada una con su jardín, algunas parecían antiguas, o viejas, y otras más modernas, con un descapotable aparcado delante. Una maravilla. Caminábamos lentamente, y en un momento determinado mi madre se paró y dijo Mira qué bonita es ésta, era una casa de dos pisos, con un porche delante, el tejado inclinado y altas chimeneas de ladrillo rojo. No tenía nada de extraordinario, era *ideal* de una forma natural, y quizás por eso mismo te jodía. Permanecimos allí, contemplándolas en silencio. Había mucha gente que pasaba a nuestro alrededor, charlando, y todo el ruido que hay siempre en el Salón de la Casa Ideal, pero yo empecé a no oír nada más, como si todo fuera apagándose poco a poco en mi cabeza. Y en un momento concreto sucedió que, en la ventana de la cocina, una gran ventana en la planta baja, con las cortinas abiertas, vi encenderse la luz, en el interior, y entrar a una señora,

sonriente, con flores en la mano. Se acercó a la mesa, dejó las flores, cogió un jarrón y fue al fregadero para llenarlo de agua. Lo hacía todo como si nadie la observara, como si estuviera en algún lugar remoto del mundo, donde sólo estuviera ella y aquella cocina. Cogió las flores y las puso en el jarrón, después dejó el jarrón en el centro de la mesa, dándole unos toques a alguna rosa que se salía por un lado. Era una señora rubia, con una diadema que le recogía el pelo hacia atrás. Se volvió, fue hacia la nevera, la abrió y se agachó para coger una botella de leche y alguna cosa más. Cerró la nevera con un ligero movimiento de codo, porque tenía las manos ocupadas. Y yo no podía oírlo, pero oí claramente el clac de la puerta al cerrarse, preciso, metálico y un poco cálido. No he vuelto a oír nunca más algo tan exacto, y definitivo, y salvífico. Entonces miré un instante la casa, toda la casa, el jardín, las chimeneas, la silla en el porche, todo. Y después rompí a llorar. Mi madre se asustó, pensaba que me había pasado algo, y en efecto, algo me había pasado, pero ella pensó que se me había escapado el pipí, era algo que me sucedía a menudo, cuando era niña, se me escapaba el pipí y me echaba a llorar, de manera que pensó que aquello era exactamente lo que había sucedido y empezó a arrastrarme hacia los lavabos. Después, cuando comprobó que estaba seca, empezó a preguntarme qué me pasaba, y no paraba de preguntármelo, una tortura, porque obviamente yo no sabía qué responder, sólo conseguía repetir que todo iba bien, que estaba bien. Entonces, ¿por qué lloras?

—No estoy llorando.

—Sí estás llorando.

—No es verdad.

Era una especie de *lacerante, dolorosa maravilla*. No sé si se hace una idea, coronel. Es algo así como cuando miras los trenecitos eléctricos, sobre todo si está la maqueta, con la estación y los túneles, las vacas en el prado y las lucecitas encendidas a ambos lados de los pasos a nivel. También ocurre ahí. O bien cuando se ve en los dibujos animados la casa de los ratoncitos, con las cajas de cerillas haciendo de camas, y el cuadro del ratón abuelo en la pared, la estantería, y una cuchara que hace de mecedora. Sientes una especie de consolación, dentro de ti, casi una *revelación*, que te abre el alma de par en par, por decirlo de algún modo, pero simultáneamente una especie de punzada, la sensación de una pérdida irremediable, y definitiva. Una dulce catástrofe. Creo que tiene que ver con el hecho de estar siempre *fuera*, en esos momentos siempre estás ahí, mirándolo desde *fuera*. No puedes entrar en el trenecito, eso es lo que ocurre, y la casa de los ratones permanece ahí, en la televisión, y tú estás irremediablemente *delante*, la miras y eso es lo único que puedes hacer. También aquella Casa Ideal, aquel día: podías entrar en ella, si lo deseabas, hacías un rato de cola y podías entrar para visitar el interior. Pero si lo hacías no era lo mismo. Había un montón de cosas interesantes, era curioso, hasta podías tocar las figuras de

adorno, pero ya no existía aquella maravilla de cuando la habías visto desde fuera, esa sensación ya no existía. Es algo raro. Cuando resulta que ves el lugar donde estarías *salvado*, siempre estás ahí mirándolo *desde fuera*. Nunca estás dentro. Es tu sitio, pero tú nunca estás ahí. Mi madre seguía preguntándome por qué estaba triste, y me habría gustado decirle que no estaba triste, al contrario, habría querido explicarle que más bien era algo parecido a la felicidad, a la devastadora experiencia de haberla visto, de golpe, y en aquella casa idiota. Pero ¿cómo hacerlo? Ni siquiera ahora sabría hacerlo. Es como para sentir vergüenza. Aquélla era una estúpida Casa Ideal hecha a propósito para joderte, todo aquello era un gran e idiota negocio de geómetras y albañiles, una solemne estafa, en pocas palabras. Por lo que sé, el arquitecto que la diseñó podía ser un perfecto imbécil, uno que a la hora de comer se iba a la salida de las escuelas para restregarse contra las chiquillas y susurrarles Chúpame la polla y cosas por el estilo. No sé. Por otro lado, no sé si usted también se habrá dado cuenta, por regla general, cuando algo te golpea como una *revelación*, puedes apostar a que será algo falso, es decir, algo que no es de verdad. Tome el ejemplo del trenecito. Puede usted estar durante horas contemplando una estación de *verdad* y no pasa nada, pero, luego, basta una ojeada a un trenecito y, zas, se desencadena esa bendición. No tiene sentido, pero es así, irremediamente, y a veces, cuanto más idiota es lo que te sorprende, más prendado te quedas con esa maravilla, como si hiciera falta cierta dosis de impostura, de deliberada impostura, para obtener todo eso, como si hiciera falta que todo fuera falso, o por lo menos un poco, para lograr, después, convertirse en algo parecido a una *revelación*. Incluso con los libros, o con las películas, ocurre lo mismo. No existe nada más falso que eso, y si usted va a ver quién está detrás puede apostar a que sólo encontrará grandísimos hijos de puta, pero mientras tanto ves en su interior esas cosas con las que sueñas cuando vas por la calle, y que en la vida verdadera nunca encontrarás. La vida verdadera nunca *habla*. Es sólo un juego de habilidad, algo que ganas o pierdes, te hacen jugar para distraerte, así no piensas en ello. Mi madre también utilizó ese truco aquel día. Como no paraba de lloriquear, me arrastró hasta una máquina llena de luces y de rótulos, una máquina bonita, parecía una tragaperras, o algo por el estilo. La había montado una empresa que elaboraba margarina. La habían estudiado bien, no hay queja. El juego consistía en que habían colocado seis galletas en un plato, y unas estaban hechas con mantequilla y otras con margarina. Tú las probabas, una a una, y cada vez tenías que decir si eran de margarina o de mantequilla. En aquellos tiempos la margarina resultaba algo más bien exótico, no se tenía una idea clara de lo que era, sólo se pensaba que causaba menos problemas que la mantequilla y que, fundamentalmente, daba asco. Ése era el problema. Así que se inventaron aquel aparato, y el juego consistía en que cuando la galleta te parecía hecha con mantequilla pulsabas el botón rojo, y que, en cambio, si te sabía a margarina pulsabas el azul. Era divertido. Y dejé de llorar. De eso no hay

duda. Paré de llorar. No es que hubiera cambiado nada dentro de mi cabeza, seguía teniendo adherida aquella lacerante maravilla dolorosa, y de hecho nunca me libré de ella, porque cuando un niño descubre que hay un lugar que es su lugar, cuando le haces ver un instante el destello de *su* Casa, y el *sentido* de una Casa, y sobre todo la idea de que *existe* una Casa, ya la has cagado para siempre, hasta el final, a partir de ese punto ya no hay retorno, seguirás siendo uno que pasaba por allí por casualidad, con una lacerante maravilla dolorosa encima, y por tanto siempre más alegre que los demás, y también más triste, con todas esas cosas, mientras deambulas, por las que reír y llorar. En ese caso concreto, sin embargo, dejé de llorar. Funcionó. Comía galletas, pulsaba botones, se encendían luces, y ya no lloraba. Mi madre estaba contenta, pensaba que ya se me había pasado, ella no podía comprenderlo, pero yo sí, lo comprendía todo perfectamente, sabía que no había pasado nada, que ya nunca pasaría nada, pero mientras tanto ya no lloraba, y jugaba con la mantequilla y la margarina. ¿Sabe cuántas veces, después, he vuelto a notar esa sensación?... Me parece que no he hecho otra cosa desde entonces. Con la cabeza en otra parte, pulsando botones azules o rojos, tratando de adivinar. Un juego de habilidad. Te hacen participar para distraerte. Como funciona, ¿por qué no hacerlo? Por otra parte, cuando acabó el Salón de la Casa Ideal aquel año, la empresa que hacía margarina comunicó que habían participado ciento treinta mil personas en aquel juego, y que sólo habían adivinado las seis galletas un ocho por ciento de los concursantes. Lo comunicaron con cierto triunfalismo. Creo que es el mismo porcentaje de aciertos que tengo yo. Es decir, que todas las veces que me he puesto a tratar de adivinar, pulsando los botones azules y rojos de esta vida, debo de haber acertado más o menos un ocho por ciento de las veces, un porcentaje que me parece plausible. Lo digo sin triunfalismos. Pero más o menos por ahí van los tiros. Según mi punto de vista.

Shatzy se volvió hacia Gould, que no se había perdido ni una línea.

—¿Qué tal?

—Mi padre no es coronel.

—¿No?

—General.

—De acuerdo, general. ¿Y el resto?

—Si sigues a este ritmo, acabarás cuando ya no necesite un ama.

—Es verdad. Déjame ver...

Gould le enseñó la lista de las preguntas. Shatzy echó un vistazo, después se fijó en una pregunta de la segunda página.

—Ésta es rápida. Léemela...

—31. ¿Podría la candidata exponer en líneas generales cuál es el sueño de su vida?

—Puedo.

Mi sueño es hacer un *western*. Empecé a hacerlo cuando tenía seis años y espero no palmarla antes de haberlo terminado.

—*Voilà*.

Desde que tenía seis años, Shatzy Shell trabajaba en un *western*. Era la única cosa en su vida que realmente le importaba. Pensaba continuamente en ello. Cuando se le ocurría alguna buena idea, encendía su grabadora y la decía. Tenía cientos de cintas grabadas. Ella decía que era un *western* bellísimo.

4

Se cargaron a Mami Jane en el número de enero, en una historia titulada *Terminal criminal*. Así son las cosas.

Esa historia del *western*, por otra parte, era cierta. Shatzy trabajaba en ella desde hacía años. Al principio había acumulado ideas, después se había puesto a llenar cuadernos de notas. Ahora utilizaba la grabadora. De vez en cuando la encendía y decía cosas. No tenía un método preciso, pero seguía adelante, sin detenerse. Y el *western* crecía. Empezaba con una nube de arena y de crepúsculo.

La típica nube de arena y de crepúsculo, como cada tarde, esparcida por el viento sobre el suelo y dentro del cielo, mientras Melissa Dolphin barre la calle delante de su casa, envuelta por el río de aire circular, con irracional dedicación, e inútil, barre. Pero llevando sus años, sesenta y tres, con calma y gratitud. Hermana gemela de Julie Dolphin, que está mirándola ahora, balanceándose bajo el porche, protegida del viento más fuerte: a través del polvo, mirándola, ella sola, la comprende.

A la derecha, alineado a ambos lados de la calle central, se extiende el pueblo. A la izquierda, nada. No hay frontera más allá de su empalizada, sino sólo una tierra decretada inútil, y abolida de los pensamientos. Guijarros y nada. Cuando muere alguien, en aquella tierra, dicen: las hermanas Dolphin lo han visto pasar. No hay casa más apartada, allí, que su casa. Ni más allá, dicen.

Así que es con estupefacta sorpresa como Melissa Dolphin levanta la vista hacia aquella nada y ve la figura de un hombre, difuminada en la nube de arena y de crepúsculo, aproximándose lentamente. Aunque había visto algunas veces desaparecer algo en aquella dirección —zarzas, animales, un viejo, miradas inútiles—, *aparecer* algo, nunca. Alguien.

—Julie... —dice en voz baja, y se vuelve hacia la hermana.

Julie Dolphin está de pie, en el porche, y sujeta con fuerza en la mano derecha un Winchester modelo 1873, de cañón octogonal, calibre 44-40. Mira a aquel hombre — lentamente camina con el sombrero calado hasta los ojos, con un guardapolvo que le llega a los pies, arrastra algo, un caballo, algo, un caballo y algo, un pañuelo le protege la cara del polvo. Julie Dolphin levanta el rifle, apoya la culata de madera en el hombro derecho, inclina la cabeza para alinear ojo, punto de mira, hombre.

—Sí, Melissa —dice en voz baja.

Apunta en mitad del pecho, y dispara.

El hombre se detiene.

Levanta la mirada.

Se baja el pañuelo que escondía su cara.

Julie Dolphin lo mira. Vuelve a cargar. Después inclina la cabeza para alinear ojo, punto de mira, hombre.

Apunta a la cabeza, y dispara.

El eco del disparo se lo traga el polvo. Julie Dolphin hace saltar el cartucho de la

recámara: Morgan rojo, calibre 44-40. Permanece en pie, mirando.

El hombre tarda un poco en llegar hasta Melissa Dolphin, en mitad de la calle, inmóvil. Se quita el sombrero.

—¿Closingtown?

—Depende —responde Melissa Dolphin.

Exactamente así empezaba el *western* de Shatzy Shell.

6

—Te acompaño.

—¿Por qué?

—Quiero ver esa bendita escuela —dijo Shatzy.

De manera que salieron los dos. Se podía ir en autobús o a pie, Hagamos un trecho a pie y después quizá cojamos el autobús. Okay, pero abrígate.

—¿Qué has dicho?

—No sé, Gould. ¿Qué he dicho?

—Abrígate.

—Anda ya.

—Te lo juro.

—Estás soñando.

—Has dicho abrígate, como si fueras mi madre.

—Venga, vamos.

—Lo has dicho.

—Déjalo ya.

—Te lo juro.

—Y abrígate.

La calle hacía un poco de bajada, y por el suelo había hojas caídas de los árboles, por lo que Gould caminaba arrastrando los pies, como si tuviera dos topos en lugar de zapatos, topos que excavaban túneles entre las hojas, haciendo un ruido de cigarro que se enciende, pero multiplicado por mil. Ruido amarillo, y rojo.

—Mi padre fuma cigarros.

—¿En serio?

—Le gustarías.

—Yo le *gusto*, Gould.

—¿Cómo lo sabes?

—Se nota, por la voz.

—¿De verdad?

—Se notan un montón de cosas en la voz.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, si oyes a alguien con una hermosa voz, pero muy hermosa, una hermosa voz de hombre, ¿vale?

—¿Qué?

—Entonces, puedes estar seguro, es un tío feo.

—Feo.

—Peor que feo, muy feo, completamente seboso, no sé, así de alto, o con las manos gordas, que siempre le sudan, siempre un poco húmedas ¿te lo imaginas?

—Bah.

—¿Cómo que bah?

—No sé, que no me gusta estrechar manos, no tengo una gran experiencia en el tema de las manos.

—No te gusta estrechar manos.

—No. Es una idiotez.

—¿Ah, sí?

—Los adultos tienen siempre las manos grandes, no tiene ningún sentido que me las hagan estrechar precisamente *a mí*, es una idiotez el mero hecho de pensarlo, no puede salir más que una memez.

—Una vez vi en televisión la entrega de los Premios Nobel. Pues bien, en cuanto uno subía, vestido elegantemente, no hacía más que estrechar manos, desde el principio hasta el final.

—Eso es otra historia.

—Ésa es una historia que me interesa. Cuéntamela, Gould.

—¿Qué quieres decir?

—Lo del Nobel.

—¿Y bien?

—¿Cómo es eso que han decidido hacer que lo ganaras?

—No han *decidido* hacer que lo ganara.

—¿Lo has ganado, y ya está?

—No dan el Premio Nobel a los niños.

—Podrían hacer una excepción.

—Déjalo ya.

—Okay.

—...

—...

—...

—De acuerdo, pues entonces ¿cómo fue, Gould?

—Nada, es una tontería, eso es, me parece que es una manera de hablar.

—Extraña manera de hablar.

—No te gusta, ¿verdad?

—No es que no me guste.

—No te gusta.

—Lo encuentro un poco extraño, nada más. ¿Cómo puedes decirle a un niño que ganará el Nobel?, puede ser inteligente y todo lo que tú quieras, pero no puedes saberlo, a lo mejor no es *tan* inteligente, a lo mejor *no quiere* ganar el Nobel, y de todos modos, aunque así fuera, ¿por qué decírselo?, es mejor dejarlo en paz, él hace lo que tiene que hacer y, luego, una mañana se levantará y le dirán ¿has oído la

noticia?, has ganado el Nobel, punto y final.

—Oye, que nadie me ha dicho...

—Es como decirle a uno cuándo morirá.

—...

—...

—...

—Sólo era un ejemplo, Gould.

—...

—Venga, Gould, era sólo un ejemplo... Gould, mírame.

—¿Qué pasa?

—Sólo era un ejemplo.

—Está bien.

Gould se paró, y se dio la vuelta. Había dos estelas excavadas por sus pies en medio de las hojas, hermosamente largas, hacia lo lejos. Podía imaginarse que alguien, quizás horas después, caminaría poniendo sus pies en los dos carriles, lentamente, divirtiéndose al mantenerlos siempre en los dos carriles. Gould dio un salto a un lado y se alejó caminando con lentitud, intentando no dejar huellas. Miró atrás, hacia las dos estelas que se interrumpían de repente. *Las aventuras del hombre invisible*, pensó.

—El autobús, Gould. ¿Lo cogemos?

—Sí.

Recorría toda la avenida y después giraba hacia el paseo donde el trayecto volvía a subir, bordeando el parque y pasando por delante de la clínica veterinaria. Era un autobús rojo. En un momento determinado llegaba a la escuela.

—Vaya, qué bonita —dijo Shatzy.

—Sí.

—Es verdaderamente bonita, no lo habría dicho nunca.

—Desde aquí no se ve, pero sigue por detrás, hay pistas de deporte, y luego sigue un montón de rato.

—Bonita.

Se sentaron allí, uno junto a otro, mirando. Había chicos que entraban y salían, y un inmenso prado, antes de la escalinata, con varios senderos y un par de árboles enormes, un poco torcidos.

—¿Sabes el campo, debajo de casa, donde juegan a pelota? —dijo Gould.

—Sí.

—Están esos críos, jugando a pelota.

—Sí.

—Lo más raro es que cuando no hay ninguna pelota por allí, ellos siguen jugando. De vez en cuando ves que tiran, en el aire, o hacen como que chutan. A lo

mejor le dan de cabeza, pero no hay ningún balón, están sólo correteando mientras esperan a que llegue el entrenador, o a que empiece el partido. A veces ni siquiera van vestidos de futbolistas, tienen todavía la bolsa en la mano, y el abrigo puesto, pero entretanto le pasan al extremo, o driblan un asiento, o cosas de este tipo.

—...

—...

—...

—Para mí es lo mismo.

—...

—Me refiero a la escuela, para mí es como eso.

—...

—Aunque no haya ningún libro abierto, o profesor, o escuela, nada, yo..., es lo mismo..., no paro nunca de..., no paro nunca. ¿Me entiendes?

—Quizá.

—Es algo que me gusta. No paro nunca de pensar en ello.

—Qué gracioso.

—¿Lo comprendes?

—Sí.

—No tiene nada que ver con el Nobel, ¿entiendes?

Lo más hermoso es que ni siquiera se miraban, estaban allí, de pie, con los ojos vagando por la escuela, el prado, los árboles y todo lo demás.

—No estaba hablando en serio, Gould.

—¿De verdad?

—Claro, hablaba por hablar, no tienes que hacerme caso, soy la última persona a la que tienes que hacer caso si se trata de la escuela. Créeme.

—De acuerdo.

—No es lo mío, eso de la escuela, y ya está.

—...

—Perdóname, Gould.

—No pasa nada.

—Okay.

—Me alegra que te guste.

—¿El qué?

—Esto.

—Sí.

—Esto es muy bello.

—Sí. Pero luego vuelve a casa, ¿okay?

—Claro que volveré.

—Ya sabes: vuelve.

—Sí.

—Okay.

Entonces se miraron. Antes, no. Se miraron un poco. Gould llevaba un sombrero de lana, un poco ladeado, de forma que una oreja estaba cubierta y la otra no. Con aquel aspecto se requería una vista de lince para darse cuenta de que era un genio. Shatzy le bajó el sombrero sobre la oreja descubierta. Adiós, dijo. Gould atravesó la verja y empezó a subir por el paseo central, en medio del gran prado, sin darse la vuelta en ningún momento. Parecía pequeñísimo, en mitad de tanta escuela, y Shatzy pensó que nunca, en toda su vida, había visto algo más pequeño que aquel chiquillo y su cartera, que subían por el paseo haciéndose, paso a paso, cada vez más pequeños. Pensó que era escandaloso permitir que un niño estuviera tan solo, y que lo mínimo, lo mínimo, tendrían que haberle puesto un escuadrón de húsares pisándole los tobillos, o algo parecido, para escoltarlo por aquel paseo y después, ya dentro, en las aulas, una veintena de húsares, o incluso más. Pero, así, era terrible.

—Así es terrible —dijo a dos chavales que salían, con sus libros bajo el brazo y unos zapatos que parecían de cómic.

—¿Hay algo que va mal?

—Todo va mal.

—¿Ah, sí?

Los chavales se reían a carcajadas.

—¿Conocéis a uno que se llama Gould?

—¿Gould?

—Sí, Gould.

—¿Uno que es un crío?

Se reían a carcajadas.

—Sí, ese crío.

—Claro que lo conocemos.

—¿De qué os reís?

—¿Quién no conoce al señor Nobel?

—¿De qué os reís?

—Eh, tía, cálmate.

—Bueno, ¿lo conocéis o no?

—Claro que lo conocemos.

—¿Sois sus compañeros?

—¿Quiénes, nosotros?

—Vosotros.

Se reían a carcajadas.

—Ése no es compañero de nadie.

—¿Eso qué significa?

—Pues que no es compañero de nadie, eso es lo que significa.

—¿No va al colegio con vosotros?

—Él vive en el colegio.

—¿Y entonces?

—Entonces nada.

—Irá a clase como todos, ¿no?

—¿Pero a ti qué te importa?, ¿qué eres?, ¿periodista?

—No soy periodista.

—Es su mamita.

Se reían a carcajadas.

—No soy su mamita. Él tiene una madre.

—¿Y quién es, Marie Curie?

—Que te jodan.

—Eh, tía, relájate.

—Relájate tú.

—No estás bien de la cabeza.

—Que te jodan.

—¡Eh!

—Pasa de ella, esta tía está loca.

—Pero qué coño quiere...

—Venga, pasa de todo...

—Está loca.

—Venga ya, vámonos.

Ya no se reían a carcajadas.

—NO HARÉIS TANTO CACHONDEO CUANDO VENGAN LOS HÚSARES

—les gritó a sus espaldas Shatzy.

—Pero... ¿tú has oído?

—Venga, pasa de todo.

—A LOS TÍOS COMO VOSOTROS LOS CUELGAN DE LAS PELOTAS, Y DESPUÉS HACEN TIRO AL BLANCO.

—Está loca.

—Increíble.

Shatzy se volvió otra vez hacia la escuela. Os colgarán de las pelotas, murmuró en voz baja. Después se sorbió la nariz. Hacía un frío del demonio. Miró el gran prado, y los árboles un poco torcidos. Ya había visto árboles así, pero no recordaba dónde. Delante de algún museo, tal vez. Hacía un frío del demonio. Sacó los guantes y se los puso. Vaya mierda, pensó. Miró la hora. Había chicos que entraban y chicos que salían. La escuela era blanca. El prado, amarillento. Vaya mierda, pensó.

Después echó a correr.

Enfiló el paseo y lo cruzó a la carrera, hasta la escalinata, subió los escalones de dos en dos y entró en la escuela. Recorrió un largo pasillo, luego subió al segundo piso, entró en una especie de comedor, salió al otro lado, volvió a bajar un piso, abrió todas las puertas que encontró, acabó de nuevo fuera de la escuela, atravesó una pista de deportes y un jardín, entró en un edificio amarillo, de tres plantas, subió las escaleras, miró en la biblioteca y en los lavabos, entró en las oficinas, cogió un ascensor, siguió una flecha que indicaba FUNDACIÓN GRABENHAUER, retrocedió, enfiló un pasillo pintado de verde, abrió la primera puerta, miró dentro del aula, vio a un señor de pie tras la mesa y a nadie en los pupitres, salvo un chiquillo, sentado en la tercera fila, con una lata de Coca-Cola en la mano.

—Shatzy.

—Hola, Gould.

—¿Qué haces aquí?

—Nada, sólo quería saber si todo iba bien.

—Va todo bien, Shatzy.

—¿Todo en orden?

—Sí.

—Vale. ¿Cómo se sale de aquí?

—Baja y luego sigue las flechas.

—Las flechas.

—Sí.

—Okay.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

En el aula se quedaron Gould y el profesor.

—Es mi nueva ama —dijo Gould—. Se llama Shatzy Shell.

—Bonita —observó el profesor, quien, ateniéndonos a los hechos, se llamaba Martens. Después reinició su lección, que, ateniéndonos a los hechos, era su lección número catorce.

—Y, en efecto, éste parece ser el meollo de tan singular experiencia, por cuanto se revela sólo parcialmente evaluable, y oscuro —articuló el profesor Martens en la lección n.º 14—. Tómese, por ejemplo, a un paseante que, sintonizando ordenadamente sus actos según un proyecto previo, puesto a punto por la mañana, pasea con una meta precisa por el carril bien delimitado e infalible de una calle de la ciudad. Y supóngase que de pronto se halla ante el encuentro con la irrelevante presencia, en el adoquinado, de un tacón de aguja negro, imprevisto y, por otra parte, imprevisible.

Y se queda como hechizado.

Él solo, préstese atención, y no los otros miles de humanos que, con análogas

disposiciones de ánimo y de conducta, han visto el tacón de aguja negro, pero que con preciso automatismo lo han relegado en el útil carril lateral de objetos curiosos fundamentalmente no aptos para penetrar en el sistema de su atención, como por pragmática impostación del mismo. En cambio, nuestro hombre, sometido de repente a una cegadora epifanía, bloquea su camino, espiritual y no, al ser irremediabilmente sustraído a sí mismo por una imagen que se escucha como un reclamo que es imposible eludir, casi un canto capaz, en apariencia, de reverberar hasta el infinito.

Eso es extraño —articuló el profesor Martens en la lección n.º 14.

Cuando, en el tropel de materiales que la percepción se encarga de trasladar desde la experiencia hasta nosotros, un detalle, y sólo ése, aflora entre el magma de la totalidad y, escapando a todo control, llega a *herir* la superficie de nuestra automática ausencia de atención. Generalmente, no hay razón para que instantes como ése acaezcan y, sin embargo, acaecen, encendiendo repentinamente en nosotros una emoción inusitada. Son como promesas. Como destellos de promesas.

Prometen mundos.

Se diría —articuló el profesor Martens en la lección n.º 14— que ciertas epifanías de objetos escapados a la equivalente insignificancia de lo real son minúsculas troneras a través de las cuales es posible intuir —quizás alcanzar— la plenitud de mundos. De mundos. Desde la inanidad de un tacón de aguja perdido en la calle, se filtra luz de mujer, la luz de mujer, de un mundo —desarticuló el profesor Martens en la lección n.º 14— de tal forma que hay que preguntarse, en fin, si ésa precisamente / tal vez es ésa la única puerta a la autenticidad de los mundos^[3]

no hay en ninguna mujer toda la mujer que hay en un tacón de aguja perdido en la calle / allí está, al alcance de la mano, algo que parece / algo que es el último meollo de la inmensa experiencia colectiva y de la historia que subyace bajo el nombre de mujer / digamos que su verdad tornasolada / más en concreto, lo que en la realidad corresponde a cuanto en nuestro horizonte perceptivo acaece en cuanto emoción y sensación subsumible en la expresión lingüística *mujer*

no hay en ninguna mujer toda la mujer que hay en un tacón de aguja perdido en la calle: y, si esto es cierto, la autenticidad sería entonces una metrópoli subterránea perceptible por el destello de troneras minúsculas que la anuncian, objetos-luminiscencias tallados en la superficie blindada de lo real, llamaradas que son anunciación y atajo, señal y puerta, ángeles —desarticuló el profesor Martens en su lección n.º 14. Añadiendo: y que nadie me venga ahora con la magdalena de Proust. Nos hemos *encadenado* a esa imagen obscenamente doméstica, burguesa, hogareña / se ha neutralizado en ella el ardor de las verdaderas troneras, reducidas a fenómenos insignificantes en sí mismos de memoria involuntaria y, quién sabrá por qué, reveladora / echados sobre el diván del médico hemos malbaratado los destellos epifánicos del subsuelo como regurgitaciones deprimentes de

7

Otra buena escena era la del menú. Dentro del *saloon*. No el menú. La escena. Era dentro del *saloon*.

Aquello era un endemoniado baile de cosas, voces, ruidos, colores, pero tampoco hay que olvidar —decía Shatzy— la peste. Es muy importante. Tienes que imaginarte bien la peste. Sudor, alcohol, caballo, dientes cariados, meados y loción para después del afeitado. ¿Te lo imaginas? Hasta que no le habías jurado que te lo imaginabas, no proseguía.

Al principio era un asunto entre Carver, el encargado del *saloon*, y el forastero, el de las hermanas Dolphin. Carver hablaba mientras secaba los vasos. Nadie lo había visto nunca fregándolos.

—¿Eres el forastero?

—¿Y eso qué es, una nueva marca de whisky?

—Es una pregunta.

—Las he oído más originales.

—Las buenas las guardamos para clientes con dinero.

El forastero deja sobre la barra una moneda de oro y dice:

—Veamos.

—¿Whisky, señor?

—Doble.

Shatzy decía que todavía le faltaba algo que grabar, pero en esencia era casi perfecto. Se refería al diálogo.

—¿Siempre os liáis a tiros con los que llegan a este pueblo?

—Las hermanas Dolphin, ¿no?

—Dos señoras. Gemelas.

—Son ellas.

—Menuda pareja.

—Nunca he visto manejar el rifle como ellas —dice Carver, y empieza a secar otro vaso.

—¿En qué sentido?

—¿Aún no has oído la historia del valet de corazones?

—No.

—Son famosas por esa historia. La cosa va así. Ellas se colocan a cuarenta pasos de ti, tiras al aire un mazo de cartas, ellas disparan, recoges las cartas del suelo, y al final te encuentras con cincuenta y una cartas normales y una con dos agujeros en el centro.

—El valer de corazones.

—Eso es.

—¿Siempre el valet de corazones?

—Les gusta esa carta. Seguro que hay alguna historia detrás.

—¿Y cuándo se puede ver ese espectáculo?

—No se puede ver. La última vez fue hace dos años y alguien resultó muerto. Fin de las representaciones.

—¿Ellas lo dejaron seco?

—Era uno que venía de fuera, un idiota. Le habían contado la historia del valet de corazones y no quería creérsela, decía que esas dos viejas solteronas no le darían a una carta ni aunque la enrollaras y se la metieras en el cañón del rifle. Estuvo diciéndolo durante días, riéndose como un loco con la historia esa de enrollar la carta y lo demás. Al final las hermanas Dolphin decidieron que ya estaban hartas. No era tanto por lo de la carta, era el asunto ese de las solteronas lo que las enfurecía, aquí sabemos todos que es mejor evitar ese tema, y en cambio el tipo aquel no paraba, las viejas solteronas por aquí, las viejas solteronas por allá. Las volvió locas. ¿Otro whisky?

—Antes, la historia.

—Pues al final él apostó mil dólares a que esas dos solteronas no lo lograrían nunca. Parecía seguro de sí mismo. Ellas llegaron, con sus dos rifles. Todo el pueblo estaba allí, mirando. El idiota iba riéndose, tan tranquilo, contó cuarenta pasos, cogió el mazo de cartas y lo lanzó al aire. Acabó tendido en el suelo cuando las cartas todavía estaban en el aire, cayendo como hojas muertas: dos tiros certeros en el corazón. Frito. Las hermanas Dolphin se dieron la vuelta y sin decir palabra regresaron a su casa.

—Bingo.

—Allí estábamos todos, de piedra, sin saber siquiera dónde mirar. Un silencio de la hostia. Sólo se movió el *sheriff*: se acercó al cadáver, le dio la vuelta, estuvo un rato mirándolo, como si buscara algo. Después se volvió hacia nosotros: sacudía la cabeza y sonreía.

Carver dejó de secar el vaso. También sonreía.

—Aquel idiota se había pasado de listillo. Había sacado el valet de corazones del mazo y lo había escondido. ¿A que no sabes dónde?

—En el bolsillo del chaleco.

—Encima mismo del corazón. Todavía me acuerdo de aquella carta. Completamente manchada de sangre. Y en el medio, dos agujeros así, parecían una firma.

—Whisky, Carver.

—Sí, señor.

Durante el juicio —decía Shatzy— el juez había buscado en sus libros algo que permitiera matar a un tramposo desarmado sin acabar en la horca. No lo encontró.

Entonces dijo A tomar por culo, absueltas. Se llevó al *sheriff* aparte y le dijo algo, a él sólo. Luego fue a emborracharse, salvajemente.

—¿Carver?

—Sí, *señor*.

—¿Por qué estoy vivo?

—Esto es un *saloon*, la iglesia está más abajo, en la otra punta de la calle.

—¿Por qué las hermanas Dolphin me han disparado y yo estoy aquí bebiendo whisky?

—Cartuchos de fogueo. Las hermanas no lo saben, se los prepara Truman, Morgan rojos calibre 44-40, un trabajo de primera, clavaditos a los de verdad. Pero son salvas. Orden del *sheriff*.

—¿Y ellas no lo saben?

Carver se encoge de hombros. El forastero vacía el vaso. Hay olor a sudor, alcohol, caballo, dientes cariados, meados y loción para después del afeitado.

Si le preguntabas qué tenía que ver el menú con todo aquello, ella te decía lo tiene, lo tiene. Calma, es sólo el principio.

Como el baño estaba justo al final de las escaleras, cuando Shatzy subió al piso de arriba para ir a dormir, pasó por delante. Gould estaba dentro. Y lo que se oía desde fuera era su voz. Su voz haciendo voces.

—No estamos en tu *college* del carajo, ¿sabes, Larry?... Mírame, y respira..., venga, respira... ¡Y TEN CUIDADO CON ESO, POR DIOS!

—Tiene la ceja partida, Maestro.

—Pues ten cuidado igualmente, por lo que más quieras..., escúchame, Larry, ¿me escuchas?

—Sí.

—Si no dejas de hacerte el señorito, ése te va a mandar a casa con una cara nueva.

—Sí.

—¿Te gustaría tener una cara nueva?

—No.

—Respira..., así, señorito de mierda...

—No soy un...

—LO ERES, MALDITO SEÑORITO DE MIERDA, respira..., dale agua..., AGUA..., escúchame, ¿me escuchas?, a ése no lo vas a pillar si te quedas esperándolo, ¿vale?

—...

—Acorta las distancias, Larry, tienes que entrarle y meterte encima de sus puños, ¿comprendes?, deja de bailar, no estás aquí para salir bien en las fotos, busca sus puños, PARA YA CON EL AGUA, cuando sientas sus puños entonces estarás a la distancia justa, allí tienes que trabajar, izquierda al hígado y *uppercut*, ¡ése tiene una guardia por la que se colaría una nevera, LARRY!

—Sí.

—Métete entre sus puños y luego golpea. Repítelo.

—La mano..., me duele la mano.

—¡REPÍTELO, POR DIOS!

—Métete entre sus puños...

—Métete entre sus puños, Larry.

¡GONG!

—¡Que te den por culo, Larry!

—... por culo.

Tercer asalto sobre el ring del Toyota Master Building, Larry Gorman y León Sobilo, combate pactado a ocho asaltos, Gorman tiene ya el rostro castigado, Sobilo siempre en el centro del ring... en su postura habitual, no muy elegante pero eficaz..., un gran púgil, recordemos su pelea con Harder..., doce asaltos feroces...,

jab con la derecha de Sobilo, otro *jab* más..., Gorman retrocede, Gorman contra las cuerdas, luego escapa con elegancia...

¿Y ESO QUÉ ES, LARRY? NO ESTÁS BAILANDO UN TANGO, POR DIOS

Sobilo no lo deja, mete otro *jab*, y otro..., gancho de derecha, OTRO DE IZQUIERDA, GORMAN VACILA..., BUSCA EL RINCÓN, TODOS EN PIE... Sobilo lo castiga, Gorman está encogido en el rincón...

¡AHORA, LARRY!

UPPERCUT DE GORMAN, GANCHO DE DERECHA, IZQUIERDA AL CUERPO, SOBILO PARECE ESTAR TOCADO, RETROCEDE HACIA EL CENTRO DEL RING

ACABA LARRY, COÑO, AHORA...

Gorman lo acosa..., tiene los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, de verdad que resulta un espectáculo extraño, amigos oyentes... Sobilo se para... Gorman flexiona la cintura, mantiene la guardia bajada..., *jab* de Sobilo, Gorman esquiva, Y ENTRA EN LA GUARDIA DE SOBILO,

DERECHA

DIRECTO CON LA DERECHA...

IZQUIERDA

GANCHO DE IZQUIERDA...

Y DERECHA

GANCHO DE DERECHA, SOBILO A LA LONA, A LA LONA, SOBILO A LA LONA, UNA COMBINACIÓN LETAL, SOBILO A LA LONA, NO PARECE TENER FUERZAS PARA LEVANTARSE... DERECHA IZQUIERDA A UNA VELOCIDAD ENDIABLADA... SOBILO INTENTA LEVANTARSE, SOBILO EN PIE, LA CUENTA HA TERMINADO, SOBILO EN PIE PERO HA TERMINADO, HA TERMINADO, EL ÁRBITRO PARA EL COMBATE, HA TERMINADO, EN EL MINUTO Y DIECISÉIS SEGUNDOS DEL TERCER ASALTO, K. O. TÉCNICO, AMIGOS OYENTES, LARRY GORMAN HA TENIDO SUFICIENTE CON UN DESTELLO DE SU CLASE PARA HACERSE CON LA VICTORIA, AQUÍ, EN EL TOYOTA MASTER BUILDING...

—¿Dónde cojones has aprendido ese paso de tango?

—En el *college*, Maestro.

—No digas chorradas.

—Si quiere, se lo enseño.

—Ponte esto por encima, venga.

—¿Qué cara tengo?

—La tuya.

—Okay.

Ruido de cisterna. Después de grifo y cepillo de dientes. Luego, nada más. La

puerta se abrió y Gould estaba en pijama. Shatzy lo miró, inmóvil.

—¿Y eso qué es?

—¿El qué?

—Esa televisión.

—Es una radio.

—Ah.

—Ese Sobilo es un hueso duro de roer.

—¿Italiano?

—Argentino. Un púgil. No da espectáculo, pero es un hueso duro. Nunca había besado la lona hasta hoy.

—¿Gould?

—Sí.

—¿Por qué en el lavabo no te haces pajas, simplemente, como todos los chicos?

—Me las hago en la cama, es más cómodo.

—Claro.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

El sábado Shatzy los invitó a todos a cenar fuera, así que, por la tarde, se fueron a ver a Wizwondk, el barbero, para cortarse el pelo. Estaba lleno de gente, había cola fuera del local. Los sábados todo el mundo se cortaba el pelo.

—En mi casa, el sábado se baña todo el mundo —dijo Diesel.

El que estaba echado y enjabonado hasta las narices no hacía más que carraspear, pero en aquella posición, obviamente, no podía escupir, así que se lo guardaba todo. Daba miedo pensar en lo que gargajearía en el momento oportuno. Aspas que giraban en el techo arremolinando cabellos, pelos, viejos anuncios de brillantina y perfume de colonia. Paredes amarillas, espejos con una Brigitte Bardot nunca envejecida en el corazón de Wizwondk; hay quien dice que el tal Wizwondk fue cura en su pueblo, y que luego hubo un asunto de jovencitas, o algo por el estilo: los jueves cortaba el pelo gratis, «yo sé el motivo, pero nunca os lo diré». Poomerang se lo hacía cortar al cero, Gould «corte lo menos posible, por favor». Diesel no cabía en los sillones, se quedaba de pie, apoyado en el lavabo, y Wizwondk se subía a un taburete, subía y bajaba, y cortaba, a ras de peine, con la raya en medio. Ahora, de todos modos, seguían haciendo cola, en el calor del exterior, esperando.

—K.O. técnico en el tercer asalto —dijo Gould.

Mierda —dijo Diesel, sacó un billete pringoso del bolsillo y se lo dio a Poomerang—. ¿Puedes explicarme cómo se tuvo en pie tanto tiempo?

—Te lo dije, era un hueso duro.

—No hay que apremiar a los artistas, y Gorman es un artista —nodijo Poomerang, metiéndoselo en el bolsillo.

—¿Y qué dice Mondini? —dijo Diesel.

—Mondini tenía una cara así, no quiso ni abrir la boca. Dice que Larry se hace el listillo, que se sube allí arriba y baila el tango.

—Baila, baila.

El siguiente, dijo Wizwondk.

Mondini era el entrenador de Larry. El Maestro, como dicen ellos. El que lo había descubierto. Su pelo era duro y rizado como un estropajo para fregar platos. Tenía toda una historia detrás.

POOMERANG — Mondini trabajaba de fontanero, aunque no sabía mucho del tema, pero lo hacía. Arregló las letrinas de un gimnasio y se enamoró del boxeo. En su primer combate fue a la lona seis veces. Volvió a los vestuarios, se vistió, salió y esperó a que saliera el que lo había noqueado. Tenía un nombre ruso, Kozalkev. Mondini no se tenía en pie de los porrazos que había recibido, pero lo siguió sin dejarse ver hasta que entró en un bar. Mondini también entró. Pidió una cerveza y fue a sentarse junto al ruso. Esperó un rato y luego le dijo: Enséñame. Kozalkev había

peleado cuarenta y tres veces, vendía los combates, y de vez en cuando se enfrentaba con novatos para equilibrar su récord profesional. Vete a tomar por culo, respondió. Mondini, con gran calma, le vertió la cerveza sobre los pantalones. La emprendieron a patadas y a botellazos hasta que los separaron y los metieron en una celda, en la comisaría. Durante una hora permanecieron en la penumbra, solos y silenciosos. Luego el ruso dijo: Primera lección: el boxeo se practica por hambre. No importa de qué. Por la mañana habían llegado hasta los trucos para golpear en los riñones sin que el árbitro lo vea, protestando porque el rival se vuelve. Un puñetazo en los riñones es algo que te duele hasta dentro de los ojos, dicho sea entre paréntesis.

DIESEL — Mondini decía que para aprender a boxear basta con una noche. Y una vida entera para aprender a pelear. Él se retiró a los treinta y cuatro años. Fue una carrera como tantas otras, un solo combate memorable. Doce asaltos en Atlantic City, con Barry «King» Moose. Acabaron en la lona cuatro veces cada uno. Parecía que fueran a matarse. El último asalto se lo pasaron apoyados el uno contra el otro, agotados, cabeza con cabeza, con los puños caídos, oscilando como badajos vacíos: se pasaron los tres minutos insultándose como animales. Al final el combate fue para Moose, tenía un buen enchufe. Mondini intentó olvidar. Pero un día, estando frente al televisor con más gente, al ver algo sobre un homicidio en Atlantic City, alguien le oyó murmurar: Bonito lugar, pasé allí una semana, hace tiempo, un domingo por la noche.

—¿Qué? ¿Retoco un poquito esas canas? —dijo Wizwondk. El lunes, día de descanso, iba a los cementerios, parecía que tuviera parientes por todas partes. Y por la noche, en casa, tocaba la guitarra. La gente abría las ventanas, y escuchaba.

POOMERANG — Mondini se retiró cuando tenía treinta y cuatro años. El último combate fue contra un negro de Filadelfia, que también estaba en las últimas. Cuando lo vio subir al ring, Mondini llamó a su mujer, que siempre estaba en primera fila, y le dijo:

—¿Has cogido el dinero?

—Sí.

—Vale. Apuesta todo a mi favor, a los puntos.

—Pero...

—No discutas. A mi favor, a los puntos. Y esperemos que ése aguante hasta el final.

Mondini fue a la lona en el segundo asalto y después otra vez al séptimo. No peleaba mal, pero no había forma de ver salir aquel maldito gancho de derecha. El negro lo lanzaba bien, se lo metía sin que pudiera verlo. Le soltó uno en el décimo, y lo tumbó en seco. Mondini lo vio todo confuso durante un rato. Después vio a su mujer que lo miraba, inclinada sobre la camilla de los vestuarios. Entonces intentó sonreír.

—No te preocupes. Empezaremos desde cero.

—Ya está hecho —le respondió la mujer—. Lo he apostado todo al otro.

Con aquel dinero abrió el gimnasio. Y se convirtió en Mondini, el auténtico. El Maestro. A ver si encontráis a otro como él.

El chico que estaba sentado bajo el calendario de Berbaluz (tinte y champú) empezó a temblar como un condenado. Temblaba todo él, pero fuerte. Se escurrió de la silla y acabó en el suelo. Echaba espumarajos por la boca y le rechinaban los dientes. Cada resuello era un pitido que daba miedo. Wizwondk se detuvo, con las tijeras y el peine en la mano. Todos miraban, nadie se movía. El gordo que estaba sentado justo en la silla de al lado dijo

—Pero ¿a ése qué le pasa?

Nadie respondió. El chico estaba verdaderamente mal, agitaba los brazos y las piernas en el suelo, y la cabeza se movía por su cuenta, con los ojos bizqueando y aquella baba que no paraba de embadurnarle la cara.

—¡Coño, qué asco!

El gordo se había levantado, miraba al chico tendido delante de él y se pasaba las manos por la americana, como si quisiera limpiárselas. Estaba pálido, tenía la frente perlada de sudor.

—¡Haced algo para que pare! ¡Es indecente!

Wizwondk no conseguía moverse. Alguno se levantó, pero nadie osaba acercarse. Un viejecito que había permanecido sentado murmuró algo así como

—Hay que hacer que respire...

Wizwondk dijo

—El teléfono...

El chico golpeaba la cabeza contra el suelo, no se quejaba, nada, sólo aquel pitido insufrible...

DIESEL — Un hermoso gimnasio. Gimnasio Mondini. Encima mismo de la puerta, aunque sólo fuera para evitar malentendidos, estaba escrito, en letras rojas, EL BOXEO SE PRACTICA POR HAMBRE. Después había una foto de Mondini de joven, mostrando los puños, y una de Rocky Marciano, con un autógrafo. Había un ring azulado, un poco más pequeño de lo reglamentario. Y aparatos de gimnasia por todas partes. Mondini abría a las tres de la tarde. Lo primero que hacía era poner en marcha el reloj, el que señalaba los asaltos. Sólo tenía segundero y cada tres vueltas sonaba y se paraba durante un minuto. Mondini tenía una especie de reflejo condicionado. Cuando sonaba el reloj, escupía en el suelo y sonreía, como si hubiera salido indemne de algo. Vivía en un tiempo propio, fraccionado en asaltos de tres minutos y pausas de uno. Cuando cerraba el gimnasio, ya entrada la noche, lo último que hacía, a oscuras, era desconectar el reloj. Después se iba a casa, como una nave en que hubieran arriado las velas.

POOMERANG — Llevó a un par de novatos hasta el título nacional, gente sin gran talento, pero a los que sabía sacar partido. Los machacaba a base de ejercicios, luego, cuando estaban a punto de caramelo, se sentaba con ellos y empezaba a hablar. De todo. Y, entre todas las cosas, de boxeo. Después de media hora, se levantaban y no habrían sabido repetir nada de lo dicho. Pero cuando subían al ring azul, a hacer guantes, les volvía todo a la cabeza, cómo mantener la guardia, cómo fintar con el gancho, cómo moverse alrededor de los zurdos. Apoyado en las cuerdas, Mondini los miraba en silencio, sin perderse un movimiento. Luego los mandaba a casa, sin decirles ni una palabra. Al día siguiente, volvía a empezar. Los pupilos confiaban en él. Lograba sacar lo mejor de cada uno de ellos. Cuando lo mejor era recibir una buena paliza cada vez que subían al ring, Mondini los llamaba, una tarde cualquiera, y les decía Te llevo a casa, ¿okay? Los subía a su berlina que tenía veinte años de historia, y hablando de cualquier cosa los llevaba a casa. Cuando bajaban del coche, se bajaban también del ring. Lo sabían. Alguno decía: Lo siento, Maestro. Él se encogía los hombros. Y allí terminaba todo. Fue así durante dieciséis años. Después llegó Larry Gorman.

El chico empezó a mearse encima. Se le mojaron los pantalones, y la meada acabó extendiéndose por las baldosas del suelo. El gordo daba vueltas a su alrededor, estaba fuera de sí:

—Vaya mierda, es un asco..., pero qué coño, para ya, hijoputa, ¿quieres parar ya?

Nadie pensaba en acercarse porque el chico seguía retorciéndose, y el gordo daba miedo de lo cabreado que estaba. Seguía gritando.

—Para ya, hijoputa, ¿me oyes? Para ya, se ha meado encima, el hijoputa este, coño, se ha meado encima, como un animal, puta mierda...

Estaba frente a él, y de repente le dio una patada, en el costado, luego se miró el zapato, un mocasín negro, para ver si se había manchado, y eso acabó por sacarlo de sus casillas.

—¡Menuda mierda, mira qué asqueroso, no es posible, es un asco, haced que pare de una vez!

Empezó a darle patadas, por todas partes. Entonces Wizwondk dio dos pasos al frente. Tenía en sus manos las tijeras. Las cogía como un cuchillo.

—Basta ya, señor Abner —dijo.

El gordo ni siquiera lo oyó. Lanzaba patadas como un poseso al cuerpo del chico. Gritaba y golpeaba, el chico seguía temblando, tenía la cara cubierta de babas y de vez en cuando hacía sonar aquel pitido, pero más débil, lejano. La gente se había quedado petrificada. Wizwondk dio otros dos pasos al frente.

DIESEL — Larry Gorman tenía entonces dieciséis años. Un buen cuerpo, de semipesado, un hermoso rostro, que no era de boxeador, de buena familia, de los barrios altos. Entró en el gimnasio ya entrada la tarde. Y preguntó por Mondini. El

Maestro estaba apoyado en las cuerdas, mirando a dos que estaban haciendo guantes. El rubio dejaba siempre al descubierto el costado derecho. El otro no tenía piedad. El Maestro tragaba quina. Larry se le acercó y dijo: Buenas, me llamo Larry, y quisiera boxear. Mondini se volvió, lo miró detenidamente, después le señaló la inscripción en rojo sobre la puerta, y volvió a mirar cómo se arreaban aquellos dos. Larry ni se dio la vuelta. Ya había leído la inscripción. EL BOXEO SE PRACTICA POR HAMBRE. Pues yo todavía no he cenado, dijo. La campana sonó, aquellos dos dejaron de arrear, Mondini escupió al suelo y dijo Muy gracioso. Márchate. Cualquiera otro se habría marchado. Pero Larry era distinto, él nunca se marchaba. Se sentó en un taburete en una esquina y no se movió de allí. Mondini siguió con lo suyo todavía un par de horas, después el gimnasio empezó a vaciarse, todos cogían sus cosas y se marchaban. Sólo quedaron ellos dos. Mondini se puso el abrigo sobre el chándal, apagó las luces, fue hacia el reloj y dijo: Si viene alguien, ladra. Después desconectó el reloj y se marchó. Al día siguiente, a las tres de la tarde, volvió al gimnasio, y Larry seguía allí. En el taburete. Dame solo una buena razón por la que tendría que entrenarte, le dijo Mondini. Ver qué efecto causa entrenar al próximo campeón del mundo, respondió Larry.

POOMERANG — En cierto sentido, Mondini lo odiaba. Pero estuvo un año remodelándole el físico, a base de ejercicios extenuantes. Le sacaba el dinero de encima, como decía él. Larry trabajaba sin discutir, y mientras tanto miraba a los otros, y aprendía. Un alumno modelo, si no hubiera sido por esa manía suya de no callarse nunca. Hablaba continuamente. Comentaba. En cuanto subían al ring, él empezaba. A lo mejor estaba por allí, saltando a la comba, o incluso en el suelo en su octogésima flexión. Al primer golpe, empezaba a comentar. Decía lo que pensaba. Corregía, daba consejos, se cabreaba. Lo hacía en voz bastante baja, generalmente, pero resultaba agotador. Una tarde, más o menos un año después de que hubiera llegado, había dos sobre el ring, haciendo guantes, y él no paraba. Estaba empeñado en que uno de los dos, el más bajo, no sabía amagar los golpes. Y era demasiado lento de piernas. ¿Qué le pasa, se ha cagado encima?, decía. Mondini hizo que pararan. Le pidió al bajo que saliera del ring, se volvió hacia Larry y le dijo: Sube. Le puso los guantes, el casco y el protector dental. Larry no había subido nunca al ring, y en su vida le había dado un golpe a nadie. El otro era un peso ligero, con seis combates a sus espaldas, seis victorias. Una promesa. Miró al Maestro porque no sabía muy bien qué hacer. Mondini hizo un gesto con la cabeza que quería decir dale duro, que si hace falta ya te pararé. Larry se puso en guardia. Cuando su mirada se cruzó con la del otro, sonrió y con el protector bailándole entre los dientes consiguió decir: ¿Miedo?

Wizwondk ya estaba delante del gordo. Pero éste no parecía verlo siquiera. Continuaba dándole patadas al chico y gritando, había perdido la cabeza

completamente.

—Pequeño bastardo hijo de puta, vete a tu casa a hacer estas guarradas, revienta en tu casa si quieres, pero déjame en paz, ¿entiendes?, éste es un sitio civilizado, decídele que éste es un sitio civilizado, que no puede permitirse...

El gordo miraba a su alrededor. Buscaba a alguien que le diera la razón, pero todos estaban petrificados, miraban y permanecían inmóviles, no había nadie que lograra apartar los ojos de aquello, todos inmóviles. Sólo Wizwondk, con sus tijeras en la mano, parecía vivo todavía.

—Apártese, señor Abner —dijo, con fuerza.

Entonces el señor Abner, sin dejar de gritar, apoyó un pie en la cara del chico, justo encima de todas aquellas habas, y empezó a aplastarla, como si tuviera que apagar un cigarrillo enorme, y mientras tanto se arremangaba el pantalón, para no ensuciarse. Wizwondk dio un paso y le clavó las tijeras en el costado. Una vez, y luego otra más, sin decir nada. El gordo se volvió, estaba sorprendido, para permanecer erguido tuvo que sacar el pie de la cara del chico. Se balanceaba, y ya no gritaba, pero se acercó a Wizwondk y lo cogió por el cuello, apretaba con ambas manos, mientras la sangre le chorreaba por la americana y sobre los pantalones. Wizwondk levantó otra vez las tijeras y se las clavó en el cuello, y luego, cuando el gordo se tambaleó, en el pecho. Las tijeras se rompieron. El gordo tenía un chorro de sangre que salía rítmicamente de la yugular e iba salpicando todo el local. Se derrumbó en el suelo arrastrando consigo la mesita de las revistas. El chico estaba todavía allí, se oía el ruido de la cabeza golpeando el suelo, no había parado en ningún momento, como un reloj enloquecido, ninguna parte de su cuerpo estaba quieta. Sólo la respiración parecía haber cesado. Wizwondk dejó caer al suelo el muñón de las tijeras que le había quedado en la mano. El otro pedazo asomaba en el pecho del señor Abner, chorreando sangre.

DIESEL — Pasaron los tres minutos y sonó la campana. Mondini dijo Ya basta. Le sacó el casco a Larry y empezó a desatarle los guantes. Larry respiraba trabajosamente. Mondini le dijo Te llevo a casa, ¿okay? Necesitaron algo de tiempo, con aquella berlina que tenía veinte años de historia, para llegar hasta los barrios de los ricos. Se pararon delante de una villa repleta de ventanas y farolillos. Mondini apagó el motor y se volvió hacia Larry.

—Tres minutos y no le has lanzado ni un golpe.

—Tres minutos y no he encajado ni un golpe —respondió Larry.

Mondini clavó su mirada sobre el volante. Era verdad. Larry se había pasado todo el asalto con un juego de piernas de una habilidad impresionante, y bailando en todas las direcciones, como si tuviera ruedas bajo los pies. El otro había sacado todos los golpes que conocía, sin pillarlo ni una sola vez. Se había bajado del ring cabreado como una mona.

- Eso no es boxeo, Larry.
- No quería hacerle daño.
- No digas chorradas.
- En serio, no quería hacerle...
- No digas chorradas.

Mondini echó un vistazo a la villa. Parecía un anuncio publicitario para vender felicidad.

- ¿Por qué diablos quieres boxear?
- No lo sé.
- ¿Qué clase de respuesta es ésta?
- Es lo que dice también mi padre. ¿Qué clase de respuesta es ésta? Es abogado.
- Ya se ve.
- Hermosa casa, ¿verdad?
- Se ve en tu cara.

Permanecieron un rato allí, en aquel silencio de ricos. Larry jugaba con el cenicero del coche. Lo abría y lo cerraba. Mondini no jugaba con nada porque estaba pensando en lo que había visto sobre el ring: el talento más grande que había pasado por sus manos. Era rico, hijo de abogado y no tenía ni una miserable buena razón para dedicarse al boxeo.

—Nos veremos mañana —dijo Larry, abriendo la puerta.

Mondini se encogió de hombros.

—Que te den por culo, Larry.

—... por culo —respondió alegremente, y se marchó a su casa.

Ése fue desde entonces su modo de saludarse. Incluso durante los combates, en el rincón, cuando sonaba la campana, Larry se levantaba, Mondini sacaba el taburete e indefectiblemente se saludaban de ese modo.

—Que te den por culo, Larry.

—... por culo.

Después Larry iba y ganaba. Ganó doce, uno detrás de otro. Trece, con Sobilo.

Wizwondk cayó de rodillas. El chico seguía retorciéndose en el suelo. A un metro, el gordo salpicaba de sangre por todas partes, con los ojos en blanco y las manos, de cuando en cuando, tanteando en el aire. A su alrededor, la gente se despertó de su encantamiento. Alguien salió corriendo. Otros dos fueron hasta Wizwondk y lo levantaron diciéndole algo. Alguien cogió el teléfono y llamó a la policía. Gould se vio empujado hacia delante, a pocos pasos de aquellos dos cuerpos que se retorcían como peces en el fondo del cubo de un pescador. Intentó retroceder, pero no podía. De repente había un olor terrible. Se dio la vuelta y vio sobre un espejo una fotografía en blanco y negro, con un equipo de fútbol posando, todos sudados y sonrientes, con una gran copa en el suelo, justo en el medio. Se abrió paso

a empujones y se plantó delante mismo de la foto, apoyándose en el lavabo. Intentó apagar todo lo que había a su alrededor y empezó por el extremo derecho: iba en camiseta de tirantes y pantalón corto, pero llevaba los calcetines caídos, un bigote de estúpido y sonreía con una tremenda melancolía. El líbero era el único que no estaba sudado, y el más alto: fácil. Reconoció al centrocampista en la cara descompuesta de un chaparro que estaba en una esquina de la foto, y al delantero en la cara de actor del que cogía una de las asas de la copa y miraba fijamente al objetivo. Empezó a dudar cuando se puso a buscar a los laterales. Todos tenían cara de lateral. Intentó analizar las piernas, las que se veían. Pero había un gran barullo a su alrededor, gente que empujaba, alguien que gritaba, no lograba concentrarse. Se rindió un momento antes de comprender que el que llevaba chándal, pero estaba sudado, era el lateral izquierdo que, naturalmente, había sido expulsado. Cerró los ojos. Y empezó a vomitar.

Wizwondk pasó algunos años en la cárcel. Cuando comprendieron que era inofensivo, permitieron que le enviaran su guitarra. Tocaba todas las noches, cosas alegres. En las otras celdas, la gente lo escuchaba.

Borde del campo, tras la portería de la derecha. Estaban quietos allí, mirando. El profesor Taltomar con su colilla apagada en los labios. Gould con un gorro de lana en la cabeza, y las manos en los bolsillos.

Minutos y minutos.

Después Gould, mientras seguía mirando atentamente el juego, dijo:

—Horrorosa tormenta sobre el terreno de juego. Vigésimo minuto de la segunda parte. Centro desde la izquierda, el delantero del equipo visitante, en evidente fuera de juego, la para con el pecho, el árbitro pita, pero el silbato, lleno de agua, no funciona, el delantero chuta con todo el empeine, el árbitro pita de nuevo, pero el silbato sigue fallando, el balón va al fondo de la red, el árbitro intenta pitar con los dedos pero se los llena de babas y ya está, el delantero sale como un poseso hacia el banderín del córner, se saca la camiseta, se apoya en el banderín, esboza un paso de alguna estúpida danza brasileña y acaba incinerado por un rayo que ha caído de lleno en el susodicho banderín.

El profesor Taltomar se tomó su tiempo para sacarse el cigarrillo de los labios y sacudir una ceniza imaginaria.

El caso era, objetivamente, complicado.

Al final escupió al suelo una hebra de tabaco y murmuró en voz baja:

—Gol anulado por posición indebida. Delantero amonestado por sacarse la camiseta. Transportadas fuera del campo sus cenizas, el banquillo puede efectuar el cambio necesario. Tras la sustitución del silbato arbitral y la instalación de un nuevo banderín de córner, se reemprende el juego con una falta que se lanza desde el punto exacto del fuera de juego señalado. Ninguna sanción para el equipo local. Sólo faltaría que fuera responsable de que el delantero contrario tuviera una mala suerte de la hostia.

Silencio.

Gould dijo

—Gracias, profesor.

Y se marchó.

—Cuídate, hijo —murmuró el profesor Taltomar sin volverse siquiera.

El partido seguía con un cero a cero inamovible.

El árbitro corría poco pero sabía lo que se hacía.

Hacía un frío que pelaba.

Los niños necesitan certezas.

—Ponme con la señorita Shell.

—Vale.

Gould le dio el auricular a Shatzy. Al otro lado del hilo estaba su padre.

—¿Diga?

—¿Señorita Shell?

—Yo misma.

—¿Alguna relación con el de la gasolina?

—No.

—Qué lástima.

—Yo también lo pienso.

—A la pregunta número treinta y uno usted ha contestado que prepara un *western*.

—Exacto.

—Que el sueño de su vida es hacer un *western*.

—Eso es.

—¿Le parece una buena respuesta?

—No tenía otra.

—...

—...

—Pero ¿de qué se trata, de una película?

—¿Cómo?

—Ese *western*... ¿qué es, una película, un libro, un cómic?, ¿qué demonios es?

—¿En qué sentido?

—¿Me oye?

—Sí.

—¿Qué es?, ¿una película?

—¿El qué?

—EL *WESTERN*, ¿qué es?

—Es un *western*.

—...

—...

—¿Un *western*?

—Un *western*.

—...

—...

—¿Señorita Shell?

—Sigo aquí.

—¿Todo en orden, por allí?

—De maravilla.

—Gould es un chiquillo especial, ¿se ha dado cuenta de ello?

—Creo que sí.

—No quiero que haya líos a su alrededor, ¿me explico?

—Más o menos.

—Tiene que pensar en los estudios, y después todo vendrá rodado.

—Sí, general.

—Es un chiquillo fuerte, lo logrará.

—Es probable.

—¿Conoce la historia de la mano de Joaquín Murieta?

—¿Cómo?

—Joaquín Murieta. Era un bandido.

—Espléndido.

—El terror de Texas, pasó años sembrando el terror en Texas, un bandido feroz, se las apañaba muy bien, liquidó a once *sheriff* en tres años, la recompensa por su cabeza parecía una colección de ceros.

—¿De veras?

—Al final, tuvieron que movilizar al ejército para capturarlo. Tardaron un poco, pero al final lo cogieron. ¿Y sabe lo que hicieron?

—No.

—Le cortaron una mano, la mano izquierda, con la que disparaba. La metieron en una saca y la mandaron por todo Texas. Pasó por todas las ciudades. El *sheriff* recibía el paquete, exponía la mano en el *saloon*, después volvía a meterla en la saca y la mandaba a la ciudad más cercana. Era una especie de advertencia, ¿comprende?

—Sí.

—Así la gente captaba quién era el más fuerte.

—Ya.

—Pues bien, ¿sabe lo más curioso de esta historia?

—No.

—Pues que en realidad mandaron cuatro manos de Joaquín Murieta, para acelerar el proceso, la de verdad y otras tres que cortaron a algún desgraciado mexicano, y un día se equivocaron en sus cálculos, a una ciudad que se llamaba Martintown llegaron dos al mismo tiempo, dos manos de Joaquín Murieta, las dos izquierdas.

—Fantástico.

—¿Sabe lo que dijo la gente?

—No.

—Yo tampoco.

—¿Cómo?

—Yo tampoco.

—Ah.

—Una bonita historia, ¿no?

—Sí, es una bonita historia.

—Pensaba que quizás podría servirle para su *western*.

—Lo pensaré.

—La última vez que pasé por allí, en la nevera había un avión de plástico amarillo y la guía telefónica.

—Ahora todo está en su sitio.

—Confío en usted.

—No se preocupe.

—Ese chico tiene que beber leche, cómprele de esa que lleva vitaminas.

—Sí.

—Y fútbol, necesita fútbol, siempre le ha ido mal con el fútbol.

—Sí.

—Un día ya se lo explicaré.

—¿Qué?

—Por qué yo estoy aquí y Gould está ahí. No le parecerá buena idea, supongo.

—No sé.

—Estoy seguro de que no le parece buena idea.

—No sé.

—En otro momento se lo explicaré, ya verá.

—De acuerdo.

—Antes era un problema, con aquella chica muda. Era buena chica, pero no resultaba sencillo conversar.

—Me lo imagino.

—Estoy más tranquilo con usted, señorita Shell.

—Me alegro.

—Usted habla.

—Ya.

—Es tremendamente más práctico.

—Estoy de acuerdo.

—Bien.

—Bien.

—¿Me pone con Gould?

—Sí.

El padre de Gould telefoneaba cada viernes, a las siete y cuarto de la tarde.

12

Hermosa es la puta de Closingtown, hermosa. Negros son los cabellos de la puta de Closingtown, negros. Hay decenas de libros en su habitación, en el primer piso del *saloon*, que lee mientras espera, historias con un principio y un final, si se lo pides, te las contará. Joven es la puta de Closingtown, joven. Al tenerte entre sus piernas te susurra: *amor mío*.

Decía Shatzy que costaba como cuatro cervezas.

Sed de ella en los pantalones de toda la ciudad.

Ateniéndonos a los hechos, ella fue hasta allí para ser maestra. Habían convertido la escuela en un almacén, desde que se marchara la señorita McGuy. Y, en un momento dado, llegó ella. Lo arregló todo y los chiquillos empezaron a comprar libretas, lápices y todo lo demás. Según Shatzy, sabía lo que se hacía, y utilizaba libros comprensibles. Incluso hasta los muchachos mayores le encontraron el gusto, iban cuando podían, la maestra era hermosa, y al final conseguían leer las frases escritas bajo los rostros de los bandidos, los que colgaban en la oficina del *sheriff*. Se trataba de chicos que ya eran hombres. Ella cometió el error de quedarse, a solas, con uno de ellos en la escuela vacía, una tarde cualquiera. Se abrazó a él, e hicieron el amor con todas las ganas del mundo. Después, cuando aquel asunto dio en saberse, los hombres habrían hecho oídos sordos, pero las mujeres dijeron que era una puta, y no una maestra.

En efecto, dijo ella.

Cerró la escuela y empezó a trabajar al otro lado de la calle, en una habitación del primer piso del *saloon*. Sutiles son las manos de la puta de Closingtown, sutiles. Se llamaba Fanny.

Todos la querían, pero sólo uno la amaba, y era Pat Cobhan. Se quedaba abajo, bebía cervezas, y esperaba. Cuando había terminado, ella bajaba.

Hola, Fanny.

Hola.

Iban arriba y abajo, desde el principio hasta el final de la ciudad, agarrados, en la oscuridad, y hablando de aquel viento que nunca cesaba.

Buenas noches, Fanny.

Buenas noches.

Pat Cobhan tenía diecisiete años. Verdes eran los ojos de la puta de Closingtown, verdes.

Si quieres entender su historia —decía Shatzy— tienes que saber cuántos disparos tenía en aquel tiempo un revólver.

Seis.

Ella decía que era un número perfecto. Piénsalo. Y haz sonar ese ritmo. Seis

disparos, uno dos tres cuatro cinco seis. Perfecto. ¿No oyes el silencio, después? Ése sí que es un silencio. Uno dos tres cuatro. Cinco seis. Silencio. Es como una respiración. Cada seis disparos es una respiración. Puedes respirar rápidamente, o lentamente, pero cada respiración es perfecta. Uno dos tres cuatro cinco. Seis. Respira el silencio, ahora.

¿Cuántos disparos tenía un revólver?

Seis.

Y entonces te contaba aquella historia.

Pat Cobhan ríe por lo bajo, con espuma de cerveza en la barba y olor a caballo en las manos. Hay un violinista que toca y que tiene un perro amaestrado. La gente le tira una moneda, el perro va a recogerla y luego vuelve hacia su amo, caminando sobre las patas traseras, y le mete la moneda en el bolsillo. El violinista está ciego. Pat Cobhan ríe.

Fanny trabaja, en el piso de arriba, con el hijo del pastor entre sus piernas. *Amor mío*. El hijo del pastor se llama Young. Se ha dejado la camisa puesta y tiene el pelo negro bañado en sudor. Algo parecido al terror, en sus ojos. Fanny le dice Fóllame, Young, pero él se pone rígido y se escapa de las piernas abiertas —medias blancas con fino encaje hasta encima de las rodillas, y luego nada más. El no sabe adónde mirar. Le coge una mano y se la frota sobre su sexo. Sí, Young, dice ella. Lo acaricia, Eres guapo, Young, le dice. Se lame la palma de la mano, mirándolo a los ojos, y luego vuelve a acariciarlo, rozándolo apenas. Venga, dice Young. Venga. Ella aprieta en la palma de la mano su sexo. Él cierra los ojos y piensa No debo pensar. En nada. Ella se mira su mano, y después el sudor sobre el rostro de Young, sobre el pecho, y después su propia mano deslizándose sobre su sexo. Me gusta tu polla, Young, quiero tu polla. Él está de lado, apoyado sobre un brazo. El brazo tiembla. Ven, Young, dice ella. Él tiene los ojos cerrados. Ven. Él se vuelve por encima de ella, y arremete entre las piernas abiertas. Así, Young, así, dice ella. Él abre los ojos. En los ojos, algo parecido al terror. Hace una nueva mueca, y se sale. Espera, Young, dice ella, cogiéndole la cabeza entre las manos y besándolo. Espera, dice él.

Pat Cobhan ríe, en el piso de abajo, y echa una ojeada al reloj de péndulo, tras la barra. Pide otra cerveza y juega con una moneda de plata, intentando mantenerla en equilibrio sobre el borde del vaso vacío.

¿Quieres casarte conmigo, Fanny?

No digas tonterías, Pat.

Lo digo en serio.

Para ya.

¿Yo te gusto, Fanny?

Sí.

Tú me gustas, Fanny.

La moneda cae dentro del vaso, Pat Cobhan le da la vuelta al vaso, cae la moneda, sobre la madera de la barra, y gotea un resto de cerveza, líquido y espuma. Coge la moneda y la seca en sus pantalones. La mira. Le entran ganas de olerla. La deja de nuevo sobre el borde del vaso. Echa una ojeada al reloj de péndulo. Piensa: Young, hijo de puta, ¿quieres acabar de una vez? Dulce es el perfume de la puta de Closingtown, dulce.

Fanny desliza sus labios sobre el sexo de Young, él la mira y eso le gusta. Mete una mano entre sus cabellos y la empuja hacia sí. Ella le coge la mano y la aparta, mientras sigue besándolo. Él la mira. Vuelve a meterle la mano entre los cabellos, ella se para, levanta la mirada hacia él y le dice Pórtate bien, Young. Cállate, dice él, y con la mano empuja la cabeza hacia su sexo. Ella se lo mete en la boca y cierra los ojos. Se mueve cada vez más rápido, arriba y abajo. Así, puta, dice él. Así. Ella abre los ojos y ve la piel brillante de sudor, en el vientre de Young. Ve los músculos contraerse, a sacudidas, como en una especie de agonía. Venga, dice él. No pares. Una especie de agonía. Él la mira. Le gusta. La mira. Después apoya sus manos en los hombros de ella, la aprieta fuertemente y de repente la empuja hacia atrás, tumbándose encima de ella. Más suave, Young, dice ella. Él cierra los ojos y se mueve encima de ella. Más suave, Young. Ella busca con una mano su sexo, él se la aparta. Empuja con fuerza entre sus piernas. Mierda, dice. Mierda. Se sale de nuevo, de repente. Ella gira la cabeza hacia un lado, levanta los ojos al cielo por un instante, y suspira. Y él la ve. La ve.

Pat Cobhan levanta los ojos y mira fijamente el reloj de péndulo, tras la barra. Después mira la escalinata que sube al primer piso. Luego mira el vaso de cerveza, lleno, delante de él.

Eh, Carver.

¿Pat?

Manténla fría.

¿Te marchas?

Ahora vuelvo.

¿Todo en orden, Pat?

Sí, sí, todo en orden.

De acuerdo.

Manténla fría.

Permanece apoyado en la barra. Se da la vuelta y echa una ojeada a la puerta del *saloon*. Escupe al suelo, luego aplasta el grumo de saliva con la bota, y mira el polvo húmedo en el suelo. Levanta la cabeza.

Vigila que no se meen dentro, ¿de acuerdo?, y sonrío.

¿Por qué no te vas a casa, Pat?

Vete tú, Carver.

Deberías irte a casa.

No me digas lo que tengo que hacer.

Carver sacude la cabeza. Pat Cobhan se ríe. Levanta el vaso de cerveza y da un trago. Deja de nuevo el vaso, se vuelve, mira la escalinata que lleva al primer piso, mira las agujas negras en la esfera blanca amarillenta, hijo de puta, dice en voz baja.

Young se ha dado la vuelta, ha echado mano al cinturón colgado de la silla, ha sacado la pistola de la funda y ahora la empuña. Desliza el cañón sobre la piel de Fanny. Blanca es la piel de la puta de Closingtown, blanca. Ella intenta levantarse. Échate, dice él. Tiene el cañón de la pistola apretando debajo de la barbilla. No te muevas. No grites. ¿Qué coño estás haciendo?, dice ella. Cállate. Él va deslizando el cañón de la pistola sobre su piel, cada vez más abajo. Le abre las piernas. Apoya la pistola sobre su sexo. Por favor, Young, dice ella. Él empuja lentamente la pistola. Después la saca y con lentitud vuelve a metérsela. ¿Te gusta?, dice. Ella empieza a temblar. ¿No es esto lo que querías?, dice él. Empuja a fondo la pistola. Ella arquea la espalda, apoya una mano en la mejilla de Young, dulcemente. Por favor, Young, dice. Por favor. Lo mira. Él se detiene. Cálmate, dice ella. Eres un buen chico, ¿verdad, Young? Eres un buen chico. Las lágrimas brotan de sus ojos, van bajando por todos los lados de su cara. Déjame que te bese, me gusta besarte, ven aquí, Young, bésame. Habla en voz baja, sin dejar de mirarlo. Quédate conmigo, hagamos el amor, ¿no quieres? Sí, dice él. Y vuelve a mover la pistola, adelante y atrás. Hagamos el amor, dice. Ella cierra los ojos. Tiene una mueca de dolor desfigurándole la cara. Te lo suplico, Young. Él mira el cañón de la pistola entrar y salir en la carne. Ve que tiene hilillos de sangre. Levanta el percutor con el pulgar. Me gusta hacer el amor, dice.

Que te den por culo, dice Pat Cobhan. Se aparta de la barra y se da la vuelta. Ahora vuelvo, dice. Pasa junto a la mesa de los hermanos Castorp, los saluda levantando dos dedos que rozan el ala del sombrero. Negro.

¿Va todo bien, Pat?

Sí, señor.

Un viento cabrón, hace hoy.

Sí, señor.

No va a parar nunca.

Mi padre dice que ya se cansará.

Tu padre.

Dice que ningún caballo puede estar siempre galopando.

El viento no es un caballo.

Mi padre dice que sí.

¿Eso dice?

Sí, señor.

Dile que se pase por aquí algún día.

Sí, señor.

Díselo.

Sí, señor.

Muy bien.

Pat Cobhan se despide y va hacia la escalinata. Mira hacia arriba y no ve nada. Sube unos escalones. Piensa que querría tener una pistola. Su padre no quiere que vaya por ahí con una pistola. Así no te meterás en líos. Nadie dispara a un chico desarmado. Se detiene. Echa una ojeada al reloj de péndulo, abajo, tras la barra. No consigue recordar cuánto tiempo ha pasado exactamente. Intenta acordarse, pero no lo consigue. Mira el *saloon* desde ahí arriba y piensa que es como ser un pájaro acurrucado en una rama. Qué hermoso sería abrir las alas, rozar la cabeza de la gente e ir a posarse sobre el sombrero del ciego que está tocando. Tendría plumas brillantes, negras, piensa mientras con la mano derecha palpa en el bolsillo de los pantalones el duro contorno de su cuchillo. Es un cuchillo pequeño, con la hoja metida dentro del mango de madera. Mira frente a sí y no ve nada. Una puerta cerrada, sin ruidos, nada. Soy sólo un estúpido, piensa. Permanece quieto allí, baja la mirada, ve su bota sobre el escalón. Hay polvo espeso sobre el cuero desgastado. Da dos golpes, con el tacón, en la madera. Después se agacha y con un dedo saca brillo a la puntera. En ese instante oye que de arriba llega el ruido seco de un disparo, y un breve grito. Y comprende que todo ha acabado. Luego oye un segundo disparo y, uno tras otro, el tercero y el cuarto y el quinto. Permanece inmóvil. Espera. Siente un extraño zumbido y todo parece lejano. Nota que alguien lo empuja, y gente que corre gritando mientras sube la escalinata. En sus ojos tiene la punta brillante de su bota. Espera. Pero no oye nada. Entonces se incorpora, se da la vuelta y desciende lentamente la escalinata. Atraviesa el *saloon*, sale, sube a caballo. Cabalga durante toda la noche y al amanecer llega a Abilene. Al día siguiente parte, hacia el norte, atraviesa Bartleboro y Connox, bordea el río hasta Contertown, y durante días cabalga hacia las montañas. Berbery, Tucson City, Pollak, hasta Full Creek, por donde pasa el tren. Sigue las vías durante millas y millas. Quartzsite, Coltown, Oldbridge, y luego Rider, Rio Solo, Sullivan y Preston. Después de veinte días, llega a un lugar llamado Stonewall. Mira las copas de los árboles y el vuelo de los pájaros. Se baja del caballo, coge un puñado de polvo y lo deja fluir lentamente entre sus dedos. Aquí no hay viento, piensa. Vende el caballo, compra una pistola. Cinturón, funda y pistola. Por la noche va al *saloon*. No habla con nadie, permanece todo el rato sentado bebiendo y mirando. Los analiza a todos, uno a uno. Luego elige a un hombre que está jugando, de manos blancas y espuelas brillantes. Una barba bien recortada, con tiempo y esmero.

Ese hombre hace trampas, dice.

¿Te pasa algo, muchacho?

No me gustan los bastardos, eso es todo.

Saca de aquí tu lengua de mierda, y rápido.

No me gustan los cobardes, eso es todo.

Muchacho...

Nunca me han gustado.

Hagamos una cosa.

Te escucho.

Yo no he oído nada, tú te levantas, desapareces y el tiempo que te quede das gracias al cielo por cómo te han ido las cosas.

Hagamos otra. Dejas las cartas, te levantas y vas a hacer trampas a otra parte.

El hombre empuja la silla hacia atrás, se levanta lentamente, da media vuelta y se queda de pie, con los brazos caídos sobre los costados y las manos rozando las pistolas. Mira al muchacho.

Pat Cobhan escupe al suelo. Se levanta. Se mira la punta de las botas, como si estuviera buscando algo. Después levanta los ojos hacia el hombre.

Idiota, dice el hombre.

Pat Cobhan de repente echa mano a la pistola. Pero no la saca. Oye el sexto disparo, en ese momento. Luego nada más, para siempre.

Silencio.

Qué silencio.

Pegado en la puerta de la nevera, Shatzy tenía un poema de Robert Curts. Lo había copiado porque le gustaba. No entero, pero le gustaba el final, cuando decía: mueren los amantes en el mismo respiro. Tenía un hermoso final, pero lo mejor era aquel verso. Mueren los amantes en el mismo respiro.

Y otra cosa. Shatzy canturreaba siempre una canción, bastante tonta, que había aprendido de niña. Tenía un montón de estrofas. El estribillo empezaba de este modo: rojos son los prados de nuestro paraíso, rojos. Aquella canción no era gran cosa. Era tan larga que cantándola podías diñarla. De verdad.

Young murió en su celda, el primer día del juicio. Su padre fue a verlo y le disparó en la cara, a quemarropa.

Gould tenía veintisiete profesores. El que más le gustaba, de todos modos, era Mondrian Kilroy. Era un hombre de unos cincuenta años, con una extraña cara de irlandés (no era irlandés). Llevaba siempre en los pies unas pantuflas de tela gris, por lo que todos pensaban que vivía allí, en la universidad, y más de uno hasta que había nacido allí. Enseñaba estadística.

Una vez, Gould entró en el aula 6, y se encontró en uno de los pupitres al profesor Mondrian Kilroy. Lo más raro es que estaba llorando. Gould se sentó unos pupitres más atrás, y abrió sus libros. Le gustaba estudiar en las aulas vacías. Normalmente no se encontraba con profesores que lloraran. Mondrian Kilroy dijo algo en voz baja, y Gould permaneció un rato en silencio, luego respondió que no lo había entendido. Entonces Mondrian Kilroy habló volviéndose hacia él, y dijo que estaba llorando. Gould vio que no tenía ningún pañuelo en la mano, ni nada parecido, y que tenía mojado el dorso de las manos, y que las lágrimas se escurrían por el cuello de su camisa azul. ¿Quiere un pañuelo?, preguntó. No, gracias. ¿Quiere que le traiga algo para beber? No, da igual, gracias. Seguía llorando, de eso no hay duda.

Aunque insólita, la cosa no era completamente ilógica, dada la orientación que desde hacía algunos años habían tomado los estudios del profesor Mondrian Kilroy, es decir, el carácter de sus investigaciones que, desde hacía algunos años, se habían dirigido hacia una materia de estudio bastante singular, es decir: estudiaba los objetos curvos. No se tiene idea exacta de cuántos objetos curvos existen, y sólo Mondrian Kilroy, aunque fuera de forma aproximada, sabía apreciar su impacto sobre la red perceptiva del hombre y, en definitiva, sobre su disposición ético-sentimental. En general, le resultaba difícil plantear la cuestión en presencia de sus colegas, a menudo propensos a juzgar tales investigaciones como «exageradamente laterales» (significara lo que significara semejante expresión). Pero era una convicción suya que la presencia de superficies curvas en el índice de lo existente no era nada accidental y, es más, representaba de algún modo la vía de escape a través de la cual lo real se evadía de su destino de estructura fuerte, ortogonalmente organizada, y fatalmente bloqueada. Era esto lo que, en general, «ponía el mundo en movimiento», utilizando los términos exactos del mismo profesor Mondrian Kilroy.

El sentido de todo esto aparecía con bastante claridad —y, en todo caso, de manera indudablemente curiosa— en sus lecciones, y en algunas de ellas en particular, y con inusual nitidez en una, la conocida como lección n.º 11, dedicada, para ser precisos, a las *Nymphéas* de Claude Monet. De todos es sabido que las *Nymphéas* no son exactamente un cuadro, sino más bien un conjunto de ocho grandes decoraciones murales que, al juntarlas, darían el impresionante resultado final de una composición de noventa metros de largo por dos de ancho. Monet trabajó en ellas

durante un número indeterminado de años, decidiendo, en 1918, regalarlas a su país, Francia, como homenaje por su victoria en la Primera Guerra Mundial. Siguió trabajando en ellas hasta el final de sus días, y murió, el cinco de diciembre de 1926, antes de que pudiera verlas expuestas ante el público. Curioso *tour de force*, obtuvieron por parte de la crítica juicios contrapuestos, siendo descritas unas veces como proféticas obras maestras y otras como decoraciones todo lo más aptas para refinar las paredes de una brasería. El público sigue actualmente profesándoles una admiración extasiada e incondicional.

Tal y como le gustaba subrayar al mismo profesor Kilroy, las *Nymphéas* presentan una característica clamorosamente paradójica —desconcertante, prefería decir él—, esto es, la deplorable elección del motivo: durante noventa metros de largo por dos de ancho, no hacen más que immortalizar un estanque de ninfeas. Algún árbol, de refilón, un poco de cielo, quizá, pero en esencia: agua y ninfeas. Sería difícil encontrar un motivo más insignificante, y en el fondo, *kitsch*, y no es fácil comprender cómo puede un genio pensar en dedicar años de trabajo y decenas de metros cuadrados de color a semejante necedad. Una tarde y la base de una tetera habrían sido más que suficientes. Y, sin embargo, en esta jugada absurda se inicia precisamente la genialidad de las *Nymphéas*. Es tan evidente —decía el profesor Mondrian Kilroy— lo que Monet quería hacer: pintar la nada.

Pintar la nada tuvo que ser para él tal obsesión que, releídos a posteriori, todos sus últimos treinta años de vida parecen estar poseídos por ella —como completamente absorbidos. Y fue justamente desde que, en noviembre de 1893, adquirió un amplio terreno colindante con su propiedad de Giverny, y concibió la idea de construir allí un gran embalse para plantas acuáticas —en otras palabras, un estanque lleno de ninfeas. Proyecto que pudiera ser reductivamente interpretado como la senil imposición de un hobby estetizante y que, en cambio, el profesor Mondrian Kilroy no dudaba en calificar como la consciente, la primera jugada estratégica de un hombre que sabía perfectamente adónde quería llegar. Para pintar la nada, primero tenía que encontrarla. Monet hizo algo más: la produjo. No pasaría por alto que la solución del problema no era obtener la nada saltando por encima de la realidad (cualquier pintura abstracta es capaz de hacer algo similar), sino más bien obtener la nada a través de un proceso de progresiva decadencia y dispersión de la realidad. Comprendió que la nada que buscaba era el todo, sorprendido en un instante de momentánea ausencia. La imaginaba como una zona franca entre lo que era y lo que ya no era. No pasó por alto que iba a ser una tarea bastante larga.

—Discúlpenme, la próstata me reclama —solía decir el profesor Mondrian Kilroy al llegar a este punto de su lección n.º 11. Conquistaba el lavabo y regresaba unos minutos después, visiblemente aliviado.

Cuentan las crónicas que Monet, en aquellos treinta años, pasó mucho más

tiempo trabajando en su parque que pintando: ingenuamente, dividen en dos un gesto que en realidad era único, y que llevó a cabo con obsesiva determinación a cada instante de sus últimos treinta años: *hacer* las *Nymphéas*. Cultivarlas o pintarlas eran sólo nombres distintos para una misma aventura. Podemos imaginar qué es lo que tenía en su mente: esperar. Había tenido la astucia de escoger, como punto de partida, una zona de mundo en la que la realidad se daba con un elevado grado de evanescencia y monotonía, próxima a un insignificante mutismo. Un estanque de ninfeas. A partir de ahí, el problema consistía en llevar esa porción de mundo a desprenderse de todo tipo de escoria residual de significado, llegando a desangrarla y vaciarla y disiparla hasta el punto de hacerla rozar la desaparición más completa. Su despreciable *estar* habría llegado entonces a ser poco más que la presencia simultánea de diversas ausencias evaporadas. Para obtener semejante, y tan ambicioso, resultado, Monet se valió de un truco bastante banal, pero de probada eficacia —un artificio cuya devastadora capacidad es testimoniada por toda vida conyugal. Nada de tu propia vida puede llegar a ser tan insignificante como aquello junto a lo que te levantas cada mañana. Lo que hizo Monet fue llevarse a casa la porción de mundo que pretendía reducir a la nada. Creó un estanque de ninfeas en el preciso lugar en el que le sería imposible evitar verlo. Sólo un gilipollas —argumentaba el profesor Mondrian Kilroy en su lección n.º 11— podría creer que imponerse semejante intimidad cotidiana con ese estanque era un modo de conocerlo y comprenderlo y robarle su secreto. Era una forma de dismantelarlo. Podría decirse que con cada mirada lanzada a ese estanque Monet se acercaba un paso a la indiferencia absoluta, quemando cada vez residuos de estupor y restos de maravilla. Incluso puede formularse la hipótesis de que ese incansable trabajo suyo en el estanque —atestiguado por las crónicas— retocando aquí y allá, poniendo y quitando flores, trazando y corrigiendo límites y líneas, no fue más que una cuidadosa intervención quirúrgica sobre todo lo que se resistía al desgaste de la costumbre y se empeñaba en alterar la superficie de la atención, agrietando el cuadro de absoluta insignificancia que iba formándose ante los ojos del pintor. Monet buscaba la rotundidad de la nada, y allí donde la costumbre se mostraba impotente, no dudaba en intervenir con una excavadora.

—Vram —anotaba con efecto onomatopéyico el profesor Mondrian Kilroy, acompañando la expresión con un gesto inequívoco.

—Vram.

Un día se despertó, salió de la cama, bajó al parque, llegó al borde del estanque y lo que vio fue: nada. En su lugar, otro se habría contentado. Pero es constitutiva del genio una obsesión ilimitada que lo lleva a perseguir sus propios objetivos con un ansia hipertrófica de perfección. Monet empezó a pintar, pero encerrándose en su estudio. Ni siquiera por un instante pensó en montar el caballete al borde del

estanque, frente a las ninfeas. Inmediatamente, tuvo claro que, después de haber luchado durante años para construir aquellas ninfeas, las pintaría quedándose encerrado en su estudio, es decir, recluido en un lugar en el que, ateniéndonos a la verdad de los hechos, no podía ver aquellas ninfeas. Ateniéndonos a la verdad de los hechos: allí podía *recordarlas*. Y esta elección de la memoria —no el enfoque directo de la vista— fue un genial, un extremo ajuste de la nada, porque la memoria —y no ya la vista— aseguraba un milimétrico contramovimiento perceptivo que frenaba las ninfeas a un paso de ser demasiado insignificantes y las templaba con la sugestión del recuerdo lo justo para detenerlas en el instante previo al abismo de la inexistencia. Eran una nada, pero *eran*.

Finalmente, podía pintarlas.

Aquí, habitualmente, el profesor Mondrian Kilroy hacía una pausa bastante teatral, volvía a sentarse tras la mesa y dedicaba al auditorio unos instantes de silencio que eran utilizados de manera diversa, pero, por regla general, con educación. Era éste el momento en que, normalmente, sus colegas salían del aula, desplegando una telaraña de microexpresiones faciales que querían transmitir su vivaz aprobación y su sincero pesar por la sarta de compromisos que, como era comprensible, les impedía quedarse más tiempo. El profesor Mondrian Kilroy nunca daba muestras de percatarse.

No es que a Monet le importara, justamente, pintar la nada. El suyo no era un gesto de artista cansado, ni siquiera la vacua ambición de un virtuoso *tour de force*. Tenía en su cabeza algo más sutil. El profesor Mondrian Kilroy se detenía un instante, en ese momento, miraba fijamente al auditorio y, bajando la voz, casi como si estuviera confesando un secreto, decía: Monet necesitaba la nada para que su pintura, en ausencia de un motivo, pudiera ser libre de retratarse a sí misma. Contrariamente a lo que un consumo ingenuo pudiera sugerir, las *Nymphéas* no representan ninfeas, sino la mirada que las mira. Son la copia de un sistema perceptivo determinado. Para ser precisos: de un sistema perceptivo vertiginosamente anómalo. Otros colegas claramente más autorizados que yo —apuntaba el profesor Mondrian Kilroy con estomagante falsa modestia— han demostrado ya que las *Nymphéas* no tienen coordenadas, es decir, aparecen flotando en un espacio sin jerarquías en el que no existen cerca ni lejos, arriba y abajo, antes y después. Técnicamente hablando, son la mirada de un ojo imposible. El punto de vista que las ve no está en la orilla del estanque, no está en el aire, no está a ras de agua, no está lejos, no está encima. Está en todas partes. Tal vez un dios astigmático podría ver así —le gustaba glosar, irónicamente, al profesor Mondrian Kilroy. Decía: las *Nymphéas* son la nada, vista por el ojo de nadie.

De forma que mirar las *Nymphéas* significa mirar una mirada —decía— y, por otra parte, una mirada que no puede remitirse a ninguna experiencia nuestra

precedente, sino una mirada única e irrepetible, una mirada que nunca podría ser la nuestra. Dicho con otras palabras: mirar las *Nymphéas* es una experiencia límite, una tarea prácticamente imposible. Monet no pasó por alto este asunto: se ocupó, y se preocupó, con una minuciosidad obsesiva, de estudiar una organización particular de las *Nymphéas* que redujera en lo posible su no visibilidad. Lo que logró encontrar fue un recurso elemental, ingenuo en sí mismo, que sin embargo aún hoy demuestra cierta eficacia y que, como irrelevante corolario, tuvo el de hacer entrar esas ninfeas en el campo de estudio del profesor Mondrian Kilroy. Monet quiso que las *Nymphéas* se dispusieran —según una secuencia precisa— sobre ocho paredes curvas.

—Curvas, señores —escandía el profesor Mondrian Kilroy, con transparente satisfacción.

A un estudioso que había dedicado largos ensayos al arco iris, a los huevos duros, a las casas de Gaudí, a las balas de cañón, a las rotondas de las carreteras y a los recodos de los ríos —a un estudioso que había consagrado años de reflexión y análisis a las superficies curvas —al profesor Mondrian Kilroy, en resumen, debía de parecerle una conmovedora epifanía descubrir cómo aquel anciano pintor, que se mantenía en equilibrio en el filo de lo imposible, se había dejado acompañar, para salvarse, por la curva andadura de paredes clementes, escapadas a la condena de toda angulosidad. Así, con electrizada satisfacción, el profesor Mondrian Kilroy se sentía con el derecho, en ese momento, de proyectar la diapositiva n.º 421, que representaba el folleto de las dos salas de la Orangerie de París donde las *Nymphéas* fueron instaladas, en enero de 1927, y donde, todavía hoy, podría verlas el público si *verlas* no fuera un término totalmente inapropiado para el gesto, imposible, de mirarlas.

(Diapositiva n.º 421)

No hay ni un solo centímetro de las *Nymphéas* que no sea una superficie curva, señores. Y con esto el profesor Mondrian Kilroy llegaba al verdadero meollo de su lección n.º 11, la más límpidamente clara entre todas. Se acercaba al auditorio y desde aquí hasta el final lo desarrollaba todo con torrencial, y metódica, pasión.

Yo he visto a los hombres, allí dentro, con las *Nymphéas* encima. Se asoman por la puerta e inmediatamente se sienten ya perdidos, como DESCABALGADOS de la ordinaria tarea de ver, EYECTADOS fuera del habitáculo de un punto de vista preciso y anegados en un espacio del que buscan vanamente el principio. Un principio. En cierto sentido, las *Nymphéas* giran a su alrededor, aun inmóviles, puestas en movimiento por la curvatura que las alinea cóncavamente en torno al vacío de las dos salas, sugiriendo fatalmente una especie de panorámica a la que los hombres se entregan, intentando rotar sobre sí mismos, y haciendo girar los ojos 360 grados, con infantil maravilla. No es extraño que con una sonrisa. Tal vez durante un instante se hacen la ilusión de que han visto, instalados cómodamente en una percepción que es pariente de la cinematográfica, pero es inmediata la desilusión que

los lleva, de forma mecánica, a buscar la distancia justa, y la secuencia apropiada, es decir, exactamente a lo que el cine mismo los ha deshabituado, dictando a cada paso sus propias distancias y secuencias, y deseducándolos así en la elección de la mirada, siendo el cine una mirada constantemente forzada, por decirlo de algún modo, vicaria, déspota, tirana: cuando, en cambio, esas ninfeas parecen sugerir más bien el vértigo de una percepción libre —un dictado, como sabernos, prohibitivo. Allí los hombres parecen perdidos. Entonces, se toman su tiempo. Vagan, se dan la vuelta, deambulan, se detienen, desfilan, retroceden, a lo mejor se sientan —en el suelo, o en un propicio, clemente, asiento— conscientes de estar viendo algo que les gusta, pero en modo alguno seguros de verlo, de verlo verdaderamente. Muchos empiezan a preguntarse cuánto. Cuánto debió de tardar, cuánta será la anchura, cuántos kilos de pintura debió de emplear, cuántos metros de largo, cuánto. Se van por las ramas, obviamente, les gusta pensar que sabiendo lo que tienen delante, al final sería posible tenerlo, efectivamente, delante, y no sobre bajo encima junto, donde, en realidad, moran las *Nymphéas*, ajenas a toda clase de cuantificación —simplemente, en todas partes. Antes o después, se atreven y se acercan. Van a ver. Pero cerca de verdad. Tocarían, si pudieran —apoyan los ojos, no pudiendo tocar con los dedos. Y definitivamente dejan de ver, ya no pueden regresar a nada, sólo captan gruesas y anárquicas pinceladas, como sobras de platos sucios, varios tipos de mostaza, y mayonesa azul, o cromáticas comas en las paredes de una taza de wáter impresionista. Ríen. Y vuelven rápidamente hacia atrás para retomar el sitio en que estaba claro al menos lo que *no* estaban viendo: ninfeas. Mientras reculan no dejan de preguntarse cómo pudo ese hombre ver desde lejos y pintar de cerca, treta sutil que los cautiva, dejándolos, al final de su pequeño viaje de retorno hacia el centro de la sala, tan inútiles como antes, y, por si fuera poco, fascinados: momento exacto en que la conciencia de no saber ver adquiere una veta dolorosa, y ahora ya emparejada, como lo está, a la subterránea certeza de que cuanto escapa a su mirada sería punzante placer, e inolvidable recuerdo de belleza. Entonces se rinden. Y echan mano al supremo sucedáneo de la experiencia, al sello de toda mirada fallida. Liberan de la calidez de sus fundas grises afelpadas la derrota de su máquina fotográfica.

Fotografían las *Nymphéas*.

Conmovedor. La muleta arrojada contra los cañones del enemigo. Objetivos de 50 mm lanzados en picado como retínicos kamikazes contra las flotas de ninfeas huidizas. Ni siquiera el flash está permitido por los despiadados preceptos del reglamento: impresionan películas buscando encuadres humanos —imposibles— corregidos por mortificantes flexiones de rodillas, torsiones del tronco, oscilaciones sobre el centro de gravedad. Mendigando una mirada cualquiera, confiando quizás en el milagroso y químico socorro del cuarto oscuro. Los más conmovedores —entre todos, los más conmovedores— proclaman a gritos su derrota al interponer entre

objetivo y ninfeas la mortificante presencia corporal de un pariente, generalmente colocado, como un gesto simbólico de rendición, de espaldas a las ninfeas. Durante años, más tarde, saludará a invitados y amigos, desde encima de una cómoda, con una apagada sonrisa, como un primo que naufragara, años atrás, en un estanque de *nymphéas*, *hélas*, *hélas*. El viejo pintor desvergonzado se los lleva consigo, así, perdidos en una tarea imposible, mirar una mirada inexistente, conquistados y vencidos, saqueados por su astucia, los hombres simplemente, por él, de sus ninfeas, colores, pinceles malditos, la mirada que él vio, nunca más vista, agua, ninfeeeeeeeas y. Todavía hoy lo odiaría por esto. No se perdona a los profetas de profecías ilegibles, y durante mucho tiempo pensé que él pertenecía a esa ralea, la peor de todas, los malos maestros, estaba convencido de que, en definitiva, la mirada que él había imaginado era una mirada inútil porque era inaccesible a los demás y estaba reservada para él, que no había sabido hacerla mirable. Era despreciable por ello, ya que eliminada aquella acrobacia perceptiva —esa enloquecida excursión más allá de todo punto de vista, a la búsqueda de cierto infinito—, eliminada esa aventura pionera de la sensibilidad, quedaba sólo un mar de ninfeas desenfocadas, un ensayo hipertrófico de impresionismo, esa deletérea y tramposa técnica en la que la mediana inteligencia burguesa adoooooora reconocer la irrupción de lo moderno, electrizada por la idea de que eso haya sido una revolución, y casi emocionada por la idea de que haya podido estimarla, a pesar de ser una revolución, constatando que en el fondo no ha hecho daño a nadie —*new for you*, finalmente una revolución pensada expresamente para las señoritas de buena familia, de regalo en todas las cajitas la emoción de la modernidad —puaj. No podía hacerse otra cosa más que odiarlo por lo que había hecho, y lo odié todas y cada una de las veces en que entré en las dos salas de la Orangerie, en París, saliendo siempre de allí derrotado, todas y cada una de las veces, durante veinte años. Y todavía lo odiaría hoy —inútil profanador de las superficies curvas— si no me hubiera sido dado, en la tarde del 14 de junio de 1983, ver a alguien —una mujer— entrar en la sala 2, la más grande, y, delante de mis ojos, ver las *Nymphéas* —ver las *Nymphéas*— revelándome de ese modo que eso era posible, no para mí, posiblemente, pero, de forma absoluta, para alguien en este mundo: aquella mirada existía, allí dentro, y había un dónde que era el principio de la misma, la parábola y el final. Durante años, en efecto, había espiado a las mujeres, allí dentro, sospechando de forma instintiva que, si había una solución, sería una mujer la que diera con ella, aunque sólo fuera por la objetiva complicidad entre enigmas. Naturalmente, observaba a las mujeres hermosas, sobre todo a las mujeres hermosas. Aquella mujer se alejó de su grupo, una mujer oriental, un sombrero grande que escondía en parte su cara, zapatos raros, se alejó y se dirigió hacia una pared de la sala 2 —antes, estaba en el centro, con su grupo de turistas orientales, mujeres todas —y se alejó de allí, como si hubiera perdido el asidero que la mantenía

unida a su grupo, y ahora una singular fuerza de gravedad la empujara a caer hacia las ninfeas, las expuestas en la pared este, donde la curvatura es mayor —hacia las ninfeas se dejó caer asumiendo de repente la andadura de una hoja otoñal —caía balanceándose, oscilando en movimientos contradictorios y armónicamente retorcidos —me gusta decir: curvos —dos muletas, de madera, presionando sus axilas —los pies, badajos negros, mullidos, rotos, dando pasos focomélicos —un chal sobre los hombros —chal enfermedad —los brazos abarquillados de mala manera —parecía una veleta espléndida exhausta, y yo la miré —como si viniera de una prolongadísima migración, exhausta, espléndida, allí mismo. Ganaba centímetro tras centímetro, con un tremendo esfuerzo, y no parecía contemplar la hipótesis de detenerse. Ajustaba cada uno de sus movimientos al eje de su malformación, y sin embargo avanzaba, desplegaba brincos que podían interpretarse como pasos, y así avanzaba, paciente caracol, inseparable de la dolencia que era su casa —estela de baba, detrás, señalando la trayectoria de su grotesco camino —el disgusto de la gente al superarlo, mezclando vergüenza y desaprobación, a la búsqueda de vías de escape para los ojos, pero no era fácil dejar de mirarla —no conseguían mirar hacia otro lado —había un montón de gente, estaba yo, y en cierto momento estuvo sólo ella. Llegó hasta rozar las ninfeas, luego empezó a deslizarse a su lado, imitando la curvatura de las paredes, pero enriqueciéndola con un solfeo cinético, retorcida la línea curva en un garabato más fatigado a cada rumbo, reajustada a cada instante la distancia, no menos indefinida que las ninfeas, al estar diseminada en aquel movimiento en mil direcciones, explosionada en aquel cuerpo sin centro. Recorrió la sala entera, así, acercándose y alejándose, zarandeada por el péndulo embriagado que escandía en su interior el tiempo de su dolencia, mientras la gente se apartaba, pendiente de no perturbar siquiera las más impensables evoluciones de su andar. Y yo, que durante años había intentado mirar aquellas ninfeas, más bien *kitsch* y sobre todo deplorables, dejé que pasara por mi lado y de pronto comprendí, sin tener que analizar lo que hacía con sus ojos, con absoluta claridad comprendí que ella estaba viendo —ella era la mirada que aquellas ninfeas plasmaban— la mirada que las había visto desde siempre —ella era la exacta angulación, el punto de vista preciso, el ojo imposible —lo eran sus zapatos macizos, negros, lo era su dolencia, su paciencia, el horror de sus movimientos, las muletas de madera, el chal enfermedad, el estertor de piernas y brazos, la pena, la fuerza, y aquella irrepetible trayectoria babeada en el espacio —perdida para siempre cuando al final llegó, se detuvo, y sonrió.

Desde aquel 14 de junio de 1983, la vida del profesor Mondrian Kilroy tendió a cierta melancolía, de manera coherente con sus convicciones teóricas, que, a partir del análisis de las *Nymphéas* de Monet, habían llegado a la conclusión de la objetiva supremacía de la condición del dolor como *conditio sine qua non* para una percepción superior del mundo. Se había convencido de que el sufrimiento era la única vía capaz

de llevar hasta más allá de la superficie de la realidad. Era la línea curva que driblaba la estructura ortogonal de la realidad. Por otra parte, el profesor Mondrian Kilroy tenía una vida feliz, carente de dolores significativos, y casualmente resguardada ante los caprichos de la desventura. Eso suponía un auténtico problema, dadas las premisas teóricas susodichas, que le hacía sentirse inexorablemente inapropiado, y ésta acabó siendo la única razón que tenía para el sufrimiento, el dolor de no tener dolores. Víctima de este banal cortocircuito teórico-sentimental, el profesor Mondrian Kilroy se deslizó poco a poco hacia una efectiva depresión nerviosa que le causaba ocasionales pérdidas de memoria, mareos e ilógicos cambios de humor. A veces se sorprendía a sí mismo llorando, sin motivos concretos, ni disculpables. En cierto sentido, se alegraba de tales debilidades, pero no era tan esclavo de sus propias teorías como para no sentir, en tales ocasiones, un poco de vergüenza. Un día, precisamente mientras estaba llorando —de forma completamente gratuita— escondido en el aula 6, vio que la puerta se abría y que entraba un chiquillo. Era un alumno suyo, se llamaba Gould. En el *college* era famoso porque se había licenciado a los once años. Era un niño prodigio. Durante un tiempo incluso había vivido allí, en el *college*, inmediatamente después de aquella horrorosa historia de su madre. La madre era una hermosa mujer rubia, simpática. Pero no estaba bien. Un día su marido la cogió y se la llevó a una clínica, una clínica psiquiátrica. Dijo que no había otro remedio. Fue entonces cuando el chiquillo acabó en el *college*. No se sabía muy bien hasta qué punto se había enterado de toda aquella historia. Nadie se atrevió nunca a preguntárselo. Era un chiquillo educado, nadie quería asustarlo. De vez en cuando el profesor Mondrian Kilroy lo miraba y pensaba que habría querido hacer algo por él. Pero no sabía qué.

El chiquillo le preguntó si quería un pañuelo, o algo para beber. El profesor Mondrian Kilroy le dijo que no, que todo estaba en orden. Se quedaron un rato allí. El chiquillo estudiaba. Había una hermosa luz, que entraba por las ventanas. El profesor Mondrian Kilroy se levantó, cogió la americana y se dirigió hacia la puerta. Cuando pasó junto al chiquillo, le rozó la cabeza con la mano y murmuró algo como Eres un buen chico, Gould.

El chiquillo no dijo nada.

14

—Hola.

—Hola —dijo Shatzy.

—¿Qué queréis tomar?

—Dos hamburguesas con queso y dos zumos de naranja.

—¿Patatas fritas?

—No, gracias.

—Si tomáis patatas cuesta lo mismo.

—No importa, gracias.

—Hamburguesas con queso, bebida y patatas, es el combinado n.º 3 —dijo señalando la foto que estaba a su espalda.

—Bonita foto, pero no nos gustan las patatas.

—Podéis tomar una hamburguesa doble con queso, combinado n.º 5, no lleva patatas y cuesta lo mismo.

—¿Lo mismo que qué?

—Que una hamburguesa con queso y zumo de naranja.

—¿Una hamburguesa doble con queso cuesta lo mismo que una hamburguesa con queso sola?

—Sí, si elegís el combinado n.º 5.

—Increíble.

—¿Combinado n.º 5?

—No. Queremos una hamburguesa sola con queso. Una cada uno. Nada de hamburguesas dobles.

—Como queráis. Pero estáis tirando el dinero.

—No importa, gracias.

—Entonces serán dos hamburguesas con queso y dos zumos de naranja.

—Perfecto.

—¿Postres?

—¿Quieres tarta, Gould?

—Sí.

—Pues añade una tarta, gracias.

—Esta semana, por cada postre que pidáis hay otro de regalo.

—Fantástico.

—¿Qué tomarás?

—Nada, gracias.

—Pero *tienes* que tomarlo, es de regalo.

—No me gustan los postres, no quiero.

—Pero yo *tengo* que traértelo.

—¿Y eso por qué?

—Es la oferta de la semana.

—Ya entiendo.

—Por tanto, *tengo* que traértelo.

—Pero ¿cómo que *tienes* que traérmelo? No lo quiero, no me gusta, no quiero acabar tan gorda como Tina Turner, no quiero meterme bragas de la talla XXL, ¿qué tengo que hacer?, ¿esperar a la semana próxima para comerme una hamburguesa con queso y solamente eso?

—Siempre te queda la opción de no comértelo. Pedir el postre de regalo y no comértelo.

—Entonces, ¿para qué lo pido?

—Para tirarlo luego.

—¿TIRARLO? Yo no tiro nada, tíralo tú, eso es, haz eso, lo coges y lo tiras, ¿okay?

—No puedo, me echarían.

—Jesús...

—Aquí son muy rígidos.

—Okay, está bien, dejémoslo, tráeme esa tarta.

—¿Sirope?

—Nada de sirope.

—Es gratis.

—YA SÉ QUE ES GRATIS PERO NO LO QUIERO, ¿OKAY?

—Como quieras.

—Nada de sirope.

—¿Nata?

—¿Nata?

—Si quieres, hay nata.

—Si ni siquiera quiero *tarta*, ¿cómo demonios puedes pensar que quiera NATA?

—No sé.

—Yo sí que sé: nada de nata.

—¿Para el chico tampoco?

—Para el chico tampoco.

—De acuerdo. Dos hamburguesas con queso, dos zumos de naranja, una tarta sin nada. Esto es para vosotros —añadió, ofreciéndole a Shatzy dos cosas envueltas en papel transparente.

—¿Qué demonios es eso?

—Chicle, es de regalo, dentro hay una bolita de azúcar, si la bolita es roja, has ganado diez chicles; si es azul, un combinado n.º 6 gratis. Si la bolita es blanca, te la comes y ya está. De todos modos, las reglas están escritas en el papel.

—Perdona un momento.

—¿Sí?

—Perdona, eh...

—Sí.

—Imaginemos por un momento que cojo este maldito chicle, ¿no?

—Sí.

—Imaginemos también que empiezo a masticarlo durante un cuarto de hora y al final encuentro una bolita azul.

—Sí.

—Entonces, ¿debería traértela, repleta de saliva, y dejártela aquí, y tú me darías un grasiento, frito y calentito combinado n.º 6?

—Gratis.

—Y, en tu opinión, ¿cuándo me lo comería?

—Inmediatamente, supongo.

—Yo quiero una hamburguesa con queso y un zumo de naranja, ¿lo has comprendido? No sé qué hacer con tres trozos de pollo frito más una de patatas mediana más una mazorca con mantequilla más una coca mediana. NO SÉ QUÉ NARICES HACER.

—Normalmente, se lo comen.

—¿Quién?, ¿quién se lo come? ¿Marlon Brando, Elvis Presley, King Kong?

—La gente.

—¿La *gente*?

—Sí, la gente.

—Escucha, ¿podrías hacerme un favor?

—Claro.

—Quédate estos chicles.

—No puedo.

—Te los guardas para el próximo obeso que pase por aquí, ¿vale?

—No puedo, en serio.

—Jesús...

—Lo siento.

—Lo sientes.

—De verdad.

—Dame esos chicles.

—No están mal, tienen sabor a papaya.

—¿A *papaya*?

—La fruta tropical.

—Papaya.

—Está de moda este año.

—Okay, okay.

—¿Nada más?

—No, cariño, nada más.

Pagaron y se fueron a la mesa. Colgada del techo había una pantalla de televisión que sintonizaba el canal *FoodTV*. Hacía preguntas. Si sabías la respuesta, la escribías en el espacio correspondiente de la servilleta de papel y la entregabas en la caja. Ganabas un combinado 2. En ese momento la pregunta era: ¿quién marcó el primer gol en la final del Campeonato Mundial de 1966?

1. Jeffrey Hurst

2. Bobby Charlton

3. Helmut Haller

—Tres —murmuró Gould.

—Ni se te ocurra —le susurró Shatzy, y abrió el envoltorio de la hamburguesa con queso. En la parte interior de la tapa le apareció una etiqueta roja brillante. Estaba escrito ¡¡¡FELICIDADES!!! ¡HAS GANADO OTRA HAMBURGUESA! Y con letras más pequeñas: ¡Lleva rápidamente este boleto a la caja, recibirás una hamburguesa gratis y una bebida a mitad de precio! Había también una última frase, escrita de forma transversal, pero Shatzy no la leyó. Cerró con calma el envoltorio de plástico, dejando dentro la hamburguesa.

—Vámonos —dijo.

—Pero si no he empezado todavía... —dijo Gould.

—Pues empezamos desde cero.

Se levantaron, dejándolo todo allí mismo, y fueron hacia la puerta. Fueron interceptados por alguien vestido de payaso, aunque en la cabeza llevaba el sombrerito del *fast food*.

—Un globo de regalo, señora.

—Coge el globo, Gould.

En el globo estaba escrito YO COMO HAMBURGUESAS.

—Si lo colocáis en la puerta de vuestra casa podréis participar en el concurso DOMINBURGUER.

—Colócalo en la puerta de casa, Gould.

—Cada domingo es elegida una casa con el globo expuesto y una furgoneta descarga delante de su puerta quinientas hamburguesas con bacon y queso.

—Acuérdate de dejar libre el camino de delante de la puerta, Gould.

—Hay también un congelador de trescientos litros en oferta especial. Para conservar las hamburguesas con bacon y queso.

—Lógico.

—Si se queda el de quinientos litros le regalan también un microondas.

—Fantástico.

—Si ya tiene, puede quedarse con un secador para el pelo de cuatro velocidades.
—¿Por si tengo que lavarme el pelo con las hamburguesas?
—¿Cómo?
—¿O lavarme el pelo con el ketchup?
—¿Perdón?
—Dicen que da brillo al cabello.
—¿El qué?, ¿el ketchup?
—Sí, ¿no lo has probado nunca?
—No.
—Pruébalo. La salsa bearnesa tampoco va nada mal.
—¿En serio?
—Elimina la caspa.
—Yo no tengo caspa, gracias a Dios.
—Te saldrá sin duda si sigues comiendo salsa bearnesa.
—Pero si no la tomo nunca.
—Ya, pero te lavas el pelo con ella.
—¿Yo?
—Claro, se nota por el secador.
—¿Qué secador?
—El que tienes colgado en la puerta.
—Pero yo no lo tengo colgado en la puerta.
—Piénsalo bien, lo pusiste cuando se escapó el microondas a cuatro velocidades.
—¿De dónde se escapó?
—Del congelador.
—¿Del congelador?
—El domingo, ¿no te acuerdas?
—¿Bromea?
—¿Tengo yo la cara de bromear?
—No.
—Respuesta acertada. Ha ganado usted quinientos litros de globos, que le serán entregados en hamburguesas con queso, hasta pronto, adiós.
—No entiendo.
—No importa. Hasta pronto, ¿vale?
—El globo.
—Coge el globo, Gould.
—¿Lo quieres rojo o azul?
—El niño está ciego.
—Oh, perdone.
—No importa. Suele ocurrir.

—¿Coge usted el globo?

—No, lo coge el niño. Está ciego, pero no es idiota.

—¿Se lo doy rojo o azul?

—¿No lo tiene de color vómito?

—No.

—Qué raro.

—Sólo rojo o azul.

—Dame el rojo.

—Aquí tiene.

—Coge el globo rojo, Gould.

—Toma, aquí tienes.

—Da las gracias, Gould.

—Gracias.

—De nada.

—¿Hay algo más que tengamos que decirnos?

—¿Perdón?

—Parece que no. Buenos días.

—¡Suerte el domingo!

—Y tú que lo veas.

Salieron del *fast food*. Corría un aire frío y terso, de límpido invierno.

—Qué mierda de planeta —dijo en voz baja Shatzy.

Gould permanecía allí, en mitad de la acera, quieto, con un globo rojo en la mano.

Estaba escrito YO COMO HAMBURGUESAS.

—Tengo hambre —dijo.

—¡LARRY!... ¡LARRY!... Larry Gorman está acercándose hasta nuestra posición..., está rodeado por su equipo..., el ring está lleno de gente... ¡Larry!..., no resulta fácil, para el campeón, abrirse paso..., está Mondini, su entrenador..., ha sido de verdad una victoria relámpago, la de esta noche, aquí, en el Sony Sport Club, recordemos, dos minutos y veintisiete segundos han sido suficientes... LARRY, aquí está, estamos en directo, para la radio... Larry..., estamos en directo, bueno, una victoria relámpago...

—¿Funciona este micrófono?

—Sí, estamos en directo.

—Bonito micrófono, ¿dónde lo compraste?

—Yo no los compro, Larry..., escucha..., ¿pensaste que ibas a terminar tan rápido o...

—A mi hermana le gustaría un montón...

—Es decir...

—No, en serio. ¿Sabes?, ella imita a Marilyn Monroe, canta clavado a Marilyn, la misma voz, te lo juro, lo único es que no tiene micrófono...

—Escucha, Larry...

—Generalmente se las apaña con un plátano.

—Larry, ¿quieres decir algo sobre tu rival?

—Sí, quiero decir una cosa.

—Dila.

—Quiero decir algo sobre mi rival. Mi rival se llama Larry Gorman. ¿Por qué se empeñan en ponerme delante esos tíos desnudos con guantes? Tropiczo con ellos. Al final, tengo que tumbarlos.

—COÑO, GOULD, ¿QUIERES SALIR DE AHÍ?

Aquella era la voz de Shatzy. Llegaba de detrás de la puerta. La puerta del baño.

—Ya voy, ya voy.

Música de cisterna. Grifo del lavabo *on*. Grifo del lavabo *off*. Pausa. Puerta que se abre.

—Hace media hora que te esperan.

—Ya voy.

A casa de Gould habían llegado los de la tele. Querían hacer un reportaje para el informativo de los viernes por la noche. Título: «Retrato de un niño prodigio». Habían colocado la cámara en el salón. Lo que tenían pensado era una entrevista de una media hora. Pretendían conseguir la tristísima historia de un chiquillo condenado por su inteligencia a la soledad y al éxito. La genialidad consistía en haber encontrado a alguien cuya vida era una tragedia no porque tuviera mala suerte sino, todo lo

contrario, porque tenía una suerte de la hostia. Si no era una genialidad, al menos había parecido una buena idea.

Gould se sentó en el sofá, frente a la cámara. Poomerang se puso a su lado, también él sentado. Diesel no cabía en el sofá, así que se colocó en el suelo, aunque eso le llevó su tiempo. Y, además, no estaba muy claro que después pudieran levantarlo de allí. En fin. Arreglaron los micrófonos y encendieron los focos. La entrevistadora se estiró un poco la falda sobre las piernas cruzadas.

—¿Todo en orden, Gould? —dijo.

—Sí.

—Sólo nos falta probar los micrófonos.

—Sí.

—¿Tienes ganas de decir algo al micrófono, cualquier cosa?

—No, no tengo ganas de decir nada al micrófono, no lo haría ni que me pagarais un trillón de...

—Es suficiente, todo en orden, okay, entonces podemos empezar. ¿Estás preparado?

—Sí.

—Mírame a mí, ¿okay? Olvídate de la cámara.

—De acuerdo.

—Entonces, empecemos.

—Sí.

—Señor Gould... ¿o puedo llamarte simplemente Gould?

—...

—Bueno, dejémoslo simplemente en Gould. Escucha, Gould, ¿cuándo te diste cuenta de que no eras un chico cualquiera, es decir, de que eras un genio?

POOMERANG (nodiciendo) — Depende. Por ejemplo, usted ¿cuándo se dio cuenta de que era cretina?, ¿ocurrió de repente, o lo descubrió poco a poco, primero comparando sus notas con las de sus compañeros, después percatándose de que en las fiestas nadie quería estar en su mismo equipo cuando jugaban a adivinar películas?

—¿Gould?

—Sí.

—Quería saber... si te acuerdas, cuando eras pequeño, de una anécdota, de algo, por lo que de repente te sintieras distinto a los demás, distinto a los demás niños...

DIESEL — Sí, lo recuerdo perfectamente. Verá, íbamos a los parques, con los demás, con los otros niños del barrio..., había un columpio, un tobogán, cosas de ese tipo..., era un hermoso parque, e íbamos allí, por la tarde, si había sol. Bueno, yo no lo sabía entonces, que era... distinto, digamos, en fin, ya era grande pero... un niño no puede saber si es distinto o qué..., yo era el mayor, eso es todo, así que un día subí la escalera del tobogán, era la primera vez, no te dejaban hacerlo si eras demasiado

pequeño, pero ese día nadie me vio, nadie sabía muy bien ni cuántos años tenía, y lo que ocurrió fue que al llegar arriba me senté en el tobogán y la cosa no funcionó, no cabía, el culo, no me cabía, ¿se imagina?, insistía e insistía pero ese cabrón de trasero no quería saber nada de caber..., era una tontería pero no había nada que hacer, no me cabía el culo en el tobogán. Así que al final tuve que hacer marcha atrás. Bajé del tobogán, pero por el lado de la escalera. ¿Usted sabe lo que significa bajar del tobogán por el lado de la escalera? ¿Lo ha probado alguna vez? ¿Con toda la gente mirando? ¿Ha sentido alguna vez esa sensación? Seguro que la ha sentido, ¿verdad? Hay un montón de gente por ahí que baja del tobogán por el lado de la escalera. ¿Lo ha visto? Hay un montón de gente a la que las cosas se le han torcido, ésa es la verdad.

—¿Gould?

—¿Sí?

—¿Va todo bien?

—Sí.

—Okay, okay. Entonces, escúchame..., ¿quieres explicarnos cómo son tus relaciones con los demás chicos?, ¿tienes amigos?, ¿juegas, haces deporte, cosas de este tipo?

POOMERANG (nodiciendo) — A mí me gusta ir por debajo del agua. Ahí abajo todo es distinto. No hay ruido, no puedes hacer ruido, aunque quieras, no puedes hacerlo, no hay ruidos, ahí abajo. Te mueves lentamente, no puedes hacer gestos bruscos, no sé, gestos veloces, tienes que moverte con lentitud, todos están obligados a moverse con lentitud. No puedes hacerte daño, no pueden darte esas estúpidas palmaditas en la espalda, o cosas de ésas, es un lugar hermoso. Sobre todo, es el lugar idóneo para hablar, ¿sabe?, eso me gusta de veras, hablar ahí abajo, es el lugar idóneo, puedes hablar y... puedes hablar, eso es, todos pueden hablar, cualquiera, si quiere, puede hablar, es fantástico cómo se habla ahí abajo. La lástima es que nunca hay..., casi nunca hay nadie, éste es el principal defecto del asunto, que ahí abajo no hay nadie, aparte de ti, es decir, sería un lugar fantástico, pero casi nunca hay nadie con quien hablar, generalmente, nunca te encuentras con nadie. Es una lástima, ¿no le parece?

—¿Quieres que hagamos una pausa, Gould? Podemos dejarlo y empezar otra vez cuando quieras.

—No, por mí está bien así, gracias.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Hay algo de lo que te gustaría hablar?

—No, prefiero que me haga preguntas, es más sencillo.

—¿En serio?

—Sí.

—Okay..., escucha...

—...

—Escucha..., el hecho de ser un niño... especial, digámoslo así..., especial..., es decir, ¿qué tal te va con los otros niños? ¿Funciona?

DIESEL — ¿Sabe qué le digo? Es un problema suyo. Lo he pensado muchas veces, y he comprendido que las cosas son así, es un problema suyo. Yo no tengo problemas en estar con ellos, puedo cogerlos de la mano, hablarles, puedo jugar con ellos, yo no estoy acordándome siempre de que soy de esta manera, yo lo olvido, son ellos quienes no lo olvidan nunca. Nunca. A veces se ve que incluso les gustaría acercarse a mí, o yo qué sé, pero es como si tuvieran miedo a hacerse daño, o algo así. No saben tomárselo de la forma apropiada. A lo mejor hasta son capaces de montarse un montón de historias en la cabeza, sobre lo que puedo y no puedo hacer, quién sabe qué se imaginan, están pensando siempre en lo que puede molestarme, no sé, qué podría ofenderme, o hacerme cabrear, y así todo se va al garete, no tienen que actuar de esa manera. Nadie les ha explicado que los que son un poco especiales, como usted dice, en el fondo son normales, tienen los mismos deseos que los demás, los mismos miedos, no es distinto, de ningún modo, se puede ser especial en algo y normal en todo lo demás, eso tendría que explicárselo alguien. Ellos se lo montan de forma muy complicada y al final lo que ocurre es que se cansan, luego lo dejan por inútil, puede incluso llegar a entenderse, a la larga pasan, eres un problema para ellos, ¿comprende?, un problema. Nadie va al cine con un problema, créame. Es decir: aunque sólo tengas un pingajo como amigo, para ir al cine, ni se te pasa por la cabeza ir con un problema. Ni se les pasa por la cabeza ir conmigo. Es así como funciona.

—¿Prefieres que hablemos de tu familia, Gould?

—Si usted quiere...

—Háblame de tu padre.

—¿Qué quiere saber?

—No sé..., ¿te gusta estar con tu padre?

—Sí. Trabaja en el ejército.

—¿Estás orgulloso de él?

—¿Orgulloso?

—Sí, es decir, ¿estás... orgulloso..., orgulloso de él?

—...

—¿Y tu madre?

—...

—¿Quieres hablarnos de tu madre?

—...

—...

—...

—¿Prefieres que hablemos de la escuela?, ¿te gusta ser lo que eres?

—¿En qué sentido?

—Me explico, eres famoso, la gente te conoce, tus compañeros, los profesores, todos saben quién eres. ¿Es algo que te gusta?

POOMERANG (nodiciendo) — Escuche, voy a explicarle una historia. Un día vino un tipo, a mi barrio, uno de fuera, se topa conmigo en la calle y me para. Quería saber si conocía a Poomerang. Si sabía dónde podría encontrarlo. Yo no dije nada, así que empezó a explicarme, me dijo que era uno calvo, más o menos como tú de alto, y no habla nunca, lo conoces, ¿no?, ese que nunca habla, todos lo conocen. Yo seguí callado. Empezó a mosquearse, venga, dijo, hasta los periódicos han hablado de él, ese que descargó un camión de mierda delante de CRB, por aquella historia de Mami Jane, venga, uno que siempre va de negro, todos lo conocen, va siempre por ahí con una especie de gigante, un amigo suyo. Lo sabía todo. Buscaba a Poomerang. Y yo estaba allí. Vestido de negro. Callado. Al final se cabreó. Gritaba que si no me apetecía hablar que ya me podía ir al infierno, qué modales son éstos, ni siquiera se puede preguntar nada a nadie, en qué mundo vivimos. Y yo estaba allí. ¿Puede entenderlo? ¿Puede usted entender que es una pregunta estúpida preguntarme si me gusta o no? Eh, se lo digo a usted, ¿puede entenderlo?

—¿No te apetece hablar, Gould?

—¿Por qué?

—Podemos dejarlo, si quieres.

—No, no, por mí todo va bien.

—Bueno, no es que estés poniendo las cosas fáciles.

—Lo siento.

—No importa. Suele ocurrir.

—Lo siento.

—No sé, ¿qué quieres que te pregunte?

—...

—No sé, ¿tienes sueños?, por ejemplo..., ¿sueñas con algo, algo de cuando seas grande?, algo que..., un sueño, eso es.

DIESEL — Quisiera ver el mundo. ¿Sabe cuál es el problema? No quepo en los coches y en los autobuses no me dejan subir, soy demasiado grande, no tienen asientos para mí, es más o menos como la historia del tobogán, siempre es lo mismo, no hay remedio. Es una tontería, ¿verdad? Pero de todos modos a mí me gustaría ver el mundo, y no hay manera, tengo que quedarme aquí, y mirar las fotografías de los periódicos o de los atlas. También en los trenes, otro lío, ya lo intenté, y era un lío. No hay remedio. Yo sólo quisiera quedarme allí y ver pasar el mundo tras los cristales de algo lo suficientemente grande como para llevarme, eso es todo, parece una cosa

insignificante, y ya ve. Si de verdad quiere saberlo, es lo único que echo de menos, me explico, yo estoy contento de ser tal como soy, no hubiera querido ser uno del montón, como tantos otros, me gusta ser como soy. Lo único es eso que digo. Me parece que soy demasiado grande para ver el mundo cuando sea grande. Sólo eso. De verdad, sólo eso me cabrea.

—Creo que es suficiente, Gould.

—¿Sí?

—En fin, podemos acabar aquí.

—Bien.

—¿Estás seguro de que no quieres decir nada?

—¿En qué sentido?

—¿Hay algo que quisieras decir, antes de que acabemos? Lo que sea.

—Sí, quizás sí. Una cosa.

—Bien, Gould. Dila entonces.

—¿Usted sabe quién es el profesor Taltomar?

—¿Es un profesor tuyo?

Más o menos. No está en la escuela.

—¿No?

—Siempre está al borde de un campo de fútbol, justo detrás de la portería. Estamos juntos allí los dos. Y miramos, ¿comprende?

—Sí.

—Pues bien, quería decir que de vez en cuando alguien chuta, y la pelota acaba fuera, detrás de la portería, pasa incluso cerca de nosotros, a veces, y luego se detiene un poco más allá. Entonces, el portero, generalmente, da algunos pasos fuera del campo, nos ve y grita La pelota, por favor, la pelota, gracias. Y el profesor Taltomar nunca se mueve, sigue mirando el campo, como si nada hubiera pasado. Decenas de veces ha ocurrido eso, y nosotros nunca hemos ido a buscar esa pelota, ¿comprende?

—Sí.

—¿Sabe?, el profesor y yo no es que hablemos mucho, miramos y punto, pero un día me decidí y se lo pregunté: ¿Por qué no vamos nunca a buscar esa maldita pelota? Él escupió un poco de tabaco al suelo y luego dijo: O miras o juegas. No dijo nada más. O miras o juegas.

—...

—...

—¿Y qué más?

—Y nada más.

—¿Es eso lo que querías contar, Gould?

—Sí, era eso.

—¿Nada más?

—No.

—Está bien.

—...

—Pues está bien, aquí terminamos.

—¿Está bien así?

—Sí, está bien así.

—Bueno. ¿Qué hacemos con esto?, preguntó Vack Montorsi cuando vio la grabación. Vack Montorsi era el director del informativo de los viernes por la noche. No mantendría despierto ni a un cocainómano, apuntó mientras con el mando a distancia iba adelante y atrás rápidamente, buscando algo que no fuera deprimente. Habían intentado incluso entrevistar al padre de Gould, pero había contestado que, por lo que sabía, los periodistas de televisión eran una banda de perversos con los que no quería tener ningún trato. Así que lo único que les quedaba eran algunas tomas de la escuela de Gould y una serie discretamente aburrida de declaraciones concedidas por sus profesores. Decían cosas como «hay que proteger el talento» o «la inteligencia de ese chico es un fenómeno que invita a reflexionar acerca de». Vack Montorsi iba adelante y atrás rápidamente y sacudía la cabeza.

—Hay un momento en que uno llora —dijo la periodista, jugando su última carta decente.

—¿Dónde está?

Más adelante.

Vack Montorsi fue más adelante. Apareció un profesor, con zapatillas.

—Es ése.

Era Mondrian Kilroy.

Pero no llora.

Llora más tarde.

Vack Montorsi pulsó play.

—«... en gran parte son sólo tonterías. La gente cree que las dificultades de un niño prodigio nacen de las presiones de quienes están a su alrededor, de las expectativas salvajes que recaen sobre él. Tonterías. El verdadero problema reside en su interior, y los demás no tienen nada que ver. El verdadero problema es el talento. El talento es como una célula enloquecida, crecida hipertróficamente y sin causa alguna. Es como si te construyeran una bolera dentro de casa. Lo destrozan todo, a lo mejor es hasta bonita, a lo mejor aprendes a jugar a los bolos como Dios, te conviertes en el mejor jugador de bolos del mundo, pero cómo puñetas arreglas tu casa, cómo la proteges de todo eso, cómo te las apañas para tener alguna cosa de la que, en el momento necesario, puedas decir Ésta es mi casa, no me toquéis los huevos, ésta es mi casa. No puedes conseguirlo. El talento es destructivo, es objetivamente destructivo, lo que ocurre alrededor no tiene importancia. Trabaja ahí

dentro, y destruye. Hay que ser muy fuerte para poder salvar algo. Y es un crío. ¿Usted se imagina una bolera justo en medio de la casa de un crío? Sólo con el ruido que hace, todo el santo día, siempre ese barullo, y la certeza de que el silencio, un silencio verdadero, ya puedes olvidarlo. Casas sin silencio. ¿Qué casas son ésas? ¿Quién le devuelve a ese chico su casa? ¿Usted, con su cámara? ¿Yo, con mis clases? ¿Yo?»

Y aquí, en efecto, el profesor Mondrian Kilroy se sorbía la nariz, se quitaba después las gafas, y se secaba los ojos con un gran pañuelo azul, completamente arrugado. Con buena voluntad, aquello podría considerarse un llanto.

—¿Eso es todo? —preguntó Vack Montorsi.

—Más o menos.

Vack Montorsi apagó el vídeo.

—¿Qué más tenemos?

—Los gemelos y la historia esa de la falsa *Gioconda*.

—La *Gioconda* da asco.

El viernes por la noche salió a las ondas un reportaje sobre cuatro gemelos ingleses. Durante tres años habían ido al colegio turnándose, y nadie se había dado cuenta. Ni siquiera su novia. Quien ahora tenía algunos problemillas.

Gould estaba sentado en el suelo, sobre la moqueta de cuatro centímetros de grosor. Miraba la televisión. Cuando volvió Shatzy eran las diez pasadas. A ella le gustaba hacer las compras por la noche, sostenía que las cosas estaban ya cansadas y así se dejaban comprar sin oponer resistencia. Abrió la puerta y Gould le dijo hola, sin apartar los ojos de la televisión. Shatzy lo miró.

—No te esperes gran cosa, pero si la enciendes mejora.

Gould dijo que no funcionaba. Pulsaba todos los botones del mando a distancia pero no pasaba nada. Shatzy dejó la compra sobre la mesa de la cocina. Echó una mirada al televisor apagado. Era imitación de madera, a no ser que fuera de madera auténtica.

—¿De dónde lo has sacado?

—¿El qué?

—¿De dónde has sacado el televisor?

Gould dijo que se lo había robado Poomerang a un japonés que vendía platos japoneses fabricados en cera. Dijo que eran platos en el sentido de que eran alimentos, como pollo y apio, pescado crudo, cosas así, era increíble lo perfectos que eran, costaba Dios y ayuda saber que eran de mentira. Lograban incluso hacer sopas. Dijo que no era fácil hacer una sopa de cera, era necesario ser muy hábil, no era algo que pudiera improvisarse, así, por las buenas.

—¿Qué quieres decir con eso de *robado*?

—Se lo ha llevado.

—¿Se ha vuelto loco?

—El japonés le debía dinero.

Dijo que Poomerang le limpiaba el escaparate todas las mañanas y el japonés siempre encontraba una buena excusa para no pagarle, por lo que Poomerang le había nodicho que ya estaba harto de esperar, había cogido el televisor de imitación madera y se lo había llevado. Dijo que a lo mejor era de madera de verdad, pero que si estás en una tienda de alimentos hechos con cera, exactamente iguales a los de verdad, acabas por esperar que allí todo sea falso, eres incapaz de discernir correctamente. Entonces Shatzy dijo que, en efecto, así debía de ser, y añadió que eso mismo le pasaba a ella cuando leía los periódicos. Gould pulsó un botón rojo del mando a distancia, pero no ocurrió nada.

—¿Conoces a alguien que esté loco, Shatzy?

—¿Loco, loco?

—Uno que los médicos digan que está loco.

—Un loco de verdad.

—Sí.

Shatzy dijo que sí, que creía haber visto algunos. No era un buen espectáculo, al principio. Es que todo el rato están fumando, y carecen de sentido del pudor. Puede pasar que se acerquen a ti mientras tienen la picha en la mano, dijo. No lo hacen con mala intención, es que carecen de sentido del pudor. Probablemente tiene que ver con que ya no tienen nada que perder. Lo que es una gran suerte, añadió. Al rato, de todos modos, te acostumbras, y entonces puede ser algo incluso agradable, aunque agradable no sea la palabra apropiada. Emocionante. Dijo que podía ser algo emocionante.

—¿Sabes qué ocurre en la cabeza de alguien que se vuelve loco? —preguntó Gould.

Shatzy dijo que dependía de la clase de loco que fuera. Uno cualquiera, dijo Gould. No sé, dijo Shatzy, creo que se les rompe algo en su interior, por lo que tienen pedazos que ya no responden a sus órdenes. Dan órdenes pero se pierden por el camino, no llegan, o llegan demasiado tarde y ya no vuelven atrás, siguen ordenando lo mismo, obsesivamente, y no hay forma de anularlas. Así que todo se va al carajo, es una especie de anarquía organizada, abres el grifo y se enciende la luz, suena el teléfono cuando enciendes la radio, la licuadora se pone en marcha cuando quiere, abres la puerta del baño y te encuentras en la cocina, buscas la puerta para salir y ya no la encuentras. A lo mejor es que ya no existe. Ha desaparecido. Encerrado allí dentro para siempre. Shatzy se acercó al televisor. Quería tocar la imitación de madera. Dijo que si no puedes salir de una casa como ésa, debes encontrar una forma de vivir en ella. Ellos lo hacen. Desde fuera no se comprende, pero para ellos todo es muy lógico. Dijo que un loco era alguien que para lavarse el pelo metía la cabeza en el horno.

—Tiene toda la pinta de ser divertido —dijo Gould.

—No. No creo que sea muy divertido.

Luego dijo que en su opinión era madera de verdad.

Gould estaba sentado en el suelo, sobre la moqueta de cuatro centímetros de grosor. Seguía mirando la televisión. Shatzy dijo que en su casa tenían una mesa de plástico verde, pero que al acercarse descubría que era de madera, lo cual es una insensatez, pensándolo bien, pero en aquel entonces había obsesión por el plástico, todo tenía que ser de plástico. Entonces Gould dijo que su madre se había vuelto loca. Sucedió un día. Ahora está en un hospital psiquiátrico, dijo. Shatzy no dijo nada, pero se agachó hacia el televisor donde había un abolladura, una especie de abolladura, y con la uña arrancó un trozo de algo duro, oscuro. Luego dijo que aquel televisor se les debía de haber caído, por lo que no era de extrañar que no funcionara. Un televisor caído es un televisor muerto, dijo.

—Vinieron un día a recogerla y no he vuelto a verla nunca más. Mi padre no quiere que la vea en ese estado. Dice que no debo verla en ese estado.

—Gould...

—¿Sí?

—Tu madre se marchó hace cuatro años a vivir con un profesor que estudia los peces.

Gould intentó de nuevo pulsar algún botón del mando a distancia, pero no pasó nada. Shatzy fue a la cocina y regresó con una lata abierta de zumo de pomelo. La dejó haciendo equilibrios sobre el borde del sofá. Era un sofá azul, y estaba más o menos delante del televisor. Gould se puso a rascarse una pierna con el mando a distancia. Shatzy cogió de nuevo la lata, miró un poco a su alrededor, luego la dejó sobre la mesa, junto al jarrón de las petunias. Parecía una decoradora que estuviera arreglando el apartamento. Se oía el ruido de la nevera fabricando frío, temblando como un viejo borracho. Entonces Gould dijo que se la habían llevado temprano, por la mañana, de forma que él había oído el ajetreo, pero había seguido durmiendo, y cuando se despertó su padre estaba caminando por allí, arriba y abajo, vestido de paisano, con la corbata algo aflojada sobre el cuello abierto de la camisa. Dijo que una vez había ido a buscar aquel hospital, pero no había conseguido encontrarlo porque nadie sabía nada de él, y no había encontrado a nadie que quisiera ayudarlo. Dijo que al principio había pensado en escribirle cada día, pero su padre opinaba que ella tenía que estar muy tranquila y evitar las emociones, así que él se había preguntado si leer una carta podía ser una emoción y, tras pensarlo un rato, había llegado a la conclusión de que sí. De forma que no le escribió. Dijo que se había informado y que le habían dicho que a veces los que van a hospitales de esos luego regresan, pero nunca se había atrevido a preguntarle a su padre si ella volvería. A su padre no le gustaba hablar de aquella historia, es más, ahora que ya habían pasado años no hablaba nunca de ella, sólo de vez en cuando decía que mamá estaba bien, pero sin añadir nada más. Dijo que era extraño, pero que si tenía que recordar a su madre, la recordaba siempre riendo, le venían a la cabeza una especie de fotografías y siempre estaba riendo en ellas, a pesar de que, por lo que recordaba, no podía decirse que ella riera a menudo, pero es esto lo que le pasaba, que si pensaba en ella, pensaba en ella riendo. Dijo también que en el armario de su dormitorio todavía estaban todos sus vestidos, y que sabía imitar las voces de los cantantes, cantaba con la voz de Marilyn Monroe y lo hacía clavado a ella.

—¿Marilyn Monroe?

—Sí.

—Marilyn Monroe.

Shatzy se puso a repetir en voz baja Marilyn Monroe, Marilyn Monroe, Marilyn Monroe, no paraba de repetirlo, y en un momento dado cogió la lata, de nuevo, y la vació en el jarrón de las petunias, Marilyn Monroe, Marilyn Monroe, hasta la última gota, después la dejó otra vez sobre la mesa y dijo otra vez Marilyn Monroe un

montón de veces yendo a la cocina, regresando otra vez, buscando las llaves, cerrando la puerta de casa, y luego andando hacia la escalera. Se quitó los zapatos. Y una pinza con la que se sujetaba el pelo. La pinza se la puso en el bolsillo. Los zapatos los dejó allí mismo.

—Me voy a dormir, Gould.

—...

—Perdóname.

—...

—Perdóname, pero tengo que irme a dormir.

Gould permaneció sentado, mirando la televisión.

Pensó en decirle a Poomerang que la devolviera.

El japonés tenía una hermosa radio, un modelo antiguo, podía cogerla. Tenía todos los nombres de ciudad, en el cristal de delante, y si girabas el pomo podías mover una varilla naranja, y viajar a todas las partes del mundo.

Pensó que, con una televisión, según qué cosas no pueden hacerse.

Después ya no pensó nada más.

Se levantó, apagó las luces, subió al piso de arriba, entró en el baño, avanzó a oscuras hasta la taza, levantó la rapa y se sentó, sin bajarse los pantalones siquiera.

—Sólo he resbalado.

—¡Esta mierda...!

—Le digo que he resbalado.

—Cállate, Larry. Respira profundamente.

—¿Qué coño es esto?

—No metas bulla y respira, fuerte.

—NO NECESITO ESTA MIERDA, sólo he resbalado, coño.

Está bien, has resbalado. Ahora escúchame. Cuando te levantes mira bien lo que tienes delante.

Si ves dos o tres negros con guantes, entonces espera, manténlos a distancia con el *jab*, pero no pegues duro, le darías al equivocado, tienes que esperar, ¿lo entiendes?, manténlos a distancia solamente, y cuando puedas te agarras, te mantienes ahí y respiras. Tú no pegues duro hasta que sólo veas a uno, ¿entiendes?

—Veo perfectamente.

—Mírame.

—Veo perfectamente.

—Hasta que no te encuentres bien, olvídate de los puños y usa la cabeza.

—¿Debo noquearlo con un cabezazo?

—No es momento para bromas, Larry. Ése te ha derribado.

—Pero qué coño, cómo tengo que decírselo, he resbalado, es usted quien no ve bien, ¿sabe una cosa?, debería cuidarse, ya no ve lo que...

—PARA YA, ME CAGO EN LA...

—Es usted quien...

—PARA YA.

—...

—Me estás haciendo blasfemar, me cago en la...

GONG.

—Éste no quiero perderlo, Larry.

—Está a punto de ganarlo, Maestro.

—Que te den por culo.

—... por culo.

Gran tensión en el St. Anthony Field, Larry Gorman ha escuchado la cuenta al final del tercer asalto, ha sido tocado duramente por un gancho rapidísimo de Randolph, ahora veremos si le ha dado tiempo a recuperarse, es una situación nueva para él, es la primera vez que va a la lona en su carrera, ha sido un gancho rapidísimo de Randolph que lo ha cogido por sorpresa, INICIO DEL CUARTO ASALTO, Randolph sale como un huracán, RANDOLPH, RANDOLPH, GORMAN YA ESTÁ CONTRA LAS CUERDAS, no empieza bien el pupilo de Mondini, Randolph parece un torbellino, *UPPERCUT*, *NUEVO UPPERCUT*, Gorman cierra la guardia, se escapa por la izquierda, respira, RANDOLPH SE LE ECHA ENCIMA, no parece una acción muy limpia pero es eficaz, Gorman se ve obligado de nuevo a retroceder, conserva todavía un buen juego de piernas, *JAB DE RANDOLPH QUE LE DA DE LLENO*, *OTRO JAB Y GANCHO DE DERECHA*, GORMAN SE TAMBALEA, DIRECTO AL AIRE DE RANDOLPH, GORMAN FLEXIONA LA CINTURA, RANDOLPH LO ACORRALA, GORMAN DE NUEVO CONTRA LAS CUERDAS, TODO EL PÚBLICO EN PIE...

Gould se levantó de la taza. Tiró de la cadena y pensó después que no había ni meado y eso le pareció bastante tonto. Se acercó al lavabo y encendió la luz. Dentífrico. Dientes. El dentífrico era con sabor a chicle. Tenía una especie de estrellitas en el interior, era como algo de goma con estrellitas en su interior. Lo fabricaban así porque les gustaba a los niños, y acababan lavándose los dientes sin montar ningún drama. En la caja precisamente estaba escrito: para niños. Después, era como si hubieras estado mascando chicle durante toda una clase de física. Pero tenías los dientes limpios, y no tenías que pegar nada debajo del pupitre. Se enjuagó con agua fría y lo escupió todo justo en el agujero del lavabo. Se secó mirándose en el espejo. Luego se volvió y regresó a la taza. Se bajó la cremallera.

—Jesús, eran tres, Maestro.

—¿De verdad?

—No puedo pelear contra tres.

—Ya.

—Con dos no hay problema, pero tres es demasiado. Así que he pensado en eliminar a uno.

—Excelente idea.

—¿Sabe lo más curioso? Cuando he noqueado a ése, los otros dos también han desaparecido. Gracioso, ¿verdad?

—Muy gracioso.

—Derecha, izquierda, derecha, y plaf, los tres han desaparecido.

—Tengo una curiosidad: ¿cómo has hecho para elegir al que debías atizar?

—He elegido al de verdad.

—¿Lo llevaba escrito en la frente?

—Era el que olía peor de los tres.

—Ah.

—Científico. Usted lo ha dicho: utiliza la cabeza.

—Tienes una suerte de la hostia, Larry.

—Derecha, izquierda, derecha: ¿había visto alguna vez una combinación tan rápida?

—Nunca en alguien que parecía estar muerto.

—Pues dígalo, venga, deje ya de gruñir y dígalo.

—Nunca había visto a un muerto soltar una combinación tan rápida.

—Lo ha dicho, Jesús, lo ha dicho, eh, ¿dónde están los micrófonos?, para una vez que los necesitas, ¿dónde se han metido?, lo ha dicho, lo he escuchado con mis propios oídos, lo ha dicho, lo ha dicho, ¿verdad?

—Tienes una suerte de la hostia, Larry.

Cisterna.

Ha sido un poco forzado, pensó Gould.

Las cosas estaban saliendo levemente torcidas esa noche, pensó Gould. Luego se subió la cremallera, apagó la luz y se fue a dormir.

Pasó el tiempo.

Trozos de noche.

En un momento determinado, se despertó. Shatzy estaba sentada en el suelo, junto a su cama. Llevaba un camisón y, encima, una sudadera roja. Estaba mordisqueando la punta de un bolígrafo azul.

—Hola, Shatzy.

—Hola.

La puerta estaba entornada, y entraba luz desde el pasillo. Gould cerró los ojos.

—Se me ha ocurrido una cosa —dijo Shatzy.

—...

—¿Me oyes?

—Sí.

—Se me ha ocurrido una cosa.

Se estuvo un rato callada. Quizá buscaba las palabras. Mordisqueaba el bolígrafo, se oía el ruido del plástico, y un ruido como de cañita. Después se puso a hablar de nuevo.

—He pensado lo siguiente. ¿Sabes las roulottes?, esas que se enganchan a los coches, las roulottes, ¿sabes qué quiero decir?

—Sí.

—Siempre me han dado una pena bestial, no sé por qué, pero cuando las adelantas en la autopista te entra una pena bestial, siempre van lentísimas, con el padre en el coche mirando fijamente al frente, y todo el mundo adelantándolo, y él con su roulotte enganchada, y el coche un poco bajo, inclinado, por atrás, como una viejecita con una enorme bolsa de la compra, caminando inclinada, tan lenta que los demás la adelantan. Es algo tristísimo. Pero, a la vez, es algo que no puedes dejar de mirar, es decir, mientras estás adelantándola siempre le echas un vistazo, *tienes* que mirarla, aunque sepas muy bien que es una pena, seguro que te vuelves a mirarla siempre. Y si lo piensas bien, la verdad es que hay algo en ello que te atrae, en la roulotte, si buscas y buscas, bajo todas esas capas de tristeza, al final llegas a comprender que hay algo, allá en el fondo, que te atrae, algo que ha ido a esconderse ahí abajo, como si hubiera querido, de esa forma, hacerse más *precioso*, algo que al descubrirlo te gustaría, pero que te gustaría de verdad. ¿Comprendes?

—Más o menos.

—Hace años que vengo dándole vueltas a esta historia.

Gould se cubrió un poco con las mantas, hacía una especie de frío. Shatzy se envolvió los pies desnudos con un jersey.

—¿Sabes? Pasa un poco como con las ostras. Me gustaría un montón comérmelas, es muy hermoso ver cómo se las comen, pero siempre me ha dado asco, nunca he podido con ellas, me recuerdan la mucosidad, ¿te lo imaginas?

—Sí.

—¿Cómo vas a comértelas si te recuerdan eso?

—No puedes.

—Exacto, no puedes. La roulotte es lo mismo.

—¿Te recuerda la mucosidad?

—¿Eso qué tiene que ver?, no me recuerda eso, pero me da tristeza, ¿comprendes?, no he conseguido nunca encontrar un motivo, un puñetero motivo para pensar Dios, qué bonito sería tener una roulotte.

—Ya.

—Lo he pensado durante años y no he encontrado ni rastro de un buen motivo.

Silencio.

Silencio.

—¿Sabes una cosa, Gould?

—No.

—Ayer lo encontré.

—Un buen motivo.

—Encontré un motivo. Bueno.

Gould abrió los ojos.

—¿De verdad?

—Sí.

Shatzy se volvió hacia Gould, apoyó los codos en la cama y se inclinó hacia él hasta mirarlo a los ojos, muy de cerca. Luego dijo:

—Diesel.

—¿Diesel?

—Eso es. Diesel.

—¿O sea?

—¿Sabes esa historia que me contaste? Esa historia de que a él le gustaría ver el mundo, pero que no le dejan subir a los trenes, a los autobuses, no le dejan subir, y que en el coche no cabe, esa historia. Tú me la contaste.

—Sí.

—Una roulotte, Gould. Una roulotte.

Gould se incorporó un poco en la cama.

—¿Qué quieres decir, Shatzy?

—Quiero decir que nos vamos a ir a ver el mundo, Gould.

Gould sonrió.

—Estás loca.

—No. Yo no, Gould.

Gould volvió a meterse un poco bajo las mantas. Se quedó pensando un rato, en silencio.

—¿Tú crees que Diesel cabría, en la roulotte?

—Te lo garantizo. Se queda sentado detrás, si quiere se echa, y nosotros lo llevamos de paseo. Tendría su casa, y estaría donde él quiere.

—Le gustaría.

—Claro que le gustaría.

—Es una idea que le gustaría.

Hacía una especie de frío. Había la luz que entraba por la puerta, y nada más. De vez en cuando pasaba un coche, allá en la calle. Si querías, podías escucharlo: preguntarte adónde iba, a esas horas, y urdir un montón de historias. Shatzy miró a Gould.

—Tendremos nuestra casa, y estaremos donde queramos.

Gould cerró los ojos. Pensaba en una roulotte que había visto en unos dibujos

animados, iba como si estuviera loca por una carretera que bordeaba la nada, iba como una loca dando bandazos por todos los lados, parecía que estuviera siempre a punto de caer, pero no se caía nunca, mientras tanto, en su interior, estaban todos comiendo, y estaban en su casa, la roulotte era pequeña pero los cobijaba como una mano que cobijara un animalito, sin aplastarlo, y se lo llevara de paseo. Se habían olvidado incluso de que alguien se encargara de conducir el coche, así que estaban todos comiendo, y llevaban encima como una especie de felicidad, pero que era algo más, como una espléndidamente *idiota* felicidad. Abrió los ojos de nuevo.

—¿Quién conduce?

—Yo.

—¿Y quién compra la roulotte?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí, claro. Yo tengo dinero.

—¿Mucho?

—Algún dinero.

—Una roulotte costará cara.

—¿Bromeas? Tendrían que pagarte, para comprar una roulotte.

—No creo que ellos piensen lo mismo.

—Bueno, pues deberían hacerlo.

—No lo harán.

—Pues entonces pagaremos.

—Yo también tengo dinero.

—¿Lo ves? No hay problema.

—Entre todas las que tienen, alguna habrá que sea barata, ¿no?

—Claro que la tendrán. ¿O te crees tú que en este maldito país no habrá una roulotte que cueste exactamente el dinero que tenemos en los bolsillos?

—Sería una tontería.

—Sería increíble.

—Verdaderamente.

Tenían los dos, en sus ojos, carreteras, y carreteras, y carreteras.

—Nos vamos a ver el mundo, Gould. Ya está bien de hacerse pajas.

Lo dijo con voz alegre, y luego se levantó. Se le había enredado el jersey entre los pies. Se libró de él de cualquier manera y se quedó allí, de pie, junto a la cama. Gould la miraba. Entonces lo que ella hizo fue reclinarsse sobre él, acercarse lentamente, posar sus labios en los suyos, luego separarse apenas, y permanecer allí mirándolo desde tan cerca. Él sacó una mano de debajo de las mantas, la puso en el pelo de Shatzy, se incorporó un poco, la besó en la comisura de la boca y después justo sobre los labios, primero con suavidad, y luego apretando fuertemente, con los ojos

cerrados.

En septiembre de 1988, ocho meses después de la muerte de Mami Jane, CRB decidió suspender la publicación de las aventuras de Ballon Mac, el superhéroe dentista. Las ventas habían seguido descendiendo con sorprendente regularidad, e incluso la decisión de incorporar un personaje femenino que a menudo enseñaba las tetas se había mostrado ineficaz. En el último número, Ballon Mac partía hacia un lejano planeta prometiéndose a sí mismo, y a los lectores, que «un día luminoso de un mañana mejor» regresaría. «Amén», comentó con satisfacción Franz Forte, director financiero de CRB. Diesel y Poomerang compraron ciento once ejemplares de aquel último número. Con método, y a pesar de la dudosa calidad del papel, se dedicaron durante meses a la tarea de limpiarse el culo, cada vez que aquello era necesario, con una página del tebeo. Después, la doblaban en cuatro, con sumo cuidado, y se la enviaban a Franz Forte, Dirección Financiera, CRB. Dado que utilizaban sobres robados en hoteles, centros públicos, clubs deportivos, a la secretaria de Franz Forte le resultó imposible identificarlas antes de que acabaran en la mesa de su jefe. El cual se resignó a abrir la carpeta del correo, cada día, con cierta circunspección.

Gould cumplió catorce años. Shatzy invitó a todos a una cena en un restaurante chino. En la mesa que tenían a su lado había una familia: el padre, la madre y una hija, pequeña. La hija se llamaba Melania. Al padre se le había metido en la cabeza enseñarle a utilizar los palillos. Hablaba con un acento algo nasal.

—Coge el palillo con esta manita..., así..., primero uno solo, cariño, cógelo bien, ¿ves?, tienes que sujetarlo entre el pulgar y el corazón, así no, mira... Melania, mira a papá, tienes que cogerlo así, eso es, muy bien, ahora apriétalo un poco, no, no tanto, sólo debes cogerlo... Melania, mira a papá, entre el pulgar y el corazón, mira, así, no, ¿cuál es el corazón, Melania?, éste es el corazón, cariño...

—¿Por qué no la dejas en paz? —dijo la mujer en ese momento. Lo dijo sin levantar los ojos de una sopa de abadejo y brotes de soja. Llevaba el pelo teñido de color rojo y una camiseta amarilla con hombreras de espuma. El marido prosiguió como si nadie hubiera dicho nada.

—Melania, mírame, mira a papá, siéntate bien, y coge el palillo, venga, así..., eso es, mira qué fácil es, hay millones de niños en China y no pensarás que hacen tanta comedia..., ahora coge la otra, MELANIA, siéntate recta, venga, mira cómo lo hace papá, un palillo y luego el otro, con la manita, venga...

—¿Quieres dejarla en paz?

—Le estoy enseñando...

—Pero ¿no ves que tiene hambre?

—Comerá cuando aprenda.

—Cuando aprenda, ya estará todo frío.

—MALDITA SEA, SOY SU PADRE, Y PUEDO...

—No grites.

—Soy su padre y tengo todo derecho a enseñarle lo que sea, en vista de que su madre, evidentemente, tiene otras cosas que hacer antes que educar a su única hija que...

—Come con el tenedor, Melania.

—NI HABLAR DEL PELUQUÍN, Melania, cariño, escucha a papá, ahora le demostraremos a mamá que podemos comer como una pequeña, fantástica niña china...

Melania empezó a llorar.

—Has hecho llorar a la niña.

—YO NO LA HE HECHO LLORAR.

—¿Y qué está haciendo ahora?

—Melania, no tienes por qué llorar, eres una niña grande, no debes llorar, coge ese palillo, venga, dame la manita, DAME ESA MANO, eso es, muy bien, suelta, déjala suelta, Melania, nos está mirando todo el mundo, deja ya de llorar y coge ese puñetero palillo...

—No digas palabrotas.

—NO HE DICHO PALABROTAS.

Melania se puso a llorar más fuerte.

—MELANIA, te estás ganando una hostia, sabes que papá tiene mucha paciencia, pero todo tiene un límite, MELANIA, COGE ESTE PALILLO O NOS LEVANTAMOS Y AHORA MISMO NOS VAMOS A CASA, y sabes que no bromeo, venga, primero un palillo y luego el otro, ánimo, entre el pulgar y el índice, no, el índice no, EL CORAZÓN, aprieta ahora, así, muy bien, ves como lo haces muy bien, vamos, ahora coge el otro, el otro palillo, cariño, CON LA OTRA MANO, MALDITA..., lo coges con LA OTRA MANO y lo pones en ESTA mano, ¿entiendes?, no es difícil, y para ya de llorar, ¿por qué lloras?, ¿quieres ser una niña grande o no?, ¿quieres seguir siendo una niñata de...

Entonces Diesel se levantó. Era difícil para él, siempre, pero lo hizo. Se acercó a la mesa de la familia, cogió con una mano los dos palillos de la niña, y apretándolos en la mano los destrozó, encima mismo del pato lacado del padre.

Melania dejó de llorar. El restaurante se había sumido en un silencio que olía a fritura y a soja. Diesel habló en voz baja, pero se le oía hasta en la cocina. Se limitó a hacer una pregunta.

—¿Por qué tenéis hijos? —dijo—. ¿Por qué?

El padre permanecía quieto en su sitio, mirando hacia delante, sin atreverse a volverse. La mujer tenía la cuchara a medio camino entre la boca y el cuenco. Miraba a Diesel con estupefacta pesadumbre: parecía la participante de un concurso que

conocía la respuesta pero que la había olvidado.

Diesel se agachó hacia la niña. La miró a los ojos.

—Pequeña, fantástica niña china.

Dijo.

—Come con el tenedor, o te mato.

Luego se dio la vuelta y regresó a su mesa.

—¿Me pasas el arroz cantonés? —nodijo Poomerang.

A su manera, fue un buen cumpleaños.

En febrero de 1989, un grupo de investigadores de la Universidad de Vancouver publicó en la prestigiosa revista *Science and Progress* un artículo de noventa y dos páginas en el que se anunciaba una nueva teoría sobre la dinámica acoplada de las pseudopartículas. Los firmantes —dieciséis físicos de cinco países distintos— sostenían, delante de las cámaras de medio mundo, que se abría para la ciencia una nueva época: y anunciaron que sus estudios llevarían en el plazo de unos diez años a hacer posible la producción de energía a bajo coste y con mínimo riesgo medioambiental. Tres meses después, sin embargo, un artículo de dos páginas y media en el *National Scientific Bulletin* demostró que el modelo matemático del que se habían servido los investigadores de Vancouver para sostener su teoría resultaba, tras un atento control, ampliamente inadecuado y esencialmente inutilizable. «Un poco infantil», afirmaban, en su carta, los dos autores del artículo. El primero se llamaba Mondrian Kilroy. El segundo era Gould.

No es que fuera habitual que ambos trabajaran juntos. Más que nada fue una casualidad. Todo empezó en el comedor universitario. Habían acabado por sentarse a comer el uno frente al otro, y en cierto momento el profesor Mondrian Kilroy, escupiendo el puré, dijo

—¿Qué es esto? ¿Acaso lo han hecho en Vancouver?

Gould había leído las noventa y dos páginas del *Science and Progress*. Pensaba que el puré no estaba tan mal, pero sabía que en aquel artículo había algo que no funcionaba. Le pasó al profesor Mondrian Kilroy su ración de espinacas y dijo que en su opinión el error se encontraba en la página doce. El profesor sonrió. Dejó las espinacas y empezó a llenar de fórmulas la servilleta de papel donde había escupido el puré. Emplearon doce días en acabar. El decimotercero lo pasaron todo a limpio y lo mandaron al *Bulletin*. Mondrian Kilroy quería titularlo «Objeciones al puré de Vancouver». Gould lo convenció de que era mejor algo más anodino. Cuando los medios de comunicación se enteraron de que uno de los dos firmantes tenía catorce años, se pusieron como locos. Gould y el profesor se vieron obligados a dar una rueda de prensa a la que acudieron ciento treinta y cuatro periodistas de todo el mundo.

—Demasiados —dijo el profesor Mondrian Kilroy.

—Demasiados —dijo Gould.

Se lo dijeron mientras esperaban en el pasillo. Se dieron la vuelta, salieron por las cocinas y se fueron a pescar al lago de Abalema. El rector calificó su conducta de inadmisibles y los dos fueron suspendidos.

—¿De qué, exactamente? —preguntó el profesor Mondrian Kilroy. *Exactamente* no lo sabía nadie. De manera que la suspensión fue suspendida.

Más o menos en aquel mismo período Shatzy se acordó de que, si querían adquirir una roulotte, era particularmente importante tener un automóvil. «En efecto», dijo Gould, constatando lo curioso que era que no se les hubiera ocurrido antes. Shatzy dijo que quizá sería conveniente hablar del tema con el padre. Tendrá un coche, ¿no?, en alguna parte. Es un hombre. Los hombres siempre tienen un coche, en alguna parte. Gould dijo «en efecto». Luego añadió que de todos modos era mejor no contarle nada de la roulotte. Evidente, dijo Shatzy.

—¿Diga?

—¿Señorita Shell?

—Yo misma.

—¿Va todo bien por ahí?

—Sí. Sólo tenemos un pequeño problema.

—¿Qué problema?

—Necesitaríamos su automóvil.

—¿Mi automóvil?

—Sí.

—¿De qué automóvil me está hablando?

—Del suyo.

—¿Me está diciendo que yo poseo un automóvil?

—Me parecía algo plausible.

—Me temo que se equivoca, señorita.

—Es sorprendente.

—¿Por qué?, ¿usted nunca se equivoca?

—No quería decir eso.

—¿Qué quería decir?

—Usted es un hombre y no tiene automóvil, eso es lo que quería decir. Es sorprendente, ¿no?

—No estoy seguro.

—Es bastante sorprendente, créame.

—¿No les bastaría con un carro armado? De éstos tengo muchos.

Shatzy vio por un momento una roulotte tirada por un carro armado.

—No, me temo que eso no resuelve nuestro problema.

—Bromeaba.

—Ah.

—¿Señorita Shell?

—¿Sí?

—¿Sería tan amable de decirme de qué problema se trata?

Shatzy se acordó de Bird, el viejo pistolero. Qué mecanismo más raro es la mente. Trabaja como le parece.

—¿Cuál es el problema, señorita Shell?

O quizás era aquella especie de cansancio. Algo parecido al cansancio sobre los hombros. La misma música que bailaba Bird. El viejo pistolero.

—Señorita Shell, le estoy preguntando cuál es el problema, ¿le importaría responderme?

Bird.

Con senderos en la cara, surcados en infinitos tiroteos, decía Shatzy. Los ojos tragados por el cráneo, y manos de olivo, las manos veloces, ramas de invierno. Cansadas. El peine, por la mañana, mojado con agua, rayando el pelo blanco hacia atrás, ya transparente. Pulmones de tabaco en la voz que lentamente dice: Qué viento hace hoy.

Nada peor para un pistolero que no morir.

Mirar siempre en torno, cada cara nunca vista antes puede ser la del idiota de turno que ha venido desde lejos para convertirse en el hombre que mató a Clay «Bird» Puller. Si quieres saber cuándo se ha convertido uno en un mito, entonces escúchame: es cuando te encuentras librando duelos siempre de espaldas. Mientras te salgan a tu encuentro de frente, eres sólo un pistolero. La gloria es una estela de mierda a tus espaldas. Date prisa, gilipollas, dijo sin darse la vuelta siquiera. El muchacho llevaba un sombrero negro, y en el bolsillo alguna chorrada que era el recuerdo de un odio lejano, y la promesa de una venganza. Demasiado tarde, capullo.

Con estos senderos en la cara, maldita vejez, meándome encima por las noches, con este condenado dolor bajo el cinturón, como una piedra al rojo entre la barriga y el culo, nunca llega el día, y cuando llega es un desierto de tiempo vacío, que hay que atravesar, ¿cómo he podido llegar yo hasta aquí?

Cómo disparaba Bird. Llevaba las cartucheras del revés, con la culata de la pistola asomando hacia delante. Desenfundaba con los brazos cruzados, la pistola derecha en la mano izquierda, y viceversa. Así, cuando salía a tu encuentro, con los dedos rozando la culata de las pistolas, parecía una especie de reo, como un prisionero que fuera hacia el patíbulo, con los brazos atados delante. Un instante después era un ave de presa que abría las alas, un latigazo en el aire, y el geométrico vuelo de dos balas. Bird.

Y, entonces, ¿a qué viene este arrastrarse entre la niebla de mis cataratas, obligado a contar las horas, yo, que conocía los instantes, y era el único tiempo que existía para mí? El nistagmo de una pupila, los nudillos blanqueando en torno a un vaso, una

espuela en la ijada del caballo, la sombra de una sombra sobre la pared azul. He vivido eternidades allí donde los otros veían momentos. Lo que para ellos era como un destello, para mí era un mapa; una estrella, donde yo veía cielos. Yo pensaba desde dentro de pliegues del tiempo que para ellos eran ya recuerdos. No hay otra forma, me enseñaron, de ver la muerte antes de que llegue. Y, entonces, ¿a qué viene este arrastrarse entre la niebla de mis cataratas, obligado a espiar las cartas de los demás, mendigando bromas desde mi silla, siempre la misma, en segunda fila, lanzando piedras a los perros por la noche, en mi bolsillo el dinero de un viejo que las putas ya no quieren, será para un mariachi, cuando venga, que sea triste y larga tu canción, muchacho, dulce tu guitarra y lenta tu voz, quiero bailar, esta noche, hasta el ocaso de esta noche, bailaré.

Decían que Bird llevaba siempre encima un diccionario. De francés. Había estudiado todas las palabras, una tras otra, en orden alfabético. Era tan viejo que ya había dado una primera vuelta y ahora había llegado hasta la G, en la segunda. Nadie sabía por qué lo hacía. Pero dicen que una vez, en Tandeltown, se acercó a una mujer, que era hermosísima, alta, de ojos verdes, no se sabía cómo había ido a parar allí. Él se acercó y le dijo: *Enchanté*.

Clay «Bird» Puller. Morirá de una forma bellísima, decía Shatzy. Se lo prometí: morirá de una forma bellísima.

—¿Señorita Shell?

—Sí, dígame.

—¿Me oye?

—Sí, perfectamente.

—Se había cortado la línea.

—Suele pasar.

—Estos teléfonos son un desastre.

—Ya.

—Creo que me sería más fácil mandar hasta allí un bombardero y darle a mi hijo en plena cabeza que conseguir hablar con él por estos teléfonos.

—Espero que no lo haga.

—¿Cómo?

—No, nada, bromeaba.

—¿Está Gould por ahí?

—Sí.

—¿Puede ponerme con él?

—Sí.

—Cuídese.

—Y usted también.

Gould iba en pijama, aunque sólo eran las siete y cuarto. Había pillado una gripe

que los periódicos llamaban «gripe rusa». Era un mal bicho y, aparte de la fiebre, la putada es que te vaciaba por dentro. Era cuestión de pasarse horas en la taza del wáter. La carrera de Larry Gorman recibió un impulso inesperado y, como veremos, decisivo. En pocos días mandó a la lona a Park Porter, Bill Ormesson, Frank Tarantini y Morgan «Killer» Bluman. A Grey La Banca lo descalificaron en el tercer asalto. Pat McGrilley se derrotó él solito, al resbalar y darse de cabeza contra la lona. Larry Gorman tenía ya un récord profesional que no podía pasar desapercibido. Veintiún combates, veintiuna victorias antes del límite. Los periódicos empezaron a hablar del título mundial.

DIESEL — A Mondini se lo dijo Drink, su ayudante. Le dijo que en los periódicos se hablaba de Larry. Tenía los recortes, se los había pasado su nieto. Mondini cogió las gafas y se puso a leer. Le produjo una extraña impresión. Nunca había visto el nombre de uno de sus pupilos junto a los de auténticos campeones. Era algo como comprar el *Playboy* y encontrarte fotografías de tu mujer. Algunos periódicos se mostraban reticentes y decían que de esas veintiuna victorias sólo dos habían sido contra púgiles de verdad. Un periódico, en concreto, decía que todo aquello era un montaje y explicaba que el padre de Larry, un rico abogado, se había gastado un montón de dinero para llevar a su hijo hasta allí, aunque no decía exactamente *cómo* lo había gastado. El artículo estaba bien escrito, tenía gracia incluso. Por la historia esa del padre abogado, Larry siempre era mencionado como Larry «Lawyer» Gorman. Mondini encontró que tenía bastante gracia. Aparte de aquel periódico, no obstante, los demás se tomaban el asunto muy en serio. *Boxing* colocaba a Larry en la sexta posición de la clasificación mundial. Y en *Boxe Ring* había un artículo dedicado a él titulado «El heredero de la corona». Mondini se dio cuenta de que mientras lo leía se le empañaban las gafas.

—¡Eh, Larry..., Larry!, unas declaraciones para la radio...

—Yo no peleo esta noche, Dan.

—Sólo unas palabras.

—Sólo he venido a ver boxeo del bueno, y ya está, esta vez lo disfrutaré al pie del ring.

—¿Tienes algo que decirnos sobre ciertos artículos que han salido en...

—Me gusta ese apodo.

—¿Qué quieres decir?

—*Lawyer*. Me gusta. Creo que lo utilizaré.

—Recordamos a nuestros oyentes que ha aparecido en una revista un duro artículo sobre Larry, escrito por...

—Larry «Lawyer» Gorman, ¿suena bien, no? Creo que lo utilizaré. La próxima vez hazme un favor, Dan...

—Dime, Larry.

—En tu crónica radiofónica llámame Lawyer. Me gusta.

—Como quieras, Larry.

—Larry Lawyer.

—Larry Lawyer, de acuerdo.

—Tienes una mancha en el cuello, Dan, algo de grasa.

—¿Cómo?

—Que tienes una mancha de grasa en el cuello..., ahí, ¿la ves?..., debe de ser grasa.

POOMERANG — Mondini acabó de leer y comprendió que las cosas iban por mal camino. Por su manera de entender las cosas, aquello iba por mal camino. El mundo del boxeo era un mundo extraño, había de todo, desde el que se divertía dando golpes al saco hasta los que se ganaban la vida en el ring, intentando no salir malparados. Había púgiles decentes y púgiles marrulleros, pero en su conjunto era un mundo bastante verdadero, y a él le gustaba. El boxeo. El que él había conocido. Le gustaba. Pero el título, el mundial, la corona: eso era otra historia. Demasiado dinero en juego, demasiada gente difícil de comprender, demasiada fama. Y golpes pesados, golpes distintos a los otros. Por su manera de entender las cosas, ésa era una historia que debía evitarse.

Comprendió que las cosas se estaban precipitando cuando vio llegar al gimnasio a un tipo con gafas oscuras y dentadura postiza. Era del circuito de los Casinos, los que organizaban los combates importantes. Lo recordaba de cuando era púgil, tenían que haber peleado ambos en cierta ocasión, pero al final la cosa no había cuajado. Lo sentía: era uno de esos púgiles que no aguantan más de dos asaltos, enseguida empiezan a preguntarse qué demonios están haciendo allí, con la cantidad de buenas películas que echan por ahí. Un perdedor programático. Ahora había engordado, y cojeaba un poco. Había venido «a saludar». Charlaron un poco. Larry no estaba.

DIESEL — Larry se entrenaba, y nunca hablaba del título. Mondini le hacía sudar la gota gorda, pero él no se rendía. Parecía que estuviera dentro de una campana, donde nada podía llegar a afectarle. Mondini lo había visto otras veces: ocurría con los campeones. Era una mezcla de fuerza irrefutable y soledad definitiva. Los resguardaba de toda derrota, y de toda felicidad. Y así perdían, imbatidos, toda la vida. Un día Larry fue al gimnasio con una chica, una morenita pequeña y delgada que se llamaba Jody. Llevaba un jersey ceñido y unos zapatos con muchos cordones. A Mondini le pareció muy bella y, en cierta manera, digamos que amable. Se sentó en una esquina, y miró cómo Larry se entrenaba, sin decir ni una palabra. Antes de que el entrenamiento terminara, se levantó y se fue. Otro día Larry peleaba con un chico más joven que él, uno que tenía coraje, pero era joven, y en cierto momento la cosa empezó a ponerse bastante violenta. Mondini no esperó a que el reloj señalara los tres minutos: apoyándose en las cuerdas dijo: Basta. Pero Larry no se detuvo. Golpeaba

con una extraña maldad. Y se empleó a fondo. Mondini no dijo nada. Dejó que Larry bajara del ring. Vio cómo Drink le secaba la espalda y le quitaba los guantes: con respeto. Lo vio pasar frente al espejo, antes de volver al vestuario, y pararse un instante, delante mismo. Entonces se acordó de la muchacha silenciosa, quién sabe por qué, y un montón de cosas más. Blasfemó en voz baja, y comprendió que había llegado el momento. Esperó a que Larry saliera, elegante como siempre, con su abrigo de cachemir. Desenchufó el reloj. Luego dijo

—Larry, te llevo a casa, ¿okay?

POOMERANG — Atravesaron la ciudad sin dirigirse la palabra. La vieja berlina de Mondini sólo funcionaba con el estárter al máximo. Parados en los semáforos parecían una olla a presión después de tres horas cociendo el caldo. Al final Mondini aparcó y apagó el motor. Barrio de ricos y luces bajas sobre los céspedes al estilo inglés.

—¿Confías en mí, Larry?

—Sí.

—Déjame que te explique algo.

—De acuerdo.

Tú has disputado veintiún combates, Larry. Dieciséis de ellos los hubiera ganado incluso yo. Pero los otros cinco eran púgiles de verdad. Sobilo, Morgan Bluman..., ésa es gente que te hace perder las ganas de seguir peleando. Y contigo no han podido siquiera llegar hasta el final. Tú tienes una forma de boxear que ellos nunca habían ni imaginado. De vez en cuando, cuando estás ahí arriba, miro a tus rivales, y es de locos ver lo..., lo viejos que parecen. Parecen películas en blanco y negro. No sé dónde lo has aprendido, pero así es. Si tú no peleas, ese boxeo no existe. ¿Me crees?

—Sí.

—Ahora escúchame bien. Hay dos cosas que debes comprender.

—Okay.

—Primera: nunca en tu vida has recibido un golpe de verdad.

—¿En qué sentido?

—Todos lanzan golpes, Larry. Después hay tres o cuatro en el mundo que son capaces de hacer algo más: pegar. Los suyos son golpes de verdad. Tú no tienes ni idea de lo que son. Son golpes que podrían remodelar la carrocería del coche. Dentro hay de todo: coordinación, velocidad, precisión, maldad. Son obras maestras. Tendrían que llevar a los alumnos a verlos, como en los museos. Y es bonito verlos cuando estás sentado delante de la tele, con una cerveza en la mano. Pero si estás ahí arriba, es miedo, Larry, dejémonos de hostias, es puro miedo. Y horror. Golpes de éstos matan. O te dejan sonado para el resto de tus días.

Larry no se movió. Miraba fuera, frente a sí. Sólo dijo:

—¿Y la segunda?

Mondini permaneció un rato en silencio. Luego giró el espejo retrovisor hacia Larry. Lo que quería decir es que los campeones del mundo no tienen una cara como ésa. Pero no le salía la frase.

Quería decir que es necesario tener un agujero negro en lugar de futuro para jugarse la vida en el ring, si no, sólo eres un jovencito chalado, enamorado de sí mismo, y nada más. Tal vez también quería decir algo sobre aquella muchacha silenciosa. Pero no sabía exactamente qué.

Larry se miró en el espejo.

Vio una cara de abogado. Campeón del mundo de boxeo.

Mondini encontró una frase. No era gran cosa, pero daba una idea aproximada.

—¿Sabes en qué se reconoce a un gran púgil? Él sabe el día en que lo dejará. Créeme, Larry: tu día es éste.

Larry se volvió hacia el Maestro.

—¿Debería dejarlo?

—Sí.

—¿Yo debería dejarlo?

—Sí.

—¿Me está usted diciendo que Larry «Lawyer» Gorman debería dejarlo?

—Tú, Larry, tú debes dejarlo.

—¿Yo?

DIESEL — Que los ricos no entienden un carajo del resto de la humanidad es algo que ya se sabe, pero lo que nadie quiere entender es que el resto de la humanidad no sabe nada de nada de los ricos, no tiene ninguna posibilidad de comprenderlos. Tienes que haber pasado por eso, para comprenderlos, tienes que haber sido rico cuando tenías seis años, cuando ya eras rico en el vientre de tu madre, cuando eras un pensamiento de tu padre, también rico. Entonces a lo mejor puedes llegar a comprenderlos. Si no, sólo puedes decir chorradas. ¿Tú qué sabes, por ejemplo, de lo que es importante para ellos? ¿De lo que realmente les preocupa? ¿O de lo que les da miedo? A lo mejor sabrías decirlo de ti. Pero ellos, ¿qué tienen que ver? Están en otro ecosistema. Como los peces, por ejemplo. Quién sabe qué quieren, adónde van, o por qué. Son peces. Y pueden morir por lo que es vida para ti. Una bocanada de aire y ya se han ido, una bocanada de ese aire cualquiera que es vida para ti. Son fiambre. Larry era un pez. Tenía todo un mar a su alrededor, y branquias difíciles de ver, y una vida que respirar de una forma que no puedes comprender, si estás mirando el mar desde la orilla, desde aquí.

POOMERANG — Larry no se lo pensó mucho rato. Colocó bien el espejo retrovisor, miró fijamente a los ojos a Mondini y dijo

—Quiero llegar hasta arriba, Maestro. Quiero comprender lo que se ve desde ahí arriba.

Mondini sacudió la cabeza.

—No se ve gran cosa si estás tumbado en la lona con los ojos en blanco.

No lo dijo para atraer la mala suerte, lo dijo por decir, para evitar que todo fuera demasiado en serio. Pero para Larry iba en serio. Él, que bromeaba sobre todas las cosas, esta vez hablaba condenadamente en serio.

—Quiero intentarlo, Maestro. ¿Me llevará hasta arriba?

Mondini no esperaba estar allí para responder preguntas. Estaba allí para hacer bajar a aquel chico del ring.

—Por favor, ¿me llevará hasta arriba?

Mondini no se lo esperaba.

—¿Sí o no, Maestro?

Durante el invierno de 1989, la temperatura fue muy rigurosa, y el campeonato de fútbol, en el campo que había detrás de la casa de Gould, fue suspendido a menudo por el estado impracticable del terreno. A veces se resignaban a jugar en condiciones imposibles, sólo para que el calendario no se fuera completamente al traste. Gould, Diesel y Poomerang tuvieron la oportunidad de verlos jugar, un día, sobre la nieve. El balón botaba y para el árbitro, por tanto, todo estaba de acuerdo con el reglamento. Un equipo llevaba camiseta roja. El otro, un uniforme a cuadros morados y blancos. Alguno llevaba guantes, y uno de los porteros se había puesto un colbac en la cabeza, con las orejas bajadas y atadas en la barbilla. Parecía un explorador antártico rescatado de un iceberg por un crucero del Club Med. A la mitad de la segunda parte, Gould salió de casa y ocupó su sitio habitual, detrás de la portería de la derecha. El profesor Taltomar no estaba. Era la primera vez. Gould esperó un rato y luego volvió a su casa. Ganaron los de rojo, con un gol de chiripa en el duodécimo minuto de la segunda parte.

El profesor no volvió a aparecer por el campo, por lo que Gould se puso a buscarlo. Al final lo encontró en una residencia de ancianos, con una pulmonía que quizás fuera un cáncer, no se sabía muy bien. Estaba en su cama, y parecía haber encogido. Entre los labios tenía un cigarrillo sin filtro, apagado. Gould acercó la silla a la cama y se sentó. El profesor Taltomar tenía los ojos cerrados, quizás dormía. Durante unos instantes, Gould permaneció en silencio. Luego dijo:

—Cero a cero a dos minutos del final. El delantero se tira en el área, el árbitro pita penalti. El capitán protesta poniéndose a chillar como un loco. El árbitro se cabrea, saca una pistola y le dispara a quemarropa. La pistola se encasquilla. El capitán se lanza sobre el árbitro y los dos acaban por el suelo. Acuden los jugadores y los separan. El árbitro se levanta.

El profesor Taltomar no se movió. Durante un rato, no se movió. Después se sacó lentamente el cigarrillo de los labios, sacudió una ceniza imaginaria, y murmuró lentamente:

—Tarjeta roja para el capitán. Lanzamiento del penalti. Prosigue el partido hasta el final del tiempo reglamentario, añadiendo los minutos perdidos durante la mencionada trifulca. Expulsión del árbitro de acuerdo con la regla n.º 28 del Estatuto del Cuerpo que dice: los chiflados no arbitran.

Después tosió y se colocó el cigarrillo entre los labios.

Gould sintió algo hermoso en su interior.

Permaneció un rato más, en silencio.

Cuando se levantó, dijo:

—Gracias, profesor.

El profesor Taltomar ni siquiera abrió los ojos.

—Cuídate, hijo.

Más o menos en esa misma época Shatzy se ocupó de la compra de una roulotte de segunda mano, modelo Pagode del 71. Era toda de madera por dentro. Por fuera era amarilla.

—Pero ¿cómo se le ocurrió escogerla amarilla?

—Señorita, le recuerdo que es usted la que está comprando, no yo.

—Comprendo, pero hace veinte años fue usted quien la compró. No me diga que no había más colores.

—Si el amarillo no le gusta siempre puede pintarla de otro color.

—A mí me gusta el amarillo.

—¿A usted le gusta?

—A mí, sí. Pero, en general, hay que estar un poco tarado para comprarse una roulotte amarilla, ¿no le parece?

El profesor Bandini bajó la cabeza pensando que debía acordarse de tener mucha paciencia con aquella chica. Debía permanecer calmado, si no, no lograría nunca librarse de aquella maldita roulotte. Hacía meses que intentaba deshacerse de ella. No hay mucha gente que tenga entre sus deseos más elevados una roulotte Pagode del 71. Amarilla. Había puesto anuncios por todas partes, incluido el periódico de la universidad donde daba clases. Era la universidad de Gould. Gould había recortado el anuncio y lo había colgado entre los demás, en la nevera. Luego era Shatzy la que hacía la selección. Prefería a los católicos y a los intelectuales: generalmente les daba vergüenza hablar de dinero. El profesor Bandini era un intelectual católico.

Y así, un día, mientras estaba dando clase ante un centenar de estudiantes, en el aula 11, vio que se abría la puerta y entraba aquella chica.

—¿Es usted el profesor Bandini?

—Sí, ¿por qué?

Shatzy agitó en el aire el recorte del periódico.

—¿Es usted el que vende una roulotte de segunda mano, modelo Pagode, del 71, en buen estado, precio negociable, sin posibilidad de permuta?

Sin saber muy bien por qué, el profesor Bandini se avergonzó, como si le estuvieran devolviendo un paraguas que hubiera olvidado en un cine porno.

—Sí, soy yo.

—¿Puedo verla? Me refiero a la roulotte, ¿puedo verla?

—Estoy dando clase, señorita.

Shatzy pareció darse cuenta sólo en ese momento de los alumnos que llenaban el aula.

—Oh.

—¿Le importaría volver más tarde?

—Claro, disculpe, puedo esperar un rato, me siento aquí, ¿le molesta?, a lo mejor hasta aprendo algo de interés.

—Faltaría más.

—Gracias.

El profesor Bandini pensó que el mundo estaba lleno de locos. Después siguió desde donde había sido interrumpido.

Generalmente, el *porch*, o «veranda», está situado en la pared frontal de la casa. Está constituido por un tejado de profundidad variable —pero suele ser superior a los cuatro metros— que se apoya sobre una serie de montantes y recubre una tarima cuya elevación respecto al suelo oscila normalmente entre los veinte centímetros y el metro y medio. Una barandilla y los necesarios escalones de acceso completan su diseño. Desde un punto de vista puramente arquitectónico, el porche representa un desarrollo bastante elemental de la idea clásica de fachada, expresión de una pobreza pudiente, y de un lujo rudimentario, primitivo. Desde un punto de vista psicológico, y aun moral, se trata en cambio de un fenómeno que me saca de mis casillas y que resulta, tras un atento análisis, conmovedor, pero repugnante a la vez y, en definitiva, epifánico. Del griego *epipháneia*, revelación.

Shatzy lo aprobó con un ligero gesto de cabeza. En el Oeste, en efecto, casi todo el mundo tenía un porche delante de la casa.

La anomalía del *porch* —continuó el profesor Bandini— es evidentemente la de ser, al mismo tiempo, un lugar interior y un lugar exterior. En cierto modo, representa un umbral prolongado, en el que la casa ya no lo es y, no obstante, no se ha extinguido ante la amenaza de lo exterior. Es una zona franca en la que la idea del lugar protegido, que toda casa testimonia y realiza, se asoma más allá de su propia definición, y se propugna, casi indefensa, como póstuma resistencia a las pretensiones de lo abierto. En este sentido, pudiera parecer espacio débil por excelencia, mundo en precario equilibrio, idea en exilio. Y no hay que descartar que sea esta identidad débil suya la que provoque su fascinación, dada la inclinación del hombre a amar los lugares que parecen encarnar su propia precariedad, su propia condición de criatura a la intemperie, y de confín.

En privado, el profesor Bandini resumía este razonamiento suyo con una expresión que juzgaba imprudente utilizar en público, pero que consideraba felizmente sintética. «Los hombres *tienen* casas, pero *son* verandas». Una vez hizo la prueba de formularla a su mujer, y la mujer se rió hasta desternillarse. El asunto le afectó seriamente. A continuación, su esposa lo abandonó para irse a vivir con una traductora veinte años mayor que ella.

Resulta curioso, por otra parte —prosiguió el profesor Bandini— cómo este estatuto de «espacio débil» se disuelve en cuanto el *porch* deja de ser inanimado objeto arquitectónico y es habitado por el hombre. En un porche, el hombre medio permanece de espaldas a la casa, sentado, y, por regla general, sentado sobre una silla provista del mecanismo pertinente que permite el balanceo. A menudo, completando el cuadro en su más deslumbrante exactitud, el hombre tiene en su regazo un rifle cargado. Y, siempre, mira hacia delante. Si ahora regresáis a esa imagen de precariedad que era el *porch* entendido como simple objeto arquitectónico, y la enriquecéis con la presencia de ese hombre —de espaldas a la casa, balanceándose en su mecedora, con un rifle cargado en su regazo—, esa imagen virará sensiblemente hacia un sentido de fuerza, seguridad, determinación. Podría decirse incluso que ese porche deja de ser un frágil eco de la casa sobre la que se apoya, y se convierte en la prueba final de lo que la casa apenas insinúa: sensación definitiva de lugar protegido, solución al teorema que la casa se limitaba a enunciar.

A Shatzy le gustó especialmente el detalle del rifle cargado.

En definitiva —prosiguió el profesor Bandini— ese hombre y ese *porch* unidos constituyen un icono laico, y sin embargo sagrado, en el que se celebra el derecho humano a la posesión de un lugar propio, hurtado al ser indiferenciado de lo que meramente existe. Es más: ese icono celebra la pretensión humana de su capacidad de defender ese lugar, con las armas de una metódica cobardía (el balanceo de la mecedora) o de una pertrechada valentía (el rifle cargado). Toda la condición humana se resume en esa imagen. Porque exactamente ésta parece ser la dislocación del destino humano: estar frente al mundo, teniéndose a sí mismo a sus espaldas.

Era algo en lo que el profesor Bandini creía, al margen de toda consideración académica —que las cosas eran exactamente de esta manera, lo creía, simplemente, lo creía incluso cuando estaba en el lavabo. Pensaba, de verdad, que los hombres están en el porche de su propia vida (exiliados por tanto de sí mismos) y que éste es el único modo posible, para ellos, de defender su vida ante el mundo, ya que bastaría con que se atrevieran a entrar en su casa (y a ser ellos mismos, en consecuencia) para que inmediatamente esa casa sufriera una regresión hasta ser frágil refugio en el mar de la nada, destinada a ser barrida por el oleaje de lo Abierto, y el refugio se convertiría en trampa mortal, motivo por el cual la gente se apresura a salir de nuevo al porche (y por lo tanto, de sí misma), recuperando la única posición que le permite

detener la invasión del mundo, salvando por lo menos la idea de una casa propia, aunque sea desde la resignación de saber que esa casa es inhabitable. Tenemos casas, pensaba, pero somos porches. Miraba a los hombres y en sus conmovedoras mentiras escuchaba el crujir de la mecedora sobre las impolutas tablas del porche; y, para él, eran ridículos rifles cargados los arrebatos de orgullo y de penosa autoafirmación en que veía, en los demás y en sí mismo, esconderse la sentencia de un exilio perenne. Pensándolo bien, era una historia tristísima, aunque, en el fondo, conmovedora porque, al final, el profesor Bandini acababa sintiendo cariño hacia sí mismo y hacia la gente, y compasión hacia todos los porches que lo rodeaban

había algo infinitamente digno en ese demorarse eterno frente al umbral de la casa, un paso por delante de sí mismos esas noches en que se levanta el feroz viento de la verdad, y a la mañana siguiente estás obligado a reparar el tejado de tus mentiras, con paciencia inoxidable, pero cuando regrese mi amor todo estará de nuevo arreglado, miraremos el crepúsculo bebiendo agua coloreada

o, cuando alguien, agotado, te pedía que te sentaras delante de él y te abría su mente, sacándolo todo, todo de verdad, incluso entonces lo que comprendías es que estabais sentados en su porche, pero no te había invitado a entrar en su casa, en su casa él ya no entraba desde hacía años, y ésta era la paradójica razón por la que estaba agotado, allí, frente a ti

esas tardes en que el aire es frío y el mundo parece haberse aposentado, de repente te sientes cómico, allí, en esa veranda haciendo guardia contra ningún enemigo, y es un cansancio que te reconcome, y la humillación de sentirte tan inútilmente ridículo, al final te levantas y entras en la casa, tras años de mentiras, de simulacros, entras en la casa sabiendo que tal vez ni siquiera serás capaz de orientarte allí dentro, como si fuera la casa de otro y sin embargo era la tuya, todavía lo es, abres la puerta y entras, curiosa felicidad que ya no recordabas, tu casa, Dios, qué maravilla, qué regazo, esta tibieza, la paz, yo mismo, al final, nunca más saldré de aquí, dejo el rifle en una esquina y aprendo de nuevo la forma de los objetos y las figuras del espacio, me habitúo otra vez a la geografía olvidada de la verdad, aprenderé a moverme sin romper nada, cuando alguien llame a la puerta, la abriré, cuando llegue el verano abriré las ventanas de par en par, estaré en esta casa hasta el fin, PERO

PERO si esperas, y miras desde fuera esa casa, puede que pase una hora o todo un día, PERO al final verás abrirse la puerta, sin saber ni poder comprender, nunca, qué puede haber pasado ahí dentro, verás abrirse la puerta y salir lentamente a ese hombre, invisiblemente empujado por algo que nunca podrás saber, PERO seguro que tiene algo que ver con algún miedo vertiginoso, o incapacidad, o condena, tan despiadada que empuja a ese hombre hacia fuera, a su porche, rifle en mano, adoro

adoro ese instante —decía el profesor Bandini— el instante preciso en que de nuevo da un

paso, con el rifle en la mano, mira al mundo que tiene enfrente, siente el aire punzante sobre él, se levanta el cuello de la chaqueta y, después —qué maravilla— vuelve a sentarse en su silla y recostando la espalda la pone de nuevo en movimiento, suave balanceo que se había adormecido, protectora oscilación de la mentira, ahora acuna nuevamente la serenidad reencontrada, la paz de los cobardes, la única que nos espera, pasa la gente y saluda, Eh, Jack, ¿dónde estabas? Nada, nada, ya estoy aquí de nuevo, Cojonudo, Jack, una mano acaricia la culata del rifle, mira a lo lejos, entrecerrando los ojos, cuánta luz, mundo, cuánta luz necesitas, a mí me bastaba con una llama minúscula ahí dentro, cuándo, no recuerdo cuándo, PERO era un sitio al que dije adiós, y luego nada más, no volverá a hablar del tema nunca más, balanceándose para siempre en su porche de madera y barniz

si te paras a pensar en ello, piensa en las casas vacías, a centenares, detrás de las caras de la gente, a espaldas de cada porche, millares de casas perfectamente ordenadas, y vacías, piensa en el aire, en su interior, los colores, los objetos, la luz cambiante, todo lo que ocurre para nadie, lugares huérfanos, cuando podrían ser LOS LUGARES, los únicos verdaderos, pero ese curioso urbanismo del destino los ha concebido como los agujeros de la carcoma, cavidades abandonadas bajo la superficie de la conciencia, si piensas en eso, qué misterio, qué ha sido de ellos, de los lugares verdaderos, de mi lugar verdadero, dónde he ido YO a parar mientras estaba aquí defendiéndome, ¿nunca se te ha ocurrido preguntártelo?, ¿quién sabe cómo estoy YO?, mientras estás balanceándote ahí, reparando trozos de tejado, sacando brillo a tu rifle, saludando a los que pasan, de repente, te viene a la cabeza esa pregunta, ¿quién sabe cómo estoy YO?, sólo quisiera saber eso, ¿cómo estoy YO? ¿Alguien sabe si estoy bien, o viejo, alguien sabe si estoy VIVO?

Shatzy se acercó a la mesa. Los alumnos iban saliendo y el profesor Bandini estaba de pie, colocando sus cosas en el maletín.

—No ha estado mal su clase.

—Gracias.

—Se lo digo en serio. Ha dicho un montón de cosas interesantes.

—Se lo agradezco.

—¿Sabe en qué me ha hecho pensar?

—No.

—Pues verá, he pensado, fíjate, ese profesor tiene toda la razón del mundo, o sea, las cosas son así, los hombres tienen casas, pero en realidad son sólo verandas, no sé si me explico, tienen casas, pero son...

—¿Qué ha dicho?

—¿Cuándo?

—Ahora, esa historia de las casas.

—No sé, ¿qué he dicho?

—Ha dicho esa frase.

—¿Qué frase?

Shatzy y el profesor Bandini recorrieron juntos el paseo, mientras seguían charlando, después se despidieron y él dijo que la roulotte estaba en su jardín, que si ella quería pasarse por la tarde, allí estaría, y ella dijo que estaba de acuerdo, de manera que por la tarde fue y allí mismo se pusieron a discutir sobre el color y Shatzy precisamente dijo:

—Pero ¿cómo se le ocurrió escogerla amarilla?

—Señorita, le recuerdo que es usted la que está comprando, no yo.

—Comprendo, pero hace veinte años fue usted quien la compró. No me diga que no había más colores.

—Si el amarillo no le gusta siempre puede pintarla de otro color.

—A mí me gusta el amarillo.

—¿A usted le gusta?

—A mí sí. Pero, en general, hay que estar un poco tarado para comprarse una roulotte amarilla, ¿no le parece?

A unos veinte metros, apoyados en la pared del garaje de Bandini, Gould, Poomerang y Diesel permanecían en la sombra, mirando la escena.

—Él no lo sabe, pero está loco por ella —nodijo Poomerang.

—¿De dónde ha sacado Shatzy esa horrible camiseta? —preguntó Diesel.

—Es una camiseta estratégica —dijo Gould—. Si tose, se desabrocha el botón de delante y se le ven un poquito las tetas.

—¿En serio?

—Bueno, hay que saber toser de la manera adecuada. Shatzy se entrena delante del espejo.

Poomerang se puso a toser. Luego se miró los botones de la camisa. Después volvió a mirar a aquellos dos que entraban y salían de la roulotte, discutiendo.

—¿Qué hay de Mondini? ¿Lo va a llevar hasta el mundial o no?

—Tal vez.

—¿O sea?

—No está muy claro.

—¿Cómo que no está muy claro?

—Resulta que ahora han aparecido los del Tropicana, el Casino, y han ofrecido un montón de pasta para organizar una pelea de Larry contra Benson.

—¿Ese Benson?

—El mismo.

—Coño.

—Ya. Pero Mondini ha dicho Muchas gracias, tal vez en otra ocasión.

—¡No!

—Sí. Dice que Larry primero tiene que participar en otro combate.

—¿Está loco?

—No hay forma de saber qué tiene en la cabeza. Sólo dice que Larry primero tiene que participar en ese combate, y que después ya veremos.

—Pero Benson es el camino directo hacia el mundial, si Larry lo ganara...

—No hay nada que hacer, Mondini se niega a seguir escuchando.

—Ese viejo se ha vuelto loco.

—No, es que tiene otra cosa en la cabeza. La otra tarde, Larry se cabreó y le dijo Maestro, usted me debe una respuesta. Mondini lo miró y le dijo: Después de la próxima pelea, Larry, y la pelea la organizo yo.

—No me digas...

—Entonces Larry se rió y dijo Vale, vale, okay, como usted quiera, Maestro, ¿a quién tengo que tumbar?

—Eso, eso, ¿a quién tiene que tumbar?

—Ahora viene lo bueno.

—¿O sea?

—Mondini es muy raro, nunca sabes qué tiene en la cabeza.

—¿Qué coño quieres decir, Gould?

—Con la cantidad de púgiles que hay por ahí, es raro, nunca sabes...

—Venga, ¿a quién coño ha elegido?

—No lo adivinaríais nunca.

—Va, hombre, va...

Gould se volvió un momento para mirar a Shatzy, allá al fondo, con el profesor Bandini. Luego dijo lentamente:

—Poreda.

—¿Quién?

—Poreda.

—¿Stanley Poreda?

—El mismo.

—¿Poreda?, ¿el de los brazos rotos?

—Ése.

—¿Y qué cojones pinta ése?

—Ya os dije que no os lo ibais a creer.

—¿Poreda?

—Stanley «Hooker» Poreda.

—Qué hijo de puta.

—Ya puedes decirlo bien alto.

—Poreda..., joder.

—Poreda.

POOMERANG — Stanley Poreda se había retirado dos años antes. Habían hecho que se retirara, para ser exactos. Había vendido un combate, pero las cosas se torcieron. El adversario era un señorito emparentado con un *boss* de Belem. Tenía buen estilo, pero en cuanto a potencia era un desastre, no habría tumbado ni a un borracho. Poreda era un artista fingiendo un K. O., pero en los primeros cuatro asaltos no le llegó ni una mano que se pareciera con un mínimo de aproximación a un golpe de verdad. Hubiera querido tirarse a la lona y volver a su casa. Pero no había manera de arrancarle un golpe decente a aquella especie de bailarín sin fuelle. De manera que, por hacer algo, al final del cuarto asalto le soltó un *jab* y luego un gancho. Nada de particular. Pero el bailarín se fue a la lona. Lo salvó la campana. Al volver a su rincón, Poreda vio que se acercaba un tío muy elegante, que llevaba en la boca un cigarrillo con filtro de papel dorado. Ni siquiera se lo sacó de los labios cuando se agachó hacia Poreda y le dijo en un susurro: Gusano, si vuelves a intentarlo, estás jodido. Sólo se lo sacó cuando, inmediatamente después, escupió en la botella de agua y le dijo al segundo: Dale de beber al chico, que tiene sed. Poreda era, en su estilo, un profesional. Cogió la botella, bebió un sorbo sin inmutarse, luego escuchó la campana. El bailarín se levantó un poco vacilante pero al llegar al centro del ring tuvo fuerzas para decirle a Poreda: Acabemos de una vez, miserable. De acuerdo, pensó Poreda. Le abrió la guardia con un par de *jabs*, le soltó luego un *uppercut* y remató la faena con un gancho de derecha. El bailarín voló hacia atrás como un pelele. Cuando aterrizó, parecía que se hubiera caído desde un décimo piso. Poreda se sacó el protector dental, fue directo hacia el rincón del bailarín y se limitó a decir: Dadle de beber al chico, que tiene sed. Diez días después, dos matones entraron por la noche en su casa, pistola en mano. Le rompieron los dos brazos, aplastándole primero uno y luego el otro contra la puerta. Fin del trayecto, pensó Poreda.

DIESEL — Él había empezado precisamente con Mondini. Dos o tres combates, después el Maestro lo pilló tirándose a la lona tras un golpe ridículo, y comprendió. Es una profesión como cualquier otra, le dijo Poreda. No es la mía, le dijo Mondini. Y lo echó del gimnasio. Siguió su trayectoria desde lejos. No era un gran boxeador, pero era como un animal que en el ring encontrara exactamente su hábitat. Conocía todos los trucos, algunos los había inventado él mismo, y otros los ejecutaba con una perfección indiscutible. Y, sobre todo, era potente. Era potente como pocos. Una cuestión de talento. Cuando se decidía a hacerlo, era capaz de descargar en un golpe sus ochenta y dos kilos, era como si todos y cada uno de los centímetros de su cuerpo fueran por un instante a meterse dentro del guante. Ése golpea hasta con las nalgas, decía Mondini. Sentía una especie de admiración por él. De forma que, cuando surgió lo de Larry, y lo del mundial, fue él quien le vino a la mente: con la cantidad de púgiles que había por ahí: él.

POOMERANG — No era ninguna tontería. Aparte de los campeones de verdad,

Poreda era el más marrullero, difícil, potente y experto adversario que podía encontrar para Larry. Era el boxeo, una vez que le has quitado toda la poesía. Era pelea en estado puro. Sólo había que convencerlo para que volviera al ring. Mondini cogió el abrigo bueno, fue al banco, sacó una parte de sus ahorros, y fue a buscar a Poreda al gimnasio donde trabajaba de entrenador. Quizá sólo fuera una casualidad, pero estaba cerca del matadero.

—Aquí hay un montón de pasta señaló Poreda, sopesando el paquete de billetes. Demasiado para comprar a un púgil que dejó de vender combates hace dos años.

Mondini ni se inmutó.

—No me has entendido, Poreda. Yo te pagaré si ganas.

—¿Si gano?

—Exacto.

—Tú estás loco. Ese chico es una joya, tienes un tesoro en tus manos, y pagas a alguien para que lo noquee.

—Mis razones tendré, Poreda.

—No, no, no quiero saber nada de este asunto, yo ya no hago apuestas, no tengo otros brazos para que me los rompan, ya basta.

—No se trata de un asunto de apuestas, te lo juro.

—Y, entonces, ¿qué pasa, entrenas a la gente para ver cómo pierde?

—A veces pasa.

—Tú estás loco.

—Puede. ¿Aceptas?

Poreda no quería creerlo. Era la primera vez que le pagaban un dinero extra por ganar.

—Mondini, dejémonos de historias, ese Gorman es una joya, pero sabes que, si quiero, puedo encontrar una manera de joderlo.

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

—Te arriesgas a perder tu dinero.

—Lo sé.

—Mondini...

—¿Sí?

—¿Qué hay detrás de todo esto?

—Nada. Quiero saber si ese chico es capaz de seguir bailando aun con la mierda hasta el cuello. Y tú eres la mierda.

Poreda sonrió. Tenía una ex mujer que le chupaba la sangre con la pensión, una amante quince años más joven que él, y un asesor fiscal que cobraba mil dólares al mes para olvidarse de que existía. De manera que sonrió. Luego escupió al suelo. Era, desde siempre, su forma de firmar un contrato.

—Ha tosido.

—¿Qué?

—Shatzy... ha tosido.

—Esto marcha.

—Está loco por ella, se la venderá, seguro que se la venderá.

—¿El botón se ha desabrochado?

—Desde aquí no se ve.

—Seguro que sí.

—Para mí que eso no será suficiente.

—Apuesto diez a que lo logra —nodijo Poomerang, y sacó un billete pringoso del bolsillo.

—Los veo. Y otros veinte por Poreda.

—Nada de apuestas por Poreda, chicos, Mondini se lo ha jurado.

—¿Eso qué tiene que ver? Nosotros siempre hemos apostado.

—Esta vez no. Esta vez es un asunto serio.

—¿Y las otras veces no lo era?

—Ésta va más en serio.

—Vale, pero sigue siendo boxeo, ¿no?

—Mondini se lo ha jurado.

—Mondini, pero yo no, yo nunca le juré que no haría apuestas...

—Es lo mismo.

—No es lo mismo.

Fue en ese momento cuando el profesor Bandini le dijo a Shatzy:

—¿Le apetece cenar conmigo esta noche?

Shatzy sonrió.

—En otra ocasión, profesor.

Le dio la mano y el profesor Bandini se la estrechó.

—Pues, entonces, en otra ocasión.

—Sí.

Shatzy se dio la vuelta y recorrió el sendero empedrado. Poco antes de llegar al garaje, se abrochó el botón, el de encima de las tetas. Cuando llegó ante Gould tenía una cara muy seria.

—Su esposa lo abandonó por otra. Otra mujer.

—Fantástico.

—Podías habérmelo dicho.

—No lo sabía.

—¿No es profesor tuyo?

—Pero no enseña historia de su matrimonio.

—¿No?

—No.

—Ah.

Se dio la vuelta. El profesor seguía allí. La saludó con la mano. Ella respondió.

—Es buena persona.

—Ya.

—No se merecía una roulotte amarilla. A veces la gente se castiga por algo que ni siquiera conoce, así, sólo por el gusto de castigarse..., decide castigarse...

—Shatzy...

—¿Sí?

—QUIERES HACER EL FAVOR DE DECIRME SI TE HAS AGENCIADO ESA MIERDA DE ROULOTTE, ¿SÍ O NO?

—¿Gould?

—Sí.

—No grites.

—Okay.

—¿Quieres saber si he conseguido comprar una roulotte modelo Pagode del 71 pagando por ella una miseria?

—Sí.

—HOSTIA PUTA, PUES CLARO QUE SÍ.

Gritó tan fuerte que se le desabrochó el botón de las tetas. Gould, Diesel y Poomerang se quedaron pasmados, con los ojos como platos. No por las tetas, sino por la roulotte. Ni se les había pasado por la cabeza que de verdad pudiera ocurrir. Miraban a Shatzy como si fuera la reencarnación de Mami Jane, que hubiera regresado para cortarle las pelotas a Franz Forte, director financiero de CRB. Hostia puta, lo había conseguido.

Dos días después, una grúa llevó la roulotte a casa de Gould. La colocaron en el jardín. La limpiaron a fondo, incluidas las ruedas, los cristales, todo. Era muy amarilla. Parecía una casita de juguete, algo construido expresamente para los niños. Los vecinos pasaban por delante y se paraban para mirarla. Un día uno de ellos le dijo a Shatzy que no quedaría mal una veranda, en la parte delantera, una veranda de esas de plástico, como las que vendían en los supermercados. Las había incluso de color amarillo.

—Nada de verandas —dijo Shatzy.

El cadáver de Pitt Clark fue hallado tras cuatro días de búsqueda, enterrado bajo treinta centímetros de tierra, cerca del río. El doctor lo examinó y luego dijo que Pitt había muerto asfixiado, que probablemente lo habían enterrado vivo. Presentaba equimosis en los brazos, el cuello y la espalda. Antes de ser enterrado, había sido violado. Pitt tenía once años.

Ahora escucha qué historia más extraña, decía Shatzy.

El mismo día en que encontraron a Pitt, desapareció del rancho de los Clark un indio al que todos llamaban Bear, oso. Alguien lo vio salir de la ciudad a caballo, en dirección a las montañas. Bear era amigo de Pitt. Pitt siempre escuchaba lo que él decía. Iban a menudo a bañarse juntos, en el río. Y cazaban serpientes. Durante un tiempo las mantenían vivas, alimentándolas con ratones. Después las mataban. Bear debía de tener unos veinte años. Lo llamaban así porque era raro. Era raro con la gente. Bajo su camastro encontraron una caja de hojalata, y dentro de la caja una pulsera que Pitt siempre llevaba en la muñeca derecha. Estaba hecha con piel de serpiente.

Decía Shatzy que mucha gente se ofreció para perseguir al indio. Era algo que los embriagaba por dentro: la caza al hombre. Pero el *sheriff* dijo: Voy yo. Yo solo. Se llamaba Wister, era un buen hombre. No le gustaban los linchamientos y creía en los tribunales. Conocía a Pitt, de vez en cuando se lo llevaba de pesca, y le había prometido que, cuando tuviera catorce años, le enseñaría a disparar, y a darle a una botella, a diez pasos, con los ojos cerrados. Dijo: Bear es asunto mío.

Salió por la mañana, mientras el viento levantaba remolinos de polvo bajo un achicharrante y enrarecido sol.

Ahora presta atención, decía Shatzy. La caza al hombre es pura geometría. Puntos, líneas, distancias. Dibújala sobre un mapa: una geometría ebria, pero implacable. Puede durar horas o semanas. Uno huye, el otro persigue. Cada minuto los aleja de la tierra que los engendrara y que sabría, si se lo preguntaran, reconocerlos. Pronto se convierten en dos puntos en una nada que ya no puede distinguir, en ellos, al bueno del malo. En ese momento, aunque quisieran, ya no podrían cambiar nada. Son trayectorias objetivas, deducciones geométricas calculadas por el destino a partir de una culpa. No podrán aplacarse más que con una solución final, escrita a pie de página en la vida, con tinta de color rojo sangre. Música.

La música la ponía Shatzy, con la boca cerrada, algo del tipo gran orquesta, con violines y trompetas, una cosa bien hecha. Luego te preguntaba: ¿Está claro?

Más o menos.

Ya verás, no es difícil.

De acuerdo. ¿Nos vamos?

Nos vamos.

El *sheriff* Wister parte en dirección a las montañas. Sigue el camino hacia Pinter Pass. Sube por el medio del bosque, busca la sombra y piensa que Bear debe de llevarle medio día de ventaja. Cuando los árboles empiezan a espaciarse se detiene para dejar que descanse su caballo. Luego vuelve a ponerse en marcha. Ascende por la cresta de la montaña, al paso, y analiza las huellas del camino. Tarda un poco, pero al final aprende a distinguir las del caballo de Bear. Piensa que el indio, si quisiera, podría hacerlas desaparecer. El muchacho debe de estar muy seguro de sí mismo, y tranquilo. Tal vez piensa en llegar hasta la frontera. Tal vez piensa que no lo persiguen. Espolea al caballo y sube hacia Pinter Pass. Llega al anochecer. Mira hacia abajo, al estrecho valle que desciende hacia el desierto. A lo lejos, le parece ver una pequeña estela de polvo que se levanta en mitad de la nada. Baja unos cientos de metros, encuentra una cueva, detiene el caballo. Está cansado. Se queda allí para pasar la noche.

El segundo día, el *sheriff* Wister se despierta al alba. Coge los prismáticos y mira abajo, hacia el fondo del valle. Ve una pequeña mancha oscura en el camino. Bear. Monta a caballo, desciende con prudencia los últimos contrafuertes de la montaña. Cuando llega al final del valle, pone su caballo al galope. Cabalga durante una hora, sin descanso. Luego se detiene. Puede ver a Bear a simple vista, unos kilómetros por delante. Parece estar parado. Wister baja del caballo. Se refugia bajo un gran árbol y descansa. Cuando vuelve a partir, el sol está en su cenit. Pone el caballo a un paso tranquilo, y no deja de mirar ni un instante la silueta de Bear, pequeña y oscura delante de él. Sigue pareciendo que está parado. ¿Por qué no huye?, piensa el *sheriff* Wister. Cabalga otra media hora, luego se detiene. Bear está a no más de quinientos metros de él. Permanece quieto, sobre un caballo rodado. Parece una estatua. El *sheriff* Wister carga su rifle y comprueba las pistolas. Mira el sol. Está empezando a pasarle por encima de sus hombros. Ya te tengo, muchacho. Parte al galope. Cien metros, luego otros cien, cabalga sin detenerse, ve cómo Bear se mueve, finalmente, se sale del camino y se desvía hacia la derecha. ¿Adónde vas, muchacho?, por allí está el desierto, espolea al caballo, sale del camino y lo persigue. Bear gira hacia el este, luego de nuevo hacia el oeste, y otra vez hacia el este. ¿Adónde vas, muchacho?, piensa el *sheriff* Wister. Aminora el paso, Bear sigue a quinientos metros, al cabo de un rato se detiene. Wister lo ve y vuelve a poner su caballo al galope, Bear parte de nuevo, gira otra vez hacia el este, los colores se difuminan, la luz decae de repente. Wister se detiene. Okay, muchacho. No tengo prisa. Desmonta, prepara un campamento, enciende un fuego. En la noche, antes de dormirse, ve la luz del fuego de Bear, quinientos metros delante de él. Buenas noches, muchacho.

El tercer día, el *sheriff* Wister se despierta cuando todavía está oscuro. Reanima el

fuego, se prepara un café. No ve ninguna luz en la oscuridad. Espera el alba. Con la primera claridad, ve a Bear a lo lejos, de pie, quieto, junto a su bayo rodado. Coge los prismáticos. El muchacho no lleva rifle. Quizás una pistola. El *sheriff* Wister se sienta en el suelo. Te toca el primer movimiento, muchacho. Permanecen quietos así, durante horas. A su alrededor, el sol va abrasando la nada. El *sheriff* Wister bebe un trago de agua y otro de whisky cada media hora. La luz es cegadora. Al rato ve otra vez a Pitt riendo y corriendo. Luego lo ve gritar, gritar, gritar. Se mira las manos y ve que tiemblan. Muérete, hijo de puta, piensa, muérete, indio bastardo. Se levanta. Siente que la cabeza le da vueltas. Coge las riendas y empieza a caminar, tirando del caballo. Camina lentamente, pero se da cuenta de que Bear está cada vez más cerca. El muchacho está quieto. No monta a caballo, no huye. Trescientos metros. Doscientos. El *sheriff* Wister se detiene. Grita: Ya basta, Bear. Dice en voz baja: Sé buen chico, deja que te maten. Y de nuevo gritando: Bear, no hagas tonterías. El muchacho permanece quieto. Wister comprueba el rifle y las pistolas. Luego monta a caballo. Parte al galope. Ve a Bear montar en el suyo y partir. Cabalgan así durante media hora. Los separan no más de doscientos metros. En el horizonte surge un *pueblo*^[4], olvidado en la nada. Bear enfila hacia él, Wister lo sigue. Unos diez minutos después, Bear entra en el *pueblo* y desaparece. El *sheriff* Wister aminora el paso y antes de entrar en él se baja del caballo. Saca la pistola y alcanza las primeras casas. No hay ni un alma. Camina lentamente cerca de las paredes, prestando atención al más mínimo ruido. Escruta todas las ventanas, lee todas las sombras. Siente el corazón latiendo en sus oídos. Calma, piensa. Probablemente ni siquiera va armado. Sólo tienes que encontrarlo y joderlo. Es un crío. Ve a una vieja de pie, en el umbral de una *posada*. Se acerca. Le pregunta en español si ha visto a un indio, con un caballo rodado. Ella asiente con la cabeza, y señala hacia el final del poblado, donde el camino continúa en la nada. Wister le apunta con la pistola a la cabeza. No mientas, le dice en español. Ella se persigna y señala de nuevo hacia el final del poblado. ¿Tienes algo para beber? La mujer entra en la *posada*, luego sale con aguardiente. El *sheriff* Wister bebe. ¿El indio se ha llevado agua? La mujer asiente con un gesto. ¿Sabes quién es? Entonces la vieja dice: Sí. *Es un chico que va detrás de un asesino*. El *sheriff* Wister sigue mirándola fijamente. ¿Eso te ha dicho? Sí. El *sheriff* Wister bebe otro trago de aguardiente. Estás muerto, muchacho, piensa. Monta a caballo, lanza una moneda a la vieja, mete el aguardiente en la alforja, y prosigue, al paso, hacia el final del poblado. Cuando sobrepasa la última casa, mira delante de él. Nada. Se vuelve a la derecha. Ve a Bear quieto, en su montura, a no más de doscientos metros. *Es un chico que va detrás de un asesino*. El *sheriff* Wister saca rápidamente el rifle de la montura, apunta y dispara. Dos veces. Bear no se mueve. El eco de los disparos se pierde, lentamente, en el aire. El *sheriff* Wister hace saltar el casquillo. Calma, piensa. ¿No ves que está demasiado lejos? Calma. Sigue mirando

fijamente a Bear. Quiere gritarle algo, pero no se le ocurre nada. Gira el caballo, vuelve hacia la primera casa, y desmonta. Pasa allí la noche. Pero no consigue dormir. Una pistola, siempre, en la mano.

El cuarto día, el *sheriff* Wister sale del pueblo y ve a Bear a lo lejos, en el camino que lleva al desierto. Monta a caballo y al paso, lo sigue. Se deja llevar por el animal. De vez en cuando, el calor y el cansancio lo adormecen. Tres horas después se detiene junto a un pozo. Piensa que el indio podría haberlo envenenado. Llena las cantimploras y parte de nuevo. No debo dejar que llegue al desierto, piensa. Allí moriríamos los dos. Tengo que detenerlo antes, piensa. Bebe un trago de aguardiente. Espera a que el sol descienda un poco más en el horizonte. Luego parte al galope. Bear parece no haberse dado cuenta. Sigue al paso, sin volverse. Quizás está durmiendo. Ya es mío, piensa el *sheriff* Wister. Trescientos metros. Doscientos metros. Cien metros. El *sheriff* Wister saca la pistola. Cincuenta metros. Bear se vuelve, lleva en la mano una pistola de cañón largo, apunta y dispara. Un tiro. El caballo de Wister hace un quiebro hacia la derecha, luego se desploma sobre las patas delanteras. El animal termina echado sobre un costado. Levanta la cabeza, intenta levantarse. Wister logra salir de debajo. Siente un dolor abrasador en el hombro. Después oye un segundo disparo que penetra en la carne del animal. Levanta la cabeza, se apoya en el cuerpo del caballo y dispara tres tiros con su pistola, uno tras otro. El caballo de Bear se encabrita sobre las patas traseras y hace un giro sobre sí mismo, dando coces al aire. El *sheriff* Wister saca el rifle de la montura. Bear retorna el control de su caballo y parte al galope, intentando escapar. Wister apunta y dispara dos tiros. Le parece ver a Bear recostarse sobre el cuello del animal. Luego ve al caballo quebrar el paso, dando tumbos, caminar todavía unos veinte metros y derrumbarse en el suelo. Ve el cuerpo de Bear echado en el polvo. Adiós, muchacho, piensa. Carga el rifle, apunta de nuevo. Bear está intentando levantarse. Wister dispara. Ve un impacto en el polvo, unos veinte metros delante del cuerpo de Bear. Mierda, dice. Dispara de nuevo. El proyectil va a parar cerca del otro. Bear se ha levantado. Recupera su pistola. Con la otra mano desengancha las alforjas de la silla. Permanece de pie, con la mirada sobre Wister. Unos ochenta metros entre ellos. Un tiro de rifle. Poco más. El *sheriff* Wister mira el sol. Piensa que todavía le quedan un par de horas, antes de la oscuridad. El hombro le duele, no consigue mover el brazo sin sentir una punzada atroz. *Muy bien*, muchacho. Desengancha las alforjas de la silla y se las cuelga en bandolera del hombro sano. Carga el rifle. Y se echa a andar. Bear lo ve, se da la vuelta, y se aleja, caminando él también, lentamente. El *sheriff* Wister piensa que correr sería ridículo. Se imagina esa escena, vista desde arriba, dos hombres corriendo en la nada, y piensa: somos dos condenados. Después ve un instante a Pitt, corriendo, corriendo, intentando escapar, junto al río, corre y se escapa. Maldito, piensa. Voy a matarte, muchacho. Llega a la altura del caballo de

Bear. Respira todavía. Wister descarga la pistola en su cabeza. Voy a matarte, muchacho. Luego vuelve a caminar. Cuando cae la noche, ve desaparecer a Bear en la oscuridad. Se detiene. El hombro le está volviendo loco. Se echa al suelo. Empuña la pistola. Intenta no dormirse. Hace dos días que no duermo, piensa.

El quinto día, el *sheriff* Wister siente que la fiebre le nubla la vista y que se le aceleran los latidos del corazón. Pero ¿es que ese bastardo no duerme nunca? Lo ve delante de él, le parece que está a la misma distancia del día anterior, pero los ojos le arden, y no hay sombras en la luz de la mañana. Se pone en marcha. Intenta recordar adónde lleva ese camino, y cuántos kilómetros pueden haber recorrido desde el *pueblo* hasta allí. Bear, por delante, camina sin detenerse. De vez en cuando, se da la vuelta. Luego prosigue. Es el camino de Salina. No puede dejar que llegue hasta allí. No debe entrar en Salina. Se para. Se agacha. Recoge un grumo de polvo. Sangre y polvo. Levanta la mirada hacia Bear. Vaya, vaya, conque que te di, ¿eh?, muchacho. ¿No querías decírmelo? Se levanta. Da algunos pasos. Otra mancha de sangre. *Muy bien*, bastardo. Ya no nota la fiebre. Reemprende la marcha. Tres horas después, Bear deja el camino y gira hacia el este. El *sheriff* Wister se detiene. Está loco, piensa. Se está metiendo en el desierto. Está loco. Coge el rifle y dispara al aire. Bear se detiene, se vuelve. Wister deja caer las alforjas al suelo. Luego tira su rifle. Abre los brazos de par en par. Bear permanece quieto. Wister camina hacia él, lentamente. Bear no se mueve. Wister sigue caminando, baja los brazos y aproxima las manos a las culatas de las pistolas. Llega a unos cincuenta metros del indio. Se para. Ya basta, muchacho, grita. Bear no se mueve. Por ahí sólo hay desierto, ¿quieres morir como un idiota?, grita. Bear da unos pasos hacia él. Luego se detiene. Permanecen así, uno frente a otro, dos manchas negras en la nada. El sol cae verticalmente. Es un mundo sin sombras. Hay un silencio tan horrible que el *sheriff* Wister oye a Pitt gritando en su interior. Intenta recordar la cara del chico, pero no lo logra, sólo oye ese grito, fortísimo. Intenta concentrarse en Bear. Pero sigue ese grito que no lo deja en paz. Sólo tienes que hacer tu trabajo, se dice. Olvídate de lo demás. Haz tu trabajo. Se da cuenta de que ha bajado la vista al suelo. Levanta de un golpe la cabeza. Mira fijamente a Bear. Ve dos ojos ausentes. Invencibles, piensa. Entonces, de repente, como un calambre, siente el miedo cayéndole encima, y doblarle las piernas. Lo ha mantenido alejado durante días. Ahora se le echa encima, como una explosión silenciosa. Caer de rodillas. Se inclina hacia delante, se apoya en el suelo con las manos. Las ve temblar. No consigue respirar, la sangre le golpea en las sienes. Con un enorme cansancio levanta la mirada hacia Bear. Sigue ahí, quieto, de pie. Bastardo. Bastardo. Bastardo. No hay pájaros en el cielo, ni serpientes en el polvo, ni viento que haga volar arbustos, ni horizonte, nada. Es un mundo desaparecido. El *sheriff* Wister murmura lentamente: Vete al infierno, muchacho. Se levanta, echa una última mirada a Bear, luego se da la vuelta —se da la vuelta— y caminando con

dificultad va hasta el rifle. Lo coge. Da unos pasos más. Levanta las alforjas y se las cuelga en bandolera del hombro sano. Sin darse la vuelta camina mirando sus pasos. No se detiene hasta que ha oscurecido. Se deja caer al suelo. Se duerme. En mitad de la noche se despierta. Empieza a caminar nuevamente, siguiendo el débil trazado del camino. Vuelve a caer al suelo. Cierra los ojos. Sueña.

El sexto día, el *sheriff* Wister se despierta al alba. Se levanta. Ve en el horizonte, minúsculas, las casas blancas del *pueblo*. Se da la vuelta. Bear está a unos cien metros de él. De pie. Quieto. Wister recoge las alforjas y el rifle. Se pone en marcha nuevamente. Camina durante horas. De vez en cuando cae al suelo, se cala el sombrero hasta los ojos, y espera. Cuando nota que ha recuperado las fuerzas, se levanta y parte. No se vuelve nunca. Consigue llegar al *pueblo* antes del ocaso. Le dan de beber y de comer. Dice: Soy el *sheriff* Wister. Le proporcionan una cama para dormir. Le dicen en español que hay un *chico* a las afueras del *pueblo*. Ha acampado a unos cientos de metros de las casas. Le preguntan si es amigo suyo. No, dice el *sheriff* Wister. El hombro le está volviendo loco. Duerme con una pistola cargada al alcance de la mano.

El séptimo día, el *sheriff* Wister consigue un caballo, y parte hacia las montañas. Reencuentra el viento, y nubes de polvo que borran el camino. Se detiene una sola vez, para que el caballo repose. Luego parte nuevamente. Llega a las montañas. Sube hasta Pinter Pass, desciende la colina sin volverse. Antes de alcanzar la llanura, se desvía hacia una mina abandonada. Desmonta, enciende un fuego. Pasa allí la noche, sin dormir. Piensa.

El octavo día, el *sheriff* Wister deja que el sol llegue a lo alto en el cielo. Luego monta a caballo. Coge unas pocas cosas de las alforjas y las engancha a la silla. Abandona el rifle apoyado en una de las paredes de la mina. Desciende lentamente hasta el valle. A lo lejos, vislumbra las casas de Closingtown, y los árboles doblados por el viento. Avanza al paso, sin prisas. Habla en voz alta. Siempre la misma frase. Cuando llega al río, detiene el caballo. Lo hace girar sobre sí mismo. Entrecierra los ojos y mira. Bear está a unos cientos de metros de distancia. Va montado a caballo. Avanza lentamente, al paso. Muchacho, dice Wister. Muchacho. Luego gira el caballo y, ya sin darse la vuelta, alcanza Closingtown.

Cuando llega a las primeras casas, alguien empieza a gritar que ha vuelto el *sheriff*. La gente sale a la calle. Él sigue al paso, sin mirar a nadie. Con una mano sostiene las riendas, con la otra empuña una pistola. La gente no se atreve a acercarse, parece un muerto a caballo, o un loco. El *sheriff* Wister cruza la ciudad, como un fantasma, luego gira a la altura de la cárcel y coge la senda hacia el rancho de los Clark. La gente va tras él, a pie. Casi no se atreven ni a hablar. Wister llega al rancho. Baja del caballo. Ata las riendas a la empalizada. Va hacia la casa, caminando como un borracho. Alguien se acerca para ayudarlo. Él le apunta con la pistola. No dice

nada, sigue caminando y llega a la casa. Delante de la casa está el padre de Pitt. Eugene Clark. Rostro envejecido por el viento, pelo gris. El *sheriff* Wister se detiene a tres pasos. Continúa empuñando una pistola en la mano derecha. Levanta la mirada hacia Eugene Clark. Luego dice: Lo siento, no dejaba de gritar, no quería parar. Siempre se había portado bien conmigo. Nunca había hecho eso. Era un buen chico. Eugene Clark da un paso hacia él. Wister le apunta con la pistola. Eugene Clark se detiene. El *sheriff* Wister levanta el cañón de su Colt 45. Dice: No le enterré vivo, se lo juro. Ya no respiraba, tenía los ojos en blanco, y ya no respiraba. Luego apoya la pistola bajo la barbilla y dispara. Manchas de sangre en la cara y en el traje de Eugene Clark. La gente acude, todos gritan, los niños quieren mirar, los viejos sacuden la cabeza, el viento no cesa de levantar polvo alrededor. Todos tardan un poco en darse cuenta de la presencia de Bear. Va a caballo, está quieto junto a la empalizada del rancho. Ya no tiene ojos, han desaparecido entre sus pómulos de indio. Respira con la boca abierta, entre los labios secos por el polvo y la tierra. La gente enmudece. Taconea ligeramente los ijares del caballo. Tira de las riendas hacia la izquierda y se marcha. Hay un niño que va tras él. Bear, le grita, Bear. El *sheriff* se ha pegado un tiro, Bear. No se vuelve, sigue al paso, en dirección al río. Bear, eh, Bear, ¿adónde vas?

Bear no se vuelve.

A dormir, dice en voz baja.

Música.

—Hola, ¿Gould?

—Hola, papá.

—Soy tu padre.

—Hola.

—¿Todo en orden?

—Sí.

—¿Qué demonios es eso de Couverney?

—Me han invitado a ir a Couverney.

—¿En qué sentido?

—Se dedican a la investigación. Quieren que vaya a trabajar con ellos.

—Eso suena muy bien.

—A mí también me lo parece.

—¿Y qué más?

—Nada más. Me han invitado por tres años, me dan un alojamiento allí mismo, en la universidad, y me pagan dos viajes al año, para volver a casa, si tengo ganas.

—Navidad y Semana Santa.

—Por ejemplo.

—Eso suena muy bien.

—Sí.

—Couverney está en la otra punta del mundo.

—Sí, está bastante lejos.

—¿Sabes que comen fatal?, estuve una vez por allí, no en la universidad, en aquella zona, no había forma de comer algo que no supiera a pescado.

—Dicen que hace un frío bestial.

—Es probable.

—Más frío que aquí.

—Te pagarán un buen dinero, ¿no?

—¿Cómo?

—Digo que si te pagan bien.

—Creo que sí.

—Eso es importante. ¿Qué dice el rector Bolder?

—Dice que es un montón de dinero para un chiquillo de quince años.

—No, yo digo en general, ¿qué dice el rector Bolder de todo este asunto en general?

—Dice que es una gran oportunidad. Pero él querría que me quedase aquí.

—El viejo Bolder. Es un buen hombre, ¿sabes? Puedes confiar en él.

—Dice que es una gran oportunidad.

—Debe de ser algo así como ser invitado a Wimbledon. En el caso de que seas tenista, quiero decir.

—Más o menos.

—Es como si uno jugara al tenis y un día le escriben y le dicen Le pagamos para que nos haga el honor de venir a jugar aquí. Una locura, ¿no?

—Ya ves.

—Estoy orgulloso de ti, hijo mío.

—Gracias, papá.

—Una locura, de verdad.

—Bastante.

—Mamá se pondrá contenta.

—¿Cómo?

—Mamá se pondrá contenta, Gould.

—¿Se lo dirás?

—Sí, se lo diré.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿De verdad?

—Se pondrá contenta.

—Pero no le digas que iré, no sé todavía si iré, vamos, que acaban de proponérmelo.

—Le diré que te lo han propuesto, sólo le diré eso.

—Sí.

—Y que es algo muy importante.

—Sí, explícale que es algo muy importante.

—Se pondrá contenta.

—Sí, es buena idea, díselo.

—Se lo diré, Gould.

—Gracias.

—...

—...

—¿Cuándo piensas decidirlo?

—No sé.

—¿Tendrías que ir inmediatamente?

—En septiembre.

—Todavía tienes tiempo.

—Sí.

—Es una magnífica oportunidad, quizá no deberías dejar que se te escapara.

—Es lo que dicen todos por aquí.

—Pero es tu cabeza la que debe decidir, ¿comprendes?

—Sí.

—Escucha a todo el mundo, pero después que sea tu cabeza la que decida.

—Sí.

—Es tu vida la que está en juego, no la suya.

—Ya.

—Serás tú quien se ponga debajo de las bombas, no ellos.

—¿Qué bombas?

—Es una forma de hablar.

—Ah.

—Se dice así.

—Ah.

—Una vez tuve un coronel que tenía una forma muy interesante de hablar. Cuando las cosas se complicaban, ¿no?, siempre utilizaba la misma frase. Cuando el sol te da en los ojos, hay que broncearse, no hay que disparar. Lo decía aunque lloviera, no tenía nada que ver con el tiempo, el sol era un símbolo, ¿comprendes?, era una forma de hablar, daba igual que nevara o que hubiera una niebla del copón: cuando el sol te da en los ojos, hay que broncearse, no hay que disparar. Eso es lo que decía. Ahora va en silla de ruedas. Le dio una apoplejía mientras nadaba en la piscina. Hubiera sido mejor que no lo sacaran, en el fondo.

—Papá...

—Estoy aquí, Gould.

—Tengo que irme.

—Cuídate mucho, hijo mío, y dime algo.

—De acuerdo.

—Cuando decidas lo que vas a hacer, dime algo.

—¿Te acordarás de decírselo a mamá?

—Claro que me acordaré.

—Okay.

—Seguro que me acordaré.

—Okay.

—Pues adiós.

—Adiós, papá.

—Gould...

—¿Sí?

—Y Shatzy, ¿qué dice Shatzy?

—Está bien.

—No, me explico, ¿qué piensa ella de lo de Couverney?

—¿De eso?

—Sí, de eso.

—Dice que es una magnífica oportunidad.

—¿Nada más?

—Dice que si eres un ambientador, es una magnífica oportunidad que te inviten a pasar tres años en el wáter de un restaurante de carretera.

—¿Un restaurante de carretera?

—Sí.

—¿Qué coño quiere decir?

—No lo sé. Yo sería el ambientador.

—Ah.

—Me parece que es una broma.

—¿Una broma?

—Eso creo.

—Qué grande es esa chica.

—Sí.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Vale.

—Adiós, hijo.

—Adiós.

Clic.

(Gould va a visitar al profesor Taltomar. Entra en el hospital. Sube al sexto piso. Entra en la habitación n.º 8. Taltomar está en la cama. Respira a través de una mascarilla conectada a una máquina. Está delgadísimo. Le han cortado el pelo. Gould acerca una silla a la cama y se sienta. Mira a Taltomar. Espera.) ...olor a sopa. Y a guisantes. A lo mejor los guisantes les van bien a los enfermos, a todas las enfermedades, pensó Gould. A lo mejor el olor es en sí mismo curativo, han realizado estudios y han visto que. Paredes amarillas. Amarillo roulotte. Pero un poco deslavadas. No lavadas, sino deslavadas. No veas cómo será la taza del wáter.

Gould se levantó y fue a tocar con un dedo la mano gris del profesor Taltomar. Era como tocar la piel de un animal prehistórico. Lisa y vieja. La máquina respiraba con Taltomar, le daba un ritmo constante, tranquilo. No parecía una lucha. Parecía después de una lucha. Gould volvió a sentarse. Se puso a respirar al ritmo de la máquina. La máquina respira con Taltomar, Gould respira con la máquina, Gould respira con Taltomar. Es como pasear juntos, profesor.

Luego se levantó. Salió al pasillo. Había algunas batas que se paseaban sin rumbo y enfermeras que hablaban en voz alta. El suelo era de baldosas blancas y negras. Gould se puso a andar. Mantenía la vista en el suelo e intentaba poner los pies sólo sobre las baldosas negras, sin tocar las rayas. Se acordó de una película en que salía un púgil que se entrenaba corriendo a lo largo de la vía del tren. Era invierno, y corría con un abrigo. También llevaba las manos rígidamente vendadas, como antes de meterse los guantes para pelear, y de vez en cuando lanzaba golpes al aire. Sol de invierno sobre su cabeza, ciudad de fondo, todo gris, un frío inmenso, el abrigo revoloteando, trenes parados, a lo mejor Butch tiene ganas de correr podría venir dice que iba a correr a lo mejor no por la vía del tren por la calle la ida hasta el parque y vuelta hasta aquí hasta las vías con Butch sería menos aburrido pero a mí me gusta correr solo siempre es difícil llegar a saber lo que de verdad te gusta o qué quieres que te guste si intento preguntarme si de verdad me gusta correr solo o si quizá me gustaría más correr con Butch con Butch podríamos hablar él siempre habla de mujeres es divertido podría contarle lo de Jody no me gustaría hablarle de Jody no serviría de nada Jody tetas pequeñas qué coño estoy pensando venga gilipollas no debo pensar en eso por qué siempre tienes que huir Jody estaríamos bien juntos qué es lo que siempre hace que huyas es como si siempre tuviera ganas de huir tiene que recordarte que no estará allí para siempre o del todo mierda coño piensa en otra cosa gilipollas detrás de la gasolinera hay sombra un frío de cojones aquella vez que había un tren precisamente allí corriendo por la vía del tren Mondini es un genio te robustece los tobillos sincroniza pies y ojos corres siempre sin mirar los pies pero pon los pies sobre los travesaños búscalos con el

rabillo del ojo el rabillo del ojo es el que lee los pies del rival okay Maestro los golpes nacen en los pies los pies son golpes que todavía no han nacido abortos golpes abortados vram vram derecha derecha izquierda derecha Mondini buen hombre bonita la sombra que hago con el abrigo revoloteando las manos vendadas golpeando al aire éstos se están metiendo conmigo porque corro con las manos vendadas no tienes que pelear qué chorrada sigue siendo una pelea siempre estás peleando eso es lo que me gusta del boxeo es una pelea infinita cuando corres cuando comes cuando saltas a la comba cuando te vistes cómo me ato los zapatos cuando canto antes del combate me gustaría correr con los guantes es bonita mi sombra eres hermosísimo Larry Larry Lawyer Larry Lawyer contra Stanley Poreda chorradas vram vram *uppercut* vram Poreda qué mierda de nombre vram me cortaré el pelo al cero casi casi más largo en la mollera tócame aquí Jody ella ríe pasa la mano por la cabeza quiero un albornoz que lleve escrito Lawyer ¿comprendes? quita lo de Gorman y pon Larry Lawyer ¿comprendes? claro que comprendes vram Mondini dirá que eso son chorradas Mondini vram vram no quiere entender esas cosas Mondini que te den por culo Larry por culo qué frío la hostia cuánto queda todavía a la sombra ya llevo una hora todavía una horaymedia vram mira ése se está metiendo con mi reloj de oro no se sale a correr con reloj sobre todo si es de oro pero mira ése métete en tus asuntos métete me gusta hasta el humo que sale de mi boca con este frío del copón eres fuerte Larry Lawyer pregúntame por qué boxeo con ese micrófono qué tío ese Dan De Palma mi madre lo escucha a escondidas en la radio a escondidas de mi padre que no quiere saber nada mi madre lo escucha y no es verdad que llore vram no es verdad vram Dan De Palma pregúntame de una puñetera vez por qué boxeo boxeo porque todo es hermoso en el boxeo tú eres hermoso puedes llegar a ser hermoso Larry Lawyer mi abrigo de cachemir revoloteando en la vía del tren en este invierno vram vram derecha izquierda derecha y coloca rápido los pies sobre los travesaños podría cerrar los ojos y los encontraría bajo mis pies has visto alguna vez a alguien igual Mondini nunca lo has visto tú y tu Poreda qué mierda de nombre vram vram la puta escúchame Dan De Palma quieres saber por qué boxeo quieres saberlo te voy a decir por qué porque tengo prisa eso es vram no tenía ganas de esperar el boxeo es toda la vida en pocos minutos grábate bien esto en la cabeza hubiera podido esperar tú no conoces a mi padre si lo conocieras entenderías qué quiere decir toda la vida para llegar al momento apropiado estás en equilibrio entre el éxito y la derrota ése es el momento apropiado tú tu talento y nada más no hace falta esperar sabes cómo acabarán las cosas y acaban en una noche todo se acabó si has sentido algo por el estilo seguirás deseándolo es como vivir cien veces no hay nada que me haga dejarlo y menos uno como Poreda cincuenta y siete combates catorce derrotas todas por haber amañado el combate todas por K. O. quién te ha pedido que vuelvas ladrón te

han metido en la cabeza que tienes que joder a Lawyer eres un mamarracho quién quieres que pague una entrada para verte a ti y a tus brazos rotos te hicieron daño más daño te haré yo Poreda vram aquella vez en Saratoga a lo mejor y otra contra Walcot pero sólo fue al principio después siempre me he librado siempre y de todos modos no era miedo en realidad siempre están diciéndote que no debes pensar en eso quién piensa en eso yo no pienso en eso enseñadme el miedo yo no lo he visto que Poreda piense en eso dice Mondini ya veremos yo quiero miedo Maestro vram vram vram no tengo miedo de tener miedo vram izquierda derecha izquierda dos pasos atrás luego otra vez encima vram manténte ahí no bailes claro que bailo me gusta bailar ya no se enteran de nada si bailo se lo leo en los ojos no se enteran de una mierda bonitas mis zapatillas con franjas rojas y aquel que no paraba de cagar antes del combate ése sí que tenía miedo yo quiero el miedo el viejo Tom siempre en el gimnasio sonado como un saco demasiados golpes en la cabeza es un viejo cojonudo Tom puedes palmarla o quedarte como Tom yo prefiero palmarla no me importa palmarla pero como Tom no yo quiero palmarla rápidamente si consiguen arrearne no permitiré que dejen el trabajo a medias me levantaré hasta palmarla me has oído Dan De Palma me gusta todo esto es rápido no tienes que esperar años tengo prisa comprendes tengo prisa no me preguntes por qué es raro pero si pienso que voy a palmarla ahí arriba me gusta debo de estar loco es como lanzarse a tumba abierta por una pendiente extravagancias pero qué coño estoy pensando vram hubiera sido mejor venir con Butch hablaríamos si viniera Butch a correr para ya capullo piensa en Poreda qué mierda de nombre vram vram si juega sucio no importa jugaremos sucio si eso es lo que quieres o bien pasearse por delante como un dios adelante y atrás adelante y atrás no lo golpeo nunca pero le hago papilla el cerebro amagando golpes imagínate cómo sería ganar un combate con un solo golpe y todo lo demás ideas que agotan a ese pobrecillo hasta dejarlo atontado y venga das un golpe seco vram pero no con Poreda con Poreda será todo sucio a lo mejor no al principio pero luego será una bronca qué mierda de combate pelear y olvidarte quisiera que ya fuera mañana quisiera que fuera ahora calma Lawyer calma corre Lawyer corre, ahora.

Gould se paró. Había una mujer llorando en la habitación n.º 3, lloraba con fuerza y de vez en cuando gritaba que quería marcharse de allí, la había tomado con todo el mundo porque no la dejaban marcharse. A la puerta estaba el marido. Hablaba con otro hombre, un poco gordo, y anciano. Estaba diciendo que ya no sabía qué hacer, ella se había tirado por las escaleras la noche de Navidad, todo había ocurrido de repente, desde que había vuelto de la clínica parecía estar curada, estaba bastante bien, luego, la noche de Navidad, va y se tira por las escaleras, ya no sé qué hacer, no puedo llevarla de nuevo a la clínica psiquiátrica, tiene una pierna rota por dos partes, y tres costillas dislocadas, pero ya no puedo más, hace dieciocho días que estoy aquí, ya no puedo más. Lo decía sin llorar, y sin mover las manos, apoyado en la pared,

con mucha calma. Desde la habitación salía la voz de la mujer que gritaba. Cuando lloraba parecía que se oía llorar a una niña. Una mujer muy pequeña. Gould siguió caminando. Cuando llegó ante la habitación n.º 8, entró y volvió a sentarse junto a la cama del profesor Taltomar. La máquina seguía respirando. Taltomar estaba en la misma postura de antes, la cabeza ligeramente ladeada sobre la almohada, los brazos por fuera de las mantas, las manos agarrotadas. Gould estuvo durante un rato mirando la inmóvil película de un viejo que se estaba marchando. Después se acercó a la cama, sin levantarse de la silla, y dijo

—Decimoquinto minuto de la segunda parte. Cero a cero. El árbitro pita y llama a los dos capitanes. Les dice que está muy cansado, que no sabe lo que le pasa, pero está muy cansado, y quiere irse a su casa. Quiero irme a casa, dice. Estrecha la mano a los dos, luego se da la vuelta y cruza el campo caminando lentamente hacia los vestuarios. El público lo mira en silencio. Los jugadores permanecen inmóviles. El balón está quieto, en mitad del área, pero nadie lo mira. El árbitro se mete el silbato en el bolsillo, murmura algo que nadie oye y desaparece por el túnel.

Las manos de Taltomar no se movieron. Los párpados temblaban un poco, la máquina respiraba. Gould permaneció inmóvil, esperando. Miraba los labios de Taltomar. Sin la típica colilla apagada, parecían deshabitados. Desde el pasillo llegaba la voz de la mujer que lloraba como una niña. Pasaba el tiempo, el tiempo pasaba.

Cuando se levantó, Gould colocó la silla de nuevo en su sitio. Cogió el abrigo y se lo dejó colgado del brazo porque hacía un calor agobiante. Echó una última ojeada a la máquina que respiraba. Luego se quedó a los pies de la cama, sólo un instante.

—Gracias, profesor —dijo.

Gracias, pensó.

Luego salió. Bajó los seis pisos de escaleras, atravesó el vestíbulo de entrada donde vendían periódicos y los enfermos en pijama telefoneaban a sus casas. La puerta de salida era de vidrio y se abría sola cuando te acercabas. Fuera lucía el sol. Poomerang y Diesel estaban esperándolo apoyados en un contenedor de basura. Se marcharon juntos, recorriendo la avenida arbolada que iba hacia el centro. Bailaban los tres el paso renqueante de Diesel, pero con arte, y una elegancia de profesionales.

Sólo al cabo de un rato, cuando ya habían llegado al cruce con la Séptima, Poomerang se pasó una mano por su cráneo rapado y nodijo:

—Los dos capitanes hablan entre ellos, luego los dos equipos empiezan a jugar de nuevo. Y no dejan de hacerlo hasta el fin de la eternidad.

Gould tenía un viejo chicle pegado en el fondo del bolsillo del abrigo. Lo cogió, arrancándolo de la tela, y luego se lo puso en la boca. Estaba frío y un poco duro, como si fuera un compañero del parvulario al que no hubieras visto desde hacía años y al que hubieras encontrado por la calle.

Shatzy volvió a casa cuando ya eran las cinco de la mañana. Cuando se iba a la cama con alguien, luego detestaba quedarse a dormir con él. Era ridículo, pero siempre encontraba alguna excusa y se marchaba.

Se sentó en los escalones, sin entrar. Todavía estaba oscuro. Se oían ruidos extraños, ruidos que durante el día no se oyen. Como briznas de cosas que se hubieran quedado rezagadas, y ahora se dieran prisa por alcanzar el mundo para llegar puntuales al alba, hasta el seno del ruido planetario.

Siempre hay algo que se pierde por el camino, pensó.

Debería dejarlo, pensó.

Acabar en la cama de alguien a quien nunca habías visto es como viajar. En el momento mismo es algo muy cansado, incluso un poco ridículo. Es hermoso después, cuando piensas en ello. Es hermoso haberlo hecho, ir por ahí el día después, limpia e impecable, y pensar que la noche anterior estabas en aquel sitio haciendo aquellas cosas y diciendo aquellas cosas, sobre todo *diciendo* aquellas cosas, y a alguien a quien nunca más verás.

Por regla general, no volvía a verlos nunca más.

Debería dejarlo, pensó.

Así nunca se llega a ningún sitio.

Sería todo mucho más sencillo si no te hubieran inculcado esa historia de llegar a algún sitio, bastaría con que te hubieran enseñado, sobre todo, a ser feliz permaneciendo inmóvil. Todas esas historias sobre tu camino. Encontrar tu camino. Ir por tu camino. A lo mejor, en cambio, estamos hechos para vivir en una plaza, o en un jardín público, allí quietos, dejando pasar la vida, a lo mejor somos una encrucijada, el mundo necesita que estemos quietos, sería un desastre que nos marcháramos, en un momento dado, por nuestro camino, ¿qué camino?, los otros son los caminos, yo soy una plaza, no llevo a ningún sitio, soy un sitio. A lo mejor me apunto a un gimnasio, pensó. Había uno por allí cerca, que estaba abierto hasta de noche. ¿Por qué me gusta hacerlo todo por la noche? Se miró los zapatos, y los pies desnudos en los zapatos, y las piernas desnudas por encima de los pies, hasta el borde de la falda, corta. Las medias auto-adherentes de seda las había arrebuñado en el bolso. Nunca conseguía volvérselas a poner cuando se levantaba de la cama para vestirse y marcharse. Era como recargar las pistolas después de un duelo. Una estupidez. ¿Tú qué dices, viejo Bird? ¿A que tú también metías de nuevo las pistolas en la cartuchera, descargadas, tras haber disparado? ¿Hacías una pelota con ellas y las metías en el bolso? Viejo Bird. Te haré morir de una manera hermosísima.

Pensó en entrar y en irse a dormir. Pero a la luz de los faroles se veía la roulotte, quieta, colocada en el jardín, un poco menos amarilla de lo habitual. Una vez a la

semana la lavaba a fondo, hasta los cristales, los neumáticos, todo. A fuerza de verla allí, cada día, durante meses, se había convertido en una parte del paisaje, como un árbol, o un puente sobre el río. Shatzy lo comprendió todo de repente, en esa oscuridad de una noche que estaba ya en las últimas, con las medias de puta arrebuñadas en el bolso: inmóvil, reluciente, amarilla: *ya no era algo que esperaba partir*. Se había convertido en una de esas cosas cuya función es permanecer, mantener aferradas las raíces de algún pedazo de mundo. Las cosas que, al despertar o al regresar, han velado por ti. Es extraño. Vamos a buscar artilugios increíbles para que nos lleven *lejos*, y luego los tenemos a nuestro lado con tanto afecto que lejos, antes o después, se convierte en lejos también de ellos.

Chorradas, es sólo cuestión de encontrar un coche, pensó.

No se podía prescindir de un coche. Las roulottes no se mueven por su cuenta.

Encontrarían un coche, y ya está.

Y se irían lejos.

Parece un árbol, pensó. Sintió nacer en su interior algo que no le gustaba, lo conocía y no le gustaba, era como un lejano rumor de derrota. El secreto, en esos casos, era no dejarle tiempo para que saliera al exterior. Era gritar tan fuerte que ya no pudiera oírse. Era ponerse un par de medias auto-adherentes negras, salir de casa, y acabar en la cama de alguien a quien no conociera.

Ya lo he hecho, pensó. Así que optó por una versión a voz en grito de *New York, New York*.

—¿Has oído a ese borracho, esta noche? —dijo Gould a la mañana siguiente, mientras desayunaban.

—No, estaba durmiendo.

Después sonó el teléfono. Fue Shatzy, y tardó un rato en regresar. Dijo que era el rector Bolder. Quería saber si Gould se encontraba bien. Gould preguntó si todavía estaba al teléfono.

—No. Ha dicho que no quería molestarte, sólo quería saber si te encontrabas bien. Luego ha dicho algo sobre un seminario, o algo así. ¿Un seminario sobre porciones?

—Sobre partículas.

—Dice que han tenido que suspenderlo.

Gould dijo algo que no se entendió muy bien. Shatzy se levantó y fue a meter el tazón de leche en el microondas.

—El rector Bolder ¿está gordo?, o sea, ¿es un señor gordo, o qué? —preguntó Shatzy.

—¿Por qué?

—Tiene una voz gruesa.

Gould cerró la caja de galletas y luego miró a Shatzy.

—¿Qué ha dicho exactamente?

—Dice que hace veintidós días que no te han visto por la universidad, y quería saber si te encontrabas bien. Y luego ha dicho algo sobre el seminario.

—¿Querías más galletas?

—No, gracias.

—Si llegas a doscientas cajas, ganas un viaje a Miami.

—Fantástico.

—¿Y tanto rato sólo para decirte esas dos cosas?

—Bueno, también le he dado algunos trucos para adelgazar, la gente normalmente no sabe que basta con un par de trucos para ahorrarse un montón de kilos, se trata sólo de comer con un poco de inteligencia. Se lo he dicho.

—¿Y él qué ha dicho?

—No sé. Parecía un poco turbado. Decía frases sin sentido.

—Está muy delgado. Tendrá unos setenta años, y está muy delgado.

—Ah.

Shatzy empezó a recoger la mesa. Gould fue al piso de arriba, luego reapareció con la cazadora puesta. Buscaba los zapatos.

—Gould...

—¿Sí?

—Me preguntaba..., imagínate a un chico que sea un genio, ¿vale?, y desde que nació va a la universidad, todos y cada uno de los días que Dios nos da, ¿vale?, pues bueno, en un momento dado, durante veintidós días consecutivos sale de casa pero no va a su bendita universidad, no va ni una sola vez, nunca, pues bueno, en tal caso yo me pregunto, ¿tienes alguna idea de adónde puede ir un chico como ése, todos y cada uno de los días?

—De paseo.

—¿De paseo?

—De paseo.

—Es posible. Sí, es posible. Puede que vaya de paseo.

—Hasta luego, Shatzy.

—Hasta luego.

Aquella mañana llegó hasta la escuela Renemport, esa que tenía a su alrededor una verja un poco oxidada, tan alta que no se podía saltar. Por las ventanas se veía a los niños en clase, pero en el patio había uno que no estaba en clase porque estaba en el patio y, para ser exactos, jugaba con una pelota de baloncesto, precisamente en la esquina del patio donde había una canasta de baloncesto. El tablero estaba muy pelado, pero la red era casi nueva, debían de haberla cambiado hacía poco. El chico tendría unos doce años. O trece, más o menos. Era negro. Iba botando la pelota, con calma, como si buscara algo en su interior, luego, cuando lo encontraba, se paraba y tiraba a la canasta. Siempre la metía. Se oía un ruido procedente de la red, era como

una respiración, o un minúsculo golpe de viento. El chico se acercaba a la canasta, recogía la pelota que estaba parándose, como si estuviera exhausta al haber respirado aquel minúsculo viento, la cogía en la mano y empezaba a botarla de nuevo. No parecía triste ni tampoco contento, botaba la pelota y lanzaba a la canasta, simplemente, como si estuviera escrito de ese modo, desde hacía siglos.

Yo conozco todo esto, pensó Gould.

Primero reconoció el ritmo. Cerró los ojos para escucharlo mejor. Era ese ritmo.

Estoy viendo un pensamiento, pensó Gould.

Los pensamientos que están pensando en la forma de la pregunta. Rebotan deambulando para recoger a su alrededor todos los retazos de la pregunta, según un recorrido que parece casual y destinado a sí mismo. Cuando han reconstruido la pregunta, se detienen. Ojos en la canasta. Silencio. Elevándose sobre el suelo, la intuición carga toda la fuerza necesaria para urdir la lejanía que la separa de una posible respuesta. Tiro. Fantasía y razón. En el aire se traza la parábola lógicodeductiva de un pensamiento que gira sobre sí mismo bajo el efecto de un latigazo de muñeca impreso por la imaginación. Canasta. La enunciación de la respuesta: como una respiración. Enunciarla es perderla. Se desliza y ya es retazos de una próxima pregunta que saltan. Vuelta a empezar.

Shatzy, la roulotte, un hospital psiquiátrico, las manos de Taltomar, la roulotte, Couverney sería para nosotros un gran honor que aceptara la cátedra de, o se mira o se juega, las lágrimas del profesor Kilroy, Shatzy riendo, aquel campo de fútbol, Couverney, Diesel y Poomerang, la vía del tren, vram, derecha izquierda, mamá. Ojos en la canasta. Elevación. Tiro.

El niño negro jugaba, y aparecía en su soledad inevitable y clandestino como los pensamientos, cuando son verdaderos y piensan en la forma de la pregunta.

Con aquel reputado lugar del saber a sus espaldas, la escuela, blindada y separada, con producción de preguntas y respuestas según un método guiado, en el comfortable marco de una comunidad dedicada a limar las aristas cortantes de las preguntas, convirtiendo astutamente en ceremonia comunitaria lo que sería hipérbole aislada, y abandonada.

Expulsados del saber, lejos de los pensamientos, pensó Gould.

(Niño hermano, en el vacío de un patio vacío, tú y tus preguntas, enséñame esa calma y el gesto seguro que encuentra la retina, esa respiración, en el extremo opuesto a todos los miedos).

Caminó los pasos del regreso sincronizándolos con el rebote imaginario de un hipotético balón al que daba movimiento con la mano, empujándolo en el vacío, sintiendo los botes en el suelo, cálidos y regulares como latidos del corazón rebotados de una vida sosegada. Lo que la gente podía ver, y veía, era un chiquillo que caminaba jugando con un yoyó que, en realidad, no existía. De manera que miraban,

absortos por esa rítmica esqirla de absurdo, engastada en una adolescencia, por si fuera poco, como si anunciara de muy lejos una locura. La gente teme la locura. De ese modo, Gould paseaba como una amenaza, aunque no lo supiera —sin saberlo, como una agresión.

Llegó a casa.

En el jardín había una roulotte. Amarilla.

A la universidad de Gould llegó un estudioso inglés. Era alguien muy famoso. El rector Bolder lo presentó en el Aula Magna. Se puso de pie y ante el micrófono glosó su figura y su carrera. Fue un poco largo porque el estudioso inglés había escrito numerosos libros, y además había traducido y fundado y promovido, y por si fuera poco presidía un montón de cosas, o era consejero de otras tantas. Por último, colaboraba. Incluso eso lo hacía en una medida desproporcionada. Colaboraba que era un horror. De manera que Bolder tuvo que hablar un buen rato. Hablaba de pie, leyendo unos papeles que llevaba en la mano.

A su lado, sentado, estaba el estudioso inglés.

Era una situación un poco rara porque el rector Bolder hablaba de él casi como si estuviera muerto, no por maldad, sino porque es así, en esas situaciones es así, el orador debe decir cosas que parecen inevitablemente el elogio de un difunto, tienen algo fúnebre, y lo raro es que, sin embargo, por regla general, el difunto está muy vivo, y además está sentado justo al lado, y, por añadidura, permanece allí tan contento, sin protestar, pese a estar sometido a esa tortura atroz, algunas veces incluso disfrutando de un modo irracional.

Aquella era una de esas veces. En lugar de sumirse en la turbación, el estudioso inglés dejaba que le chorreara por encima el elogio fúnebre del rector Bolder con total y sabia naturalidad. A pesar de que los altavoces del Aula Magna difundieran frases como «con arrebatada pasión e inimitable rigor intelectual» o bien «*last but not least*, ha aceptado la presidencia honorífica de la Alianza Latina, cargo desempeñado anteriormente por», él parecía protegido contra toda clase de vergüenza y, por decirlo de algún modo, blindado dentro de una cámara hiperbárica suya de eficacia ya probada. Había edificado una mirada inmutable que contemplaba la nada que tenía delante, pero lo hacía con noble y firme determinación; la sostenía un mentón ligeramente levantado, y la confirmaba alguna arruga que le cruzaba la frente, ilustrando un sereno estado de concentración. A intervalos regulares, apretaba las mandíbulas un poco, dándole al perfil de su rostro aspereza y dejando adivinar una vitalidad nunca domada. Muy de vez en cuando, el estudioso inglés tragaba, pero de la misma forma en que cualquiera podría haberle dado una vuelta a la clepsidra: con un gesto elegante introducía una inmovilidad en otra inmovilidad, apuntando la impresión de una paciencia que desde siempre disputara con el tiempo, venciendo en todas las ocasiones. Todo el conjunto terminaba construyendo una figura casi perfecta que ostentaba simultáneamente nítida fortaleza y distraída lejanía: utilizando la primera para corroborar las alabanzas del rector Bolder y la segunda para aligerarlas del peso de la adulación y de la vulgaridad. Algo grande. En un momento dado, justo cuando el rector Bolder hablaba de su actividad didáctica («siempre entre sus

estudiantes, pero como un *primus inter pares*»), el estudioso inglés se superó a sí mismo: abandonó de pronto su cámara hiperbárica, se sacó las gafas, inclinó levemente la cabeza, como vencido por un repentina veta de cansancio, llevó el pulgar y el índice de la mano derecha hacia los ojos y, cerrados los párpados, se concedió una ligera presión circular sobre los glóbulos oculares, humanísimo gesto en el que toda la platea pudo ver, reunidos, todos los momentos de dolor, desilusión y fatiga que una vida de éxitos no había borrado y cuyo recuerdo, ahora, delante de todo el mundo, el estudioso inglés deseaba superar. Fue muy hermoso. Luego, como si despertara de un sueño, levantó de golpe la cabeza, se puso las gafas con un gesto rápido pero preciso, y asumió finalmente su perfecta inmovilidad anterior, volviendo a mirar la nada de delante, con la fuerza de quien ha conocido el dolor, pero no ha sido derrotado por él.

Fue precisamente en ese momento cuando el profesor Mondrian Kilroy se puso a vomitar. Estaba sentado en la tercera fila y se puso a vomitar.

Aparte de llorar —algo que hacía cada vez con mayor frecuencia y no sin cierto placer— el profesor Mondrian Kilroy había empezado a vomitar de vez en cuando, y esto, de nuevo, guardaba relación con sus estudios y en particular con un ensayo que había escrito y que él, curiosamente, definía como «la refutación definitiva y salvífica de todo cuanto he escrito, escriba o escribiré». En efecto, era un ensayo bastante particular. Mondrian Kilroy había trabajado en él durante catorce años, sin tomar nunca ni una nota. Después, un día, mientras estaba recluido en una cabina de vídeo porno en la que pulsando teclas numeradas se podía escoger entre doscientos doce programas distintos, comprendió que había comprendido, salió de la cabina, cogió un folleto en que aparecían las tarifas de las «Salas de contacto» y, en la parte de atrás, escribió su ensayo. Lo escribió allí, de pie, apoyado en la caja. No empleó más de dos minutos: el ensayo consistía en una breve secuencia de seis tesis. La tesis más larga no superaba las cinco líneas. Después volvió a la cabina, porque le quedaban todavía tres minutos de visión, y le fastidiaba desperdiciarlos. Pulsaba los botones al tuntún. Cuando daba con un vídeo gay, se cabreaba.

El asunto podrá parecer sorprendente, pero el ensayo en cuestión no tenía nada que ver con el tema predilecto del profesor Mondrian Kilroy, es decir, los objetos curvos. No. Ciñéndonos a la realidad de los hechos, el ensayo se titulaba de este modo:

ENSAYO SOBRE LA HONESTIDAD INTELECTUAL

Poomerang, que era un gran admirador del mismo y prácticamente se lo sabía de memoria, un día resumió así su contenido:

Si un ladrón de bancos va a la cárcel, ¿por qué los intelectuales se pasean libremente?

Hay que decir que Poomerang «tenía con los bancos una cuenta pendiente» (la frase era de Shatzy, ella la encontraba genial). Los odiaba, aunque no estaba claro el motivo. Durante cierto tiempo, se dedicó a una campaña educativa contra los abusos de los cajeros automáticos. Junto a Diesel y Gould mascaba chicles sin parar y luego los pegaba, todavía calientes, en los botones de los cajeros. Generalmente los pegaba sobre el botón del 5. La gente llegaba y luego, en el momento de teclear su número secreto, descubrían el chicle. Si no tenían un 5, seguían adelante, fijándose bien en dónde ponían los dedos. Pero si tenían un 5, les entraba el pánico. El espasmódico deseo de dinero tenía que enfrentarse con el asco que daba aquella goma masticada. Algunos intentaban despegar aquella cosa viscosa con objetos de toda clase. Normalmente, acababan embadurnando todo el teclado. Una minoría renunciaba y se marchaba. Es triste decirlo, pero la mayoría tragaba saliva y después pulsaba con el dedo sobre el chicle. Una vez, Diesel vio a una señora sin demasiada suerte que tenía un número secreto con tres cincos seguidos. Tecleó el primero con gran dignidad y el segundo haciendo una extraña mueca con la boca. Al tercero, se puso a vomitar.

A propósito: la primera tesis del *Ensayo sobre la honestidad intelectual* decía así:

1. Los hombres tienen ideas.

—Genial —comentó Shatzy.

—Es sólo el principio, señorita. Y, además, mire que no es algo tan obvio. Alguien como Kant, por ejemplo, no la aceptaría tan fácilmente.

—¿Kant?

—Un alemán.

—Ah.

—¿Tengo que limpiar aquí también?

—Déjeme ver.

De vez en cuando, cuando limpiaban la roulotte, se unía a ellos el profesor Mondrian Kilroy. Tras el asunto del puré de Vancouver, Gould y él se habían hecho amigos. Y al profesor también le gustaban mucho los otros, Shatzy, el gigante y el mudo. Mientras iban limpiando, charlaban. Uno de sus temas predilectos era el *Ensayo sobre la honestidad intelectual*. Era un terna que les encantaba.

1. Los hombres tienen ideas.

El profesor Mondrian Kilroy decía que las ideas son como galaxias de pequeñas intuiciones, y sostenía que son algo confuso, que se modifica sin parar y es

esencialmente inutilizable con fines prácticos. Son hermosas, eso es, son hermosas. Pero son un follón. Las ideas, si están en estado puro, son un maravilloso follón. Son *apariciones provisionales de infinito*, decía. Las ideas «claras y definidas», añadía, son un invento de Descartes, son una estafa, no existen las ideas claras, las ideas son oscuras por definición, si tienes una idea clara, eso no es una idea.

—Pues, entonces, ¿qué es?

—Tesis número dos, muchachos.

La tesis número dos decía así:

2. Los hombres expresan ideas.

Éste es el problema, decía el profesor Mondrian Kilroy. Cuando expresas una idea, le das un orden que no posee en su origen. De alguna manera, tienes que darle una forma coherente, y sintética, y comprensible para los demás. Mientras te limitas a pensarla, puede seguir siendo ese maravilloso follón que es. Pero cuando decides expresarla, empiezas a descartar algunas cosas, a asumir otras, a ejemplificar esto y cortar aquello, a ordenar la totalidad dándole cierta lógica: trabajas un poco en ello y al final tienes algo que la gente puede comprender. Una idea «clara y definida». Al principio pretendes hacer las cosas de manera adecuada: intentas no deshacerte de demasiadas cosas, quisieras salvar todo el infinito de la idea que tenías en la cabeza. Lo intentas. Pero éstos no te dejan tiempo, están encima de ti, quieren comprender, te agreden.

—¿Quiénes son éstos?

—Los demás, todos los demás.

—¿Por ejemplo?

—La gente. La gente. Tú expresas una idea y hay gente que la escucha. Y quiere comprender. O peor todavía: pretende saber si es verdadera o falsa. Es una perversión.

—¿Y qué debería hacer? ¿Tragársela y punto?

—No sé qué es lo que debería hacer, pero sé qué es lo que hace, y para ti, que tenías una idea y ahora estás ahí, intentando expresarla, es como ser agredido. Con una velocidad impresionante, sólo piensas en hacerla lo más compacta y fuerte que sea posible, para resistir a la agresión, para que salga con vida de ella, y utilizas toda tu inteligencia para convertirla en una máquina invencible, y cuanto más lo consigues, menos cuenta te das de que lo que estás haciendo, lo que realmente estás haciendo en ese momento, es perder el contacto poco a poco, pero con una velocidad impresionante, con el origen de tu idea, con el maravilloso e infinito embrollo intuitivo que era tu idea, y eso con el único y miserable propósito de expresarla, es decir, de fijarla de un modo lo suficientemente fuerte y coherente y refinado para resistir la honda expansiva del mundo que te rodea, las objeciones de la gente, el

rostro obtuso de los que no se han enterado muy bien, la llamada telefónica de tu jefe de departamento que...

—Se enfría, profesor...

A menudo hablaban sobre el tema mientras comían, porque al profesor Mondrian Kilroy le gustaba la pizza que hacía Shatzy, de manera que, sobre todo los sábados, comían pizza, que, fría, era incomedible.

2. Los hombres expresan ideas.

Pero ya no son ideas, prorrumpía el profesor Mondrian Kilroy. Son detritus de ideas organizadas magistralmente hasta convertirse en objetos solidísimos, mecanismos perfectos, máquinas de guerra. Son ideas artificiales. Tienen sólo un lejano parentesco con aquel maravilloso e infinito embrollo en el que todo había empezado, pero es un parentesco casi imperceptible, como un lejano perfume. En realidad, ya es de plástico, algo artificial, sin relación alguna con la verdad, son sólo artefactos para quedar bien delante del público. Lo que, según su opinión, llevaba necesariamente a la tesis número tres. Que decía así:

3. Los hombres expresan ideas propias que no lo son.

—¿Bromea o qué?

—Yo soy muy serio.

—¿Cómo hacen entonces para expresar ideas propias que no lo son?

Digamos que *ya* no lo son. Lo eran. Pero rapidísimamente se les escapan de las manos, convirtiéndose en criaturas artificiales que se desarrollan de una forma casi autónoma, y que tienen un único objetivo: sobrevivir. El hombre les presta su inteligencia y ellas la utilizan para hacerse cada vez más sólidas y precisas. En cierto sentido, la inteligencia humana trabaja constantemente para disipar el maravilloso e infinito caos de las ideas originarias y sustituirlo por la inalterable plenitud de las ideas artificiales. Eran apariciones: ahora son objetos que el hombre esgrime, y que conoce a la perfección, pero no sabría decir de dónde proceden ni, en definitiva, qué maldita relación guardan ya con la verdad. En cierto sentido, ya no le importan demasiado. Funcionan, resisten las agresiones, consiguen socavar las debilidades ajenas, no se rompen casi nunca: ¿por qué preocuparse? El hombre las mira, descubre el placer de esgrimir las, de utilizarlas, de verlas en acción. Antes o después, es algo inevitable, aprende que pueden utilizarse para pelear. Nunca antes lo había pensado. Eran apariciones: sólo había pensado en hacer que los demás las vieran, eso era todo. Pero, con el tiempo, nada de ese deseo originario se salva. Eran apariciones: el hombre las ha transformado en armas.

Ésta era la parte que más le gustaba a Shatzy. Eran apariciones: el hombre las ha

transformado en armas.

—¿Sabe en qué pienso a menudo, profesor?

—Dígame, señorita.

—Los pistoleros, los pistoleros del Oeste, ¿sabe a qué me refiero?

—Sí.

—Bien, disparaban de la hostia, lo sabían todo sobre sus pistolas, pero si usted lo piensa bien, pues eso: ninguno de ellos habría sabido construir una pistola, ¿comprende?

—Prosiga.

—Es decir: una cosa es utilizar un arma, y otra es inventarla, o hacerla.

—Exacto, señorita.

—No sé lo que significa, pero a menudo pienso en ello.

—Hace usted muy bien, señorita.

—¿Usted cree?

—Estoy plenamente convencido.

Por otra parte, Gould, si lo piensas, mira lo que sucede en la cabeza de un hombre cuando expresa una idea y alguien, frente a él, plantea una objeción. ¿Crees que ese hombre tendrá tiempo, u *honestidad*, de volver a la aparición que un día fue el origen de esa idea y verificar, allí mismo, si la objeción es sensata? No lo hará nunca. Es mucho más rápido perfilar la idea artificial que se ha encontrado entre las manos de manera que pueda resistir la objeción y quizás encontrar la forma de pasar al ataque y agredir, a su vez, la objeción. ¿Qué tiene que ver con todo esto el respeto a la verdad? Nada. Es un duelo. Están comprobando quién es el más fuerte. No quieren utilizar otras armas, porque no saben utilizarlas: utilizan las ideas. Podría parecer que el objetivo de todo esto fuera aclarar la verdad, pero en realidad lo que ambos quieren es comprobar quién es el más fuerte. Es un duelo. Parecen brillantes intelectuales, pero son animales que defienden su territorio, se disputan una hembra, se procuran alimentos. Escúchame bien, Gould: nunca encontrarás nada más salvaje ni más primitivo que dos intelectuales en un duelo. Y nada más deshonesto.

Años después, cuando ya todo había ocurrido y ya nada tenía remedio, Shatzy y el profesor Mondrian Kilroy se encontraron en una estación de tren, por casualidad. Hacía tiempo que no se veían. Se fueron a tomar algo y hablaron de la universidad, de lo que hacía Shatzy, y de que el profesor había abandonado la enseñanza. Se veía que les hubiera gustado hablar de Gould, y de lo que había pasado, pero era demasiado difícil. En cierto momento, se quedaron en silencio, y sólo entonces el profesor Mondrian Kilroy dijo

—Es gracioso, pero lo que pienso de ese chico es que se trata de la única persona honesta que he encontrado en toda mi vida. Era un chico *honesto*. ¿Me cree?

Shatzy asintió con la cabeza, y pensó que quizás eso fuera el meollo de todo lo

ocurrido, y que todas las historias adquirirían sentido si se hacía el esfuerzo de recordar que Gould, por encima de todo, era un genio *honesto*.

Al final, aquel día, el profesor se levantó y antes de marcharse abrazó a Shatzy, un poco torpemente, pero con fuerza.

—No se preocupe si lloro, no estoy triste, no estoy triste por Gould.

—Lo sé.

—Es que lloro a menudo. Es lo que pasa.

—No se preocupe, profesor, a mí me gustan los que lloran.

—Eso está bien.

—En serio. Siempre me han gustado.

No volvieron a verse nunca más desde aquel día.

En cualquier caso, después de la tesis número tres (Los hombres expresan ideas que no son suyas) venía, con cierta coherencia, la tesis número cuatro. Que decía así:

4. Las ideas, una vez expresadas y sometidas a la presión del público, se convierten en objetos artificiales carentes de una relación real con su origen. Los hombres las perfilan con ingenio capaz de hacerlas mortales. Con el tiempo, descubren que pueden ser utilizadas como armas. No lo piensan ni un instante. Y disparan.

—Qué grande —decía Shatzy.

—Un poco larga, me ha quedado un poco larga, tengo que trabajar en ella todavía un poco —sostenía el profesor Mondrian Kilroy.

—En mi opinión, quedaría bien sólo con decir *Las ideas: eran apariciones, ahora son armas*.

—Demasiado sintético, ¿no le parece, señorita?

—¿Usted cree?

—Tenga en cuenta que se trata de una tragedia, una verdadera tragedia. Hay que tener cuidado al compendiarla en dos palabras.

—¿Una tragedia?

El profesor masticaba la pizza y asentía. En efecto, él estaba convencido de que se trataba de una tragedia. Había pensado incluso en ponerle un subtítulo a su *Ensayo*, y el subtítulo hubiera sido: *Análisis de una tragedia necesaria*. Luego pensó que los subtítulos eran algo repugnante, como los calcetines blancos o los mocasines grises. Sólo los japoneses usaban mocasines grises. Por otra parte, era posible que sufrieran algún trastorno en los ojos, y que estuvieran absolutamente convencidos de que usaban mocasines marrones. En tal caso, era absolutamente urgente advertirlos de su error.

¿Sabes, Gould?, he dedicado años a resignarme ante la evidencia. No quería creerlo. Sobre el papel, es tan hermosa, y única, e irrepetible, la relación con la

verdad, y esa magia de las ideas, magníficas apariciones de confuso infinito en tu mente... ¿Cómo es posible que todos escojan renunciar a todo eso, renegar de ello, y prefieran intrigar con pequeñas e insignificantes ideas artificiales —pequeñas maravillas de ingeniería intelectual, por Dios —pero en el fondo baratijas, miserables baratijas, obras maestras de retórica y acrobacias lógicas, pero, en el fondo, maquinitas, y todo por el gusto irrefrenable de *pelear*? No conseguía creérmelo, pensaba que había algo oculto, algo que se me escapaba, y sin embargo, al final, tuve que admitir que era todo muy simple, e inevitable, y hasta comprensible, bastaba con que venciera la repugnancia y fuera a ver de cerca el asunto, bien de cerca, aunque te dé asco, intenta verlo de cerca. Coge a uno que se gane la vida con las ideas, un profesional, no sé, un estudioso, un estudioso de algo, ¿okay? Habrá empezado por pasión, con seguridad empezó porque tenía talento, era uno de esos que tienen apariciones de infinito, podernos imaginarnos que las tuvo de joven, y que quedó fulminado por ellas. Habrá empezado a intentar escribirlas, a lo mejor habló de ellas con alguien, luego, un día, pensaría que estaba preparado para escribirlas, y se podría a ello, con toda su buena voluntad, y las escribiría, a pesar de saber que tan sólo lograría anotar una mínima parte de ese infinito que tenía en su cabeza, pero pensando que ya tendría tiempo después de profundizar en su discurso, no sé, de explicarse mejor, de explicarlo todo correctamente más tarde. Escribe y la gente lee. Personas a las que ni siquiera conocía empiezan a buscarlo para saber más cosas, otros lo invitan a congresos en los que poder atacarle, él se defiende, desarrolla, corrige, agrade a su vez, empieza a reconocer una pequeña masa a su alrededor que está de su parte, y un frente de enemigos delante de él que quiere destruirlo: empieza a *existir*, Gould. No tiene tiempo de darse cuenta pero todo eso acaba apasionándole, le gusta la lucha, descubre lo que significa entrar en un aula bajo la mirada devota de unos cuantos estudiantes, ve el respeto en los ojos de la gente normal, se sorprende deseando el odio de algún personaje famoso, acaba por ir a hacerse con él, lo obtiene, a lo mejor sólo tres líneas en una nota de un libro sobre otro tema, pero tres líneas que transpiran acritud, él tiene la habilidad de mencionarlas en una entrevista para alguna revista del sector, y unas semanas después, en un periódico, ya se encuentra encasillado como el rival del famoso profesor, incluso hay una fotografía en ese periódico, una fotografía suya, ve una *fotografía suya en un periódico*, y la ven también muchos otros, es algo gradual, pero, cada día que pasa, él y su idea artificial se convierten en un todo que se extiende sobre el mundo, la idea es como el combustible, él es el motor, hacen el camino juntos; y eso es algo, Gould, que él ni tan siquiera se imaginaba, tienes que comprenderlo, él no se esperaba que sucediera todo eso, ni siquiera lo quería, para ser exactos, pero ahora ha ocurrido, y él *existe* en su idea artificial, idea cada vez más alejada de la originaria aparición de infinito debido a que ha sido mil veces revisada para poder resistir las agresiones, pero idea

artificial sólida y permanente, puesta a prueba, sin la cual el estudioso dejaría en ese mismo instante de existir y sería tragado, de nuevo, por la ciénaga de una existencia ordinaria. Dicho así, parece algo que ni siquiera es demasiado grave —ser tragados de nuevo por la ciénaga de una existencia ordinaria— y yo durante años no fui capaz de comprender su gravedad, pero el secreto es acercarse más aún, mirar de cerca, ya sé que da asco, pero es necesario que me acompañes hasta ahí, Gould, tápate la nariz y ven a ver de cerca, el estudioso seguro que tenía un padre, míralo más de cerca, un padre severo, estúpidamente severo, pendiente durante años de doblegar a su hijo haciendo que le pesara su continua y desmesurada ineptitud, y eso hasta el día en que ve el nombre de su hijo en un periódico, impreso en un periódico, no importa el motivo, el hecho es que los amigos empiezan a decirle Felicidades, he visto a tu hijo en el periódico, da asco, ¿verdad?, pero él está impresionado, y el hijo encuentra lo que nunca tuvo fuerzas para encontrar, es decir, una venganza tardía, y esto es algo impresionante, poder mirar a tu padre fijamente a los ojos, una redención como ésta no tiene precio, ¿qué importa haber intrigado un poco con tus ideas, olvidado ya todo nexo real con su origen, ante el hecho de poder ser hijo de tu padre, por fin, hijo reglamentariamente autorizado y aprobado? No hay precio demasiado elevado por el respeto de tu padre, créeme, ni, si lo piensas un poco, por la libertad que nuestro estudioso encuentra en el primer dinero, dinero de verdad, con el que una cátedra arañada en una universidad de la periferia empieza a llenarle los bolsillos, arrancándolo del dictado cotidiano de la indigencia, e inclinándolo por la pendiente de los pequeños lujos que al final, por fin, finalmente confluyen hacia la codiciada casa en el campo, con estudio y biblioteca, una nimiedad, en teoría, pero una enormidad, realmente, cuando se eleva, en el reportaje del periodista de turno, hasta apartada madriguera del estudioso que en ella encuentra un refugio ante la deslumbrante vida que lo asedia, vida que en realidad es sobre todo imaginaria, pero allí, en la realidad del refugio, imprevistamente demostrada, y por tanto verdadera, y por tanto impresa para siempre en la mente del público, que desde ese momento tendrá una mirada hacia el estudioso de la que él ya no podrá prescindir, porque es una mirada que, renunciando a cualquier comprobación, regala, a priori, respeto y consideración e impunidad. Puedes prescindir de eso cuando no lo conoces. Pero ¿y después? ¿Cuando lo has visto en los ojos del vecino de sombrilla en la playa, y del que te vende el coche, y del editor al que nunca habrías pensado en conocer, y de la actriz de series de televisión y —una vez, en el campo— del ministro, en persona? Hace vomitar, ¿no es cierto? Mejor aún, significa que estamos cerca del corazón de las cosas. Sin piedad, Gould. No es momento de rendirse. Se puede ir incluso más cerca. La esposa. La esposa del estudioso, su vecina, desde los doce años, amada desde siempre, con la que se casa después por automatismo y legítima defensa ante las incurias del destino, mujer borrosa, simpática, nunca apasionada, una buena

esposa, ahora la mujer de un profesor acreditado y de su mortífera idea artificial, esposa feliz en el fondo, mírala con atención. Cuando se despierta. Cuando sale del lavabo. Mírala. Su salto de cama, todo. Mírala. Y luego míralo a él, al estudioso, no muy alto, sonrisa triste, con escamas de caspa, nada que objetar, aunque lo haya, hermosas manos, eso sí, manos delgadas y pálidas que parecen inevitablemente unidas al mentón en las fotos de rigor, manos hermosas, todo el resto poco agraciado, haz un esfuerzo, Gould, e intenta ver desnudo a alguien así, es importante que lo veas desnudo, créeme, blancuzco y fofo, con musculatura evanescente y en mitad de las ingles modestos atributos, ¿qué posibilidades puede tener un animal macho como ése en la lucha cotidiana por el apareamiento?, escasas posibilidades, modestas, sin discusión, y así sería, en efecto, si no fuera porque la idea artificial ha transformado a ese animal destinado a la extinción en un luchador y, a largo plazo, en jefe de la manada, con un buen portafolios de cuero y con paso convertido en una estetizante cojera ficticia, que ahora, si te fijas bien, baja la escalinata de la universidad y al que se acerca una estudiante que, con timidez, se presenta y mientras habla baja con él hasta la calle y luego por la pendiente de una amistad cada vez más pegajosa, que da asco sólo pensarlo, pero que es útil observar, hasta el fondo, por muy repugnante que sea, útil estudiar, aprehendiéndola hasta el apoteósico final cuando en el estudio de ella, una habitación alquilada con una gran cama y una manta peruana, él consigue subir, con su portafolios y sus escamas de caspa, con la excusa de corregir una bibliografía, y tras horas de agotador cortejo furtivo, disuelve la tardía resistencia de la muchacha con las pinzas y el bisturí de su idea artificial y, en virtud de una pequeña columna que desde hace algunas semanas tiene en una revista, encuentra el valor, y en cierto modo el derecho, para apoyar una mano, una de sus hermosísimas manos, sobre la piel de esa muchacha, una piel que ningún destino le habría entregado nunca, pero que ahora su idea artificial le ofrenda, junto con esa blusa que se abre, con la lengua que irracionalmente cierra sus delgados labios grisáceos, con la respiración femenina jadeante en sus orejas, y la imagen deslumbrante de una mano joven, bronceada y hermosa, cerrada sobre su miembro, increíble. ¿Piensas que todo esto puede tener precio? No lo tiene, Gould. ¿Piensas que ese hombre sería capaz de renunciar a todo esto sólo por el prurito de ser honesto, de respetar el infinito de sus ideas, de volver a preguntarse qué es verdadero y qué no lo es? ¿Piensas que puede volver a ocurrir que ese hombre se pregunte, aun en secreto, aun en soledad absoluta e impenetrable, si su idea artificial tiene todavía algo que ver con la verdad, con su origen? ¿Piensas que sería capaz de un solo instante, aun en secreto, de honestidad? No. (Tesis 5: Los hombres utilizan las ideas como armas, y con este gesto se alejan de ellas para siempre). Está ya tan lejos de él el punto del que había partido, y hace tanto tiempo que él ya no vive en sus ideas, honestamente, con sencillez y en paz. No es una honestidad que puedas reconstruir cuando el traicionarla te ha proporcionado otra

existencia, una existencia entera, a ti, que podrías no haber existido, durante años, hasta reventar. No puedes devolver una vida entera tras habérsela robado al destino, tan sólo porque un día, al mirarte en el espejo, te das asco. Nuestro profesor morirá deshonesto, pero al menos morirá en alguna vida.

Lo decía, obviamente, emocionándose un poco. No es que llorara, en propiedad. Pero en fin, tenía los ojos brillantes, y un nudo en la garganta, esas cosas. Él era así.

Una vez Poomerang le preguntó al profesor Mondrian Kilroy por qué no publicaba su *Ensayo sobre la honestidad intelectual*. Nodijo que podía salir un libro bien gordo. Todas las páginas en blanco, y aquí o allá las seis tesis, donde cayeran. El profesor Mondrian Kilroy dijo que era una buena idea, pero pensaba que ese ensayo no debía publicarlo nunca, porque muy en el fondo tenía la duda de que no fuera de una terrible ingenuidad. Lo encontraba infantil. Decía también que, a pesar de todo, en cierto modo le gustaba precisamente porque estaba a un paso de ser una terrible ingenuidad, y algo infantil, pero que no lograba serio del todo y estaba, por decirlo de algún modo, en equilibrio, y eso le hacía sospechar que, en realidad, era una idea, en todo el sentido del término. En el sentido *honesto* del término. Luego decía que en realidad, para ser sincero, ya no entendía un carajo. Y preguntaba si todavía quedaba más pizza.

Lo cierto era que vomitaba cada vez más a menudo, no por la pizza, sino en todas las ocasiones en que estaba demasiado cerca de estudiosos o intelectuales varios. A veces bastaba con que leyera un artículo del periódico, o la solapa de una cubierta. El día del estudioso inglés, por ejemplo, aquel que miraba fijamente a la nada, le habría gustado quedarse a escuchar, sentía curiosidad por oírlo hablar incluso, pero le había sido completamente imposible, y al final había vomitado, montando un jaleo terrible, además, tanto que al final había tenido que ir al rector a disculparse, y para disculparse no se le había ocurrido otra cosa que repetir obsesivamente la frase: Mire que es buena persona, estoy seguro de que es buena persona. Se refería al estudioso inglés. El rector Bolder lo miraba pasmado. Mire que es buena persona, estoy seguro de que es buena persona. También al día siguiente, mientras estaban lavando la roulotte, insistía con el rollo ese de que era buena persona. A Gould le parecía una tontería.

—Si fuera una buena persona no le haría vomitar.

—No es tan sencillo, Gould.

—¿Ah, no?

—Rotundamente, no.

Gould limpiaba las ruedas. Más que cualquier otra cosa, le gustaba lavar las ruedas. Goma negra brillante jabonosa. Un placer.

He pensado en ello, he pensado largamente en ello, Gould, y con toda la dureza de que soy capaz, pero al final he comprendido que por obscena que sea la forma en

que los hombres abandonan la verdad para emplearse con dedicación obsesiva a las ideas artificiales con las que destrozarse mutuamente, que por mucho asco que me dé ahora todo lo que apeste a ideas, y por más que yo sea incapaz objetivamente de no vomitar ante la cotidiana exhibición de esa lucha primitiva disfrazada de honesta búsqueda de la verdad —por muy ilimitada que sea mi desazón, tengo que decir: es justo, es asquerosamente justo, es simplemente *humano*, es lo que tiene que ser, es la mierda que nos aguarda, la única mierda a cuya altura estamos. Lo he comprendido mirando a los mejores. De cerca, Gould, hay que tener la valentía de mirarlos de cerca. Los he visto: eran repulsivos y justos, ¿comprendes ahora lo que quiero decir?, repulsivos e inexorablemente inocentes, sólo querían *existir*, ¿puedes quitarles ese derecho?, querían *existir*. Coge a uno de esos con grandes ideales, esos con ideas nobles, esos que han hecho de sus ideas una misión, esos que están por encima de toda sospecha. El sacerdote. Coge al sacerdote. No a uno cualquiera. Al otro, el que está al lado de los pobres, o de los débiles, o de los marginados, el que lleva un jersey y unas Reebok, ese mismo, habrá empezado con alguna deslumbrante aparición caótica del infinito, algo que en la penumbra de su juventud le habrá dictado vagamente el imperativo de tomar posición, y la sugerencia de qué parte estar, todo habrá empezado como debe empezar, de un modo honesto, pero luego, Dios santo, cuando vuelves a verlo ya adulto y famoso, Jesús, famoso, da cosa ya sólo decirlo, *famoso*, con su nombre en los periódicos y las fotografías, con el teléfono sonando sin parar porque los periodistas quieren preguntarle su opinión sobre esto o aquello, y él responde, puta miseria, *responde*, y participa, y marcha en cabeza de las manifestaciones; el teléfono de los sacerdotes no suena, Gould, quiero decírtelo con toda la crueldad necesaria, tú no puedes saberlo pero el teléfono de los sacerdotes no suena porque su vida es un desierto, es programáticamente un desierto, una especie de parque natural protegido, donde la gente puede mirar, pero desde lejos, son animales de parque natural, nadie puede tocarlos, ¿puedes imaginártelo, Gould?, para los sacerdotes es todo un problema incluso dejarse tocar, ¿has visto alguna vez a un sacerdote dando un beso a un niño o a una señora?, sólo para saludarlos, no pienses mal, una nimiedad, lo normal, pero él no puede hacerlo, la gente de alrededor enseguida tendría una sensación de malestar y de inminente irritación, y ésta es la durísima condición cotidiana del sacerdote en este mundo, él, que podría ser un hombre como los demás y que ha elegido en cambio esa soledad vertiginosa, que no tendría vía de escape, nada, salvo una idea, una idea incluso justa, llegada desde fuera para cambiar ese panorama, para devolverle una tibieza de humanidad, una idea que, bien utilizada, perfilada, revisada, protegida de los arriesgados choques con la verdad, conduce al sacerdote fuera de su soledad, simplemente, y poco a poco hace de él el hombre que es ahora, rodeado de admiración, y ganas de acercársele, e incluso deseo en estado puro, un hombre con jersey y Reebok, nunca solo, se mueve arropado por

hijos y hermanos, nunca perdido porque está constantemente conectado a alguna terminal de los medios de comunicación, de vez en cuando entre la multitud atrapa al vuelo los ojos de una mujer cargados de deseo, piensa qué puede significar eso para él, esa vertiginosa soledad y esta vida que estalla, ¿hay que sorprenderse si está dispuesto a *morir* por su idea?, él *existe* en esa idea, ¿qué significa *morir por esa idea*?, estaría *muerto* de todas formas si se la quitaran, se salva en esa idea, y el hecho de que con ella salve a cientos o a lo mejor a miles de semejantes no cambia ni un ápice en este asunto, y es que ante todo se salva a sí mismo, con la coartada accesoria de salvar a los demás, robando a su destino esa necesaria dosis de reconocimiento y admiración y deseo que le hace estar vivo; vivo, Gould, ¿comprendes bien esta palabra?, vivo, sólo quieren estar vivos, hasta los mejores, los que construyen justicia, progreso, libertad, futuro, incluso para ellos se trata de una cuestión de supervivencia, acércate todo lo que puedas, si no me crees, mira cómo se mueven, a quién tienen a su alrededor, míralos e intenta imaginarte qué sería de ellos si por casualidad un día se despertaran y cambiaran de idea, simplemente, qué quedaría de ellos, intenta arrancarles una respuesta que no sea una instintiva autojustificación, mira si puedes aunque sea una sola vez escucharles pronunciar su idea con el estupor y la indecisión de alguien que la descubriera en ese momento y no con la seguridad de alguien que te está mostrando con orgullo la devastadora eficacia del arma que empuña, no te dejes engañar por la aparente docilidad de su tono, por las palabras que eligen, astutamente dóciles, están luchando, Gould, luchan con los dientes por la supervivencia, por la comida, la hembra, la madriguera, son animales, y eso que son los mejores, ¿comprendes?, ¿qué puedes esperar de los demás que sea distinto, de los pequeños mercenarios de la inteligencia, de los comparsas en la gran lucha colectiva, de los pequeños guerreros cobardes que rapiñan restos de vida en los márgenes del campo de batalla, conmovedores basureros de salvaciones irrisorias, cada uno con su ideíta artificial, el médico a la caza de financiación para pagar el internado de su hijo, el viejo crítico que intenta paliar el abandono de su vejez con cuarenta líneas a la semana que suelta donde hagan un poco de ruido, el científico y su puré de Vancouver con que alimentar de orgullo a mujer, hijos, amantes, las penosas apariciones televisivas del escritor que teme desaparecer entre un libro y otro, el periodista que apuñala a diestro y siniestro desde la primera página para estar seguro de existir al menos otras veinticuatro horas más, sólo están luchando, ¿lo comprendes?, lo hacen con ideas porque no saben utilizar otra cosa, pero en esencia es lo mismo, es lucha, y son armas sus ideas, y por mucho asco que nos dé admitirlo, están en su derecho, su deshonestidad es una lógica deducción de un deseo primario, y por tanto necesario, su asquerosa traición cotidiana a la verdad es la consecuencia natural de un estado natural de indigencia que hay que aceptar, no puede pedírsele a un ciego que vaya al cine, no puede pedírsele a un intelectual que sea honesto, no

creo, de verdad, que pueda pedírsele, por muy deprimente que sea admitirlo, pero el concepto mismo de honestidad intelectual es un oxímoron.

6. La honestidad intelectual es un oxímoron.

O, en todo caso, es una tarea altamente prohibitiva y tal vez inhumana, en grado tal que nadie, en la práctica, sueña ni siquiera con resolverla, contentándose, en los casos más admirables, con hacer las cosas con cierto estilo, cierta dignidad, digamos que con buen gusto, eso es, el término exacto sería con buen gusto, al final acabas salvando a los que consiguen por lo menos hacer las cosas con buen gusto, con cierto pudor, los que no parecen orgullosos de la mierda que son, no tan orgullosos, no tan malditamente orgullosos, no tan impunemente, jodidamente orgullosos. Dios, qué asco.

—¿Hay algo que no marcha, profesor?

—Me estaba preguntando...

—Diga, profesor.

—Exactamente, ¿qué es lo que estoy limpiando?

—Una roulotte.

—Me explico: exactamente, ¿qué papel desempeña este objeto amarillo en vuestro ecosistema?

—Por ahora la función de este objeto amarillo en nuestro ecosistema es la de esperar un coche.

—¿Un coche?

—Las roulottes no van a ninguna parte sin un coche.

—Eso es cierto.

—¿Usted tiene coche, profesor?

—Lo tenía.

—Lástima.

—Para ser exactos, lo tenía mi hermano.

—Suele pasar.

—¿Tener un hermano?

—También.

—En efecto, a mí me ha pasado tres veces. ¿Y a usted?

—No, a mí nunca me ha pasado.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—¿Me da la esponja, por favor?

Hablaban. Les gustaba.

En cierta ocasión, Gould, Diesel y Poomerang lo dejaron todo colgado porque tenían que ver un partido, en el campo de enfrente.

Se quedaron el profesor Mondrian Kilroy y Shatzy. Lo limpiaron todo a conciencia y después se sentaron en los escalones de la entrada, mirando la roulotte amarilla.

Se dijeron algunas cosas.

En un momento dado, el profesor Mondrian Kilroy dijo que era raro, pero que echaría de menos terriblemente a aquel chico. Quería decir que echaría de menos terriblemente a Gould. Entonces Shatzy dijo que si quería lo podían llevar a él también, la roulotte era pequeña pero ya encontrarían la manera. El profesor Mondrian Kilroy se volvió para mirarla y luego preguntó si de verdad tenían la intención de ir hasta Couverney con la roulotte, y de ir todos juntos. A lo que Shatzy respondió

—¿Couverney?

—Couverney.

—¿Y qué pinta Couverney?

—¿Cómo que qué pinta?

—¿De qué estamos hablando, profesor?

—De Gould.

—Y, entonces, ¿qué pinta aquí Couverney?

—Es la universidad de Gould, ¿no? La nueva universidad de Gould. Un lugar gélido, dicho sea de paso.

—Le han *propuesto* ir a Couverney, sólo se lo han *propuesto*.

—Se lo han propuesto, y él va a ir.

—Que yo sepa, no lo sabe.

—Que yo sepa, lo sabe perfectamente.

—¿Desde cuándo?

—Él me lo ha dicho. Ha decidido ir. Empieza en septiembre.

—¿*Cuándo* se lo ha dicho?

El profesor Mondrian Kilroy estuvo un rato pensándoselo.

—No lo sé. Hace algunas semanas, creo. Nunca sé muy bien cuándo ocurren las cosas. ¿A usted no le pasa nunca?

—...

—Señorita...

—...

—¿Usted sabe siempre cuándo ocurren las cosas?

—...

—Se lo pregunto por curiosidad.

—¿Le ha dicho Gould *verdaderamente* que irá a Couverney, profesor?

—Sí, de eso estoy seguro, se lo ha dicho incluso al rector Bolder, ¿sabe?, él quería hacer una fiesta de despedida, o algo por el estilo, y Gould prefiere evitarlo,

dice que sería...

—¿Qué coño significa eso de una *fiesta de despedida*?

—Es sólo una idea, una idea del rector Bolder, aparentemente es un hombre duro e inflexible, pero por dentro esconde un alma sensible, casi diría que...

—Pero ¿es que todos habéis perdido la cabeza o qué?

—... casi diría que...

—¡Jesús! Ese chico tiene quince años, profesor, Couverney es un lugar para adultos, uno no es adulto cuando tiene quince años, lo es cuando tiene veinte años, si uno tiene veinte años ya es mayor y entonces, eventualmente, si de verdad tiene ganas de tirar por el retrete su vida, puede tornar en consideración la curiosa eventualidad de ir a enterrarse en una guarida de...

—Señorita, desearía recordarle que ese chico es un genio, no es un...

—Pero ¿quién coño ha dicho eso?, ¿se puede saber quién lo ha dicho?, ¿podría saber por qué habéis decidido todos de sopetón que un chico como ése es un genio, un chico que nunca ha visto más que vuestras malditas aulas y las calles que llevan hasta ellas, un genio que se mea encima cuando duerme, que se asusta si le preguntan por la calle qué hora es, que no ve a su madre desde hace años, que habla con su padre por teléfono sólo los viernes por la noche, y que nunca conseguirá acercarse a una chica aunque se lo pidan en arameo?, ¿cómo puntúa todo esto? Porque me imagino que puntúa de manera bestial en la clasificación correspondiente de los genios, lástima que no balbucee, porque eso lo convertiría en prácticamente inalcanzable...

—Señorita, no se trata de que...

—Claro que se trata de eso, si todos los profesores como usted se empeñan en tener el cerebro en la salmuera de sus...

—... no se trata en ningún caso de...

—... de su amor propio, convencidos de haber encontrado a la gallina de los huevos de oro, y por tanto completamente...

—... señorita, le ruego que...

—... completamente atontados por esa historia del Nobel, porque hablemos claro, es ahí donde queréis ir a parar, usted y...

—¿QUIERE CERRAR EL PICO DE UNA PUTA VEZ?

—¿Cómo?

—Le he preguntado si tendría la amabilidad de cerrar el pico de una puta vez.

—Sí.

—Gracias.

—De nada.

—...

—...

—...

—...

—Señorita, es una circunstancia desgraciada, estoy de acuerdo, pero ese chico es un genio. Créame.

—...

—Desearía añadir algo más. Los pájaros vuelan. Los genios van a la universidad. Aunque pueda parecer una banalidad, es así. He terminado.

Meses después, el día antes de partir, Shatzy pasó a despedirse del profesor Mondrian Kilroy. Gould se había marchado hacía ya un tiempo. El profesor se paseaba en zapatillas y seguía vomitando. Se notaba que lamentaba ver marcharse a todo el mundo, pero no era de esas personas a las que les gusta hacer reproches. Tenía una formidable capacidad para admitir la necesidad de los acontecimientos, cuando éstos acontecían. Le dijo a Shatzy un montón de tonterías, y algunas hasta daban risa. Después fue a buscar algo en un cajón, y se lo dio a Shatzy. Era el folleto con las tarifas de las «Salas de contacto». En la parte de atrás estaba el *Ensayo sobre la honestidad intelectual*.

—Me gustaría que lo conservara usted, señorita.

Allí estaban las seis tesis, una debajo de la otra, escritas en letra de molde, un poco torcidas pero ordenadas. Bajo la última, había una nota, escrita con otra tinta y en cursiva. No tenía un número delante, nada. Decía así:

En otra vida, seremos honestos. Seremos capaces de callar.

Era el fragmento que, literalmente, hacía perder la chaveta a Poomerang. Era lo que le hacía enloquecer. No paraba de repetirlo. Lo nodecía a todo el mundo, como si fuera su nombre.

Shatzy cogió el folleto. Lo dobló en dos y se lo puso en el bolsillo. Después abrazó al profesor e hicieron esos gestos que, al ponerlos todos juntos, adquieren su nombre, exacto, de adiós. Un adiós.

Luego, durante años, Shatzy llevó consigo ese papel amarillo, doblado en cuatro, siempre lo llevaba consigo, en el bolso, aquel que llevaba escrito *Salvad al planeta tierra de los pies con uñas esmaltadas*. De vez en cuando releía las seis tesis, e incluso la apostilla, y oía la voz del profesor Mondrian Kilroy que las explicaba y se emocionaba, y pedía más pizza. De vez en cuando le entraban ganas de dejárselo leer a alguien, pero la verdad es que no encontró nunca a nadie que fuera tan ingenuo como para poder comprender algo de aquello. A veces era gente inteligente y esas cosas, gente de valía. Pero se veía que ya era demasiado tarde para hacer que volvieran atrás, para pedirles que regresaran, aunque fuera un solo instante, a casa.

Al final el folleto amarillo y todo el *Ensayo sobre la honestidad intelectual* acabó por perderlos, una mañana, muy temprano, en que se le desparramó el bolso en casa

de un médico, mientras intentaba largarse y no lograba encontrar las medias negras. Montó un follón de cuidado y mientras metía todo dentro del bolso él se despertó, por lo que ella tuvo que decir alguna frase tonta, y se distrajo, y pasó lo que tenía que pasar: el folleto amarillo se quedó allí.

Fue una lástima. De verdad.

En la otra cara, donde estaba impresa la tarifa de la «Sala de contactos», había una larga lista de servicios, y el último, el más caro, se llamaba «Crossing contact».

Fue una de las cosas que Shatzy se quedó sin saber: qué demonios podía ser un «Crossing contact».

—Tenemos ante nuestros micrófonos a Stanley Poreda, a quien hemos ido a buscar al gimnasio en que se está preparando para el inminente combate contra Larry «Lawyer» Gorman, la pelea, prevista para el doce del mes en curso, sábado, ha sido pactada a ocho asaltos. Veamos, Poreda..., ¿estás tranquilo?

—Tranquilísimo.

—Corren un montón de rumores sobre tu retorno al ring...

—A la gente le gusta hablar.

—Son muchos los que se preguntan por qué un boxeador que ya se había retirado decide tras dos años...

—Dos años y tres meses.

—... dos años y tres meses, una eternidad, en pura ley, la gente se pregunta por qué un púgil que había abandonado el boxeo profesional...

—La gente hace preguntas con el culo.

—Poreda seguramente quiere decir que...

—Poreda quiere decir que la gente hace preguntas con el culo, he vuelto por la pasta, ¿por qué, si no, habría de volver?, el boxeo me ha hecho daño, fíjate en mis brazos: torcidos, están torcidos, de tantos golpes que he dado se me han torcido los brazos, el boxeo me ha dejado así, pero es lo único que sé hacer y si alguien me ofrece pasta, si me ofrece un montón de pasta, yo subo ahí arriba y... ¿cuál era tu jodida pregunta?

—La gente dice que se trata de un combate amañado.

—¿Quién lo dice?

—Lo han escrito en los periódicos. Y hasta los corredores de apuestas dicen que no las aceptarán hasta la vigilia del combate. Ni siquiera ellos lo ven muy claro.

—¿Y éstos cuándo lo ven claro? Pues no me he divertido yo jodiéndolos durante años, nunca se enteran de nada, han perdido más dinero en mis combates que lo que yo le he pagado a mi ex mujer...

—¿Quieres decir que se trata de una pelea limpia?

—... mi ex mujer, sabes de quién te hablo, ¿no? Esa tía era una máquina de tragar billetes, algo impresionante, siempre estaba diciéndome que no tenía dinero para comprarse ropa, yo no lo creía, la dejaba hablar, pero ella insistía, no tenía dinero para comprarse ropa, y bueno, tuve que crérmelo el día que vi sus fotos en el *Playboy*...

—¿Será una pelea limpia, Poreda?

—... en el *Playboy*, ¿comprendes?...

—¿No quieres contestarnos?

—Escucha, maricón: el boxeo *no* es limpio. Y no lo será ese maldito combate.

Así que ya puedes esperártelo sucio. Sangre y mierda. Escucha, mariquita: la mierda corre de mi parte. A sangre, invita Lawyer. ¿Okay?

Gould se levantó, tiró de la cadena, se puso bien los pantalones del pijama, se echó un vistazo en el espejo del lavabo, luego abrió la puerta y salió. Shatzy estaba sentada en el último peldaño de la escalera. Le daba la espalda y ni siquiera se volvió cuando empezó a hablarle. No se volvió ni una sola vez, hasta el final.

—Okay, Gould, seamos breves, para que nadie se aburra. Te vas a Couverney, no lo sabía, y ahora lo sé, y no importa cómo lo sé, de todos modos me lo ha dicho el profesor Kilroy, él sí que es una buena persona, en cierto sentido, quizás habla un poco demasiado, le gusta hablar, pero no debes cabrearte con él, total, antes o después me hubiera enterado igualmente, a lo mejor me habrías mandado un telegrama, o algo por el estilo, estoy segura de que se te habría ocurrido, pongamos por Navidades, o después de un número razonable de semanas, sé que me habrías avisado, el tiempo necesario para adaptarte, es obvio, no debe de ser fácil llegar como en paracaídas a una zona de guerra tomada por cerebros neuróticos y potencialmente impotentes, rodeado de compañeros que pagan por estudiar donde a ti te pagan para que estudies, por mucho que uno intente caerle simpático a la gente, es previsible cierta dificultad a la hora de encontrar sonrisas y palmaditas en la espalda, será incluso necesario contar esa historia de que tú no juegas en el equipo de fútbol, no vas al coro, no vas al baile de fin de curso, no vas a la iglesia, te dejan completamente frío todo tipo de asociaciones o clubs o cualquier cosa que implique reuniones, y además no te interesa fumar, no haces colecciones de ninguna clase, no te importa un carajo besar a las muchachas, no te gustan los automóviles, acabarán preguntándote qué coño haces en tu tiempo libre, a lo que no será nada fácil responder que vas por ahí con un gigante y un mudo pegando chicles en los cajeros automáticos, o sea, no será nada fácil que se lo traguen, bueno, siempre puedes decirles que vas a ver partidos de fútbol porque el mudo perdió una jugada que vio hace años y quiere reencontrarla, esto es vagamente más razonable, podría hasta pasar, de todos modos, yo sería partidaria de quedarme en un plano más genérico, un respuesta óptima podría ser *Yo no tengo tiempo libre*, queda de genio odioso, pero en el fondo es lo que siempre van a pensar de ti, que eres un genio odioso, podrías ser Oliver Hardy y seguirían pensando de todos modos que eres odioso, ellos necesitan pensarlo, los tranquiliza, y *presuntuoso*, eso sobre todo, para ellos siempre serás *presuntuoso*, aunque fueras por ahí diciendo Perdonadme todo el día, perdonadme, perdonadme, perdonadme, para ellos siempre serás presuntuoso, es su manera de hacer que les cuadren las cosas, los mediocres no saben que son mediocres, ésa es la cuestión, en su calidad de mediocres carecen de la fantasía necesaria para imaginarse que alguien sea mejor que ellos, y por tanto si alguien lo es, es porque algo no funciona, debe de haber hecho trampas en algún sitio, o en definitiva debe de ser algún loco que se cree que es mejor que ellos, es decir, un

presuntuoso, como con seguridad te harán comprender muy pronto y con sistemas que no serán precisamente agradables, hasta con crueldad, algunas veces; eso es típico de los mediocres, ser crueles, la crueldad es la virtud por excelencia de los mediocres, necesitan ejercitar la crueldad, ejercicio para el que no se necesita la más mínima inteligencia, lo que, obviamente, les facilita, les libera de obstáculos la operación, les hace destacar, por decirlo de algún modo, en esa operación que es la de ser crueles cada vez que pueden, y por tanto a menudo, más a menudo de lo que puedas esperar, tanto que te sorprenderán, es inevitable, su crueldad te atacará por la espalda, es fácil que suceda de este modo, te atacará por la espalda y entonces no será nada fácil, es mejor que lo sepas desde ahora, si todavía no lo has comprendido, te atacarán por la espalda, yo nunca he sobrevivido verdaderamente a lo que me ha atacado por la espalda, y sé que, en definitiva, no hay forma de defenderte de lo que te ataca por la espalda, es algo que no tiene remedio, sólo seguir por nuestro propio camino, intentando no caer, no detenerse, total, nadie es tan idiota como para pensar que se pueda llegar a alguna parte, verdaderamente, de otra forma que no sea vacilando, y coleccionando heridas por todas partes, y en particular en la espalda, así será también para ti, y sobre todo para ti, en realidad, dado que no quieres quitarte de la cabeza esa curiosa idea, esa idea de mierda, de caminar por delante de los demás, un camino, por otra parte, que, no quisiera decirlo pero la escuela y todo lo demás, el Nobel, ese asunto, no puedes pretender que yo lo entienda, si por mí fuera, te ataría a la taza del wáter hasta que se te pase, pero qué quieres que te diga, yo no soy la persona más indicada para entenderlo, yo nunca tuve esa fijación de andar por delante de los demás, no sé, y en la escuela siempre fui un fracaso, siempre, siempre, sin remedio, por tanto es natural que yo no lo entienda, aunque me esfuerce; sólo se me ocurre la historia esa de los ríos, si de verdad pretendo algo que me haga asimilar todo este asunto, acabo pensando en los ríos, y en el hecho de que se pusieran a estudiarlos precisamente porque no les cuadraba esa historia de que un río, teniendo que llegar al mar, invierta tanto tiempo, o sea, elija, deliberadamente, hacer un montón de curvas, en lugar de dirigirse directamente a su meta, tienes que admitir que es algo absurdo, y es exactamente lo que ellos pensaron, hay algo absurdo en todas esas curvas, de manera que se pusieron a estudiar el tema y lo que descubrieron al final, es increíble, es que cualquier río, no importa dónde esté ni cuál sea su longitud, todos los ríos, todos y cada uno de los ríos, antes de llegar al mar hacen exactamente un recorrido tres veces más largo que el que harían si fueran en línea recta, asombroso, piénsalo, tres veces lo que sería necesario, y todo a base de curvas, justamente, sólo con esa estrategia de las curvas, y no ese río o ese otro, sino todos los ríos, como si fuera algo obligado, una especie de regla para todos, es algo increíble, una locura, verdaderamente, pero eso es lo que descubrieron con científica seguridad a base de estudiar los ríos, todos los ríos, descubrieron que no están locos,

es su propia naturaleza de ríos la que los obliga a ese vagabundeo continuo, e incluso exacto, de manera que todos, y digo todos, al final navegan por un camino tres veces más largo de lo necesario, es más, para ser exactos, tres coma catorce veces, te lo juro, el famoso *pi* griego, no quería creérmelo, pero, en efecto, parece que así es, tienes que coger su distancia respecto al mar, multiplicarla por el *pi* griego y obtienes la distancia que efectivamente recorren, lo cual, pensé, es muy chulo, porque, pensé, si hay una regla para ellos cómo no la va a haber para nosotros, o sea, lo mínimo que puede esperarse es que para nosotros sea más o menos lo mismo, y que todo este deambular arriba y abajo, como si estuviéramos locos, o peor aún, perdidos, es nuestra manera de ir directos, un modo científicamente exacto y, por decirlo de alguna manera, ya prefijado, a pesar de que sea indudablemente parecido a una secuencia desordenada de errores, o replanteamientos, pero sólo en apariencia porque en realidad es simplemente nuestra manera de ir a donde tenemos que ir, la manera que es específicamente nuestra, nuestra naturaleza, por decirlo de algún modo; ¿qué quería decir?, esa historia de los ríos, sí, es una historia que, bien pensado, es reconfortante, yo la encuentro muy reconfortante, que haya una regla objetiva detrás de todas nuestras estupideces es algo reconfortante, de manera que decidí creer en ella, y por tanto, eso es, lo que quería decir es que me duele verte navegar por curvas de mierda como esa de Couverney, pero aunque tenga que ir cada vez a ver un río, para recordármelo cada vez, siempre pensaré que es justo que sea así, y que haces bien en ir, aunque sólo con decirlo me vengan ganas de romperte la cabeza, pero quiero que vayas, y me hace feliz que vayas, eres un río fuerte, no te perderás, no importa que yo allí no iría ni muerta, se trata sólo de que somos ríos distintos, evidentemente, yo debo de ser un río de otro modelo, es más, si pienso en ello me parece que más que un río, o sea, seguro que yo soy un lago, no sé si me entiendes, a lo mejor unos son ríos y otros lagos, yo soy un lago, no sé, algo parecido a un lago, una vez me bañé en un lago, era muy extraño porque ves que avanzas, o sea, es todo tan plano que cuando nadas te das cuenta de que avanzas, es una sensación extraña, y además había un montón de insectos y si ponías el pie en el suelo, cerca de la orilla, donde tocabas, si ponías el pie en el suelo daba un asco terrible, como si fuera arena pringosa, desde arriba no lo dirías, pero era como una especie de arena pringosa, petróleo, algo así, bastante asqueroso de verdad; de todos modos sólo quería decirte dos cosas, la primera es que si se atreven a hacerte daño, voy para allá y los cuelgo de un cable de alta tensión, los cuelgo de las pelotas, exactamente de las pelotas, y la segunda es que te echaré de menos, o sea, echaré de menos tu fuerza, no importa si ahora no lo entiendes, a lo mejor más adelante lo entenderás, echaré de menos tu fuerza, Gould, pequeño y extraño muchacho, tu fuerza, me cago en la gran puta.

Pausa.

—Diablos, ¿sabes qué hora es?

—No lo sé. Está oscuro.

—Vete a dormir, Gould. Es tarde, vete a dormir.

Sucedió de forma repentina y, en cierto modo, *natural*.

Aquella mañana, Gould había vuelto a ir hasta la Renemport, aquella escuela — había pensado que a lo mejor encontraría de nuevo a aquel niño negro con su pelota de baloncesto, y todo lo demás — para ser exactos, *sentía* que estaba allí, se había despertado con la *certeza* de que estaría allí.

Tardó un rato, pero al final llegó delante de la Renemport. Quizá fuera la hora del recreo, o a lo mejor alguna festividad, o el último día de algo. El hecho es que el patio estaba repleto de niños y niñas y todos estaban jugando, haciendo un ruido como de pajarera, pero una pajarera sobre la que alguien estuviera disparando, invisibles proyectiles silenciosos, con saña y pésima puntería.

Había un montón de balones, de todos los tamaños, que botaban por todas partes, trazando geometrías contra pies, manos, carteras y paredes.

La escuela, detrás de la gran pajarera, parecía desierta.

Del niño negro no había ni rastro. De vez en cuando, alguien lanzaba a la canasta. Pero no encestaban casi nunca.

Gould fue a sentarse en un banco del paseo, a unos diez metros de la verja de la escuela. Por detrás pasaba la calle — surcada por coches y camiones a toda velocidad. Delante tenía un pequeño césped y luego los barrotes de hierro oxidado, hasta lo alto, y después el patio lleno de niños. No había ningún ritmo en todo aquello, ni una regla, o un centro, por lo que era difícil *pensar* en aquel sitio, y en cierto modo imposible — tener pensamientos. Por eso Gould se quitó la cazadora, la dejó sobre el respaldo del banco y se quedó allí, nopensando.

El sol estaba en lo alto, sobre todas las cosas.

La pelota superó por poco la verja, un par de palmos, no más. Cayó sobre el césped, rebotó a pocos metros de Gould y rodó hacia la calle. Era una pelota blanca y negra, de fútbol.

Gould estaba nopensando. Siguió con los ojos instintivamente la parábola de la pelota, la vio rebotar sobre la hierba y luego desaparecer a sus espaldas, hacia la calle. Volvió a nopensar.

Entonces una voz perforó todo aquel barullo y gritó

— ¡La pelota!

Era una niña. Estaba apoyada en la verja con los dedos agarrando las rejas de hierro oxidado.

— ¡Eh!, ¿me pasas la pelota?

Años de clases con el profesor Taltomar le habían enseñado a no sentir la más mínima turbación.

Permaneció mirando delante de él, poniéndose de nuevo a nopensar.

—Oye tú, ¿quieres pasarme la pelota?, eh, a ti te lo digo, ¿estás sordo o qué? Así fue durante un rato, la niña gritaba y Gould miraba delante de él. Minutos.

Después la niña se hartó, se soltó de la verja y volvió a jugar.

Gould la observó mientras corría detrás de otra niña, más alta que ella, y luego desaparecía en algún lugar de ese gran animal compuesto por niños y balones y gritos y felicidad. Fijó su vista en la parte de la verja donde poco antes ella había puesto las manos, y se imaginó el polvo de óxido, en sus palmas, y en los pliegues de los dedos.

Entonces se levantó. Dio una vuelta sobre sí mismo y miró hasta ver la pelota blanca y negra en el otro lado de la calle, pegada al bordillo de la acera, rodando con el polvo succionado por los coches a toda velocidad.

Sucedió de forma repentina y, en cierto modo, *natural*.

El conductor del autobús vio al chico desde lejos, pero no pensó que fuera de verdad a cruzar la calle. Pensó que por lo menos se volvería, vería el autobús y se detendría. En cambio, el chico cruzó la calle sin mirar a su alrededor, como si fuera el camino de su casa. El conductor pisó instintivamente el pedal del freno, agarrando el volante con las dos manos, y echándose hacia atrás, sobre el asiento. El autobús empezó a dar bandazos, la parte trasera giraba hacia el centro del carril. El chico seguía caminando, mirando algo que estaba delante de él. El conductor levantó un poco el pie del freno, para hacerse con el control del autobús, vio los pocos metros que quedaban y pensó que iba a matar a aquel chico. Giró el volante con violencia hacia la derecha. Oyó el grito de la gente que le llegaba desde los asientos que tenía a su espalda. Vio el lateral del autobús pasando a un metro, no más de un metro, del chico, y notó en sus manos la fricción de las ruedas rozando contra el bordillo.

Gould llegó a la otra parte de la calle, se agachó y recogió la pelota. Se volvió, miró por si pasaba algún coche, y luego cruzó de nuevo la calle. Había un autobús parado, un poco torcido junto al bordillo: tocaba la bocina como un loco. Gould pensó que estaría saludando a alguien. Subió por el césped y llegó junto al banco. Miró la verja, la altura que tenía. Luego miró la pelota. Llevaba escrito: *Maracanã*. Nunca había visto una pelota tan de cerca. En realidad, ni siquiera había tocado nunca una pelota.

Dio otro vistazo a la verja. Conocía el gesto, lo había visto mil veces. Lo repasó mentalmente, preguntándose si sería capaz de transmitirlo a todas las partes del cuerpo que serían necesarias. Le parecía algo improbable. Pero intentarlo era evidentemente necesario. Repasó todo a conciencia, con orden. La secuencia de los pasos no era complicada. Había que inventar una velocidad, eso sería difícil, sincronizar los tiempos, y encajar todos los fragmentos hasta convertirlos en un único gesto, sin interrupciones. No había que pararse a la mitad, eso estaba claro. Tenía que ser algo que empezaba y luego acababa, sin perderse por el camino. Como el

estribillo de una canción, pensó. Los niños, al otro lado de la reja, seguían gritando. Canta, Gould. Pase lo que pase, es el momento de cantar.

Al conductor del autobús le temblaban las piernas, pero se bajó de todas formas y, dejando la portezuela abierta, fue hacia aquel chico idiota. Estaba quieto, inmóvil, mirando una pelota que tenía en la mano. Verdaderamente, debía de ser idiota. Estaba a punto de gritarle algo, cuando vio que finalmente se movía: lo vio levantar en el aire la pelota, con la mano izquierda, y luego chutar al vuelo con el pie derecho, proyectándola hacia el patio de la escuela, más allá de la valla. Será idiota, pensó.

La curvatura del cuero blanco y negro encontrando en el aire la honda de pie pierna tobillo, interior del empeine derecho, suave impacto perfecto que a través de la carne repercute en el cerebro —puro placer— mientras el cuerpo gira sobre el *muletazo* de la pierna izquierda atento a mantener el equilibrio durante la torsión para después devolverlo a la pierna derecha en cuanto toque el suelo, presa del gran vuelo con percusión, sujetando el cuerpo en su giro hacia delante, mientras los ojos instintivamente se levantan para mirar esa pelota que supera verja y dudas, trazando en el cielo una trayectoria de arco iris en blanco y negro.

—Sí —dijo en voz baja Gould. Era la respuesta a un montón de preguntas.

El conductor del autobús llegó a unos metros del chico. Las piernas le temblaban todavía un poco. Estaba verdaderamente cabreado.

—Pero bueno, ¿tú estás completamente loco o qué? ¡eh, tú!, ¿qué te pasa?, ¿estás loco?

El chico se volvió para mirarlo.

—Ya no, señor.

Dijo.

- ¿Diga?
- Hola.
- ¿Quién es?
- Soy Shatzy Shell.
- Ah, es usted, señorita.
- Sí, soy yo, general.
- ¿Todo en orden, por ahí?
- No exactamente.
- Vale.
- He dicho: no exactamente.
- ¿Cómo?
- Le he llamado para decirle que hay un problema.
- Es verdad, me ha llamado usted. ¿Cómo es eso?
- Para decirle que tenemos un problema.
- ¿Un problema?
- Sí.
- Espero que no sea nada grave.
- Depende.
- ¿Sabe? No es un buen momento para tener problemas graves.
- Lo siento.
- No es un buen momento.
- ¿Quiere hacer el favor de escucharme?
- Claro, señorita.
- Gould ha desaparecido.
- Señorita...
- ¿Sí?
- Señorita, Gould se ha ido a Couverney.
- Es cierto.
- Esto no significa *desaparecer*.
- En efecto.
- Sólo se ha ido a Couverney.
- Sí, pero no ha llegado.
- ¿Qué quiere decir con eso?
- Gould se ha ido a Couverney, pero no ha llegado hasta allí.
- ¿Está segura?
- Completamente.
- ¿Y dónde demonios se ha metido?

—No lo sé. Creo que ha decidido desaparecer.

—¿Cómo?

—Se ha marchado, general, Gould se ha marchado.

—Le habrá pasado algo, ¿ha llamado ya a la universidad?, ¿a la policía?, ¿ha llamado a algún sitio?

—No.

—Pues hay que hacerlo de inmediato, señorita, llámeme dentro de cinco minutos, me ocupo yo de todo, mejor aún, ya la llamaré yo, dentro de cinco minutos...

—General...

—No pierda la calma.

—No pierdo la calma, sólo querría que me escuchara.

—La escucho.

—No haga nada, por favor.

—¿Qué demonios me está diciendo?

—Escúcheme, no haga nada, no le diga nada a nadie y, por favor, venga aquí.

—¿Yo, ir hasta allí?

—Sí, querría que viniera.

—No diga tonterías, hay que encontrar a Gould, no sirve de nada que yo vaya hasta allí, hágame el puñetero favor de...

—General...

—Sí.

—Confíe en mí. Coja uno de sus aviones, o lo que sea, y venga aquí.

—...

—...

—...

—Créame, es lo mejor que puede hacer. Venga aquí.

—...

—Entonces, le espero.

—...

—General...

—¿Sí?

—Gracias.

Un cigarrillo que se enciende —sonido al máximo, ruido de tabaco ardiendo, tan fuerte como una hoja de kilómetros de largo arrugándose —las mejillas que se hundan para aspirar el humo, mejillas bajo unos ojos como ostras en remojo en el rostro rubicundo que se vuelve hacia la señorita de al lado, una rubia que ríe con una risa ronca y fuerte, como la promesa de un polvo que anega la mente de los machos apretujados, alcanzándolos a todos ellos en su sitio en un radio de diez metros, y perdiéndose poco a poco entre las otras filas de hombre y mujeres sentados en hilera, cuerpos en contacto, mentes volando, filas y filas, menguando desde las más altas hacia abajo, penetrando en el aire surcado por oleadas de rock procedentes de grandes altavoces colgados en lo alto, y apuñalado por gritos que puestos en pie corean un nombre de un lado al otro de la sala, viajando por las manchas de luz y destellos FLASH entre olores de tabaco, perfumes de lujo, lociones para después del afeitado, axilas, abrigos de piel, palomitas de maíz, abriéndose camino entre el guirigay colectivo, regazo o vientre de millones de palabras excitadas, tontas, sucias, borrachas o tal vez amorosas que rebullen como gusanos en esa tierra de cuerpos y de mentes, campo arado de cabezas alineadas, se desvanece de forma concéntrica y fatal hacia el pozo cegador que en el centro de todo recoge miradas, escalofríos, presiones sanguíneas, recogiendo todo sobre la lona azul donde hay una inscripción que grita PONTIAC HOTEL y lo hará durante toda esta noche incendiaria, a la que Dios bendiga ahora que ha llegado, al fin, viniendo desde lejos y cabalgando hasta

... aquí, en el ring del Pontiac Hotel, desde los micrófonos de Radio KKJ Dan De Palma os da la bienvenida para esta maravillosa velada de boxeo. Todo está preparado aquí FLASH para un desafío sobre el que se han vertido ríos de tinta y miles de apuestas, un desafío al que Mondini aspiraba por encima de todo y que ha conseguido, incluso en contra de la opinión de su pupilo FLASH cierto, para sorpresa de todo el mundo FLASH y con el escepticismo de los medios de comunicación, escepticismo que hay que decir que se ha transformado en histórica expectación, a juzgar por la afluencia de público y por la tensión que se respira FLASH aquí, a pie de ring, donde faltan ya pocos minutos para el inicio del combate FLASH será el árbitro el mexicano Ramón Gonzales, 8.243 espectadores han pagado su entrada, doce emisoras de radio se han conectado, en la esquina roja FLASH con calzón blanco y raya dorada, treinta y tres años, 57 combates, 41 victorias FLASH 14 derrotas, 2 nulos, doce años de carrera, dos veces aspirante al título mundial, retirado hace dos años y tres meses en el ring de Atlantic City, púgil discutido, amado y odiado FLASH pesadilla para los corredores de apuestas, zurdo, encajador formidable y con una pegada extraordinaria, Stanleeeeeeeey «Hoooooooooooooooooker» Poreeeeeeeeda FLASH en la esquina azul, con calzón negro,

veintidós años, 21 combates, 21 victorias, 21 antes del límite, FLASH invicto, con una sola caída a la lona, una de las promesas del boxeo mundial, ambidextro FLASH capaz de boxear FLASH a ritmos vertiginosos, con una agilidad espectacular, joven, imprevisible, arrogante, FLASH odioso, el chico al que quizá dentro de unos años llamaremos el más grande, Larryyyyyyy «Laaaaaaaaawyer» Gooooooooorman

(sentir los dedos de Mondini en el cuello, arriba y abajo, deshaciendo los nudos de miedo, no tengo miedo, Maestro, pero sigue, me gusta)

—No tengas prisas y déjate de chorradas, Larry.

—De acuerdo.

—Esquívale, no dejes que se te acerque con la cabeza.

—De acuerdo.

—Haz sólo lo fácil y no tendrás problemas.

—Me lo ha prometido, Maestro.

—Sí, te lo he prometido.

—Yo gano y usted me lleva al mundial.

—Piensa en la pelea, idiota.

—Le gustará el mundial, ya lo verá.

—Que te den por culo, Larry.

—... por culo.

BOX grita el árbitro Gonzales, y empieza el combate, Poreda se sitúa en el centro del ring, Lawyer utiliza la guardia de derecha, da vueltas alrededor de Poreda... Poreda adopta una guardia muy cerrada, con los guantes pegados a la cara, prefiere descubrir el cuerpo, mirada impasible y... feroz tras sus guantes rojos, aparentemente es el FLASH Poreda de antaño, con un estilo no muy elegante, pero rocoso... muy sólido, Lawyer vuela a su alrededor, cambiando a menudo su dirección FLASH muy ligero, por ahora sólo exhibe su juego de piernas, no lanza siquiera el *jab*... los dos parecen estar estudiándose, amago de Lawyer FLASH otro amago... Poreda trabaja poco con las piernas pero parece ser suficiente su juego de cintura, nuevo amago, y otro más de Lawyer FLASH Poreda no retrocede, se limita a esquivar con la cintura... todavía no han sacado ni una buena mano, inicio muy prudente de los (eres más feo que Picio, Poreda, ¿no te lo han dicho nunca? o finge o ya no tiene juego de piernas, con ésas no podrá escapar, ¿y pegar en los brazos, tengo que pegar ahí, están rotos esos brazos o qué?, sí que lo están, me cago en la puta, pues entonces) *USA EL JAB, LARRY, EL JAB, ASÍ SÓLO LE ESTÁS DANDO AIRE* con gran elegancia en el centro del ring, pero no lanza golpes, Lawyer parece que se esté burlando de su adversario FLASH es típico de Lawyer, por otro lado, le gusta dar espectáculo... quizás demasiado, dicen algunos de sus detractores (¿es esto lo que quieres, Poreda?, ¿que me quede sin fuelle corriendo a tu alrededor como un dios mientras tú te quedas

esperando el momento propicio para joderme?, ¿crees que he caído en tu trampa, eh?, pues ya vale, fin del espectáculo, era sólo para) **FLASH FLASH DERECHA DE POREDA**, un gancho de derecha imprevisible **FLASH** ni siquiera lo había preparado, pero ha cogido por sorpresa a Lawyer, tocado en la cara, sube la tensión aquí, en el Pontiac Hotel (bastardo, qué coño) **LARRY**, ¿**DÓNDE COÑO ESTÁS?** (aquí estoy, aquí estoy, Maestro, okay, se acabó el baile, bastardo) amago de Lawyer, otro más, cambia de guardia, *jab*, **OTRO JAB**, Y **GANCHO DE IZQUIERDA, FLASH POREDA BARRIDO DEL FLASH CENTRO DEL RING**, Poreda contra las cuerdas, **LAWYER, FLASH COMBINACIÓN CON LAS DOS MANOS, UNA SERIE IMPRESIONANTE FLASH SOBRE EL CUERPO FLASH** Poreda no baja la guardia, se cubre la cara **FLASH** Lawyer golpea, recupera luego su distancia, se mete de nuevo, continúa golpeando al cuerpo **SALTE DE AHÍ, COJONES**, Lawyer retrocede y otra vez se mete, Poreda sigue contra las cuerdas, Lawyer con las dos manos, Poreda esquiva los golpes con la cintura, no baja la guardia, **SAL DE AHÍ**, Lawyer insiste, **UPPERCUT DE POREDA, Y GANCHO, GANCHO DE DERECHA AL ROSTRO, LAWYER SE TAMBALEA, POREDA SE AGARRA, VUELA UN PROTECTOR DENTAL, HA VOLADO EL PROTECTOR DE LAWYER, EL ÁRBITRO DETIENE LA PELEA**, el gancho de Poreda ha sacudido la cabeza de Lawyer, le ha arrancado el protector dental, el árbitro lo recoge, ahora se lo entrega a los segundos de Lawyer, Lawyer puede respirar, parece haber acusado el uno dos de Poreda, Poreda parecía encerrado en su guardia, luego ha sorprendido a Lawyer con un *uppercut* para golpearlo inmediatamente de nuevo con gran habilidad, Lawyer se coloca de nuevo el protector, **BOX**, se reemprende el combate, hay sangre en la cara de Lawyer, quizás sea una pequeña brecha en la ceja, los dos púgiles vuelven a estudiarse, parece más bien una herida en la boca, hay mucha sangre en este momento, goteando por el cuello de Lawyer, quizás el árbitro debería **TREINTA SEGUNDOS, LARRY** (okay, treinta segundos, mantén fría la cabeza) **TREINTA SEGUNDOS, VEN HACIA AQUÍ, DÉJALO, TREINTA SEGUNDOS** es Lawyer quien busca ahora las cuerdas, Poreda lo acosa pero con cautela, acorta las distancias con su postura característica, la cabeza escondida entre los hombros, Lawyer intenta mantener la distancia con el *jab*, el árbitro detiene el combate, penalización a Poreda por utilizar la cabeza, prosigue la pelea **GONG**, fin del primer asalto, un asalto que se ha vivido prácticamente en un relámpago, en la acción que

—Es un hijo de puta.

—Déjame que te vea.

—Me lo ha hecho con el codo..., el codo directo a la boca en cuanto ha visto que me saltaba el protector, me cago en la puta...

—Cállate y déjame ver.

—...

—Vale. EL AGUA, PASADME EL AGUA...

—Me duele, Maestro.

—No digas chorradas.

—Tengo la boca que...

—¡PUES CIÉRRALA YA, y escúchame, LARRY!

—Sí.

—Empezamos desde el principio. Olvídate de todo, empezarnos desde el principio, como si fuera el primer asalto..., sin prisas y con la cabeza fría, ¿okay?, es como al principio, eres el más fuerte, estás tranquilo, sube ahí arriba y haz tu trabajo, eso es todo.

—¿Cuántos me ha jodido?

—Dos o tres, nada grave.

—¿DOS O TRES?

—Conozco a un buen dentista, no hay problema. Levántate, venga, respira, ¿tienes sed?

—Yo lo mato, a ese hijo de puta, juro que...

—LARRY, COÑO, NO HA PASADO NADA, EMPEZAMOS DESDE EL PRINCIPIO, ¿ME ENTIENDES?, DESDE EL PRINCIPIO, desde el mismo principio, no ha pasado nada, cabeza fría, Larry...

—Okay, okay.

—Primer asalto, ¿de acuerdo?

—Primer asalto.

—No ha pasado nada.

—Okay.

—¿Sabes una cosa?, te faltan tres dientes ahí delante.

—Fue hace años, con un bate de béisbol.

—Okay. Que de ten por culo, Larry.

—... por culo.

Segundo asalto en el ring del Pontiac Hotel, estamos en directo para los oyentes de Radio KKJ, un golpe que tiene mala pinta en la boca de Larry «Lawyer» Gorman, quien ahora avanza hasta el centro del ring... Poreda, sin juego de piernas, pero protegido con su guardia de siempre, y preparado para golpear, directo de derecha de Lawyer, otro directo, no baja la guardia Poreda, Lawyer gira a su alrededor, parece buscar la DURÍSIMO JAB, DE NUEVO OTRO JAB Y GANCHO AL CUERPO, POREDAS CONTRA LAS CUERDAS, Poreda en el rincón, se sale por la derecha, Lawyer no lo deja (cuidado con la cabeza, y el *uppercut*, ése lo intentará otra vez) Poreda de nuevo en el rincón, intenta sacar un *uppercut*, da en el vacío, Lawyer le castiga el cuerpo, son manos rapidísimas a los costados, Poreda sigue protegiéndose la cara, dobla la cintura, intenta salirse por la derecha, AL SUELO, POREDAS HA

PUESTO UNA RODILLA EN EL SUELO (¿qué coño estás haciendo, hijoputa?) EL ÁRBITRO APARTA A LAWYER, POSIBLEMENTE HA SIDO UN GOLPE EN EL HÍGADO, UN GOLPE A CORTA DISTANCIA, POREDA HA DOBLADO LA PIERNA DERECHA, COMO PARTIDA POR LA MITAD, AHORA POREDA SE LEVANTA, respira con dificultad, mientras el árbitro Gonzales cuenta, parece lúcido, hace gestos con la cabeza de que todo marcha bien ¡LARRY! (los ojos son como antes, no ha pasado nada, es una trampa) ¡LARRY, DÉJALO! (lo he entendido, Maestro, lo sé, no le entro, no entro, ahora bailo, ¿eh?, un poco de baile quedará bien) mientras Lawyer baila a su alrededor, cambiando de dirección, no parece tener la intención de atacar, o quizá está esperando el momento... Poreda acorta la distancia, Lawyer no se queda, retrocede, se sale con gran elegancia por la derecha, gira alrededor de Poreda, ahora cambia de dirección, Poreda intenta de nuevo acortar distancias, Lawyer se apoya contra las cuerdas, gancho de PERO ES UN DIRECTO A LA CONTRA DE LAWYER LO QUE HACE TAMBALEARSE A POREDA, QUIETO SOBRE LAS DOS PIERNAS, LAWYER CON LAS DOS MANOS, POREDA EN DIFICULTADES, POREDA, POREDA, SACA UN GANCHO, Y OTRO, AHORA ES ÉL QUIEN GOLPEA, INTERCAMBIO VIOLENTÍSIMO, LAWYER ESTÁ TOCADO, SE APOYA EN LAS CUERDAS (dónde coño) POREDA SIGUE ATACANDO, SAL DE AHÍ, LARRY, POREDA SACA UNA MANO ABAJO Y LUEGO UN GANCHO QUE SE PIERDE ¿QUIERES SALIR DE AHÍ, LARRY? (casi no respira) POREDA INSISTE, ACORTA DISTANCIAS, LARRY CONTRA LAS CUERDAS, POREDA, POREDA ¡LARRY! (casi no respira), POREDA DA DE LLENO CON LA DERECHA OTRA VEZ CON LA DERECHA, AL AIRE, POREDA SUELTA LA PRESA, da dos pasos hacia atrás (venga) LAWYER COMO UN RAYO, DIRECTO DE DERECHA, OTRO DIRECTO, POREDA EN EL CENTRO DEL RING, SE PONE A LA DEFENSIVA, VIOLENTÍSIMO GANCHO DE LAWYER, POREDA SE TAMBALEA, BUSCA LAS CUERDAS (el gancho, no ve el gancho), POREDA SE APOYA EN LAS CUERDAS, LAWYER MANTIENE LA DISTANCIA, BUSCA LA OCASIÓN, POREDA DOBLA LA CINTURA (ya te tengo, bonito), Larry con un *jab*, otro *jab*, Poreda no reacciona, sigue buscando DURÍSIMO JAB Y GANCHO DE DERECHA, POREDA A LA LONA, UNO DOS FULMINANTE, POREDA A LA LONA (levántate, payaso) POREDA OYE LA CUENTA, SE LEVANTA (arriba, que no he terminado), SALTA SOBRE LAS DOS PIERNAS, SEIS... SIETE... OCHO... indica con un gesto que quiere seguir, se reemprende el combate, y Lawyer vuelve enseguida a la carga, acorta las distancias, le mete a Poreda un *jab*, otro *jab*, PERO UN GOLPE A LA CONTRA, POREDA SE LE HA ANTICIPADO, DIRECTO A LA CONTRA, SE TAMBALEA LAWYER, CON LAS PIERNAS FLEXIONADAS, DIRECTO A LA CONTRA, LAWYER ESTÁ GROGUI PERO SIGUE EN PIE (qué

coño), busca el *clinch* (métete esa cabeza en el culo, hijoputa), el combate entra en una fase de extraordinaria intensidad, el público se pone en pie, el árbitro decreta *break*, Lawyer respira con la boca abierta, ha sido un directo a la contra el que le ha tocado (pero qué gilipollas, Larry) de nuevo se agarran, Poreda castiga los costados, gancho de Lawyer que da de lleno, *uppercut* al vacío, Poreda sigue castigando los costados, cabeza con cabeza (pero qué hace este tío, ¿habla?) Poreda parece desenvolverse mejor en el cuerpo a cuerpo (cállate, hijoputa, cállate) el árbitro separa a los dos púgiles ¿HAS VISTO ESO, ÁRBITRO? cuando los separaban Poreda ha golpeado al contrario, Lawyer protesta ¿Y ESO QUÉ? ¡¡¡GUANTE ABIERTO!!! es difícil juzgar desde nuestra posición (el pulgar en el diafragma, lo conozco, hijoputa), parecía un golpe limpio, ahora Lawyer retrocede para coger aire, Poreda no insiste, va hacia el centro del ring, pone sus piernas en movimiento, es el Lawyer GONG de siempre, fin del asalto, un asalto que, en mi opinión personal, ambos púgiles fundamentalmente

—¿Todo bien, Larry?

—Vaya combate de mierda.

—Déjame ver la boca.

—Este combate es una mierda.

—De acuerdo, lo ganas y nos volvemos a casa.

—Ese tío se tira a la lona.

—Es su manera de descansar.

—¿Qué coño estás diciendo? No puede tirarse así como así, sin...

—No le importa un carajo, se tira, coge aire y mientras tanto tú te vas del combate, siempre hace lo mismo.

—Ni siquiera le he tocado el hígado.

—Se tira de maravilla, es su especialidad.

—Qué coño...

—Respira.

—Segue intentándolo, con la cabeza...

—Cállate, respira.

—Y habla, ese tío habla, ¿comprendes?

—Déjale que hable.

—No me gusta que hable.

—Respira.

—Dice que usted le pagó para que me ganara.

—¿QUIERES CALLARTE Y RESPIRAR?

—...

—Escucha, no desconectes, Larry, aunque veas que parece que está muerto, no desconectes...

—¿Es cierto lo que dice?

—¿El qué?

—¿Le ha pagado?

—MALDITA SEA MI ESTAMPA, ESTO ES UN COMBATE DE BOXEO, NO UN DEBATE, SIGUE CON LA CABEZA EN EL RING O ESE TÍO TE ROMPERÁ ESA JODIDA CARA DE SEÑORITO DE MIERDA...

GONG

—Eres el más fuerte, Larry. No lo estropees todo.

—Okay.

—Eres el más fuerte.

—¿De qué lado está, Maestro?

—Que te den por culo, Larry.

—... por culo.

Tercer asalto en el ring del Pontiac Hotel, Larry «Lawyer» Gorman contra Stanley «Hooker» Poreda, gran tensión, estamos ante un combate que vive inesperados, fulminantes torbellinos... la clase de Lawyer contra la experiencia y la potencia de Poreda... los que en la vigilia vaticinaban una comedia destinada tan sólo a llenar los bolsillos de los corredores de apuestas ahora tendrán que cambiar de opinión *NO DEJES QUE SE ACERQUE, LARRY* con dos púgiles formidables (sal de en medio, mierda) Poreda busca la distancia corta, obliga a Lawyer a un cuerpo a cuerpo (jódete), cabeza contra cabeza, ráfagas de golpes a los costados por parte de *NO BUSQUES CAMORRA, LARRY, SAL DE AHÍ* el árbitro decreta *break*, Poreda vuelve a la carga de inmediato, no deja respirar a Lawyer, evidentemente ha decidido no volver a dejarle ese espacio que *RAPIDEZ, LARRY, RÁPIDO YA* siguen los desordenados intercambios en el cuerpo a cuerpo (rápido, rápido, okay, rápido), el árbitro vuelve a decretar *break*, pero Poreda se aproxima decidido, la cabeza encajada entre los hombros, se sale con clase Lawyer, gira en torno al rival, cambia de ritmo, cambia de dirección, Poreda sigue buscando la distancia corta, *UN RAYO DE LAWYER*, un directo que ha roto la guardia de Poreda, *Y AHORA UN JAB, Y OTRO MÁS*, golpes rapidísimos, Lawyer golpea y luego vuelve a bailar alrededor (ahora, todo en un minuto, ahora) es su mejor boxeo, agilidad y velocidad, *SIGUE EMPLEANDO EL JAB, AMAGA CON EL GANCHO, POREDA ESQUIVA CON LA CINTURA, PERO LAWYER GOLPEA CON EL DIRECTO, POREDA TOCADO EN EL ROSTRO, TRANQUILO, LARRY, TRANQUILO, ME CAGO EN LA PUTA*, Larry parece una goma, adelante y atrás, ráfagas rapidísimas, Poreda parece no entender nada, espera contra las cuerdas y encaja, Lawyer es un espectáculo, practicando su mejor boxeo, *LARRY, LA VIRGEN, PÁRATE, ESTA VEZ. LAWYER SE LANZA DECIDIDO, POREDA REBOTA CONTRA LAS CUERDAS, COMBINACIÓN CON LAS DOS MANOS DE LAWYER,*

UPPERCUT DE POREDA QUE DA DE LLENO, LAWYER DURAMENTE TOCADO PERO INSISTE DE NUEVO, AHORA AL CUERPO, Y UN GANCHO DIRECTO, POREDA SE TAMBALEA, INTENTA SALIRSE, LAWYER LE CIERRA EL PASO, GANCHO, LAWYER VUELVE A DARLE (respira y cierra), LAWYER DA DOS PASOS HACIA ATRÁS, Poreda respira, todo el público en pie, Y AHORA *LÁRGATE, LARRY, LÁRGATE*, nervios a flor de LAWYER, COMO UN RELÁMPAGO, DIRECTO DE DERECHA Y GANCHO, UNA DESCARGA (al suelo, hijoputa) POREDA REBOTA CONTRA LAS CUERDAS (al suelo, me cago en la puta) SE DOBLA, LAWYER CON LAS DOS MANOS (que te den por culo, por culo, por culo) POREDA SE SALE POR UN LADO, GANCHO LARGO, LAWYER TOCADO (ya basta, por Dios) QUIEN RESPONDE. CON UN DIRECTO AL VACÍO (respirar, ¿cuánto hace que no respiro?) POREDA FLEXIONA LA CINTURA, SACA UN *UPPERCUT* QUE LLEGA CON CLARIDAD Y UN GANCHO DE DERECHA, LARRY RETROCEDE *!!!LARRY!!!* POREDA LO ACORRALA *!!!ARRIBA ESOS BRAZOS, LARRY!!!* (arriba esos brazos) POREDA LE METE DOS MANOS EN EL TORSO (respirar, tengo que respirar) *NO BAJES ESOS BRAZOS, ME GAGO EN DI* (¿cuánto falta?) GANCHO DE POREDA, AL AIRE, OTRO GANCHO (*uppercut*) *UPPERCUT* DE LAWYER AL AIRE (arriba esos brazos) *!!!MANTÉN ARRIBA ESOS BRAZOS, LARRY,!!!* DERECHAZO VIOLENTÍSIMO DE POREDA, LAWYER TOCADO, LAWYER A LA LONA () LAWYER A LA LONA, LAWYER A LA LONA (¿dónde está?) UN VIOLENTÍSIMO DERECHAZO DE POREDA HA ENVIADO A LARRY LAWYER GORMAN A LA LONA, ESTÁ EN EL SUELO DE ESPALDAS (luces, zumbido, luces, frío) LEVANTA LA CABEZA, EL ÁRBITRO GONZALES ESTÁ INCLINADO SOBRE ÉL PARA LA CUENTA RITUAL (náusea, sangre sobre los zapatos, zapatos del árbitro, ¿de dónde coño ha salido ese golpe?) TRES (tengo que sentarme, sentarme, luces, frío, caras que miran, caras enormes, náusea, Dios, qué cansancio, ¿cómo es que no lo he visto, pedazo de gilipollas?) CUATRO (me ha dado de lleno, me cago en la puta, mira las cuerdas y cuenta, tres, las veo, tres, okay, todas esas caras, una mujer que grita, no oigo su grito, mierda) CINCO (las piernas, las piernas están en su sitio las piernas, todo está en orden, ahora levántate, zumbido, ¿dónde está Mondini?, respira, oxígeno al cerebro, respira) SEIS (no siento la boca, mierda, ¿cuánto falta, Mondini?, las piernas están en su sitio, tengo que centrar la cabeza, mira a un punto fijo, para los ojos, ¿por qué te me acercas tanto, árbitro de mierda?, un diente de oro en su boca) SIETE (okay, tengo que esperar a que se centre la cabeza, zumbido y la vista que baila, tienen que ser las piernas las que piensen en sacarme de aquí, me sacarán de aquí, no hay problema, no siento la boca, Mondini, arriba y abajo sobre el rostro y bailar con las piernas, no hay problema) OCHO (pues claro que puedo seguir, sigo, árbitro de mierda, ¿cuánto falta, Mondini?, sigo, todo en

orden, ¿dónde está Poreda?, déjame ver la cara de Poreda, hijo-puta, ¿y yo, qué cara tengo?) *BOX*, quedan veintitrés segundos todavía para el final de este dramático tercer asalto, Poreda intenta llevar a Lawyer contra las cuerdas, Lawyer retrocede, trabaja con las piernas, utiliza el *jab* para mantener a distancia a Poreda, dieciocho segundos, *POREDA AVANZA*, Lawyer se sale por la izquierda, *PERO SE TAMBALEA*, *POREDA ESTÁ ENCIMA DE ÉL*, *GOLPEA CON LA DERECHA*, *DE LLENO*, *OTRA VEZ CON UNA DERECHA AL ROSTRO*, *LAWYER BUSCA AGARRARSE*, *PARECE AGOTADO*, *POREDA NO CEJA*, *BUSCA EL GOLPE DEFINITIVO*, *LAWYER INTENTA REACCIONAR*, *DERECHA IZQUIERDA*, *NO LLEGA AL ADVERSARIO*, *OTRA DERECHA*, *GOLPE BAJO*, *POREDA PROTESTA*, *EL ÁRBITRO DETIENE EL COMBATE*, *AMONESTACIÓN PARA LAWYER*, *CINCO SEGUNDOS*, *POREDA COMO UN TORBELLINO CONTRA LAWYER*, *ES UN CUERPO A CUERPO FURIBUNDO*,

GONG

Y ES LA CAMPANA LA QUE SALVA A LAWYER EN UNA SITUACIÓN nada cómoda, tras haber caído a la lona cuando

—Respira.

—...

—Siéntate y respira, venga.

—...

—Déjame que te vea, okay, mírame, está bien, a ver, esas sales, respira.

—...

—Me ha gustado ese detalle del golpe bajo... Poreda ya no es el de antes, tendría que haberse tirado a la lona y te habría jodido, él tampoco es el de antes.

—...

—Los brazos y las manos, ¿están bien?

—Sí.

—Respira.

—No lo he visto.

—Un gancho cerrado, no lo ves desde el principio.

—...

—Venga, el agua.

—Maestro...

—Enjuágate, no bebas, *NO BEBAS*, escupe, así.

—¿Qué tengo que hacer, Maestro?

—Así vas bien, y ahora respira, *RESPIRA*.

—¿Qué tengo que hacer?

—¿Cómo tienes la boca?

—No la noto.

—Mejor.

—No sé qué hacer ahí arriba, Maestro.

—YA BASTA CON ESAS SALES, ¿puedes respirar?

—Maestro...

—Okay, todo va bien.

—Maestro...

GONG

—Que te den por culo, Larry.

—¿Qué pasa, Maestro?

—Que te den por culo, Larry.

—Maestro...

Cuarto asalto en el ring del Pontiac Hotel, sube el griterío de los ocho mil presentes, Poreda y Lawyer se sitúan en el centro del ring, ambos tienen las caras profundamente señaladas, Lawyer con la boca ensangrentada, Poreda tiene un ojo casi cerrado, se mueven lentamente, ahora, se estudian de nuevo en el centro del ring (todo tan lejano todo va más lento, Poreda es más lento mis guantes rojos como si fueran de otro punzadas como flashes en las manos vram vram es el dolor lo que me mantiene despierto, hermosísimo dolor es una orgía vram puto Poreda, jódete, ni siquiera lo he notado ya no siento nada golpea si quieres no siento te dejo llegar hasta el fondo si quieres venir ven viejo hijoputa derecha derecha izquierda te da miedo la izquierda no ves mi gancho ya no tienes ojo ahí para ver ves con la sangre pulsando en la cabeza avanza no voy a ir a buscarte jódete no le he notado ya no sentiré nada más ya no hay nadie en el infierno ven al infierno vram bonita la esquina las cuerdas en la espalda olor de vram la puta vram vram baila las piernas como un dios vram hijoputa cabeza de piedra mis dedos no puedes verlo capullo ya no puedes verlo ven al infierno ahora) GANCHO DE DERECHA DE LAWYER, UN MAZAZO, INCREÍBLE, POREDA SE TAMBALEA HACIA ATRÁS, ESTÁ EN EL CENTRO DEL RING, NO LOGRA MANTENER LA GUARDIA ALTA, SE TAMBALEA, LAWYER SE ACERCA LENTAMENTE, POREDA DA UN PASO ATRÁS, LAWYER LE ESTÁ GRITANDO ALGO, SE ACERCA LAWYER, POREDA ESTÁ INMÓVIL, LAWYER, LAWYER, TODO EL PÚBLICO EN PIE

Gould vio girar el pasador de la cerradura y abrirse la puerta. Apareció un señor uniformado.

—Eh, chaval, ¿por qué no contestas?

—¿Cómo?

—He llamado, por los billetes, no contestabas, ¿qué haces?, ¿duermes en el retrete?

—No.

—¿Tienes billete?

—Sí.

—¿Va todo bien?

—Sí.

Quedándose sentado en la taza, Gould le tendió el billete.

—He llamado pero no contestabas.

—No pasa nada.

—¿Necesitas algo?

—No, no, va todo bien.

—¿Sabes?, a veces alguno la palma de un ataque, y tenemos que abrir, lo dice el reglamento.

—Claro.

—¿Qué haces, sales o no?

—Sí, ahora salgo.

—Cierro la puerta, ¿okay?

—Sí.

—La próxima vez contesta.

—Sí.

—Okay, buen viaje.

—Gracias.

El revisor cerró la puerta. Gould se levantó, se subió los pantalones. Se miró un instante en el espejo. Abrió la puerta, salió, y la puerta se cerró a sus espaldas. Había una señora, de pie, que estaba mirándolo. Él volvió a su sitio. El campo se deslizaba tras las ventanillas sin sorpresas. El tren corría.

El padre de Gould llegó por la tarde, cuando ya casi había oscurecido. Miró a su alrededor unos instantes.

—Está todo cambiado.

No iba de uniforme. Tenía, en su cara, algo de niño. La sonrisa, tal vez. Y llevaba zapatos de cordones, marrones, bastante elegantes. Era difícil imaginar que pudiera hacerse la guerra con zapatos de ese tipo. Parecían más apropiados para hacer la paz, algo parecido a una aburrida, comfortable paz.

Shatzy miró por las ventanas porque esperaba ver soldados, escoltas, o algo parecido. Pero no había nadie. Pensó que era extraño. Nunca se había imaginado *solo* a aquel hombre. Y ahora estaba allí. Solo. Ya ves tú.

El padre de Gould dijo que se llamaba Halley. Dijo que le gustaría que Shatzy le llamara simplemente Halley. Y no general.

Dijo que, para ser exactos, él no era exactamente un general.

—¿Ah, no?

—Es una larga historia. Usted llámeme Halley, ¿de acuerdo?

Shatzy dijo que estaba de acuerdo. Había preparado pizza, por lo que se pusieron a comer, en la mesa de la cocina, con la radio encendida, y todo lo demás. El padre de Gould dijo que la pizza estaba buena. Luego le preguntó por Gould.

—Se ha ido, general.

—¿Podría explicarme qué significa eso exactamente?

Shatzy se lo explicó. Dijo que Gould se había marchado, pero que no había ido a Couverney, había cogido un tren hacia un lugar que ella no conocía, y desde allí le había telefoneado.

—¿Le ha telefoneado?

—Sí, quería decirme que no regresaría, y...

—¿Podría decirme exactamente las palabras que utilizó?

—No sé, dijo solamente que no regresaría y que por favor no lo buscáramos, y lo dejáramos tranquilo, dijo eso exactamente, dejadme tranquilo, todo está bien, y luego me dijo voy a explicarte qué tienes que hacer con el dinero. Y me lo explicó.

—¿Qué dinero?

—Dinero, simplemente, dinero, me dijo si podía mandarle dinero, para las primeras semanas, que después ya se las apañaría.

—Dinero.

—Sí.

—¿Y usted no le dijo nada?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—No sé, creo que no, no le dije muchas cosas. Estaba escuchando. Estaba intentando saber por su voz si estaba..., no sé, intentaba saber si tenía miedo o algo por el estilo, si tenía miedo o..., o si estaba tranquilo. ¿Comprende?

—...

—Creo que estaba tranquilo. Recuerdo que pensé que tenía una voz calmada, y que incluso parecía contento, eso es, ahora puede que le parezca extraño, pero era la voz de un chico contento.

—¿No le dijo dónde estaba?

—No.

—Y usted no se lo preguntó, ¿verdad?

—No, creo que no.

—Seguro que habrá alguna forma de localizar la procedencia comprobando los registros de llamadas. No será difícil.

—No se atreva a hacerlo, general.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Si quiere usted a Gould, no lo haga.

—Señorita, estamos hablando de un crío, no puede ir por el mundo de ese modo, sin nadie, es *peligroso* ir por el mundo, de ninguna manera permitiré que...

—Sé que es peligroso pero...

—Es solo un crío...

—Sí, pero *no tiene miedo*, eso es lo importante, no tiene miedo, estoy segura de ello. Y por tanto no debemos tenerlo nosotros. Creo que es una cuestión de coraje, ¿me comprende?

—No.

—Creo que deberíamos tener el coraje de dejar que se marche.

—¿Lo dice en serio?

—Sí.

Lo decía en serio. Estaba convencida de que Gould estaba haciendo exactamente lo que había decidido hacer, y cuando es así no hay elección, lo único que puedes hacer si eres de los que están por en medio es no molestar, sólo eso, molestar lo menos posible.

El padre de Gould dijo que estaba loca.

Entonces Shatzy dijo

—Eso no tiene nada que ver.

y después le explicó lo de los ríos, la historia aquella de que si un río ha de llegar al mar lo hace a base de girar a derecha e izquierda, cuando sin lugar a dudas sería más rápido, más *práctico*, ir directamente hasta su meta en lugar de complicarse la vida con todas esas curvas, logrando tan sólo alargar el camino tres veces —tres coma catorce veces, para ser exactos —tal y como han verificado los científicos con

una precisión científica y bella.

—Es como si se vieran *obligados* a girar, ¿comprende?, parece algo absurdo, si lo piensa no puede evitar tomarlo como algo absurdo, pero el hecho es que *deben* avanzar de esa manera, trazando una curva tras otra, y no es una manera absurda ni lógica, no es correcto o erróneo, es su manera, simplemente, su manera, y ya está.

El padre de Gould se estuvo un rato callado, pensando. Luego dijo:

—¿Dónde ha dicho que tenía que enviarle el dinero?

—No se lo diré ni aunque me ate a una cabeza nuclear y me lance sobre una isla japonesa.

Entonces ya no hablaron más durante un rato. Shatzy se puso a retirar las cosas de la mesa, mientras el padre de Gould se paseaba arriba y abajo, parándose de vez en cuando ante las ventanas, y echando un vistazo al exterior. En un momento dado subió al primer piso. Shatzy oía sus pasos sobre el techo. Lo imaginó mirando el cuarto de Gould, tocando sus objetos, abriendo los armarios, cogiendo las fotografías, cosas por el estilo. En otro momento lo oyó entrar en el lavabo. Oyó también el estruendo de la cisterna y por ello se acordó de Larry «Lawyer» Gorman, y se dio cuenta de que lo añoraba, y de cuánto lo añoraba. El padre de Gould volvió abajo. Fue a sentarse al sofá. Tenía uno de los zapatos marrones desabrochado, pero o no se había dado cuenta o no le importaba un comino.

Shatzy apagó la luz de la cocina. Dejó la radio encendida, pero apagó la luz, y fue a sentarse en el suelo, apoyando la espalda en el sofá. El otro sofá, el verde. El padre de Gould estaba sentado en el azul. En la radio daban la información sobre el tráfico. Había ocurrido un accidente en la autopista. Ningún muerto, por lo visto. Pero tampoco podía asegurarse.

—Mi esposa era una mujer muy hermosa, ¿lo sabía, señorita? Cuando me casé con ella era verdaderamente hermosa. Y era *divertida*. Nunca se estaba quieta ni un instante, y le gustaba todo, era de esas personas que encuentran sentido incluso a las chorradas más insignificantes, esperan algo incluso de esas cosas, tenía confianza en la vida, ¿comprende?, ella era así. Cuando me casé con ella no la conocía muy bien, nos habíamos conocido tres meses antes, no más, hacer algo así no era mi estilo, pero ella me pidió que nos casáramos y yo lo hice, y pienso que es lo mejor que he hecho en toda mi vida, en serio. Éramos muy felices, le ruego que me crea. Y también el niño, cuando ella descubrió que esperaba un hijo, no me dio por asustarme, fue algo alegre, simplemente, pensamos los dos que sería bonito, que era lo justo. Cambiábamos de ciudad cada año, así es el ejército, te lleva de un lado a otro, y ella venía conmigo, y fuéramos a donde fuéramos ella parecía haber nacido allí, parecía su ciudad. Conseguía hacer amistades en todas partes. Cuando Gould llegó, estábamos en la base de Almenderas. Radar y reconocimiento, cosas de ese tipo. Y llegó Gould. Yo trabajaba mucho, lo que consigo recordar es que ella parecía feliz,

recuerdo que reíamos, y era como antes, era una vida hermosa. No sé cuándo empezó todo a complicarse. Verá, Gould nunca fue un niño sencillo, me explico, no era un niño normal, eso en el caso de que existan niños normales, era un niño que no parecía un niño, por decirlo de algún modo. Parecía una persona mayor. Que yo recuerde, no hacíamos nada especial con él, lo tratábamos según iban saliendo las cosas, no pensábamos que hubiera que hacer nada especial por él. Quizá nos equivocamos. Cuando fue al colegio, surgió toda esa historia del genio. Le hicieron tests, pruebas científicas, y al final nos dijeron que de todo aquello se desprendía que el niño era un genio. Utilizaron precisamente esa palabra. Genio. Resultó que su cerebro estaba en los márgenes altos de la banda delta. ¿Sabe qué quiero decir?

—No.

—Son los parámetros de Stocken.

—Ah.

—Un genio. Yo no estaba ni contento ni triste, y mi mujer lo mismo, no sabía qué pensar, para nosotros daba igual, ¿comprende? Ruth. Mi mujer se llama Ruth. Empezó a encontrarse mal cuando estábamos en Topeka. Caía como en momentos de vacío, no recordaba ya quién era, y luego volvía a la normalidad, pero era como si hubiera hecho algo terriblemente fatigoso, se quedaba, por decirlo así, agotada. Es tan raro lo que puede ocurrir en el interior del cerebro. En el suyo, las cosas acabaron patas arriba. Se veía que intentaba recuperar las fuerzas, y el interés por la vida incluso, pero cada vez tenía que empezar desde el principio, no resultaba fácil, parecía que tuviera que recomponer las piezas de algo que se había hecho añicos. Dijeron que era fatiga, sólo una cuestión de fatiga, después, a partir de cierto momento, empezaron a hacerle una serie de pruebas. Recuerdo que en ese momento ya no éramos felices. Nos amábamos todavía, nos amábamos muchísimo, pero resultaba difícil con aquel dolor suyo por en medio, todo era un poco distinto. En aquel período, Gould y ella estaban muy unidos. Yo no estaba seguro de que para Gould fuera lo más idóneo, y ahora, cuando lo pienso, comprendo que estar con aquel niño tampoco era el mejor tratamiento para ella. Era un niño que le complicaba a uno la cabeza. Y ella no necesitaba complicarse la cabeza. Pero parecía que estaban bien juntos. ¿Sabe?, la gente a menudo tiene miedo de personas como Ruth, no se queda de buena gana con quien tiene, digamos, problemas mentales, problemas de verdad, quiero decir. En cambio, Gould no tenía miedo. Se entendían, se reían, se montaban sus historias. Parecía un juego, pero no sé, no creo que aquello fuera bueno, ni para Ruth, ni para él. Se diría que no, tal y como acabaron las cosas. A partir de un determinado momento, Ruth empezó a empeorar de forma muy rápida y en un momento dado me dijeron que era necesario que cortara con todo, y por muy desagradable que fuese, era necesario hacerse a la idea de que necesitaba una clínica, y cuidados constantes, ya no era capaz de vivir en un sitio normal. Fue un golpe muy

duro. ¿Sabe?, he trabajado siempre en el ejército, no he sido entrenado para comprender, allí aprendes a llevar a cabo las misiones, no a comprender. Hice lo que me decían. La llevé a una clínica. Trabajaba mucho, pero en cuanto tenía tiempo iba a su lado. Estaba allí, quería que ella siguiera estando conmigo, y yo con ella. Por la noche, cuando regresaba a esta casa, muchas veces era demasiado tarde para encontrar a Gould todavía despierto. Me acuerdo de que le escribía notitas. Pero nunca sabía muy bien qué escribirle. De vez en cuando, me esforzaba para llegar un poco más temprano, y entonces jugábamos a lo que fuera, Gould y yo, o escuchábamos los combates de boxeo por la radio, porque nunca tuvimos televisión, Ruth la odiaba, y a mí me apasionaba el boxeo, incluso disputé alguna pelea, cuando era joven, siempre me gustó. En fin, que nos quedábamos allí, escuchando. Hablar, hablábamos poco. ¿Sabe?, no es algo que pueda improvisarse eso de hablar con tu hijo. O has empezado desde el principio, o es un embrollo, créame. En mi caso, se trataba indudablemente de un embrollo. Al final, todo se fue al carajo, definitivamente, cuando el ejército me trasladó a Port Larenque. A miles de kilómetros de aquí. Me lo pensé un tiempo, y al final tomé una decisión. Sé que puede parecerle absurdo, e incluso malvado, pero decidí que quería estar con Ruth, quería mi vida con ella otra vez, hermosa como era al principio, y habría hecho cualquier cosa para que así fuera. Encontré una clínica no muy lejos de la base militar y llevé a Ruth conmigo. Pero a Gould lo dejé aquí. Estaba seguro de que era mejor dejarlo aquí. Sé que usted me juzgará mal, pero no necesito justificarme ni dar explicaciones. Sólo quiero decir que Gould es un mundo, ese niño es un mundo, y Ruth y yo, otro. Y pensé que tenía derecho a vivir en *mi* mundo. Así fueron las cosas. Acertadas o equivocadas, así fueron. Siempre me he preocupado de que a Gould no le faltara de nada, y de que pudiera crecer estudiando, porque ése era su camino. Intenté cumplir con mi deber. Lo que quedaba de mi deber. Y siempre me pareció que la cosa funcionaba. Parece que me equivoqué. Sin embargo, Ruth está mejor, la dejan salir durante largas temporadas, vuelve a casa y a veces parece ser la de antes. Reímos y la gente se atreve a estar con nosotros, ya no tiene demasiado miedo. Ella, de vez en cuando, está muy hermosa. Un día, cuando parecía completamente repuesta, tranquila, le pregunté si no le apetecería ver a Gould, que podíamos hacer que pasara unos días con nosotros. Ella me contestó que no. No hemos vuelto a hablar del tema nunca más.

En ese momento, fue como si de repente alguien le apagara la voz. Alguien se la había encendido, y ahora había decidido apagarla. Dijo

—Perdone

pero en realidad no se oyó nada. Shatzy comprendió que había dicho

—Perdone

pero, quién sabe, no podría asegurarse.

Se había hecho tarde, entre una cosa y otra, y Shatzy se preguntó qué más tenía que ocurrir. Intentó acordarse de si tenía algo que decir. O que hacer. Todo era un poco complicado, con aquel hombre que permanecía inmóvil, sentado en el sofá, mirándose fijamente las manos y tragando saliva con dificultad. Se le pasó por la cabeza preguntarle sobre esa historia de que era general pero no lo era completamente, en fin, ese asunto. Después pensó que no era buena idea. Se acordó también de que sería mejor afrontar el tema del dinero. Era necesario que, de alguna manera, ese dinero llegara hasta Gould. Estaba pensando desde qué lado afrontar esa cuestión cuando oyó al padre de Gould decir

—¿Cómo es ahora Gould?

Lo había dicho con una voz que parecía nueva, parecía que se la hubieran devuelto en aquel momento, lavada y planchada. Como si la hubiera llevado a la tintorería.

—¿Cómo es ahora Gould?

—Ha crecido.

—Aparte de eso, quiero decir.

—Ha crecido bien, creo.

—¿Ríe alguna vez?

—Pues claro que ríe, ¿por qué?

—No sé. No reía demasiado, en aquel tiempo.

—Nos hemos reído a carcajadas, si es eso lo que le preocupa.

—Bien.

—Hasta reventar, de verdad.

—Bien.

—Tiene unas manos como las tuyas.

—¿Sí?

—Sí, tiene unos dedos iguales.

—Resulta gracioso.

—¿Por qué?, es su hijo, ¿no?

—Sí, naturalmente, quería decir que es gracioso que exista en algún lugar del mundo un chico que lleve por ahí tus manos, manos como las tuyas. Es algo raro. ¿A usted le gustaría?

—Sí.

—Ya le llegará, cuando tenga hijos.

—Ya.

—Usted tendría que hacer hijos, en lugar de *westerns*.

—¿Usted cree?

—O, por lo menos, hijos y *westerns* al mismo tiempo.

—Podría ser buena idea.

—Piénselo.
—Lo haré.
—¿Tiene amigos?
—¿Yo?
—No, me refería... a Gould.
—¿Gould? Bueno...
—Sentiría la necesidad de tener amigos.
—Bueno..., tiene a Diesel y Poomerang.
—Me refiero a amigos reales.
—Ellos lo quieren mucho, de verdad.
—Sí, pero no son reales, señorita.
—¿Es diferente?
—Claro que es diferente.
—A mí me caen muy bien.
—También lo decía Ruth.
—¿Lo ve?
—Sí, pero no *existen*, señorita. Los ha inventado él.
—De acuerdo, pero...
—No es normal, ¿no cree?
—Es un poco raro, pero no hay ningún mal en ello, a él le sienta bien.
—¿A usted no le parecen horrorosos?
—¿A mí? No.
—¿A usted no le parece horroroso que un niño vaya siempre por ahí con dos amigos que no existen?
—No, ¿por qué?
—A mí me da miedo, recuerdo que era una de las cosas de Gould que me daban miedo. Diesel y Poomerang. Me daban miedo.
—¿Bromea?, no le harían daño ni a una mosca, y son la mar de divertidos. Le juro que los echo de menos, aparte de a Gould, claro, pero me sentía mejor cuando esos dos estaban también por aquí.
—¿Quiere decir que también han desaparecido el gigante y el mudo?
—Sí, se han marchado con él.
El padre de Gould se puso a reír suavemente, moviendo la cabeza.
Dijo
—Es de locos.
Y luego volvió a repetirlo
—Es de locos.
—No se preocupe, general, Gould se las apañará.
—Eso espero.

—Hay que confiar en él.

—Claro.

—Se las apañará. Ese chico es fuerte. No lo parece, pero es fuerte.

—¿Usted lo cree de verdad?

—Sí.

—Tiene un montón de recursos, un montón de talento, existe el peligro de que lo mande todo al garete.

—Simplemente está haciendo lo que quiere hacer. Y no es un imbécil.

—Siempre le gustó estudiar, en Couverney le pagaban por hacerlo, no había ningún motivo para escaparse. ¿No le parece un poco raro desaparecer precisamente ahora?

—No sé.

—¿Es posible que no le haya dado explicaciones por teléfono?

—No me ha explicado muchas cosas.

—Pero algo le habrá dicho.

—Lo del dinero.

—¿Y nada más?

—No sé, tampoco se oía muy bien.

—¿Era una cabina, por la calle?

—En cierto momento me dijo algo sobre que había dado una patada a una pelota.

—Fantástico.

—Pero no lo entendí muy bien.

—¿No lo entendió muy bien?

—No.

El padre de Gould se echó de nuevo a reír, moviendo la cabeza. Pero sin decir

—Es de locos.

Esta vez dijo

—No me ayudará a buscarlo, ¿verdad?

—Usted no lo buscará, general.

—¿No?

—No.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Antes no estaba muy segura, ahora lo sé.

—¿En serio?

—Sí, ahora que lo he visto, estoy segura.

—...

—Usted no lo buscará.

El padre de Gould se levantó, y se puso a dar vueltas por la habitación. Se acercó al televisor. Parecía de madera, pero quién sabe, pudiera ser perfectamente un plástico

que pareciera madera.

—¿Lo habéis comprado?

—No, lo robó Poomerang a un japonés.

—Ah.

El padre de Gould cogió el mando a distancia y lo encendió. No pasó nada. Intentó pulsar un rato las teclas, pero siguió sin pasar nada.

—¿Puede decirme una cosa, con sinceridad, señorita?

—¿Qué?

—¿No le ha dado nunca un poco de miedo vivir junto a un niño como Gould?

—Sólo una vez.

—¿Cuándo?

—Cuando se puso a hablarme de su madre. Dijo que su madre se había vuelto loca, y se puso a contar toda la historia. No era lo que decía, era sobre todo *la voz* lo que daba miedo. Parecía la voz de un viejo. De alguien que lo sabía todo desde siempre, y que sabía también cómo acabarían las cosas. Un viejo.

—...

—Necesitaba a alguien que lo ayudara a ser pequeño.

—...

—No creía que se pudiera ser pequeño en la vida real sin que alguien se aprovechara de él o lo asesinara, o algo por el estilo.

—...

—Pensaba que era una suerte ser un genio porque era una manera de salvar la vida.

—...

—Una manera de no parecer un niño.

—...

—No sé. Creo que ése era su sueño: ser un niño.

—...

—O sea: creo que *es* su sueño. Creo que ahora que ya es mayor, podrá finalmente ser pequeño, para toda la vida.

Luego siguieron hasta las tantas, hablando de guerras y de *westerns*, o quedándose callados, mientras la radio seguía encendida y emitiendo toda clase de música. Al final, el padre de Gould dijo que le gustaría dormir allí, si a ella no le molestaba. Shatzy dijo que podía hacer lo que quisiera, que aquélla era su casa, y que además no le molestaba, es más, estaría contenta si se quedaba. Le dijo que podía prepararle la cama de la habitación de Gould, pero él hizo un gesto vago en el aire y dijo que no, que prefería dormir en el sofá, que no había problema, que en el sofá estaría muy bien.

—No es muy cómodo.

—Estaré perfectamente, créame.

Así que durmió en el sofá. El azul. Shatzy durmió en su habitación. Primero se quedó sentada en la cama, con la luz encendida, durante un buen rato. Luego se fue a dormir definitivamente.

A la mañana siguiente, se pusieron de acuerdo en el tema del dinero. Después el padre de Gould le preguntó a Shatzy qué pensaba hacer. Se refería a si quería seguir allí o si tenía otros planes.

—No sé, creo que me quedaré aquí todavía un tiempo.

—Estaría más tranquilo si así lo hiciera.

—Sí.

—Si por casualidad a Gould se le ocurriera volver, sería mejor que encontrara a alguien aquí.

—Sí.

—Puede llamarme cuando quiera.

—De acuerdo.

—Yo la llamaré.

—Vale.

—Y si se le ocurre alguna buena idea, dígamelo enseguida, ¿de acuerdo?

—Claro.

Luego el padre de Gould le dijo que era una chica estupenda. Y le dio las gracias por ser una chica estupenda. Dijo también otras cosas. Y al final le preguntó si podía hacer algo por ella.

Shatzy no dijo nada al principio. Pero luego, cuando él ya estaba casi en la puerta, dijo que, en efecto, había algo que podía hacer por ella. Le preguntó si algún día podría llevarla a conocer a Ruth. No explicó por qué, sólo dijo eso.

—¿Me llevará un día a conocer a Ruth?

El padre de Gould permaneció un instante en silencio. Luego dijo que sí.

Sobre el manto de la pradera el viento inclina paisaje y almas hacia el oeste, encorvando Closingtown como un viejo juez cansado, que regresa de la enésima condena a muerte. Música.

La música era la de siempre, la que hacía Shatzy con la boca.

Noche en el exterior. En el salón de las hermanas Dolphin, ellas dos y el forastero, aquel al que recibieron a tiros, cuando entró en el pueblo.

Objetivamente, el asunto era un poco raro, pero, si se lo decías, Shatzy se encogía de hombros y continuaba.

El forastero se llamaba Phil Wittacher. Con acento sobre la i. Wittacher.

Phil Wittacher no era un hombre que se trasladase de buena gana. Digamos que se trasladaba sólo si le pagaban mucho dinero, y por anticipado. De Closingtown había recibido una carta extremadamente cortés: y mil dólares por la molestia de leerla. Era un buen punto de partida. La carta decía que si quería otros nueve mil dólares debía presentarse en la única casa roja del pueblo.

La única casa roja de Closingtown era la de las hermanas Dolphin.

—¿Por qué yo? —pregunta el forastero.

—Si consideramos nuestro problema, usted parece, desde cualquier punto de vista, la persona más idónea para resolverlo, mister Wittacher —dice Julie Dolphin.

—Necesitamos al mejor y tú lo eres, muchacho —dice Melissa Dolphin.

Eran idénticas, pero no eran idénticas, decía Shatzy. Con los gemelos, suele ocurrir: físicamente, son como dos gotas de agua, pero en el fondo son como un alma partida en dos, con toda la blancura en una parte, y la negrura en la otra. Julie era el blanco. Melissa, el negro. Era difícil imaginarse a la una sin la otra.

Es probable que la una sin la otra ni siquiera existieran, decía Shatzy.

Un curioso paisaje pintado de azul en el dorso de la taza que Julie Dolphin se lleva a los labios. Infusión de hierba luisa.

—No se le habrá escapado que este pueblo simula una normalidad completamente aparente: aquí cada día ocurre algo que, eufemísticamente, podría definirse como *molesto*.

—Los pueblos del Oeste son todos iguales, miss.

—Chorradas —dice Melissa Dolphin.

El forastero sonrío.

—Me parece que no la entiendo.

—Ya me entenderá. Pero me temo que por su parte habrá de tener la amabilidad de escuchar algunas historias. ¿Podemos pedirle que vuelva usted mañana, a la caída del sol? Será un placer para nosotras contárselas.

Phil Wittacher no era un hombre al que le gustara dilatar las cosas. Si había que

hacer un trabajo, prefería hacerlo rápido.

Julie Dolphin deja sobre la mesa un fajo de billetes que parecen planchados.

—Confiamos en que éstos puedan ayudarle a examinar la incómoda eventualidad de quedarse en el pueblo el tiempo necesario para comprender el problema, mister Wittacher.

Dos mil dólares.

El forastero se agacha un poco, coge el dinero y lo hace desaparecer en un bolsillo.

Se levanta. Hay un maletín de cuero rígido, como una especie de funda de violín, apoyado en la silla. Phil Wittacher no se separa nunca de él.

—Teniendo en cuenta lo que le pagamos, podríamos echar una ojeada, ¿no? —dice Melissa Dolphin.

—Mi hermana quiere decir que nos tranquilizaría ver sus..., cómo decirlo, sus herramientas de trabajo. Sólo por curiosidad, ¿sabe?, nosotras, de algún modo, también somos expertas, valga la inmodestia.

El forastero sonrío.

Coge el maletín, lo coloca sobre una silla, y lo abre.

Metal reluciente, engrasado y exacto. Nácar e incrustaciones.

Las dos hermanas se agachan para contemplarlo.

—Válgame Dios.

—Son verdaderas joyas, si se me permite la expresión.

—¿Funcionan?

El forastero asiente.

—Naturalmente.

Melissa Dolphin mira al forastero.

—Pues, entonces, ¿por qué están parados?

Phil Wittacher enarca levemente la ceja.

—¿Cómo dice?

—Mi hermana se pregunta cuál es el motivo de que estos espléndidos relojes suyos estén parados ya que usted asegura que funcionan.

El forastero se acerca al maletín, se agacha para ver. Observa bien las tres esferas, una a una. Luego se incorpora de nuevo.

—Están parados —dice.

—Ya.

—Miss Dolphin, le aseguro que eso es imposible.

—No aquí, no en este pueblo —dice Julie Dolphin, luego cierra el maletín y se lo entrega al forastero.

Como le decía, sería extremadamente útil que tuviera la amabilidad de escuchar lo que tenemos que contarle.

Phil Wittacher coge el maletín, se pone el guardapolvo, recobra el sombrero y va hacia la puerta. Antes de abrirla, se da la vuelta, saca su reloj de bolsillo, le echa una ojeada, lo coloca de nuevo en su sitio y levanta la vista hacia las hermanas Dolphin, con la cara levemente pálida.

—Perdonen, ¿podrían decirme qué hora es?

El tono es el de un náufrago que pregunta cuánta agua ha quedado para beber.

—¿Podrían decirme qué hora es?

Julie Dolphin sonrío.

—Pues claro que no. Hace treinta y cuatro años, dos meses y once días que en Clostingtown nadie sabe ya qué hora es, mister Wittacher.

En ese punto empezaba a reír. Shatzy. Se echaba a reír. Se veía que esta historia le gustaba horrores, se divertía contándola, podría estar haciéndolo toda la vida. Le transmitía alegría, eso es.

—Hasta mañana, mister Wittacher.

Sin pistolas —sobre el corazón, en el bolsillo, tarjetas que dicen

Wittacher e Hijo

*Construcción y reparación de relojes y cronómetros.
Medalla del Senado en la Exposición Universal de Chicago.*

Maletín en mano, caminando en el viento hasta el final del pueblo, una casa roja, casa Dolphin —tres escalones, la puerta, Julie Dolphin, el salón, olor a madera y verduras, dos rifles colgados sobre la estufa, Melissa Dolphin, polvo que cruje bajo los zapatos, en todas partes, un pueblo extraño, polvo por todas partes, lluvia nunca, un pueblo extraño, Buenas tardes, mister Wittacher.

Buenas tardes.

Durante cinco días —cada tarde, con el crepúsculo— Phil Wittacher acudió a casa de las hermanas Dolphin, para escuchar. Le explicaron la historia de Pat Cobhan, que se había suicidado en un duelo, en Stonewall, por amor a una puta, y la historia del *sheriff* Wister, que había partido de Closingtown como inocente y había regresado como culpable. Le preguntaron si había conocido a un viejo casi ciego con pistolas brillantes al cinto. No. Ya lo conocerá. Se llama Bird. Ésta es su historia. Y le hablaron del viejo Wallace, y de sus riquezas. Le hablaron de los Christianson, toda aquella historia de amor, desde el principio hasta el final. El quinto día todavía le hablaron de Bill y Mary. Luego dijeron

—Ya es suficiente.

Phil Wittacher apaga su cigarro en un platito azul de cristal.

—Hermosas historias —dice.

—Depende —dice Melissa Dolphin.

—Nosotras nos inclinamos más bien a considerarlas historias horribles —dice Julie Dolphin.

Phil Wittacher se levanta, se acerca a la ventana, mira hacia la oscuridad del exterior. Dice

—Muy bien, ¿cuál es el problema?

—No es tan fácil explicarlo. Pero si alguien puede entenderlo es usted.

Le preguntan si se ha dado cuenta de que todas esas historias tienen algo en común.

Wittacher piensa.

La muerte, dice.

Otra cosa, dicen.

Wittacher piensa.

El viento, dice.

Exacto.

El viento.

Wittacher se calla.

Ve a Pat Cobhan bajando del caballo, después de días de viaje, recoge un puñado de polvo, lentamente deja que vuele entre sus dedos y piensa: nada de viento, aquí. Y allí finalmente se concede la muerte.

No había viento donde el *sheriff* Wister se rindió a Bear. Desierto, sol. Nada de viento.

Wittacher piensa.

Hace seis días que está en ese pueblo, y el viento no ha dejado ni un instante de soplar, con cólera. Polvo por todas partes.

—¿Por qué? —pregunta Phil Wittacher.

—El viento es la maldición —dice Melissa Dolphin.

—El viento es una herida del tiempo —dice Julie Dolphin—. Eso es lo que piensan los indios, ¿lo sabía? Ellos dicen que cuando el viento se levanta significa que se ha arrebatado el gran manto del tiempo. Entonces todos los hombres pierden su propio rastro, y mientras sople el viento no volverán a encontrarlo. Permanecerán sin destino, perdidos en una tempestad de polvo. Los indios dicen que sólo algunos hombres conocen el arte de arrebatarse el tiempo. Los temen, y les llaman «asesinos del tiempo». Uno de ellos arrebató el tiempo de Closingtown: sucedió hace treinta y cuatro años, dos meses y dieciséis días. Ese día, mister Wittacher, todos nosotros perdimos nuestro destino entre un viento que se levantó de repente, sobre el cielo de la ciudad, y que nunca ha cesado desde entonces.

Había que oír a Shatzy explicando esa historia. Decía que había que imaginarse Closingtown como si fuera un hombre que se asomara por la ventanilla de una diligencia, con todo el viento en la cara. La diligencia era el Mundo, haciendo su hermoso viaje por el Tiempo: iba hacia delante, consumiendo días y kilómetros, y si te quedabas en el interior, bien resguardado, no notabas siquiera el aire y la velocidad. Pero si por alguna razón te asomabas por la ventanilla, zas, acababas en otro Tiempo, y entonces todo era polvo y viento hasta que perdías el sentido. Decía exactamente «perder el sentido»: y en ese lugar no es una expresión como otra. Decía que Closingtown era una ciudad asomándose por la ventanilla del Mundo, con el Tiempo dándole en la cara, y el polvo metiéndose en los ojos para liarlo todo en la cabeza. Era una imagen que no resultaba fácil de comprender, pero que gustaba mucho a todo el mundo, corría por todo el hospital, creo que todos reconocían en la misma una historia que les sonaba vagamente, o algo por el estilo. El mismo profesor Parmentier, en cierta ocasión, me dijo que, si me servía de ayuda, podía imaginarme que lo que pasaba en mi cabeza era algo no muy distinto a lo de Closingtown. Ocurre

que hay algo que arrebató el Tiempo, me dijo, y ya no se es puntual con nada. Es como si siempre se estuviera en otro sitio. Un poco antes o un poco después. Tienes un montón de citas, con las emociones, o con las cosas, y siempre estás persiguiéndolas o llegando estúpidamente antes de tiempo. Decía que, posiblemente, ésa era mi dolencia. Julie Dolphin la llamaba perder el propio destino. Pero eso era en el Oeste: allí podían decirse ciertas cosas. Ella las decía:

—Hace treinta y cuatro años, dos meses y dieciséis días, mister Wittacher, todos nosotros perdimos nuestro destino entre un viento que se levantó de repente, sobre el cielo de la ciudad, y que nunca ha cesado desde entonces. Pat Cobhan era joven y los jóvenes no saben vivir sin destino. Montó a caballo y no se detuvo hasta llegar a la tierra donde el suyo estaba esperándolo. Bear era un indio: él sabía. Llevó al *sheriff* Wister lejos, hasta las fronteras del viento, y allí lo entregó al destino que se merecía. Bird es un viejo que no quiere morir. Blasfema, pero permanece agazapado en este viento donde su destino de pistolero no lo encontrará nunca. Ésta es una ciudad a la que alguien arrebató su tiempo, y su destino. Quería usted una explicación: ¿le basta con ésta?

Phil Wittacher piensa.

Esto es una locura, dice.

Menos de lo que piensa.

Son leyendas, dice.

No digas chorradas, chico.

Es viento, nada más, dice.

¿Usted cree?

Decía Shatzy que entonces le hicieron abrir su maletín. Allí dentro tenía todo su instrumental y sus tres relojes, hermosos y perfectos: inexorablemente parados.

—¿Y esto cómo se lo explica, mister Wittacher?

—A lo mejor es la humedad.

—¿La humedad?

—Quiero decir que aquí, en este pueblo, hay un clima muy seco, es horriblemente seco, supongo que es por el viento o...

—¿El viento?

—Es posible.

—Es viento, nada más, mister Wittacher, ¿desde cuándo el viento para los relojes?

Phil Wittacher sonríe.

—No me líen: una cosa es parar los relojes, y otra detener el tiempo.

Julie Dolphin se levanta —incluso se levanta—, se acerca al forastero, muy, pero que muy cerca, y lo mira a los ojos, fijamente a los ojos.

—Le ruego que me crea: aquí, en Closingtown, son lo mismo.

—¿En qué sentido, miss?

¿En qué sentido, Shatzy?, le preguntábamos. De vez en cuando éramos cinco o seis las que escuchábamos sus historias. Para ser exactos, me las contaba a mí, pero no me molestaba si las escuchaban las otras también. Venían a mi habitación, la llenaban del todo, alguna traía pasteles. Y escuchábamos.

¿En qué sentido, Shatzy?

Mañana, decía ella. Mañana.

¿Por qué?

He dicho que mañana, y eso significa que mañana.

¿Mañana?

Mañana.

La primera vez que vi a Shatzy yo estaba abajo, en la sala de lectura. Vino a sentarse cerca de mí y dijo

—¿Todo en orden?

No sé por qué, pero pensé que era Jessica, una de esas chicas de la universidad que vienen aquí para hacer prácticas. Recordaba que tenía problemas con una abuela, una abuela gravemente enferma o algo así. Por eso le pregunté por su abuela. Ella me contestó y estuvimos un buen rato charlando. Sólo después, al mirarla bien, me di cuenta de que no era Jessica. No lo era, evidentemente.

—¿Quién eres?

—Me llamo Shatzy. Shatzy Shell.

—¿Nos conocemos de antes?

—No.

—Pues, entonces, hola, me llamo Ruth.

—Hola.

—¿Vienes a hacer prácticas?

—No.

—¿Eres enfermera?

—No.

—Pues ¿a qué te dedicas?

Ella se quedó pensando. Luego dijo

—Al *western*.

—¿Al *western*?

No estaba muy segura de recordar lo que eran.

—Sí, *western*.

Tenía que ser algo relacionado con las pistolas.

—¿Y cuántos haces?

—Uno.

—¿Es bonito?

—A mí me gusta.

—¿Me lo enseñas?

Fue exactamente así como empezó esa historia. Por casualidad.

Phil Wittacher sonríe.

—No me líen: una cosa es parar los relojes, y otra detener el tiempo.

Julie Dolphin se levanta —incluso se levanta—, se acerca al forastero, muy, pero que muy cerca, y lo mira a los ojos, fijamente a los ojos.

—Le ruego que me crea: aquí, en Closingtown, son lo mismo.

—¿En qué sentido, miss?

Entonces Julie Dolphin se lo explicó.

Lo crea o no, hace treinta y cuatro años, dos meses y dieciséis días alguien arrebató el tiempo de Closingtown. Se levantó un viento terrible y de golpe se detuvieron todos los relojes del pueblo. No hubo forma de hacer que volvieran a funcionar. Había uno, enorme, que nuestro hermano había hecho construir sobre una torre de madera, justo en el centro de Main Street, bajo el depósito de agua. Estaba muy orgulloso, e iba él, en persona, a darle cuerda cada día. No había ninguno que fuera tan grande en todo el Oeste. Lo llamaban «el Viejo», porque iba lentamente, y parecía sabio. Se paró ese día y nunca más volvió a funcionar. Tenía las agujas clavadas sobre las doce y treinta y siete, y en ese estado parecía un ojo ciego que no dejaba nunca de mirarte. Al final decidieron recubrirlo con unos tablones. Al menos dejaba ya de espiar a todo el mundo. Ahora parece un depósito, más pequeño, debajo del grande. Pero allí dentro sigue estando él. Parado. Si piensa usted que se trata sólo de leyendas, escuche ésta. Hace once años llegaron los del ferrocarril. Decían que querían hacer pasar la vía férrea por aquí, para conectar la línea del Sur con la zona de las grandes praderas. Compraron tierras y clavaron estacas. Luego se dieron cuenta de algo curioso: todos los relojes estaban parados. Preguntaron por ahí y alguien les contó toda la historia. Entonces hicieron venir a un especialista desde la capital. Un hombrecillo que iba siempre de negro, que no hablaba nunca. Estuvo aquí nueve días. Llevaba aparatos extraños, no paraba de desmontar y volver a montar relojes. Y lo controlaba todo: la luz, la humedad, analizaba incluso el cielo, por la noche. Y, naturalmente, el viento. Y al final dijo: Los relojes hacen lo que pueden: el hecho es que aquí ya no existe el Tiempo. El hombrecillo algo había adivinado. Algo había comprendido. El tiempo, aquí, en realidad nunca ha dejado de estar presente. Pero es cierto que no es el mismo tiempo que en el resto del mundo. Aquí transcurre un poco antes o un poco después, quién sabe. Lo que es cierto es que transcurre en un lugar en el que los relojes no logran verlo. Los del ferrocarril se lo pensaron un poco. Dijeron que no era idóneo hacer pasar el tren por unas tierras donde el tiempo ya no existía. Es posible que se imaginaran trenes desapareciendo en la nada y perdiéndose para siempre. Revendieron los terrenos e hicieron pasar el ferrocarril más al oeste.

Aquí nadie hizo un drama de ello. Quien está acostumbrado a vivir sin destino, puede vivir perfectamente sin tren. Desde entonces no ha pasado nada más. Me refiero a que el viento no ha dejado ni un instante de soplar, y no se ha visto ni un solo reloj que no estuviera parado. Podríamos seguir así para siempre, signifique lo que signifique *siempre* en un lugar al que le arrebataron el tiempo. Pero es difícil. Se puede vivir sin relojes: es más complicado hacerlo sin destino, llevando encima una vida que ya no tiene citas. Somos una ciudad de exiliados, gente ausente de sí misma. Probablemente sólo nos quedan dos posibilidades: recoser el tiempo, de algún modo, o marcharnos de aquí, todos. Nosotras dos quisiéramos morir aquí, en un día sin viento: por eso le hemos llamado a usted.

Phil Wittacher permanece en silencio.

—Consigue que estiremos la pata a la hora justa, sin polvo en los ojos, muchacho.

Phil Wittacher sonrío.

Piensa que el mundo está lleno de locos.

Piensa en el hombrecillo vestido de negro y no logra imaginárselo si no es borracho, apoyado en la barra del *saloon*, abrumado por gilipolleces.

Piensa en el Viejo, y se pregunta si verdaderamente será el reloj más grande del Oeste.

Piensa en sus tres espléndidos relojes, con la hora de Londres, San Francisco y Boston. Parados.

Mira a esas dos viejecitas, con su casa perfectamente arreglada, convencidas de ir a la deriva en un tiempo que no es el suyo.

Luego se aclara la voz.

—De acuerdo.

Dice

—¿Qué tengo que hacer?

Julie Dolphin sonrío.

—Haga que ese reloj vuelva a funcionar.

—¿Qué reloj?

—El Viejo.

—¿Por qué ése?

—Si ése vuelve a funcionar, los demás lo seguirán.

—Se trata sólo de un reloj. No les devolverá nada.

—Usted piense sólo en hacer que funcione. Después, lo que tenga que pasar, pasará.

Phil Wittacher piensa.

Phil Wittacher sacude la cabeza.

—Todo esto es una locura.

—¿Qué pasa, te cagas encima, muchacho?

—Mi hermana se pregunta si usted no albergará una exagerada desconfianza con respecto a sus propias posibilidades de...

—No me cago encima. Sólo digo que todo esto es una locura.

—¿Pensaba usted que con todo el dinero que pensamos pagarle iba a encontrarse con un trabajo *razonable*?

—Mi hermana dice que no te pagamos para que nos digas qué es una locura y qué no lo es. Haz que ese reloj vuelva a funcionar, es todo lo que tienes que hacer.

Phil Wittacher se levanta.

—Me imagino que es absolutamente idiota, pero lo haré.

Dice.

Julie Dolphin sonrío.

—Estaba segura, mister Wittacher. Y de verdad que le estoy muy agradecida.

Melissa Dolphin sonrío.

—Pártele el culo a ese bastardo. Sin piedad.

Phil Wittacher la mira.

—No es un duelo.

—Pues claro que lo es.

Música.

El Viejo era tan grande que al entrar en él parecía que se entraba en una casa. Se abría una puerta, se subían unos escalones, y se llegaba directamente a la caja del reloj. En cierto sentido, era como ser una pulga y entrar en un reloj de bolsillo. Phil Wittacher se quedó aturdido por aquella maravilla. Todos los engranajes eran de madera, cuerda y cera. El mecanismo de cuerda funcionaba con agua, utilizando el depósito montado sobre el reloj. De hierro eran sólo las agujas. Los números, sobre la esfera de madera blanca lacada, estaban pintados de colores, pero no eran números normales. Eran naipes. Todos de diamantes. Desde el as hasta la dama, que señalaba mediodía. El rey estaba en medio de la esfera, donde suele estar la marca del relojero.

Pueblo de locos, piensa Phil Wittacher.

Sube y baja por esa red incomprensible de ruedas dentadas, vías, ganchos, cables, pesos y balancines.

Todo parado.

Ojalá no se oyera este viento silbando entre los tablones de las paredes, piensa Phil Wittacher.

Se pasa tres días allí dentro, colgando lámparas por todas partes y haciendo mil dibujos. Luego se encierra en su habitación para estudiarlos. Una tarde se acerca hasta la casa de las Dolphin.

—¿Qué oficio tenía su hermano? —pregunta.

—No te pagamos para que hagas preguntas, muchacho —dice Melissa Dolphin

—¿Quiere decir antes de venir al Oeste? —pregunta Julie Dolphin.

—Antes de construir el Viejo.

—Jodía a los ladrones —dice Melissa Dolphin.

—Inventaba cajas fuertes —dice Julie Dolphin.

—Ah, claro —dice Phil Wittacher.

Luego regresa a su habitación del primer piso del *saloon*. Y vuelve a estudiar sus dibujos.

Una noche llaman a la puerta. Abre y ve a un viejo vestido como un pistolero. Pistolas incluidas. Dos, colocadas en su funda, al revés, con las culatas hacia fuera.

—¿Tú eres el hombre del reloj? —dice Bird.

—El mismo.

—¿Me permites?

—Como quiera.

Bird entra. Dibujos por todas partes.

—Siéntese —dice Phil Wittacher.

—Tengo que decirte sólo una cosa y puedo decirla de pie.

—Le escucho.

—Meo sangre, el dolor me roba las noches, doy asco hasta a las putas y no veo ni un carajo. Date prisa en arreglar ese reloj. Necesito morir.

Phil Wittacher levanta la vista al cielo.

—No creerá usted también en esa historia...

—En este lugar, no hay muchas cosas más en que creer.

—Pues entonces coja la primera diligencia, bájese donde ya no sople el viento y espere: si de verdad cree en eso, bastará con que espere un poco y encuentre a alguien que lo mate.

¿Cómo es que Bird ahora le está apuntando en el pecho con dos pistolas? Hace sólo un instante estaban en sus fundas.

—Cuidado, muchacho. A esta distancia no me hacen falta los ojos.

Phil Wittacher levanta las manos.

¿Cómo es que las dos pistolas están de nuevo en sus fundas? Hace un instante estaban apuntándole.

—Baja esas manos, idiota. No puedo matarte, si quiero morir.

Phil Wittacher se deja caer sobre una silla. Bird saca del bolsillo un fajo de dólares.

—Es todo mi dinero. Lo guardaba para un mariachi, pero lo espero desde hace años y ese tipo no aparece. Ya no hay poesía en este mundo. Arregla ese reloj y será tuyo.

Bird se mete de nuevo el dinero en el bolsillo.

Phil Wittacher sacude la cabeza.

—No quiero dinero, no necesito dinero, cometí el error de aceptar este trabajo y, está bien, lo acabaré, pero dejadme en paz, sólo quiero marcharme cuanto antes de este pueblo de locos, es más, ¿sabe que le digo?, me pregunto por qué no me he marchado todavía, ésa es la verdad, ¿sabe usted por qué demonios estoy aquí todavía?

—Muy simple: no se puede dejar un duelo a la mitad.

—No es un duelo.

—Pues claro que lo es.

Dice Bird. Luego se lleva dos dedos al ala del sombrero, se da la vuelta y se acerca a la puerta. Antes de abrirla, se detiene. Se vuelve nuevamente hacia Phil Wittacher.

—Muchacho, ¿sabes dónde mira, durante un duelo, un pistolero?

—No soy un pistolero.

—Yo sí. Mira a los ojos de su adversario. A los ojos, muchacho.

Bird hace un gesto con la cabeza, hacia los dibujos que llenan la mesa y la habitación.

—Mirar Fijamente a las pistolas no sirve de nada. Cuando ves algo, ya es demasiado tarde.

Phil Wittacher se vuelve para mirar sus dibujos. La última frase de Bird que escucha es:

—Míralo a los ojos, muchacho, si quieres ganar.

Decía Shatzy que al día siguiente Phil Wittacher hizo arrancar todos los tablones clavados delante de la esfera del Viejo. Las agujas marcaban las 12.37. Tenían razón las hermanas Dolphin: parecía un ojo ciego que no dejara de mirarte. Él y sus doce cartas de diamantes. Desde su habitación, Wittacher empezó a estudiarlo hora tras hora. Había colocado la mesa delante de la ventana: trabajaba en sus dibujos, luego levantaba la vista y miraba fijamente el Viejo. De vez en cuando bajaba a la calle, la cruzaba y subía hasta el corazón del reloj. Controlaba, medía. Cuando regresaba a su habitación, se sentaba a la mesa y empezaba de nuevo a estudiar. A través del viento, miraba fijamente el ojo ciego del Viejo. A la mañana del cuarto día, se despertó al alba. Abrió los ojos y se dijo:

—Qué idiota.

Se vistió, bajó donde estaba Carver y le preguntó quién era el más viejo de Clostingtown. Carver señaló un indio mestizo que dormitaba sentado en el suelo, con una botella medio llena de aguardiente.

—¿No queda nadie que no haya perdido la cabeza?

—Están las hermanas Dolphin.

—No, ellas no.

—Entonces, el juez.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En su cama. Su casa está detrás del almacén de Patterson.

—¿Por qué está en la cama?

—Dice que el mundo le da asco.

—¿Y qué?

—Lo dijo hace unos diez años. Desde entonces, sólo se baja de la cama para mear y cagar. Dice que nada vale la pena.

—Gracias.

Phil Wittacher sale del *saloon*, llega a la casa del juez, llama a la puerta, la abre, entra en la penumbra, ve una gran cama y sobre la misma, medio vestido, a un hombre enorme.

—Me llamo Phil Wittacher —dice.

—Que te den por culo.

—Soy el que está arreglando el Viejo.

—Felicidades.

Coge una silla, la acerca a la cama, se sienta.

—¿Cómo era el hombre que lo construyó?

—¿Qué quieres saber de él?

—Todo.

—¿Por qué?

—Porque he de mirarle a los ojos.

Las primeras veces Shatzy venía, se quedaba un rato, y después se marchaba. Podían pasar hasta días sin que la viéramos. En aquella época yo estaba ingresada en el hospital. Era uno de esos períodos. Así que podían pasar días sin que la viera. Luego, no sé cómo ocurrió, pero ella empezó a quedarse, y al final me dijo que la habían contratado para trabajar allí. No sé. No tenía trabajo, creo. Necesitaba trabajar. No era exactamente una enfermera, no había estudiado, pero hacía algo parecido. Estaba con los enfermos. No es que le gustaran todos, eso no, había algunos con los que verdaderamente no congeniaba. Y me acuerdo de que una vez la encontraron en un rincón, llorando, y no quería decir por qué. Los locos, de vez en cuando, pueden ser muy *desagradables*. Podemos ser muy desagradables.

Hedor de cigarro y de mierda, las cortinas medio corridas en la ventana, toda la habitación repleta de periódicos, periódicos viejos, recortes de periódicos —justo en el centro hay una gran cama de hierro, y echado sobre la misma, el juez, enorme: los pantalones desabrochados, extraños zapatos en los pies, pelo grasiento peinado cuidadosamente hacia atrás, barba amarillenta. De vez en cuando, se asoma para coger un orinal que está en el suelo, escupe dentro flemas marrones, y vuelve a dejarlo en el suelo. Y, además, habla. Phil Wittacher escucha.

—Arne Dolphin. Digan lo que digan, ése era un tipo que sabía hablar. Si le dabas un poco de tiempo, era capaz de convencerte de que eras un caballo. Tú te reías, pero seguro que a la primera ocasión te echabas un vistazo en un espejo, así, por si acaso. Ya me lo imagino, allí, en la ciudad, tocando las pelotas a todo el mundo con esa historia del Oeste. Tenía mapas, y en los mapas había un valle, más allá de las Montañas Sohones: un paraíso, decía él. Convenció a dieciséis familias. Diecisiete, con la suya: dos hermanas y un hermano, Mathias. Hablaron de ello hasta los periódicos: la caravana de Arne Dolphin. Viajaron durante seis meses y llegaron más lejos de lo que nadie había llegado nunca. Hacía semanas ya que se habían perdido cuando llegaron a estas tierras. No había nada. Sólo indios, en los *canyons* de los alrededores, escondidos en sus poblados invisibles. Arne Dolphin hizo que la caravana se detuviera para pasar la noche. No sé adónde pensaba ir al día siguiente. De todos modos, no fue nunca. Por la mañana, alguien regresó del río y dijo que allá abajo el agua brillaba. Oro. Buscaban bosques, tierra fértil, pastos. Encontraron oro. Arne Dolphin decidió que aquello debía permanecer en secreto. Propuso a los otros dieciséis cabezas de familia un pacto. Cinco años trabajando aislados del mundo, después cada uno podría tomar el camino que quisiera, con su oro. Aceptaron. Nació Clostingtown: la ciudad que no estaba en ningún mapa del mundo.

Trabajaron duramente. Arne Dolphin había logrado implicar también a los indios. No sé cómo lo consiguió, pero poco a poco los convenció para que trabajaran para él.

Se sentía fascinado por esa gente. Había aprendido su lengua, estudiaba su misterio. Se convirtió en su pasión. Se pasaba las horas haciéndoles preguntas, escuchándolos, aprendiendo extraños rituales. Los indios lo respetaban, le habían dado incluso uno de sus nombres, se había convertido en su hermano. Indios, póquer y relojes: eran las tres cosas que lo volvían loco. Si escuchabas lo que decía, sin embargo, eran una misma cosa, las tres caras de una misma cosa. Quién sabe lo quería decir. Indios, póquer y relojes. A las mujeres casi ni las miraba, beber no bebía, y el dinero parecía importarle más bien poco. Se sentía el padre de todo aquello, el inventor de todo lo que estaba sucediendo: eso le bastaba. Tenía que ser algo parecido a sentirse Dios. No está mal como emoción.

De vez en cuando, desde el desierto llegaba algún infeliz, o algún carro perdido con colonos. Arne Dolphin los acogía, les explicaba lo del oro, y si le fallaban, los mataba. De juicios ni siquiera se hablaba. Arne Dolphin no administraba justicia: él *era* la justicia. De vez en cuando, algún recién llegado intentaba fugarse para llevar la noticia al mundo: partían él y su hermano Mathias y lo perseguían. Regresaban días después, llevando atadas en sus monturas las cabezas cortadas de aquellos miserables. También les quemaban los ojos, para que el mensaje fuera más claro. Era un hombre tranquilo, alegre y feroz.

No sé si los demás tenían miedo de él. Pero no hacía falta. Era el hombre que había inventado el mundo en que estaban viviendo. Antes de temerlo, lo amaban. Se lo debían todo, y él se parecía condenadamente a lo que cada uno de ellos habría soñado ser. No, sólo tenían confianza ciega en él, incluso fe, si prefieres. Para que veas: todo el oro que encontraban se lo entregaban a él. Lo digo en serio. Y él lo escondía en un lugar seguro. Un lugar que sólo él y su hermano conocían. Era un buen sistema para evitar que a alguien le entraran ganas de marcharse antes del plazo, jodiendo a los demás. Era un buen sistema para que no les robaran todo los primeros forajidos que pasaran. El oro, Arne Dolphin lo hacía desaparecer, literalmente: había más oro en Closingtown que en todos los bancos de Boston, pero si llegabas a la ciudad, y no lo sabías, no podías encontrar ni un gramo, ni una pepita, nada. Todos estaban de acuerdo en que se lo repartirían al terminar los cinco años. Nadie quería saber dónde estaba antes del plazo. Lo sabían Arne Dolphin y su hermano Mathias. Con eso bastaba. Closingtown no era una ciudad: era una caja fuerte.

Después de tres años, o tres años y medio, el río dejó de traer pepitas de oro. Durante un tiempo esperaron, pero no ocurrió nada. Entonces Arne Dolphin envió a su hermano con algunos indios río arriba. Pensaban que encontrarían en las montañas un filón o algo por el estilo. Volvieron al cabo de un mes. No habían encontrado nada. Esa noche, en su casa, hubo una buena bronca. Una discusión entre los dos hermanos, tal vez alguna cosa más. A la mañana siguiente, Arne había desaparecido. Mathias fue a ver donde tenían el oro y halló el depósito vacío. La gente no quería creerlo.

Mathias escogió a cinco hombres y sin decir ni una palabra partió con ellos al galope hacia el desierto. Unos días más tarde vieron regresar a los caballos, al paso. Atadas a las monturas, estaban sus cabezas, con los ojos quemados. El último caballo era el de Mathias. La última cabeza era la suya. Fin de la historia, muchacho. Si preguntas por ahí, te contarán distintas versiones, cada uno tiene su teoría sobre cómo pudo Arne Dolphin llevarse todo aquel oro. Pero la verdad es que nadie lo sabe. Y que aquel hombre era un genio, a su manera. Nadie ha vuelto a verlo nunca más. Y nada más ha pasado, desde el día en que se marchó. Ésta es una ciudad de fantasmas. Murió ese día. Amén.

Phil Wittacher deja pasar unos instantes.

Silencio.

—¿Cuándo sucedió? —pregunta.

—Hace treinta y cuatro años, dos meses y veinte días.

Phil Wittacher calla. Piensa.

—¿Por qué no fueron a buscarlo?

—Lo hicieron. Contrataron al mejor cazarrecompensas que encontraron, para que fuera tras él.

—¿Y el resultado?

—Lo perseguí durante veinte años, estuve a punto de cogerlo mil veces, y no conseguí ni siquiera verle la cara.

—¿Usted?

—Yo.

—Pero usted es juez.

—Los jueces son policías cansados.

—Quedándose aquí no lo cogerá nunca.

—Te equivocas, muchacho. Si pierdes un caballo, puedes hacer dos cosas: correr tras él, o quedarte donde hay agua y esperar a que tenga sed. A mi edad, se corre fatal, pero se espera divinamente.

—¿Esperarlo *aquí*? ¿Y por qué debería regresar?

—Sed, muchacho.

—¿Sed?

—Conozco a ese hombre mejor que a mi picha. Volverá.

—A lo mejor está muerto, a lo mejor está bajo tierra desde hace años.

El juez sacude la cabeza y sonríe. Hace un gesto hacia los periódicos, kilos de papel que impregnan la habitación de palabras.

—Indios, póquer y relojes. Cambia de nombre, cambia de ciudad, cambia de cara, pero no resulta difícil reconocerlo. Hasta el estilo sigue siendo el mismo. Megalómano, tranquilo, alegre y feroz. No es alguien a quien le guste esconderse. Huir sí, en eso es un maestro, pero en cuanto a esconderse..., no sería propio de él.

Basta con saber leer bien los periódicos, y es lo mismo que ser la mosca cojonera de su caballo.

Phil Wittacher mira al juez. Tiene unas manos gordas, a punto de reventar, y las uñas largas y sucias. Los dedos negros de tinta. Tiene unos ojos hermosos, de un azul como de niño. Vagan al azar, mirando a las ánimas danzantes en el aire. Phil Wittacher se queda allí observando hasta que se dan cuenta, se vuelven hacia él y lo miran fijamente, esperando. Entonces dice

—Gracias.

Se levanta. Coloca la silla en el sitio de donde la ha cogido. Va hacia la puerta. En la pared ve la fotografía enmarcada de una muchacha que hace como que lee un libro. Tiene el pelo recogido en la nuca, y un cuello delgado, perfecto. Hay también algo escrito, a mano, con tinta azul. Intenta leerlo, pero está en una lengua que desconoce. Piensa en Bird, y esa historia de que desde hace años se aprende de memoria los diccionarios de francés, de la A a la Z. No es tonto, piensa mientras mira ese cuello delgado y perfecto. Tiene la mano en el tirador de la puerta cuando se detiene y se vuelve hacia el juez.

—¿Y el reloj?

—¿Qué reloj?

—El Viejo.

El juez se encoge de hombros.

—Típico de Arne Dolphin. Quería construir el reloj más grande del Oeste. Y lo hizo. Puso a los indios a trabajar, y lo hizo.

El juez se asoma para escupir. Luego se queda de nuevo tendido.

—Si quiere que le diga la verdad, yo nunca lo he visto funcionar.

—Le creo.

—¿Ya sabe qué se ha roto ahí dentro?

—No está roto. Está parado.

—¿Acaso es distinto?

Phil Wittacher gira el tirador, oye el mecanismo de la cerradura.

—Sí —dice.

Abre la puerta y sale a la luz que, pegada al polvo, aletea en el aire festivo del mediodía, llevándose los pensamientos a dar volteretas como trapevistas enamorados en la tierra quemada por ese sol sin descanso, decía Shatzy, es más, casi lo cantaba, como si fuera una balada —y riéndose, eso lo recuerdo bien —se reía. Incluso cuando empecé a volver a casa, un par de días a la semana, seguí viéndola, y escuchándola, cuando le entraban ganas de contar. Llevaba consigo una grabadora, siempre, de manera que cuando se le ocurría alguna idea la decía allí, y era una manera de no perderlas. Pensé que podía ser buena idea. Que quizá fuera un buen modo para poner *orden* entre las propias cosas. Durante un tiempo, también yo deseé tener una

grabadora como aquélla. Así, en el caso de que pudiera ver las cosas lúcidamente, todo lo que había ocurrido y lo que *no* había ocurrido, podría decirlo allí. Y podría explicarme a mí misma cuál era la situación. Ideas extrañas que se me ocurren de vez en cuando.

Una vez Shatzy me dijo que ella había conocido a mi niño.

En el hospital corrían muchos rumores sobre ella. Decían que iba con los médicos. Que se iba a la cama, vamos. No sé. No había nada malo en ello. Los había casados, pero también solteros y además, en el fondo, ¿eso qué significa? Halley, mi marido, decía que era buena chica. Quién sabe si me fue fiel mientras yo tenía la cabeza en otra parte, cuando apenas lo reconocía. Sería bonito que lo hubiera hecho. Sería para reírse del asunto durante años.

—No es por darle prisas, mister Wittacher, ¿pero cree ir por buen camino para saber qué es lo que no funciona en el Viejo? —dice Julie Dolphin.

—Todo funciona.

—¿Nos está tomando el pelo?

—No está roto. Está parado.

—¿Acaso es distinto?

Phil Wittacher coge su sombrero en la mano.

—Sí —se dice a sí mismo.

Mi niño se llamaba Gould.

Todo aquel día de calor y viento Phil Wittacher lo pasó encerrado dentro del Viejo. Un reloj hidráulico, se dice a sí mismo mientras abre los conductos del depósito y deja bajar el agua siguiéndola en sus giros descendentes por el mecanismo de cuerda. Repite la operación decenas de veces. No logra comprenderlo. Se sienta. Cansado. Piensa. Se levanta. Sigue un hilo que sólo él conoce y que lo lleva a dar vueltas por el Viejo, de un engranaje a otro, hasta la esfera esmaltada, con sus hermosas trece cartas de diamantes. Las mira. Largo rato.

Horas.

Al final, comprende.

—Hijo de puta.

Dice.

—Genial hijo de puta.

Sale del Viejo con la cabeza vaciada por el cansancio. En el vacío zumban, unas tras otras, las preguntas. Todas empiezan: ¿Por qué?

No vuelve a su habitación, va directamente a casa de las hermanas Dolphin. Olor a madera y a verduras. Dos rifles colgados sobre la estufa.

—¿Qué ocurrió aquella noche entre Arne y Mathias? Las hermanas están sentadas, en silencio.

—He preguntado qué ocurrió.

Julie Dolphin se mira las manos, apoyadas en su regazo.

—Tuvieron una discusión.

—¿Qué clase de discusión?

—Usted repara relojes, saber ciertas cosas no le servirá de nada.

—Ése es un reloj extraño.

Julie Dolphin vuelve a mirarse las manos, apoyadas en su regazo.

—¿Qué clase de discusión? —pregunta Phil Wittacher.

Melissa Dolphin levanta la cabeza.

—El río ya no daba más oro. En las montañas no habían encontrado nada. Mathias tuvo una idea. Se había puesto de acuerdo con otros cinco cabezas de familia. La idea era apoderarse del oro y marcharse de noche.

—¿Marcharse con el oro?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Mathias le preguntó a Arne si se unía a ellos.

—¿Y qué dijo?

—Arne dijo que no quería saber nada del asunto. Le dijo a Mathias que era un canalla, y que lo eran los otros cinco, y todos, en el mundo. Parecía hablar

sinceramente, sabía actuar cuando se lo proponía. Dijo que si aquél iba a ser el final de Closingtown, él no quería verlo. Dijo que para él todo había terminado en aquel momento. Recuerdo que cogió su reloj, un reloj de bolsillo de plata, se lo dio a Mathias y le dijo: la ciudad es tuya. Luego recogió sus cosas y partió. Dijo que no volvería nunca más. Y no ha vuelto.

Phil Wittacher piensa.

—¿Y Mathias?

—Estaba borracho. Se puso a romperlo todo, después salió y estuvo fuera durante horas. Volvió por la mañana. Fue a donde tenían el oro. No encontró nada y comprendió que Arne se lo había llevado todo. Reunió a otros cinco y partieron al galope, tras las pistas de Arne.

—¿Se trataba de los mismos cinco cabezas de familia de antes?

—Eran sus amigos.

—¿Y luego?

—Cuatro días después volvieron los caballos. Y en las monturas estaban sus cabezas cortadas, con los ojos quemados.

Phil Wittacher piensa.

—¿A qué hora llegaron?

—Ésa es una pregunta estúpida en este lugar.

Phil Wittacher sacudió la cabeza.

—Okay. ¿Qué era, de día, de noche, o qué?

—Por la noche.

—¿Por la noche?

—Sí.

Phil Wittacher se levanta. Va hacia la ventana. Mira la calle y el polvo que vuela delante de los cristales.

Le cuesta hacerlo, pero al final lo pregunta:

—¿Fue Arne quien asesinó el tiempo?

Las hermanas Dolphin callan.

—¿Fue él?

Las hermanas Dolphin están allí, con la cabeza agachada y las manos en el regazo. No se sabe muy bien cuál es, de las dos, la que dice

—Sí. Se lo llevó todo cuando se fue.

Phil Wittacher coge su guardapolvo. Y el sombrero. Las hermanas Dolphin se quedan sentadas.

Parece que esperen a ser fotografiadas.

—Ese reloj..., el reloj de plata, ¿lo encontraron?

—No.

—¿No estaba colgado de la silla de montar, o entre las cosas de Mathias?

—No.

Phil Wittacher dice en voz baja: ya.

Luego, más fuerte:

—Buenas noches.

Sale. Cruza la ciudad, entra en el *saloon*, está a punto de subir a su habitación cuando ve al indio de siempre, viejo y borracho, sentado en el suelo, apoyado en la pared. Se detiene. Va hacia él, y se pone en cuclillas delante.

Lo mira y dice:

—Arne Dolphin, ¿te suena este nombre?

Los ojos del indio son húmedas piedras engastadas en una máscara de arrugas.

—¿Me oyes?... Arne Dolphin, vuestro amigo Arne, el gran Arne Dolphin.

Los ojos del indio no se mueven.

—Te estoy hablando a ti... Arne Dolphin, ese inmenso canalla bastardo de Arne Dolphin, el gran hijo de puta.

Y luego, en voz baja:

—El asesino del tiempo.

Los ojos del indio no se mueven.

Phil Wittacher sonríe.

—Cuando haga falta, ya te acordarás de él.

El indio abre y cierra los párpados.

¿Hará que vuelva a funcionar ese reloj?, le preguntaba a Shatzy, y también se lo preguntaban las demás. Ella se reía. A lo mejor no lo sabía ni ella. No sé cómo se hacen los *westerns*. Es decir, si se sabe ya desde el principio cómo acabarán o bien lo descubres después, poco a poco. Yo no he hecho nunca ningún *western*. Una vez hice un niño. Pero ésa es una extraña historia. Y precisamente tampoco sabías cómo acabaría. Dice el doctor que cuando esté curada, tendré que ponerme a ello, con paciencia, y *explicármela*. Pero no sé cuándo sucederá. Recuerdo que se llamaba Gould, y también otras muchas cosas, algunas de ellas bonitas, pero todas me hacen daño. Era lo único que odiaba de Shatzy. Ella hablaba de ese niño, de mi niño, como si nada, y yo no lo soportaba, no quería que hablara de él, ni siquiera sé cómo podía ser amiga suya, tendría quince años más que él, no quería saber qué había entre ellos, no quiero saberlo, llevaos a esa chica, no quiero volver a verla, doctores, dejadme en paz, ¿qué hace esa chica aquí?, llevaos a esa chica, la odio, lleváosla o la mataré.

Decía que Gould ya no necesitaba nada ni a nadie.

Se quedó aquí seis años. En cierto momento, se marchó a Las Cruces, decía que había encontrado allí un trabajo en un supermercado. Pero luego, unos meses después, la vimos regresar. No le gustaba que en aquel sitio en que trabajaba todo fuera una oferta especial. Dijo que se pasaba todo el día obligando a la gente a consumir más de lo que necesitaban, y que eso era una estupidez. Empezó a trabajar

de nuevo en el hospital. Aquí, en efecto, es difícil que cada dos ataques de histeria te regalen un tercero con un boleto para el sorteo de un electroshock gratis. En eso no le faltaba razón. Vivía sola, en un apartamento no muy lejos de aquí. Yo siempre le decía que tenía que casarse. Ella me decía: Ya lo he hecho. Pero ya no recuerdo muy bien cómo seguía su historia. Lo cierto es que no tenía a nadie. Resulta extraño, pero era una chica que no tenía a nadie. Es algo que nunca entendí de ella: cómo se las arregló, al final, para quedarse tan sola. Aquí, en el hospital, todo se fue al garete tras el asunto aquel del robo. Dijeron que había robado dinero de la caja de la farmacia. Es más, dijeron que venía haciéndolo desde hacía meses, que ya estaba avisada, pero nada, había seguido haciéndolo. Yo creía que no era verdad, había gente aquí que la odiaba, que eran capaces de hacerle la cama. Por eso le dije que yo no lo creía, que era todo un montaje. Ella no dijo nada. Cogió sus cosas y se marchó. Halley, mi marido, le encontró un trabajo de secretaria en una asociación de viudas de guerra. Tal como suena, no lo parece, pero era bastante divertido. Las viudas de guerra hacen un montón de cosas, ni te lo imaginas. De vez en cuando, iba a verla. Tenía una mesa para ella, el trabajo no era muy pesado. Tenía un montón de tiempo para trabajar allí en su *western*.

Phil Wittacher se levanta, echa un último vistazo al viejo indio y va hacia la escalinata.

—Es como sacarle sangre a una piedra. Hace años que no le oigo decir una palabra —dice Carver, mientras seca el enésimo vaso.

—Ya.

—¿Whisky?

—Quizá sea buena idea.

—Whisky.

Phil Wittacher se apoya en la barra.

Carver le sirve un vaso.

Phil Wittacher intenta no pensar. Pero piensa.

—Carver.

—¿Sí?

—¿Había en esta maldita ciudad alguien que odiara a Arne Dolphin?

—¿Antes de que se marchara?

—Ahora cualquiera serviría.

—Ya.

—¿Y antes?

Carver se encoge de hombros.

—¿Quién no tiene un enemigo en este mundo?

Phil Wittacher bebe. Deja el vaso.

—Carver...

—¿Sí?

—Mathias, su hermano Mathias, ¿lo odiaba?

Carver se queda quieto. Mira a Phil Wittacher.

—¿Alguna vez has tenido un hermano que fuera un dios?

—No.

—Pues bien, lo odiarías, cada día de tu vida, en secreto y con toda la fuerza del mundo.

Sobre su mesa tenía dos fotos enmarcadas. Shatzy. Una de Eva Braun, la otra de Walt Disney.

Phil Wittacher en el sol del mediodía, de pie, apoyado en la pared del *saloon*, con el sombrero calado hasta los ojos y el pañuelo sobre la boca para protegerse del polvo. Mira la esfera del Viejo, agujas y números de jugador de póquer.

Se pone a caminar. Le gusta caminar con el viento a su espalda. No hace ruido, y lo transporta.

Piensa que es una historia de viejos y que no tiene nada que ver con él. Se repite con alegría que él es sólo un relojero. Dice en voz alta Largo de aquí, es hora ya de irse, lo siento pero no es trabajo para mí, adiós a todos. Piensa que no hay razón alguna para quedarse y para hacer funcionar ese reloj. Luego se detiene. Mira delante de él. Ve a Melissa Dolphin: barre la calle delante de su casa, envuelta por el redondo río de polvo, con dedicación irracional, e inútil, barre. Se escapan volando los cabellos grises del orden que con manos ancianas, delante del espejo, habrá intentado imponerles esa mañana, como cada mañana. Parece un fantasma grácil, paciente, invencible y vencido.

Decía Shatzy que precisamente en ese momento Phil Wittacher se dio la vuelta, escupió al suelo y, como tenía el viento en contra, prácticamente se escupió en los pantalones. Después los mandó a todos a tomar por culo.

Phil Wittacher entra en casa del juez. Penumbra, hedor de mierda y de cigarro. Periódicos por todas partes.

Coge una silla y la aproxima a la cama. Se sienta.

—¿Sigues pensando que el caballo antes o después vendrá a beber?

—Puedes apostar lo que quieras, muchacho.

—No parece tener mucha sed.

—Ya le entrará. No tengo prisa.

—Yo sí.

—¿Qué quieres decir?

—Si no tiene sed, hagamos que le entre.

Phil Wittacher se lo dice tendiéndole una hoja escrita a máquina. El texto dice que el domingo ocho de junio, a las doce y treinta y siete, con gran solemnidad, Phil Wittacher, de Wittacher e Hijo, pondrá en marcha el histórico reloj de Closingtown, el más grande del Oeste. Comidas, bebidas y fin de fiesta sorpresa.

Phil Wittacher hace un gesto hacia las montañas de periódicos.

—He hecho publicar esta noticia de forma que él pueda leerla. En el fondo, hace treinta y cuatro años que manda mensajes: hora es ya de responderle.

El juez se incorpora sobre los almohadones, pone las piernas en el suelo, relee atentamente la hoja.

—No pensarás que ese bastardo esté tan loco como para venir.

—Vendrá.

—Chorradas.

—¿No me cree si le digo que vendrá?

El juez lo mira como si fuera un problema de álgebra.

—¿Y cómo lo sabes, so capullo?, ¿estás dentro de la cabeza de Arne Dolphin, acaso?

—Sé dónde está, qué está haciendo, y qué hará mañana. Lo sé todo sobre él.

El juez se echa a reír y suelta un pedo letal. Ríe como un loco durante unos minutos. Todo bronquios y flemas. Pero con plata entreverada. Se pone serio de golpe.

—De acuerdo, relojero, que me parta un rayo si te entiendo, pero okay.

Se echa hacia delante y acerca su careto al de Phil Wittacher.

—No irás a decirme que vas a hacer que funcione ese reloj.

—Eso es asunto mío, hablemos de lo que va a hacer usted.

—Muy sencillo. En cuanto ese bastardo ponga el pie en la ciudad, le meto una bala entre ceja y ceja.

—Eso podría hacerlo cualquiera en esta ciudad. No desperdicie la ocasión. He

pensado para usted en algo más refinado.

—¿O sea?

—No meterle una bala entre ceja y ceja.

—¿Tú eres tonto?

—Ese hombre, en esta ciudad, es hombre muerto. Lo necesito vivo. Resuelva usted ese problema.

—Vivo, ¿en qué sentido?

—Juez: yo se lo traigo hasta aquí. Encuentre usted el modo de sentarlo a una mesa conmigo. Sólo el tiempo para hablar de un par de historias. Después haga lo que quiera con él. Pero lo quiero en esa mesa conmigo, sin testigos, y sin balas entre ceja y ceja.

—No va a ser sencillo: ese hombre es una bestia feroz. Si le das tiempo, eres hombre muerto.

—Ya le he dicho que sería un trabajo digno de usted.

—No será un paseo.

—No, por eso será mejor que se busque otro par de zapatos.

El juez se mira los pies.

—Anda y que te den, mocososo.

—No tengo tiempo, tengo que ir a ver a Bird.

Y se marcha a ver a Bird.

—Bird, ¿tú sabes cómo disparaba Arne Dolphin?

—Nunca lo conocí.

—Ya lo sé. Pero sabes qué se decía sobre él.

—Un poco lento en desenfundar. Una puntería bestial. Es cosa de familia, por lo que parece. Las hermanas montaron un espectáculo, en sus buenos tiempos.

—¿La historia esa del valet de corazones?

—Ésa.

—¿Cómo demonios lo hacían?

—No sé. Cuando hay naipes de por medio, siempre hay truco. Sólo las pistolas no mienten nunca.

Phil Wittacher piensa que no es cierto.

—Bird: un hombre contra seis, en campo abierto, ¿tiene alguna posibilidad de salir vivo?

—Hay seis balas en un Cok. Luego sí.

—Olvídate de la poesía, Bird. ¿Puede salir vivo, sí o no?

Bird piensa.

—Sí, si los seis están ciegos.

Phil Wittacher sonríe.

—Somos nosotros los que estamos ciegos, Bird. Sólo vemos lo que esperamos

ver.

—Olvídate de la filosofía, muchacho. ¿Qué coño has venido a pedirme?

—¿Sigues pensando en morir?

—Sí, por tanto date prisa en arreglar ese reloj.

—¿Tienes algún compromiso para el día ocho de junio?

—¿Aparte de mear sangre y de tirar piedras a los perros?

—Aparte.

—Déjame pensarlo.

Piensa.

—Yo diría que no.

—Bien. Te necesito para ese día.

—¿A mí o a mis pistolas?

—¿Todavía trabajáis juntos?

—Sólo en grandes ocasiones.

—*Es una gran ocasión.*

—¿En qué sentido?

—Pondremos en funcionamiento ese jodido reloj.

Bird entrecierra los ojos para mirar bien a Phil Wittacher a la cara.

—¿Te estás choteando de mí?

—Soy muy serio.

¿Cómo es que esa pistola antes estaba en su funda y ahora apunta a la cabeza de Phil Wittacher?

—¿Te estás choteando de mí?

—Soy muy serio.

¿Cómo es que esa pistola está de nuevo en su funda?

—Cuenta conmigo, muchacho.

—Necesitamos tus ojos, Bird.

—Mal asunto.

—¿Cómo están?

—Depende de la luz.

—¿Qué carta es ésta?

Bird entrecierra los ojos mirando esa carta que Phil Wittacher se ha sacado de la manga.

—¿Tréboles?

Phil Wittacher la coge con dos dedos y luego la tira al aire.

Bird desenfunda y dispara. Seis tiros. La carta rebota con las seis balas como sobre una mesa de cristal invisible. Luego cae como una hoja muerta.

—¿Serías capaz de darle a unos treinta metros?

—No.

—¿Y si estuviera quieta?

—¿A unos treinta metros?

—Sí.

—Con un poco de chiripa podría hacerlo.

—Necesito que lo hagas, Bird.

—Hace falta suerte.

—¿No serían mejor unas gafas?

—Anda y que te den, relojero.

—No tengo tiempo. Tengo que ir a ver a las hermanas Dolphin.

Y se marchó a ver a las hermanas Dolphin.

—Dentro de dos domingos, a las 12.37, haré funcionar el Viejo.

Las hermanas Dolphin lo miran sin moverse. Es increíble, pero a Phil Wittacher le parece ver en los ojos de Melissa Dolphin brillar algo como si fueran lágrimas.

—Será un lío de la hostia, pero vosotras lo habéis querido.

Las hermanas Dolphin asienten con la cabeza.

—Me gustaría pedir os que os quedarais encerradas en casa hasta que todo termine, pero sé que no lo haréis, por tanto prefiero que vengáis, y hagáis lo que tengáis que hacer. Pero entendámonos: nada de improvisaciones, y respetad las órdenes.

Las hermanas Dolphin vuelven a asentir con la cabeza.

—Vale. Cuando sea el momento, os lo haré saber. Buenas noches, señoras.

Guardapolvo, sombrero.

—Mister Wittacher...

—Sí.

—Quisiéramos que usted supiera que...

—¿Sí?

—En fin, no es fácil encontrar las palabras, pero tenemos la obligación de hacerle saber que...

—¿Sí?

Melissa Dolphin ya no tiene lágrimas en los ojos cuando dice:

—No es nada personal, pero está a punto de escapársete el pajarito, muchacho.

—¿Cómo?

—Lo que quisiéramos decirle es que quizá sería conveniente que se abrochara usted la abertura pertinente de sus pantalones, debajo mismo del cinturón, mister Wittacher.

Phil Wittacher se mira. Se abrocha. Levanta la mirada hacia las hermanas Dolphin.

Pero ¿qué he hecho yo para merecer esto?, piensa.

Más o menos es el último trozo de *western* que escuché en boca de Shatzy. No sé

si todavía tenía más, pero si lo tenía se lo llevó consigo. Se fue de mala manera y digo yo que eso es injusto, porque todo el mundo debería poder escoger con qué música bailar su propio final. Tendría que ser *un derecho*, o al menos un privilegio de los grandes bailarines. Yo llegué a odiar a Shatzy por un montón de cosas. Pero sabía bailar, si sabéis a qué me refiero. Iba en coche con un médico, era de noche, habían bebido un poco, o fumado, no lo recuerdo. Chocaron de frente contra un pilar del viaducto, abajo, en San Fernández. Conducía él, y la palmó en el acto. Cuando sacaron a Shatzy, en cambio, todavía respiraba. La llevaron al hospital y fue algo largo y doloroso. Se había roto un montón de cosas, y hasta el hueso del cuello, como suele decirse. Al final, se vio atada a una cama de hospital, con todo su cuerpo paralizado para siempre, salvo la cabeza. El cerebro trabajaba todavía, podía mirar, oír, hablar. Pero todo el resto estaba como muerto. Era para destrozarte el corazón. Shatzy siempre había sido de las que no se rinden fácilmente. Tenía talento para exprimirle a la vida lo que fuera. Pero esta vez había poco que exprimirle. No habló durante días, inmóvil, allí, en su cama. Después, Halley, mi marido, un día fue a verla. Y ella le dijo: General, por piedad, acabemos con esto de una vez. Dijo eso exactamente. Por piedad. El hecho es que mi marido, no sé, le había cogido cariño a esa chica, para él representaba algo, nunca la hubiera dejado ir a la deriva, o algo por el estilo, nunca lo habría hecho. Así que encontró la manera. La hizo trasladar a un hospital militar. Allí ciertas cosas son más fáciles de hacer. Los militares están acostumbrados, por decirlo de algún modo. Era también bastante ridículo, porque en aquel hospital todos eran hombres, y ella la única mujer. Hasta ella hacía bromas al respecto. Y el día antes de marcharse, cuando fui a despedirme, por decirlo de algún modo, quiso que me acercara y luego me dijo que si podía ir por ahí, por el hospital, y encontrar a un chico que tuviera ganas de estar un rato junto a ella. Quería que fuera guapo. Intenté comprender qué quería decir ella con guapo, pero ella sólo dijo que, si podía, le encontrara uno que tuviera unos hermosos labios. Así que me marché y al final regresé con un muchacho que tenía una cara bellísima, el pelo negro y una cara bellísima, como para hacerle un favor, en serio. Se llamaba Samuel. Cuando estuvo allí, Shatzy le dijo: ¿Me das un beso? Y él la besó, pero un beso de verdad, algo de película, no se acababa nunca. Al día siguiente, un médico hizo lo que tenía que hacer. Creo que se trató de una inyección. Pero no lo sé con exactitud. Se marchó en un suspiro.

Tengo en casa cientos de cintas grabadas, llenas de *western*. Y guardo en mi cabeza dos cosas que me dijo sobre Gould, y que nunca diré a nadie.

La enterramos aquí, en Topeka. La inscripción de la lápida la escogió ella. Ninguna fecha. Sólo: *Shatzy Shell, ninguna relación con el de la gasolina.*

Que la tierra te sea leve, pequeña.

Sopla el viento bajo un sol de justicia, y el camino de Closingtown humea polvo como la chimenea de un hogar donde estuvieran quemando la Tierra entera.

Por todas partes, el desierto.

Llegado desde fuera y penetrando hasta el último rincón de la ciudad.

Ni un sonido, ni una voz, ni un rostro.

Una ciudad abandonada.

Vuelan minúsculos restos, y perros mudos vagan buscando la sombra donde aparcar costillas y lamentos.

Domingo ocho de junio, sol en su cenit.

Por el este, de la nube de polvo, del pasado, aparecen doce jinetes, uno junto a otro, sombreros calados hasta los ojos, pañuelo sobre la boca. Pistolas al cinto, y rifle bajo el brazo.

Avanzan lentamente, contra el viento, llevando sus caballos al paso.

Son siluetas que se perfilan al llegar a las primeras casas de Closingtown.

Once llevan guardapolvo amarillo. Uno: negro.

Avanzan, lentamente, una mano en las riendas, la otra en el rifle. Escrutan cada astilla de la ciudad, a su alrededor. Ven la nada.

No hablan, avanzan en línea, uno junto a otro, cubriendo la calle en toda su amplitud. Un peine. Un arado.

Minutos.

Luego, el que va vestido de negro se detiene.

Todos se detienen.

A la derecha está el *saloon*. A la izquierda, el Viejo.

Las agujas paradas a las 12.37.

Silencio.

Se abre la puerta del *saloon*.

Sale una vieja con una nube de cabellos blancos que se echan a volar, en cuanto se encuentran con el viento.

Once rifles se levantan y le apuntan.

Ella se protege del sol con una mano, cruza el pórtico del *saloon*, baja los tres escalones, se acerca a los doce y se detiene delante del que va vestido de negro. Los cañones de los rifles no la han perdido de vista ni un instante.

—Hola, Arne —dice Melissa Dolphin.

El hombre no responde.

—Si yo fuera uno de tus hombres tendría el culo bien apretado y no movería ni un músculo. Tienen más rifles apuntándoles que años tengo yo en cada pierna. Los hemos contado: 138. No me refiero a los años: los rifles.

El hombre levanta la mirada. Cañones de rifles, asomando por todos los agujeros imaginables, lo están mirando.

—¿Sabes?, parece que no dejaste un buen recuerdo por estos pagos.

Los once miran a su alrededor con nerviosismo, manteniendo los rifles hacia abajo.

Melissa Dolphin se da la vuelta y regresa lentamente al *saloon*, sube los escalones del pórtico, intenta arreglarse el pelo, abre la puerta y desaparece dentro del *saloon*.

Los 138 cañones de rifle permanecen apuntando a los doce. No disparan. No se marchan.

Silencio.

El hombre de negro hace un gesto a los demás. Baja del caballo, lo sujeta por las riendas, lo lleva al paso hasta el valladar del *saloon*. Da una vuelta a las riendas en el travesaño de madera. Enfunda el rifle en la montura. Se baja el pañuelo de la cara. Barba cerrada y blanca. Se da la vuelta para ver los 138 rifles. Ninguno le apunta a él. Todos se concentran sobre sus amigos. Cruza el porche, acerca una mano a la puerta y la otra a la cartuchera. Abre. Entra.

Lo primero que ve es a un viejo indio, sentado en el suelo. Una estatua.

Lo segundo que ve es un *saloon* vacío.

Lo tercero es un hombre sentado en una mesa alejada, la última del rincón.

Cruza el *saloon* y llega frente al hombre. Se quita el sombrero. Lo deja sobre la mesa. Se sienta.

—¿Eres tú el relojero?

—Yo mismo —dice Phil Wittacher.

—¿Con esa cara de crío?

—Ya ves.

El hombre de negro escupe al suelo.

—¿A ti qué te importa ese reloj? —dice.

—No es un reloj. Es una caja fuerte.

El hombre de negro sonrío.

—Llena —añade Phil Wittacher.

El hombre de negro hace un chasquido con la lengua.

—Bingo —dice.

—Genial. Abres el depósito, el agua baja, pone en marcha el mecanismo y el mecanismo pone en marcha las agujas. Lo único es que si lo intentas, no funciona. ¿Y sabes por qué?

—Dímelo tú.

—Porque funciona al revés. Haces girar las agujas, éstas ponen en marcha el mecanismo, el mecanismo pone en marcha el agua, el agua sube, activa tres pistones que abren un compartimiento subterráneo y bombean desde el suelo más agua:

repleta de oro y estancada allí desde hace treinta y cuatro años, tres meses y once días. Parece un reloj. Pero es una caja fuerte. Genial.

—Mis felicitaciones. Sabes un montón de cosas.

—Más de las que te piensas, Mathias.

Como una descarga eléctrica. Por un instante, el hombre de negro es un hombre que está a punto de levantarse, sacar dos pistolas y disparar. Un instante después es un hombre que oye una voz que grita:

—¡Quieto!

El tercer instante le sirve para detenerse. El cuarto, para sentarse de nuevo. El quinto, para darse la vuelta lentamente, manteniendo las manos sobre la mesa.

El juez lleva dos botas brillantes con estrellas de color, hebillas y esas cosas. Se ha peinado con perfume, y tiene hasta la barba recién afeitada. Está de pie en la otra punta del *saloon*, con un rifle apuntando al hombre de negro.

—La conversación no ha terminado todavía —dice.

El hombre de negro vuelve a mirar fijamente a Phil Wittacher.

—¿Qué quieres de mí?

—Contarte una historia, Mathias.

—Pues date prisa.

—¿Tienes algún compromiso?

—Matar a ese barrigudo de ahí y salir volando de este estúpido pueblo.

—Es una persona paciente. Esperará.

—Date prisa, te he dicho.

—Okay. Fue hace treinta y cuatro años, tres meses y once días. De noche. Tú propones a tu hermano Arne huir con los otros cinco y con todo el oro. Él se niega. Comprende que todo se ha acabado y que sólo queda una asquerosa guerra por ese oro. Hace algo que sólo tú puedes comprender: te regala su reloj de plata. Luego coge sus cosas y se va, en plena noche. Tiene que ser algo intolerable, tener un hermano tan justo, ¿verdad, Mathias? Ni un error. Un dios. ¿Cómo fue vivir a su sombra durante años, decenas de años? Es algo que puede volverte loco, ¿verdad? Pero tú no te volviste loco. Al contrario. Esperaste. Y, esa noche, tu momento llegó. Me parece estar viéndote, Mathias. Vas al reloj, abres la caja fuerte, la encuentras llena, te llevas contigo todo el oro que puedes esconder en la montura de tu caballo. Por la mañana, sales corriendo de tu casa gritando que Arne ha huido con todo el oro, reúnes a tus cinco amigos y lo persigues. Lo alcanzáis cuando todavía está en el desierto. Arne es uno contra seis: no tiene ninguna oportunidad. ¿A cuántos consigue cargarse antes de morir, Mathias? ¿Dos? ¿Tres?

—...

—No importa. De los que quedan ya te encargas tú. No podían esperárselo, eran tus amigos. Les disparas por la espalda, quizás mientras están decapitando a tu

hermano, ¿verdad? Les cortas la cabeza a ellos también, quemas sus ojos. Atas sus cabezas a las monturas. Y en la de tu caballo atas la cabeza de tu hermano Arne. Muy astuto. Los caballos llegan a Closingtown por la noche. Está casi a oscuras, las cabezas están desfiguradas, el caballo es el tuyo. Y sobre todo: la gente ve lo que espera ver. Un hermano que ha sido derrotado durante toda su vida, ¿por qué iba a ganar esa vez? Esperaban que llegaras muerto y te vieron muerto. Aunque ocurriera otras cien veces, cien veces verían de nuevo tu cabeza, atada a aquella montura. Pero esa cabeza era la de Arne.

El hombre de negro no mueve ni un músculo.

Phil Wittacher echa una ojeada al exterior por la ventana. Hay once jinetes con guardapolvo amarillo y 138 rifles apuntándoles.

—El resto es una venganza que dura treinta y cuatro años, tres meses y once días. Media vida haciéndote pasar por Arne Dolphin y disfrutando con la idea de una ciudad entera que estaba odiándolo, finalmente, ese dios que la había traicionado, el ladrón, el asesino de su buen hermano Mathias, el hombre que siempre había tenido un plan para joder a todo el mundo, el bastardo que se iba por ahí para jugar al póquer y coleccionar relojes, mientras ellos estaban aquí, muriéndose lentamente, en el viento. Genial, Mathias. Tuviste que renunciar a todo ese oro, pero obtuviste la venganza que buscabas. Fin de la historia.

Mathias Dolphin habla en voz baja, con una voz profunda.

—¿Quién más la sabe, aparte de ti?

—Nadie. Pero si pretendes matarme, no lo hagas ahora. Ese barrigudo de ahí es muy habilidoso. Y hace cincuenta kilos era un cazarrecompensas: no tiene demasiados problemas en disparar por la espalda.

Mathias Dolphin aprieta los puños.

—Vale. ¿Qué quieres por tu silencio?

—Tu reloj de plata, Mathias.

Instintivamente, Mathias Dolphin baja la mirada sobre su chaleco de cuero, negro. Luego vuelve a poner los ojos en los de Phil Wittacher.

—Si eres tan listo, ¿cómo es que necesitas la combinación para abrir esa caja fuerte?

—No me interesa abrir la caja fuerte. Es el Viejo lo que me interesa. Y para hacer que vuelva a funcionar sin destrozarlo necesito esa combinación.

—Estás loco.

—No. Sólo soy un relojero.

Mathias Dolphin sacude la cabeza. Llega incluso a sonreír. Aparta lentamente el faldón del guardapolvo, saca el reloj del bolsillo y con un movimiento rápido arranca la cadena que lo sujeta al chaleco. Deja el reloj sobre la mesa.

Phil Wittacher lo coge. Levanta la tapa.

—Está parado, Mathias.

—Yo no soy relojero.

—Ya.

Phil Wittacher se acerca a los ojos el reloj. Lee algo en la parte interna de la tapa. Deja el reloj, abierto, sobre la mesa.

—Póquer de damas y rey de diamantes —dice.

—Ahora ya puedes hacer funcionar el Viejo, si tanto te interesa.

—Ahora sí.

—Creo que será una bonita sorpresa para todos, cuando lo hagas, y a mí no me interesa. Por tanto, dile al barrigudo que baje el rifle, ahora tengo que irme.

Phil Wittacher hace un gesto al juez. El juez baja el rifle. Lentamente, Mathias Dolphin se levanta.

—Adiós, relojero.

Dice. Se vuelve. Mira a los ojos al juez.

—¿Me equivoco o ya nos hemos visto antes?

—Es posible.

—Eras joven y siempre llegabas con un instante de retraso. ¿Eres ése?

—Es posible.

—Qué curioso: la gente comete durante toda su vida siempre el mismo error.

—¿O sea?

—Siempre llegas con un instante de retraso.

Entonces desenfunda y dispara. El juez sólo tiene tiempo de levantar el rifle. Una bala le da en el pecho y lo tira al suelo, contra la pared. El sonido del disparo desencadena fuera el infierno. Mathias se lanza sobre Phil Wittacher y, encima de él, en el suelo, apoya la pistola en la cabeza.

—Okay, relojero, esta mano es mía.

Fuera hay un tiroteo infernal. Mathias se levanta sujetando a Phil Wittacher como si fuera un trapo. Atraviesa el *saloon* protegiéndose con su cuerpo e intentando no quedar al descubierto delante de las ventanas. Pasan por delante del juez: desplomado en el suelo, con el pecho sangrante y el rifle todavía agarrado con la mano. Habla con dificultad, pero habla.

—Ya te lo dije, muchacho. No había que darle tiempo.

Mathias le da una patada en la cara, el juez queda tendido.

—Canalla —dice Phil Wittacher.

—Cállate. Sólo tienes que callarte. Y caminar. Lentamente.

Se acercan a la puerta. Pasan al lado del viejo indio, sentado en el suelo. Mathias ni siquiera lo mira. Permanece protegiéndose tras la jamba de la puerta.

Oye que el tiroteo remite, casi de repente, como tragado por la nada.

Todavía algún disparo aislado.

Luego silencio.

Silencio.

Mathias empuja por delante a Phil Wittacher, manteniendo el cañón de la pistola contra su espalda.

—Abre la puerta, relojero.

Phil Wittacher la abre.

La calle principal de Closingtown es un cementerio de caballos y guardapolvos amarillos.

Sólo viento, polvo y cadáveres. Y decenas de hombres, con las armas en la mano, apostados en los tejados, por todas partes. En silencio.

Mirando.

—Okay, relojero, veamos si te quieren de verdad en este pueblo.

Lo empuja afuera y sale detrás de él.

Luz, viento, polvo.

Todos los miran.

Mathias empuja a Phil Wittacher hasta cruzar el pórtico y bajar a la calle. Ve su caballo atado todavía en su sitio. Es el único caballo que queda en pie. Mira a su alrededor. Todos están mirándolo. Todos tienen el rifle bajado.

—¿Qué coño les pasa, relojero? ¿Se les han pasado las ganas de matar?

—Creen que eres Arne.

—¿Qué coño dices?

—Nunca matarían a Arne.

—¿Qué coño dices?

—Querrían, pero no pueden. Prefieren que él lo haga por ellos.

Phil Wittacher hace un gesto hacia el centro de la calle. Mathias mira. Brillante sombrero negro, guardapolvo claro, hasta el suelo, botas relucientes, dos pistolas al cinto, culatas de plata. Avanza con los brazos cruzados y rozando con las manos las pistolas. Parece un prisionero o un loco. Un pájaro con las alas cerradas.

—¿Quién coño es ése?

—Uno que dispara más rápido que tú.

—Dile que si no se para te hago saltar la tapa de los sesos.

—Lo harás de todas formas, Mathias.

—¡Díselo!

Phil Wittacher piensa: eres magnífico, Bird. Luego grita:

—¡BIRD!

Bird sigue caminando, lentamente. Detrás de él, el Viejo contempla la escena con sus ojos hechos de naipes.

—BIRD, DETÉNTE. ¡BIRD!

Bird no se detiene.

Mathias presiona el cañón de la pistola sobre la nuca de Phil Wittacher.

—Tres pasos más y disparo, muchacho.

—¡BIRD!

Bird da tres pasos y luego se detiene. Está a unos veinte metros de los dos. Permanece quieto.

Phil Wittacher piensa: vaya historia. Luego dice, en el viento:

—Bird, déjalo. Hemos perdido la partida. Él tiene las mejores cartas.

Pausa.

—Póquer de damas y rey.

Entonces Bird abre sus alas. Pero girando sobre sí mismo, abriendo el guardapolvo en el viento.

Cuatro tiros rapidísimos, disparados a la cara del Viejo.

Dama.

Dama.

Dama.

Dama.

Mathias apunta a Bird y dispara.

Dos tiros en mitad de la espalda.

Bird cae, pero dispara otra vez mientras cae.

Quinto tiro.

Rey.

El Viejo hace: CLAC.

Desde una ventana del *saloon*, Julie Dolphin alinea ojo, punto de mira, hombre, y dice Adiós, hermano, y aprieta el gatillo.

La cabeza de Mathias estalla con sangre y sesos.

El indio, en el *saloon*, canta en voz baja, mientras abre un puño y deja escurrirse entre sus dedos polvo de oro.

El reloj de plata, sobre la mesa, empieza a hacer tictac.

La aguja del Viejo tiembla y luego se mueve.

12.38.

Phil Wittacher está de pie, manchado de sangre. Qué cansancio, piensa.

En el silencio, el Viejo se sacude y murmura algo con una voz que parece un trueno surgido desde el centro de la tierra.

Toda Closingtown lo mira.

Ánimo, Viejo, dice Phil Wittacher.

Silencio.

Después, algo parecido a una explosión.

El Viejo se abre de par en par.

Un chorro de agua asciende hacia el cielo.

Brilla en la luz del mediodía y no deja de hacerlo, río brillante lanzado al aire.

Agua y oro.

Toda Closingtown con la nariz apuntando hacia el cielo.

Phil Wittacher con los ojos en el suelo. Se agacha, coge un puñado de polvo. Se levanta. Abre los dedos.

Ya no hay viento aquí, piensa.

Bird cierra los ojos.

Lo último que dice es:

—*Merci.*

A Bird lo enterraron con los brazos cruzados sobre el pecho: las manos rozaban las pistolas, también allí, en el ataúd, relucientes. Entre muchos llevaron la caja hasta la cima de la colina, porque pensaban que sería un honor, años después, decir: yo acompañé a Bird, aquel día, al otro mundo. Habían cavado una buena fosa, ancha y profunda, y colocado una piedra, oscura, con su nombre. Bajaron la caja hasta el fondo y luego se quitaron todos el sombrero y se volvieron hacia el pastor. El pastor dijo que él no había enterrado nunca a un pistolero, y que no estaba seguro de lo que tenía que decir. Preguntó si aquel hombre había hecho algún bien durante su vida. Preguntó si alguien sabía algo. Entonces el juez, que tenía una bala en la zona de la espina dorsal, pero al que no le importaba un carajo, dijo que Bird había acertado a cuatro damas y un rey, desde treinta metros, sin malgastar ni una bala. Preguntó si con eso había suficiente. El pastor dijo que se temía que no. Entonces se inició un debate, y todos intentaron hurgar en su memoria para lograr recordar algo bueno, aunque sólo fuera una cosa, que Bird hubiera hecho en su vida. Era grotesco, pero sólo se acordaban de un montón de canalladas. Al final, lo único que encontraron fue lo de que había estudiado francés. Tenía aspecto de ser, por lo menos, algo *amable*. Le preguntaron al pastor si eso era suficiente. El pastor dijo que era como pescar truchas en un vaso de whisky. Entonces el juez le apuntó con una pistola y le dijo:

—A pescar.

De manera que el pastor dijo un montón de cosas interesantes sobre las posibilidades de redimir una vida de pecados gracias al estudio de las lenguas. No le salió nada mal. Amén, dijeron todos al final, y estaban bastante convencidos. Rellenaron la fosa de tierra y regresaron a sus casas.

Con el dinero que le encontraron encima a Bird, hicieron ir a un mariachi de la ciudad. Lo llevaron a la colina y luego le preguntaron cuántas canciones podía cantar por aquella suma. Él hizo cuatro cálculos y luego dijo: Mil trescientas cincuenta. Le dieron el dinero y le dijeron que empezara, y que lo hiciera con calma, que, total, Bird no tenía prisa. Él cogió su guitarra y empezó. Cantaba canciones en las que todo iba fatal, pero en las que la gente, inexplicablemente, era bastante feliz. Siguió

durante siete horas. Luego llegaron desde la ciudad los primeros disparos. Entendió la indirecta, se subió a su mula y salió pitando. Pero era un mariachi honrado y no dejó de cantar hasta que desapareció por el horizonte, y luego durante días y meses y años.

He ahí por qué, en ese lugar, cuando la gente oye a un mariachi cantando, levanta el vaso y dice: A tu salud, Bird.

Ni un ápice de viento, y límpidas ráfagas de rojo crepúsculo en el horizonte de Clostown. Phil Wittacher se ajusta el sombrero en la cabeza y monta a caballo. Mira a lo lejos, delante de él. Luego se vuelve hacia las hermanas Dolphin: quietas, de pie, el pelo blanco ordenado en una geometría sin errores.

Silencio.

El caballo agacha la cabeza un par de veces, luego levanta el morro, olisqueando el aire.

Los ojos de Julie Dolphin brillan por las lágrimas. Mantiene los labios apretados. Hace un gesto con la mano, leve, pero a Phil Wittacher le parece hermosísimo.

—Culo apretado y pistolas cargadas, muchacho —dice Melissa Dolphin—. Lo demás es poesía inútil.

Phil Wittacher sonríe.

—No es un duelo, la vida —dice.

Melissa Dolphin abre los ojos completamente.

—Pues claro que lo es, idiota.

Música

THE END

Epílogo

—No, es algo completamente distinto.

—*¿Crees que es una cuestión de experiencia, o... de sabiduría, si puede utilizarse este término?*

—¿De sabiduría?... No sé, creo que es más bien..., digamos que es distinto el modo en que sientes el dolor.

—*¿En qué sentido?*

—Quiero decir que... cuando eres joven el dolor te golpea y es como si te hubieran disparado..., es el fin, te parece que es el fin..., el dolor es como un disparo, te hace saltar por el aire, es como una explosión..., te parece que no hay remedio, que es algo irremediable, definitivo..., el problema es que *no te lo esperas*, ése es el meollo de la cuestión, que cuando eres joven el dolor no te lo esperas, y te sorprende, y es el *estupor* lo que te jode, el estupor. El estupor, ¿comprendes?

—Sí.

—Cuando eres viejo..., es decir, cuando envejeces... ya no existe ese estupor, ya no te coge por sorpresa..., lo *sientes*, claro está, pero es sólo cansancio que se añade al cansancio, ya no estalla nada, ¿comprendes?, es como si te cargaran algún kilo más sobre los hombros..., es como caminar y tener los zapatos cada vez más mojados, llenos de barro, pesados. En un momento dado te paras, y se acabó. Pero ya no saltas por el aire, como cuando eras joven, ya no es lo mismo de antes. Por eso el boxeo lo puedes practicar mientras vivas, si quieres. Ya no te hace daño, en mi opinión, después de un tiempo ya no te hace daño. Un día estás demasiado cansado y te marchas, eso es todo.

—*¿Tú te retiraste por cansancio?*

—Pensé que estaba cansado, eso es todo.

—*¿Cansado de golpes?*

—No... los golpes todavía me gustaban, darlos y encajarlos, boxear me gustaba..., no me apetecía perder, claro, pero hubiera podido seguir un tiempo ganando..., no sé..., en cierto momento pensé *que ya no tenía ganas de seguir ahí arriba...*, ahí arriba todos te están mirando, no hay forma de escapar, estás en los ojos de todo el mundo, incluso si te cagas encima te ven, no puedes hacer nada sin que te vean, y yo estaba cansado de todo aquello..., creo que de repente me entraron ganas de estar en un sitio en el que nadie pudiera verme. Así que me bajé. Eso es todo.

—*Te bajaste, de todos modos, de una forma sonada, en mitad de un combate por el título mundial...*

—Cuarto asalto, con Butler, sí...

—*Bien, fue algo muy impresionante, son imágenes que se han hecho famosas: de repente tú dejas de pelear, te vuelves...*

—Odio esas imágenes, en ellas aparezco como un estúpido, o como un cobarde, y en cambio era algo completamente distinto..., es que no puedes escoger el momento en que te das cuenta de las cosas importantes, yo me di cuenta ahí arriba, en mitad de aquel combate, de repente me pareció todo tan maravillosamente claro, y era tan evidente que tenía que bajarme de allí, y encontrar un sitio en que no estuviera ante los ojos de todo el mundo, no importaba que estuviera en mitad de la pelea, no tenía ninguna importancia...

—... *era un combate del que se había hablado durante meses y meses...*

—... sí...

—... *era un campeonato del mundo...*

—Sí, vale, pero... okay, era un campeonato del mundo, ¿qué quieres que te diga?, sabía lo que era un campeonato del mundo, no era un estúpido... Yo tenía el campeonato del mundo metido en la cabeza desde el primer día que entré en el gimnasio... Da risa decirlo, pero el boxeo no me importaba mucho, me importaba llegar hasta la cima, hasta la misma cima, campeón del mundo. Luego las cosas cambiaron, pero al principio..., Jesús, qué ambición, cuando eres un crío puedes soñar con las cosas más raras..., te lo crees de verdad, a lo mejor la gente te odia porque eres presuntuoso, o pareces un loco megalómano, y todo es verdad, pero por dentro..., Jesús, qué fuerza hay ahí adentro, una hermosa fuerza, vida en estado puro, no como esos que siempre están haciendo cálculos, y escondiendo en el colchón sus esperanzas, ¿sabes?, la gente nunca se da cuenta de nada, esos que disimulan para joderte en el último asalto, a lo mejor con un golpe bajo..., oh, yo era insoportable, pero... Mondini me detestaba por eso, siempre me detestó... pero... fue en esos años cuando aprendí a estar vivo. Luego es una enfermedad que ya nunca se te cura.

—*Hablando de Mondini, ¿qué significó para ti?*

—No es una bonita historia.

—*¿Te apetece hablar de ella?*

—No sé. Acabó mal, y quizá no había manera de que acabara bien.

—*Os separasteis tras el combate contra Poreda.*

—*¿Te acuerdas de ese combate, Dan?*

—*Claro.*

—Okay, pues voy a contarte una cosa. Antes del cuarto asalto, ¿lo recuerdas?

—*El último...*

—Sí, antes del último, en el rincón, durante el minuto de descanso, pues bien, Mondini ya no estaba allí, se había marchado...

—*¿No fue a tu rincón?*

—No, no se trata de eso, estaba en el rincón, hizo lo que tenía que hacer, el agua, las sales, y esas chorradas..., pero ya no estaba allí, ya no era Mondini, ya no era mi Maestro, era alguien que me había abandonado, ¿me explico?

—*Poreda ha contado repetidas veces que Mondini le pagó para que ganara ese combate.*

—Olvídate de lo que diga Poreda.

—*Pero él...*

—Lo que diga Poreda no vale una mierda.

—*Hubo hasta una investigación...*

—Gilipolleces. Me levanté de mi taburete y estaba solo, es lo único que importa.

—*Fue uno de los asaltos más violentos que he presenciado en mi vida.*

—No lo sé, no lo recuerdo bien, ya no era boxeo, en aquel momento, era odio y violencia, no era yo allí arriba, era algo que peleaba en mi lugar...

—*Mondini lanzó la toalla a veintidós segundos del final del asalto.*

—No tenía que haberlo hecho.

—*Luego dijo que no le gustaba ver a sus pupilos destrozados.*

—Chorradas. Escúchame bien, yo podía seguir, hubiera podido seguir de esa manera durante toda la semana, era joven y Poreda era viejo, y escúchame bien, quizás no recuerde lo que pasó en aquel asalto, pero hay algo que recuerdo y es la cara de Poreda, era alguien que estaba tocado hasta el agujero del culo, era alguien que ya no podía más, hubiera muerto antes que yo, como que existe Dios, cuando vi que el árbitro interrumpía el combate y esa toalla volando hacia la lona, creí que la habían lanzado desde la esquina de Poreda, te lo juro, pensé que finalmente lo habían comprendido, y creo que hasta levanté los brazos, porque pensé que había ganado. Y en cambio la toalla era la mía. Absurdo.

—*Los golpes de Poreda eran muy duros, Mondini lo sabía.*

—Mondini no debió lanzar la toalla.

—*¿Por qué lo hizo?*

—Pregúntaselo a él, Dan.

—*Siempre ha dicho que lo hizo para salvarte.*

—*¿De qué?*

—*Decía que...*

—*¿Para salvarme de qué?*

—*Él decía...*

—Cambiemos de tema, venga.

—...

—Jesús..., han pasado tantos años y esa historia todavía me saca de mis casillas..., lo siento, Dan, mejor cortemos esta parte, ¿vale?, ¿se puede hacer?

—*No te preocupes, no hay problema..., luego podemos montar la entrevista como queramos...*

—... es que es una historia..., no sé, nunca la entendí, bueno, la entendí, pero más tarde..., bah, chorradas.

—*Luego te uniste al clan de los hermanos Battista.*

—En algún sitio tenía que meterme, ellos tenían los medios para llevarme hasta el mundial...

—*Corrían muchas historias sobre ese clan, algunos decían que...*

—¿Sabes que te digo de Mondini? Hay algo sobre Mondini que quiero decirte, nunca se lo he contado a nadie, pero quiero contártelo a ti, en esta transmisión..., bien, cuatro años después de aquel combate..., no habíamos vuelto a vernos ni hablarnos ni nada..., yo estaba con Battista, ¿no?, era cuando me estaba preparando para pelear contra Miller, quien ganara retaría a Butler para el mundial, era en esa época, bueno..., un día me dan un periódico para que lo lea y hay una entrevista con Mondini. No era la primera vez, de vez en cuando tenía ocasión de leer algo sobre él, y casi siempre conseguía decir algo contra mí, alguna broma, o sólo una frase, pero parecía empeñado, siempre, en darme algún aguijonazo. Pues bien, aquella vez me puse a leer, y el entrevistador preguntaba a Mondini si yo tenía alguna posibilidad contra Miller. Y él decía: Ahora que está con Battista claro que tiene alguna posibilidad. Entonces el entrevistador se lo hacía repetir, porque quería entenderlo correctamente. Y él decía en la entrevista: Lawyer es un *bluf*, boxeaba bien, cuando era joven, pero el dinero le ha hecho perder la cabeza, ahora es un pelele en las manos de los Battista, y éstos lo llevarán por donde quieran, a lo mejor hasta el mundial. Luego decía también alguna chorrada sobre mi coche y sobre las mujeres que llevaba conmigo, no sé, él no sabía nada, no nos veíamos desde hacía años, qué sabía él de las mujeres que iban conmigo..., coño, había sido mi Maestro, él *sabía* que yo era uno de los grandes, sabía de qué pasta estoy hecho, no podía olvidarlo todo por una fotografía en un periódico, o cualquier chorrada leída en cualquier parte, él había visto mis combates, sabía que podía prescindir de todos los Battista de este mundo, él sabía de boxeo, vaya si sabía, sólo era maldad, y rencor. Por eso hice algo absurdo, fui directamente a su gimnasio, y antes de que alguien pudiera detenerme me planté delante de él y le dije Que te den por culo, Mondini, y empecé a pegarle, sé que es horrible, pero en fin, él también había sido boxeador, podía defenderse, y lo hizo, y le pegué, sin guantes, pero le pegué hasta que lo vi en el suelo, y después le dije otra vez Que te den por culo, otra vez, y ésa es la última imagen que guardo de él, en el suelo, pasándose una mano por la cara y mirándola luego, manchada de sangre, es la última vez que lo vi. No volví a leer sus entrevistas, no quise saber nada más de él. Horrible, ¿no?

—*¿Nunca más hablaste con él?*

—Era mi Maestro, coño. ¿Tú has tenido alguna vez un Maestro, Dan?

—*¿Yo?*

—Sí, tú.

—*Quizás..., sí, quizás, alguno...*

—Debe de ser difícil ejercer de Maestro, nadie consigue hacerlo bien del todo, ¿sabes?

—Quizás...

—Debe de ser difícil.

—...

—...

—¿Has tenido alguno más? Me refiero a Maestro.

—No, después de Mondini, no. En el rincón, con los Battista, era como tener un fontanero, o un agente de seguros, hubiera sido lo mismo. En esos años, peleé solo. Solo.

—¿No te enseñaron nada?

—A no recocer la pasta. Es lo único.

—¿Y el combate contra Miller?

—¿Miller?

—Sí.

—Miller tenía hambre. Le hubiera gustado a Mondini. Venía de no sé qué suburbio, y siempre te salía con eso de que él había conocido la calle, y que por tanto nada podía asustarlo. Chorradas. Todos tienen miedo.

—¿Todos?

—Pues claro, todos...

—¿Tú tenías miedo?

—Yo..., es algo raro..., al principio, no, no tenía miedo, de verdad, luego la cosa cambió..., ¿sabes?, algo que te puede hacer entenderlo..., antes de cada combate... se sube ahí arriba, ¿no?, y en esos pocos instantes antes de que empiece tienes a tu rival en el otro rincón, se dan saltos, se lanzan algunos golpes al aire... justo antes del encuentro, ¿no?... pues bien, allí muchos Maestros, si te fijas, están delante de su púgil, se interponen adrede entre él y el adversario, para que no vean al enemigo, ¿comprendes?, se interponen, miran fijamente a los ojos de su pupilo y le gritan cosas a la cara, y todo eso es para que no mire a su rival, no debe mirarlo, no debe tener tiempo de pensar, y de tener miedo, ¿comprendes?... Bueno, Mondini hacía lo contrario. Se colocaba a tu lado y miraba al adversario como quien mira un paisaje desde el balcón de su casa. Seráfico. Hacía comentarios, bromeaba. Con Sobilo, por ejemplo... Sobilo llevaba el cráneo rapado al cero, y una calavera tatuada justo encima de la pelada..., recuerdo que Mondini iba todo el rato repitiendo Dime, Larry, ¿se le han cagado en la cabeza?, y yo le decía Es un tatuaje, Maestro, y él No me digas y buscaba las gafas para ver mejor, pero no las encontraba y... en fin, no es que resultara fácil tener miedo de esa forma. Luego las cosas cambiaron. Eran también púgiles distintos..., daban miedo de verdad... Miller ya había matado a dos, para que veas, cuando me enfrenté a él, seguramente había sido sólo mala suerte, pero de todos

modos la habían palmado..., aquél era boxeo del duro, Mondini me lo había dicho siempre, eran golpes distintos, había esa cosa extraña de que incluso podías morir..., extraño..., morir..., ¿sabes qué me dijo Pearson en cierta ocasión?, el viejo Pearson, ¿te acuerdas?, el campeón de los semi...

—¿*Bill Pearson?*

—El mismo. Me dijo algo inteligente. Me dijo que tenías que tener miedo a tu adversario: así no tenías tiempo de tener miedo a la muerte. Eso dijo.

—*Hermoso.*

—Sí, es hermoso. Y tenía razón. A partir de cierto momento, aprendí a tener un poco de miedo a los adversarios. Me mantenía la cabeza ocupada. Sacaba lo mejor de ti mismo. Era un buen sistema.

—¿*Miller era tan terrorífico?*

—Bueno, claro, él... causaba impresión..., luego no era tan malo como parecía, pero... me acuerdo de la extraña sensación que tuve las dos o tres veces que me vi acorralado en el rincón, me había dejado sorprender, con él no debías hacerlo, nunca, y en cambio había caído en la trampa y me encontré allí, ocurrió un par de veces, o tres, pero me acuerdo perfectamente, por un instante te sentías como... acabado, despachado, en algún rincón de la mente pensabas que si no te dabas prisa en encontrar la manera de salir de allí ibas a palmarla, no era sólo cuestión de ganar o perder, la palmabas... Dios, se te ocurrían un montón de ideas para salir de allí, te lo garantizo, te convertías en una anguila, lo juro...

—*Pero al final el que se fue a la lona fue él.*

—Era potente pero lento. En el boxeo no puedes permitirte ser lento. Él era normal hasta el cuarto, el quinto asalto..., luego se le hacían pesadas las piernas, todo se le ralentizaba..., el problema era aguantarle los primeros asaltos, luego venía lo fácil..., si se le puede llamar fácil...

—*Fue a la lona cuatro veces, antes de que el árbitro detuviera el combate.*

—Sí, tenía corazón, y era orgulloso..., a lo mejor tiene algo que ver con lo del hambre, era un individuo que venía desde el hambre..., era buen tipo... o sea..., era justamente lo que te imaginas que ha de ser un boxeador, en todo y por todo, hambriento, feroz, marrullero y... niño, un poco niño..., una vez, hace unos años, entro en un bar y me lo encuentro allí, bebiendo, sentado en la barra, vestido con empaque, una chaqueta de color plateado, y corbata azul, o algo parecido, era para partirse de risa, pero él pensaba que iba muy elegante..., me invitó a beber y se puso a hablar sin parar, decía que tenía pensado volver, tenía una buena oferta de un casino de Reno, todavía estaba en forma, y aunque hablara con algo de lentitud..., ¿sabes, no?, arrastrando un poco las palabras, bueno... parecía estar bastante en forma, decía que su único problema era la mano izquierda, tenía una mano izquierda que se rompía sólo con girar un tirador, y entonces yo le dije que pasara de todo, que con la mano

derecha tenía suficiente, que yo me acordaba todavía de esa derecha, la recordaba cada vez que me levantaba de la cama... y él estaba satisfecho, se reía, y bebía, y se reía..., en cierto momento me dijo algo que se me quedó grabado, me dijo que él, antes de un combate, tenía que tocar con la mano la cabeza de un niño, así, como una caricia, algo semejante, sobre la cabeza de un niño, eso le daba suerte, y me dijo que aquel día, contra mí, había salido de los vestuarios y luego, como siempre, había ido hacia el ring pasando entre la muchedumbre, y había mirado a su alrededor todo el rato, y no había ningún chico que pudiera hacerle ese favor, y cuando llegó al ring, y todos aplaudían y gritaban, él seguía pensando sólo en eso, en que no había encontrado a un niño al que tocarle la cabeza, y todavía allí, de pie sobre el ring, los últimos instantes antes del gong, todavía buscaba a un niño en las primeras filas. Y dijo que en cambio sólo había adultos. Y viejos. Y dijo que es mal asunto buscar a un niño y no encontrarlo. Dijo exactamente eso. Es mal asunto buscar a un niño y no encontrarlo.

—*Y efectivamente volvió al ring, diez asaltos contra Bradford, un espectáculo bastante triste.*

—Vosotros, los que estáis abajo, lo llamáis triste..., vosotros..., pero no es triste..., ¿qué pinta la tristeza en todo esto?..., no es así, ¿sabes, Dan?..., no es triste, es hermoso..., a lo mejor boxean de pena, y tú los recuerdas menos gordos y más rápidos, y entonces dices Qué triste, pero... piénsalo bien..., están tratando sólo de robar todavía un poco de gloria a su existencia..., tienen derecho a ello, es como dos que se quieren y después de años y años de vivir juntos, pon que hace treinta años que viven y duermen juntos, y cualquier noche, en la cama... a lo mejor apagan la luz, a lo mejor ni siquiera se meten desnudos del todo, pero sigue existiendo esa noche para volver a hacer el amor..., ¿y eso qué es, entonces?, ¿triste?, sólo porque son viejos y..., a mí me parece hermoso, si has boxeado te parece hermoso, y yo vi ese combate..., el de Miller, Dios, estaba gordo como..., pero pensé, okay, así está bien, los golpes eran de verdad, no tenían nada de que avergonzarse, si querían hacerlo hacían bien en hacerlo, espero que les pagaran bien, se lo merecían...

—*Pero tú no volviste al ring.*

—No, yo no.

—*¿No sentiste nunca la tentación?*

—Hombre, nunca, nunca..., no puede decirse..., pero... no, nunca pensé de verdad en volver.

—*Tras tu victoria contra Miller... después de cinco años como boxeador profesional, con un récord de treinta y cinco victorias y una sola derrota, te convertiste en el aspirante oficial al título de Butler, el mundial. ¿Qué recuerdas de aquellos momentos?*

—Qué tiempos aquéllos: se comía bien y las horas pasaban veloces. ¿Sabes quién

decía eso?, Drink, el ayudante de Mondini..., había peleado dos años, sólo dos años, cuando era joven, pero para él aquello había sido el paraíso..., creo que lo habían zurrado en todas sus peleas, pero era joven y... no sé nada más, pero, de todos modos, parecía que éstos habían sido los dos únicos años dignos de recordar de toda su vida, y por eso la gente siempre le preguntaba Eh, Drink, ¿cómo eran aquellos años? Y él: Qué tiempos aquéllos: se comía bien y las horas pasaban veloces. Qué tío.

—*Siempre has dicho que sentías una gran admiración por Butler. ¿Le tenías miedo, antes de enfrentarte a él, la primera vez, en Cincinnati?*

—Butler era inteligente. Era un tipo de púgil muy particular. Habrías dicho que estaba hecho más bien para... el billar o algo por el estilo..., algo de temple, precisión, calma..., sin violencia..., ¿sabes qué decía de él Mondini, cuando veíamos sus combates? Decía: Aprende: las cartas las escribe con la cabeza, los puños sólo reparten el correo, nada más. Yo miraba y aprendía. Recuerdo que muchos, en aquel tiempo, decían que practicaba un boxeo aburrido, decían que con él el boxeo se convertía en algo aburrido, era tan aburrido como mirar a alguien que está leyendo un libro, decían. Pero la verdad es que él daba clases, cada vez que boxeaba, daba clases. Era el único más fuerte que yo.

—*En Cincinnati, aquel día, le arrebataste la corona de campeón del mundo, enviándolo a la lona a treinta y dos segundos del final del combate.*

—El asalto más hermoso de mi vida, ni un respiro, una maravilla.

—*Butler dijo que en cierto momento le hubiera gustado bajarse a la platea para disfrutar del espectáculo.*

—Era un señor, Butler era un auténtico señor. ¿Sabes?, el otro año, en el Madison, antes de Kostner contra Avoriaz, él y yo nos encontramos, y otros viejos campeones, el típico desfile de ex campeones antes del combate, ¿no?, sobre el ring, con todo el mundo aplaudiendo, bueno, en fin, se estaba haciendo largo, no se acababa nunca, siempre quedaba otro más, otro ex campeón, y en cierto momento Butler, que estaba a mi lado, se vuelve hacia mí y me dice ¿Sabes cuál es el terror de todos los boxeadores? Y yo le digo No, no lo sé..., pensaba que era un chiste, así que dije No, no lo sé... y en cambio estaba hablando en serio. Me dijo: Morir sin dinero para su funeral. No estaba bromeando. Estaba serio. Morir sin dinero para su funeral. Luego se volvió del otro lado, y no dijo nada más. Bueno, ahora te parecerá una tontería, pero lo pensé y ¿sabes que esa historia es cierta?, si pienso en todos los púgiles con los que he hablado, antes o después salía ese tema de dónde ser enterrados, y del funeral, parece una chorrada, pero es así, como dice Butler y... es algo que me hizo pensar, porque... yo, por ejemplo, a mí no se me ha pasado nunca por la cabeza ese tema, no creo haber pensado nunca en qué ocurriría con mi funeral, no sé, no es el tipo de cosas que se me pasan por la cabeza..., ¿comprendes?, no..., también en este tema parece que tengo poco que ver con..., es como si no fuera mi

mundo, el ring y todo el resto..., creo que es la idea que Mondini tenía en la cabeza, que yo no tenía nada que ver con ese mundo, con el boxeo, y que no importaba si yo tenía talento o lo que fuera, no tenía nada que ver y punto, creo que es ésta la razón por la cual nunca creyó en mí, nunca creyó de verdad, al final era ésta la razón, él pensaba que no era mi mundo, nunca quiso cambiar de idea sobre eso, y..., nunca..., así.

—*Ocho meses después del combate de Cincinnati, le ofreciste la revancha a Butler. Y fuiste hacia la segunda derrota de tu carrera.*

—Sí.

—*Muchos dijeron que no estabas preparado para ese combate, alguien habló incluso de tongo, decían que los Battista tenían ya pensado un tercer combate y un montón de pasta..., decían que te obligaron a perder...*

—No sé..., era todo tan raro en aquel tiempo..., ellos no me pidieron nunca nada, te lo juro..., los Battista nunca me dijeron nada, pero... no sé, era como si todos tuviéramos en la cabeza hacer un desempate, al final, y decidir quién era el más fuerte..., creo que incluso yo, en el fondo, deseaba algo parecido, no por el dinero, eso no tenía tanta importancia, era que... parecía lo más justo, que así era como tenían que ser las cosas. De manera que subí al ring sin saber muy bien lo que quería..., creo que quería boxear..., dar espectáculo... y mira, si él hubiera tenido miedo, o si hubiera pensado un solo instante que podía perder..., pues bien, hubiera perdido, para él todo habría acabado para siempre..., seguro que yo no me habría rendido..., pero... el hecho es que él subió con una única idea, remachada en la cabeza a martillazos, una única y precisa idea, y esa idea era la de barrerme de allí. Y lo hizo. Comprendía todo un instante antes que yo, sabía lo que iba a hacer, y adónde iría, parecía que fuera él quien pensara mis golpes antes de que yo los pensara. Y, mientras tanto, me soltaba martillazos. En cierto momento me di cuenta de que había perdido. Y entonces me juré a mí mismo que aguantaría en pie hasta el final, me lo juré, mientras estaba sentado en mi rincón, y Battista me decía alguna chorrada que ni siquiera escuchaba, me dije Que te den por culo, Larry, saldrás de este combate en pie, aunque sea la última cosa que hagas. Luego sonó la campana, faltaban cuatro asaltos para el final, decidí poner todo el corazón que me quedaba en las piernas y ejecutar la danza más bella de cuantas Butler hubiera visto en su vida. De lanzar golpes ya ni me acordaba, pero de revolotear a su alrededor, sí. Podía salirme con la mía, quedaban cuatro asaltos y podía lograrlo. Así que me puse a bailar y empecé a tomarle el pelo a Butler. Cayó en mi trampa durante un minuto, poco más de un minuto. Luego vi que sonreía y sacudía la cabeza. Se plantó en el centro del ring y dejó que hiciera mi numerito. De vez en cuando amagaba un golpe, pero en realidad esperaba y basta. Cuando me soltó un jab, ni lo vi venir, sólo noté que mis piernas se habían marchado, y sin piernas no hay baile que valga...

—¿Sabes que muchos dijeron que aquél fue un golpe fantasma, que te habías tirado tú solo?

—La gente ve lo que quiere ver. Ya estaban convencidos de que había vendido el combate, y así que..., pero aquel golpe fue de verdad, te lo digo yo...

—¿Vendiste algún combate alguna vez, Larry?

—Pero ¿qué pregunta es ésa, Dan?..., estamos en la radio..., no se hacen preguntas de ese tipo...

—Sólo me preguntaba si alguna vez habías vendido algún combate..., ahora que han pasado tantos años...

—Y dale..., qué preguntas..., ¿por qué tendría que haber vendido algún combate? ..., ¿a qué viene esto ahora...?

—Okay, como si no lo hubiera dicho.

—Ya sabes cómo funcionan las cosas..., precisamente tú..., venga...

—Okay, escucha, ahora que ya estás retirado y... haces otro tipo de vida..., querría saber si echas de menos el ring, y el público, y los titulares de los periódicos, o el gimnasio, ese mundo, esa gente.

—¿Si lo echo de menos?... por Dios, es..., es un poco difícil decirlo, son cosas distintas, ésa es una historia ya terminada..., no es que piense en ello cada día..., lo echo de menos, sí, algunas cosas las echo de menos, es normal que lo echés de menos..., había cosas muy hermosas, ¿sabes?, el boxeo te permite vivir experiencias verdaderamente únicas, no hay nada como... en fin, es algo especial, de verdad, muchas veces yo fui... era feliz, me dio mucha felicidad, a veces también de una forma extraña, no es fácil de explicar, pero..., cómo lo diría..., era..., hacía de ti un hombre feliz, eso es; por ejemplo, recuerdo un día, en San Sebastiano, ya no recuerdo siquiera contra quién tenía que pelear, pues bien, tenía problemas de peso, me sucedía de vez en cuando, así que, para entrar otra vez en mi categoría, Mondini me despertó, a las cinco de la mañana, cuando todavía estaba oscuro..., me puse un chándal grueso, y encima la bata, con la capucha en la cabeza, y la idea era la de saltar a la comba durante una buena hora y sudar como un animal y, en resumen, así era como se hacía, era la única forma de perder peso en poco tiempo... sólo que... el problema es que estábamos en un hotel, y Mondini dijo que no quería que saltara en la habitación, que despertaría a todo el mundo, así que nos fuimos abajo a buscar un sitio cualquiera, y no había nadie en todo el hotel a esa hora, por lo que fuimos abriendo algunas puertas al azar y acabamos en un gran salón, ¿sabes de qué te hablo?, de esos para banquetes de boda, para celebraciones, así, había una mesa interminable y un pequeño escenario para la orquesta, y grandes ventanales que daban a la ciudad. Recuerdo que todas las sillas estaban del revés sobre la mesa y había incluso una batería sobre el escenario, ¿no?, pero recubierta con una sábana, una sábana rosa, fíjate. Mondini apagó la luz y me dijo Salta, y no pares hasta que

distingas el color de los coches en la carretera. Luego se marchó. De modo que allí me quedé, solo, completamente arropado y con la capucha en la cabeza, y empecé a saltar a la comba, solo, en la oscuridad, rodeado por una ciudad que dormía, y yo siguiendo el ritmo de aquella cuerda, y con el ruido de mis pies, sobre la madera, sólo eso, y la capucha en la cabeza, y los ojos mirando delante de mí y... el calor encima, y luego el alba, poco a poco, por los ventanales, pero lentamente, *delicadamente*, Jesús, era como estar..., yo que sé..., era bellissimo, recuerdo que saltaba, y los pensamientos iban al ritmo de mis pies, y lo que pensaba era soy invencible, estoy a salvo, exactamente eso, estoy a salvo, estoy a salvo, mientras saltaba, y pensaba, estoy a salvo..., eso es.

—...

—Supongo que eso es ser feliz.

—Ya.

—Ya.

—...

—...

—Y, ahora, ¿cómo es la vida, Larry?

—¿La vida?

—Sí, me explico, ¿cómo te va la vida?

—Eso es algo privado, Dan, no son preguntas que se hagan por la radio.

—No, sinceramente, es una curiosidad mía, me gustaría saber cómo te va...

—Okay, pero entonces apaga esa grabadora, al público no le interesa...

—A lo mejor a ellos también les gustaría saber...

—Anda ya, no digas chorradas, apaga ese trasto...

—Okay, okay...

—Luego vuelves a encenderlo, ¿vale?

—Okay, si quieres lo

Clic.

Gould apagó la luz de los lavabos. Levantó la mirada hacia el reloj. Las siete menos tres minutos. Abrió la taquilla, se sacó la bata blanca y la colgó de la percha de plástico. Cogió de la mesa el cartelito que rezaba *Gracias* y lo dejó sobre la parte superior del mostrador. Luego miró el recipiente de cristal con las propinas. Había ideado un sistema para calcular la suma antes de contar el dinero: era un sistema que cruzaba los datos de distintas variables, incluyendo algunas como el tiempo atmosférico, el día de la semana o el porcentaje de niños que habían utilizado los servicios. De manera que también esa vez se puso a calcular y al final formó una cifra en su mente. Generalmente tenía un porcentaje de error que no superaba el dieciocho por ciento. Ese día estuvo muy cerca de acertar la cantidad exacta. Siete por ciento de más. Iba mejorando. Recogió las monedas y las metió en una bolsita de nylon. La

cerró y la metió en la cartera. Echó una ojeada a su alrededor, para comprobar si todo estaba en orden. Luego cogió su abrigo de la taquilla, y se lo puso. En la taquilla había un par de botas de goma, un atlas y algunas cosas más. Había también tres fotos, colgadas de la puerta. Había una de Walt Disney y otra de Eva Braun. Luego había una tercera.

Gould cerró la taquilla. Colocó en su sitio la silla, empujándola debajo de la mesa, cogió la cartera, fue hacia la puerta, se volvió, dio un último vistazo, luego apagó la luz. Salió, se cerró la puerta a sus espaldas y subió las escaleras. El supermercado, arriba, también estaba cerrando. Cajas medio vacías, y empleados que empujaban trenes de carritos. Fue a dejar las llaves a Bart, en la garita de vigilancia.

—¿Todo bien, Gould?

—Divinamente.

—Cuídate, ¿vale?

—Hasta mañana.

Salió del supermercado. Estaba oscuro y soplaba un viento gélido. Pero el aire era limpio, de vidrio pulido. Se levantó el cuello del abrigo y cruzó la calle. Diesel y Poomerang estaban esperándolo, apoyados en un contenedor de basura.

—¿Qué tal la mierda?

—Abundante.

—Es la temporada: en invierno, cagan que da gusto —nodijo Poomerang.

Los tres llevaban las manos metidas en los bolsillos. Odiaban los guantes. Si te fijas, de todas las cosas hermosas que se pueden hacer con las manos, no hay ni una que se pueda hacer si llevas los guantes puestos.

—¿Nos vamos?

—Nos vamos.

NOTA DEL AUTOR

Gracias al Maestro Silvano Modena, a Ivan Malfatto y a todos los deportistas de la Academia de Boxeo Rodigina.

Gracias a Emanuela Audisio, Bruno Fornara, Arianna Montorsi, Monica Nonno, el Gimnasio Doria de Milán, Giorgio Saracco, el Maestro Tazzi, Rino Tomasi.

Gracias a Lag y a Elena Testa.

Gracias a Jake LaMotta, a quien le he robado dos chistes: uno está en la página 72-73, el otro, en la página 222. Como humorista, tenía talento. El más hermoso sigue siendo éste: «Éramos tan pobres que en Navidad mi padre salía de casa, disparaba un tiro de pistola al aire, luego entraba en casa otra vez y decía: lo siento, pero Papá Noel se ha suicidado».



ALESSANDRO BARICCO. Nació en Turín en 1958. Además de numerosos ensayos y artículos, es autor de novelas como *Tierras de cristal* (Premio Selezione Campiello y Prix Médicis Étranger), *Océano mar* (Premio Viareggio), *Seda*, *City*, *Sin sangre*, *Esta historia*, *Emaús* y *Mr Gwyn*, al igual que el monólogo teatral *Novecento*, los ensayos de *Next* (*Sobre la globalización y el mundo que viene*) y *Los bárbaros*, y la majestuosa reescritura de *Homero, Ilíada*.

Notas

[1]La ausencia de signo de puntuación al final del párrafo se repite a lo largo del original impreso. Es un estilo muy utilizado por el autor en sus novelas. (N. del E. D.)

<<

[2]El comienzo de párrafo en minúsculas es utilizado con frecuencia por Alessandro Baricco en sus novelas. (N. del E. D.) <<

[3] Los textos quebrados son un recurso utilizado por el autor en toda su obra. (N. del E. D.) <<

[4]Ésta y el resto de palabras o frases en cursiva aparecen en castellano en el original (N. del T.) <<